

CRIMEN & CIA.

**Elmore
Leonard**

**FULGOR
DE MUERTE**



se

Fulgor de muerte, *bestseller* en Estados Unidos y, según Stephen King, la mejor novela policíaca de 1985, narra la trepidante investigación del teniente Mora para esclarecer el asesinato de una muchacha en el marco turbio, deslumbrante, violento y codicioso de los casinos de Atlanty City. La indagación le conduce hasta Teddy, maniaco al que años antes Vincent había llevado a la cárcel por violación. Ahora, Teddy, en sus propósitos criminales, sólo tiene una obsesión: matar a Vincent.



Elmore Leonard

Fulgor de muerte

Crimen & Cia. - 1

ePub r1.9

Titivillus 05.07.2015

Título original: *Glitz*
Elmore Leonard, 1985
Traducción: Myriam Marzo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Flora y los Coconuts

1

LA NOCHE en que dispararon contra Vincent, éste se lo vio venir. El sujeto apareció debajo de la farola situada en la esquina de las calles 16 y Meridian, allá en South Beach, y alcanzó a Vincent cuando se dirigía de su coche a casa. Era temprano: las nueve y cinco.

Vincent volvió la cabeza para mirar al individuo, y hubo un momento en que pudo haberle agarrado, y, según se dijo, golpearle bien fuerte. Pero Vincent llevaba una bolsa llena de víveres. No iba a dejar en la acera litro y medio de vino de Borgoña, una botella de zumo de ciruela y un tarro de salsa para los espaguetis. Ni siquiera lo hizo cuando el tipo sacó la pistola, le llamó hijo de perra entre dientes y exigió la entrega de la cartera y de todo el dinero que llevara encima. El individuo no era corpulento, pero sí cogotudo, se cubría con una gorra, calzaba botas de ciclista y... apestaba. Vincent creyó haberle visto anteriormente en una celda de la sección de detectives.

No le extrañaría nada. Era bastante frecuente que los atracadores reincidiesen en su afición a la droga; con frecuencia eran tontos, y siempre unos desesperados. Se lanzaban al ataque cargados de adrenalina, esperando dar el golpe y salirse con la suya. Vincent confiaba en hacerle vacilar unos instantes. Por eso dijo:

—¿Ves ese coche? Un Plymouth corriente, sin nada de particular, que a duras penas tira...

Era de color gris pálido.

—¿Serías capaz de comprarte un coche semejante?

El individuo estaba desconcertado o distraído. Vincent tuvo que insistir:

—¡Es un coche de la policía, imbécil! Ahora dame el arma y apóyate en él.

Tendría que haber dejado la bolsa en el suelo, entregando la cartera al atracador, o gritarle a la cara que, o se rendía, o lo tendría jodido. En vez de dárselas de listo y recibir un tiro a cambio.

Ese tipo no se arrimaría por su propia voluntad a ningún coche de la policía —resultó que, antes, ya lo había hecho demasiadas veces—, y la actitud de Vincent no surtió efecto. Por el contrario, el delincuente disparó desde su cadera, y fue en esa parte del cuerpo, en la propia cadera derecha, donde Vincent recibió el primer balazo, que le atravesó. El proyectil, del 38, le astilló el hueso, rozó el fíleon y no dio en la fosa ilíaca por un par de centímetros, pero causó otros destrozos al desviarse de su curso: perforó el glúteo mayor, arrancó de paso el bolsillo posterior del pantalón, hizo salir la cartera de Vincent, que contenía diecisiete dólares, y hasta la pistola salió disparada de la pretina para rodar por el suelo. El segundo disparo del atracador rompió la botella de vino de Borgoña y pasó entre el brazo derecho y la caja torácica de la víctima. Por fin soltó Vincent la bolsa de la compra y quiso agarrar su arma, gritándole al tipo, que ahora había echado a correr, que se detuviera si no quería que le pegara un tiro.

Otra lección que aprender: si lo dices, hazlo. El delincuente se detuvo, en efecto, pero sólo para dar media vuelta y disparar de nuevo. El policía palpaba el suelo en busca de su Smith & Wesson del modelo 39, automática, de nueve milímetros, entre los cascotes de la botella y la derramada salsa para los espaguetis. La halló, por fin, y disparó cuatro veces, según creyó, acertando en tres de ellas, que atravesaron los dos pulmones del atracador, y le produjeron una herida en la axila derecha.

Los del servicio de urgencia del hospital le arrancaron la camisa en busca de una herida en el pecho, hasta que uno de los hombres le olisqueó y dijo:

—¡Caramba, pero si es vino!

A Vincent le hicieron varias radiografías, le cosieron el orificio de salida del proyectil, y después de aplicarle un par de drenajes,

los médicos limpiaron sus dos manos de fragmentos de vidrio.

Pasó la noche en la Unidad de Vigilancia Intensiva, pero a la mañana siguiente ya le trasladaron a una habitación particular, como una consideración especial. La enfermera que entró poco después, comentó:

—¡Pues encuentro que tiene bastante buen aspecto!

Vincent contestó:

—Estoy bastante bien, gracias. Con excepción del dolor que siento aquí abajo —añadió con un gesto de la mano—. En el pene.

Nunca había utilizado esa expresión. La enfermera lo tomó en su mano, retiró la sonda con delicadeza y... él se enamoró de ella, de su graciosa cofia, de su perfecta dentadura y de su sano cuerpo cubierto por el almidonado uniforme blanco.

Más tarde le frotó la espalda y los hombros con una loción que olía a hospital, aliviándole además las molestias producidas por la desolladura que tenía en la nalga derecha. Vincent le puso el nombre de *miss* Manos Mágicas. La muchacha se llamaba Ginny. Terriblemente enamorado, Vincent dijo luego que también le dolía la parte anterior de la cadera, allí donde el muslo se une al cuerpo. Ginny le dedicó una sonrisa picara y le dio el frasco de plástico que contenía la loción. Vincent preguntó, entonces, si no le gustaría ir con él a Puerto Rico.

Él pensaba ir. Había estado allí una vez y recordaba con agrado la comida. Había ido a atrapar a un buscado criminal, y hubo de esperar durante un largo fin de semana a que el juez firmara la orden de entrega. Aprovechó para visitar a un amigo, que trabajaba en la policía portorriqueña, con el que recorrió algunos lugares; pero no llegó hasta las Roosevelt Roads, de donde había zarpado su padre. A su padre le mataron durante el desembarco en Anzio. Vincent deseaba ir a las Roosevelt Roads. Tenía una foto de su padre, tomada en El Yunque, en los bosques lluviosos: era la imagen de un tipo joven y alegre, un marino, con su gorra blanca calada hasta un dedo por encima de las cejas, sonriente; detrás de él se veía un paisaje de montañas cubiertas de nubes. Un hombre joven al que Vincent nunca conoció, pero que le resultaba familiar. Ahora él tenía veinte años más que su padre entonces. ¿Qué hubiera

sucedido si se hubieran encontrado alguna vez? Su madre rezaba rosarios pidiendo que así fuera.

El tipo al que mató huía a la desesperada, arrastrando toda una vida de antecedentes penales, dispuesto a estrellarse y a morir quemado, o a morir en la cárcel, según le dijeron a Vincent.

—No le asusté lo suficiente —murmuró éste.

Hablaba con su más íntimo amigo de la policía de Miami Beach, Buck Torres.

—¿Asustarle? —exclamó Torres—. ¿Qué pensabas hacer, pues?

—Sabes a qué me refiero. No actué bien. Le dejé ir demasiado lejos —replicó Vincent.

Torres protestó.

—¿Acaso eres médico? ¿Querías hablar con ese capullo? ¿Te imaginas lo larga que sería la cola, con tanto tipejo como corre por aquí? De no matarle tú, lo habría hecho cualquier otro, más tarde o más temprano.

—Oye, ¿sabes de qué estoy hablando? —dijo Vincent—. De haberle asustado lo suficiente, aún viviría. Uno puede asustar a un individuo hasta que se pare a pensar y llegue a la conclusión de que no vale la pena resistir tanto. ¿Me entiendes?

—¿Ah, sí? —replicó Torres—. ¿Y cómo sabes tú cuándo un tipo está lo suficientemente asustado? A lo mejor, luego te toca disparar y matarle para salvar tu propia vida. ¿Cómo podías saberlo, en este caso concreto?

Ésa era la cuestión.

Llevaría consigo el problema a Puerto Rico, en su permiso de convalecencia. Quizá pensara en él mientras se acababa de curar, o quizá no. El teniente Vincent Mora había llegado a un punto en que no estaba seguro de querer continuar en su profesión de policía. Hasta aquella noche no había matado a nadie. Eso le hacía reflexionar sobre su propia vida.

2

ISIDRO sentía simpatía por Teddy. Era míster Turista, el sueño de todo taxista. El viajero que no sólo quiere ver todo lo que aparece en la guía, sino contar a diario con el mismo taxista, porque confía en él y cree todo lo que éste le cuenta. Y que también desea agradarle al taxista.

Ese Teddy compraba recuerdos que enviaba a su madre, residente en Nueva Jersey. Escribía postales a un tipo de Florida, con una extraña dirección llena de números. A Teddy le gustaba ir sentado delante, y no paraba de preguntar:

—¿Qué es eso? ¿Y aquello?

Siempre con la cámara a punto. E Isidro le explicaba:

—Aquello es La Perla. Sí, la gente vive allí en sus casitas... Eso es San Cristóbal. Y aquello de allá, Fortaleza... Y aquí estamos en la plaza de Colón...

—¿Y eso qué es? El edificio con rejas en las ventanas.

—¿Aquello? Era la antigua cárcel de la ciudad. Se llamaba La Princesa. Ahora, la cárcel está en Bayamón.

Isidro tuvo que detener el coche para que Teddy obtuviese fotografías de la entrada, como si se tratara de un lugar histórico.

—Conque era la cárcel, ¿ey?

Teddy no decía nunca «eh», sino «ey». Todo cuanto veía le interesaba.

—La policía lleva coches blancos y negros, ¿ey? Creo que en la mayor parte de los Estados Unidos, la policía los utiliza blancos y negros...

Tomó fotos de los estrechos callejones del antiguo San Juan, del hotel Caribe Hilton y de la tienda de bebidas alcohólicas situada poco más abajo en la misma calle. ¿Algo raro, una tienda de vinos y licores? Fotografió también el viejo hotel Normandie, por delante del cual pasaron, y que antes parecía un barco pero ahora estaba cerrado y casi en ruinas. A una manzana de este hotel se hallaba la playa pública de Escambrón. Tan pronto como el turista la vio, la declaró su sitio favorito.

Sin embargo, no era precisamente un lugar ideal para turistas. Isidro dijo:

—Si quiere conocer la playa más hermosa, le llevaré a Isla Verde.

Pero no; a Teddy le había hecho gracia ésa. Isidro supuso que era debido a las chicas jóvenes que allí lucían sus bañadores. El turista adaptó a su cámara un teleobjetivo y comenzó a retratar a las muchachas con discreción, sin llamar la atención para nada. Decididamente, a Isidro le caía simpático su turista.

Llevaba el dinero —así se lo contó Isidro a su mujer— en un cinturón de tela azul, debajo de la camisa.

—Sólo saca su dinero cuando está en el taxi, a mi lado —explicó—. Entra en una tienda, compra algo para su madre, que vive en Nueva Jersey, y regresa al taxi para guardarse el cambio en su cinturón. Tiene confianza en mí...

Isidro había vivido nueve años en un sótano de Nueva York, y sentía gran alivio de encontrarse de nuevo en su tierra. Su mujer, que nunca había salido de Puerto Rico, no dijo nada.

Cada mañana, Isidro esperaba a su cliente en la avenida Ashford, junto al hotel DuPont Plaza. Teddy siempre estaba a punto.

El taxista le preguntaba qué tal había dormido, y el turista solía contestar:

—¡Oh, de maravilla! ¡Con esa brisa que me llega desde el océano...!

Teddy estaba convencido de que ese océano era distinto del que tenían en Nueva Jersey, aunque las aguas tenían que ser las mismas, ya que todos los océanos se relacionaban entre sí.

—¿Sabe qué? —dijo el turista un día—. A lo mejor me oriné en esas mismas aguas cuando estaba en Nueva Jersey, hace ya tiempo,

¿ey? Me refiero a mi época de adolescente. Me divertía mear encima de cualquier cosa. O ponerme a soltar el chorro en un callejón, cuando pasaba una chica. Pretendía no haberla visto, y de pronto la mojaba... Si uno sube a una montaña y suelta una meada en un riachuelo. ¿Dónde va a parar? ¡Al océano! Millones y millones de personas lo habrán hecho durante miles de años.

Y, sin embargo, el mar no cambia nunca, ¿no es así? ¿Había pensado alguna vez en esto?

Lo que Isidro pensaba, era que su turista estaba un poco chiflado.

—Inocentón, pero anormal en cuanto a sus aficiones. Sin embargo, es una ganga —le comentó a su mujer. Y ésta no dijo nada.

Al tercer día de ir a la playa, el turista se echó a nadar. Era fácil distinguirlo en el agua, porque el sol se reflejaba en las gafas oscuras que siempre llevaba puestas. El hombre se divertía chapoteando, formaba una taza con las manos y golpeaba el agua con fuerza... ¡Y qué blanco era! Cuando salía del mar en su taparrabos rojo, parecía querer protegerse con los brazos y esconder su cuerpo... Resultaba curioso ver un cuerpo tan blanco, observar sus venas y la forma de los huesos.

Isidro, procedente de Loíza, ciudad donde confeccionaban máscaras del África occidental, era negro y no había en él ni una gota de sangre taino o española.

—Fue al venir en busca de la toalla —le contó Isidro a su mujer — cuando descubrí el nombre en su brazo, ¡aquí! —Y se señaló la parte alta del suyo derecho—. ¿Sabes qué lleva escrito? ¡Mr. Magic! En letra muy negra, perfilada de un color que un día debió de ser rojo, pero que ahora es sólo rosado y apenas se ve. ¡Vaya con mi míster Magic!

La mujer le aconsejó:

—Cúidate de él.

—¡Pero si es un chollo! —protestó Isidro—. ¡Fíjate cuánto dinero me da!

Y mostró a la mujer varios billetes de veinte dólares. Pero no se lo explicó todo. Resultaba difícil hablar con la lavadora y el televisor en marcha, en el mismo cuarto. Además, a ella no parecía interesarle demasiado. No obstante, aquella noche repitió otra vez:

—Cuídate de él.

En la calle de la Tranca del viejo San Juan había prostitutas que cualquiera podía ver. En Condado, esas mujeres se situaban enfrente de La Concha, otro hotel vacío. Pero ninguna se acercaba a Teddy, ya que Isidro iba a su lado, ocupándose de él, y las prostitutas conocían el Chevrolet negro del taxista. Por la manera en que Teddy miraba a las furcias que lucían sus cuerpos, Isidro supuso que deseaba pasar el rato con una, pero que era demasiado tímido para decirlo. En consecuencia, no puso los ojos en blanco ni preguntó cuál de aquellas mujerzuelas le gustaba más. Quería ofrecerle ese placer sin que pareciese un negocio. Le interesaba atender bien a su turista.

Aquel tercer día de playa, empezó a vislumbrar la posibilidad de arreglar el asunto. Mientras su cliente iba de un lado a otro haciendo fotos, Isidro tuvo tiempo suficiente de observar a las chicas. Parecían muy perezosas y, a la vez, inquietas, moviéndose de forma inútil al son de la música de sus aparatos de radio. Diríase que no tenían nada especial que hacer, sino que esperaban que sucediera algo para distraerse.

Isidro creyó reconocer a una de las mujeres y trató de hacer memoria. ¿Cómo se llamaba? Una noche había salido muy tarde del Caribe Hilton, cansada, para retirarse a su casa de la calle del Parque. El taxista recordaba que le dio su nombre y el número de teléfono, a la vez que decía: «Pero mándeme sólo hombres que se alojen en el Hilton, en el Condado Beach, en el DuPont Plaza o en el Holiday Inn».

Tenía el cabello castaño claro, y la piel de un tono dorado oscuro, y... ¡qué cuerpo! Pero fue su melena lo que le ayudó a reconocerla; la forma en que le caía sobre los hombros y casi cubría uno de sus ojos. Se apartaba el pelo con las puntas de los dedos cuando miraba fijamente a alguien, como si lo hiciese a través de una cortina. Como hacía ahora al hablar con el hombre del bastón.

Iris Ruiz. Ése era su nombre. Isidro la había llamado varias veces para proporcionarle clientes, aunque sin encontrarla en casa. Iris Ruiz. La que ahora hablaba con el hombre del bastón.

De pronto recordó que Iris había estado con aquel mismo

hombre el día anterior, y también el otro. El hombre ocupaba la misma silla de aluminio, leía un libro y tenía el bastón apoyado en el respaldo. La chica, Iris, permanecía arrodillada en la arena mientras conversaba con él, y parecía muy seria. El desconocido alzaba la vista de vez en cuando, para hacer un gesto afirmativo o decir algo, unas cuantas palabras nada más, porque pasaba la mayor parte del tiempo leyendo, aunque escuchara a la joven.

Se le veía bronceado por el sol. No llevaba demasiado cuidado el pelo, ni la barba, pero no por eso dejaba de tener un cierto atractivo, y por lo moreno que era, bien podía ser portorriqueño. Un artista, quizás, un actor, alguien del Instituto de Cultura, tal vez, o un miembro del Partido para la Independencia... Pero eso se debía únicamente a su aspecto, a su tipo. Sin necesidad de oírle hablar, Isidro supo que era estadounidense.

El hombre se apoyó en los brazos de la silla para levantarse. Su cuerpo era delgado, enjuto, y llevaba puesto un *short* de color canela, que antes había sido un pantalón al que le habían cortado las perneras. Decididamente, no era portorriqueño. Iris le tomó del brazo, para ayudarlo. El hombre cojeaba un poco, y se servía del bastón para hacer descansar su pierna derecha. De cualquier forma, no era un inválido, sino que parecía estarse recuperando de una lesión. A Isidro le pareció observar que tenía algo en la cadera, pero sin duda estaba bastante repuesto, pues jugueteaba con el bastón, y parecía que le hacía gracia servirse de éste. La pareja se dirigió hacia el carrito de un vendedor de piña.

Isidro aguardó unos instantes —disfrutando con la vista de las nalgas de la muchacha cuando la pareja pasó frente a él— antes de seguirles hasta el carrito donde el vendedor cortaba la piña con rápidos golpes, sirviendo tajadas a sus clientes. El taxista vio los ojos de la chica cuando sus miradas se cruzaron casualmente, y ella fijó la vista en otra parte, con total indiferencia, sin demostrar reconocerle. En ese momento tuvo la prueba de que aquel hombre no era de Puerto Rico, en efecto, pues le oyó decir de forma sosegada:

—¿Sabes lo que hace la gente de mi país?

—¿Ya estamos otra vez con ésas? —exclamó Iris, aunque sin irritarse.

—Pierden el culo trabajando todo el año —continuó el tipo

barbudo, sin inmutarse, mientras saboreaba un trozo de piña—. Ahorran para poder venir a pasar una semana en Puerto Rico y desnudarse en la playa, y al llegar aquí han de darse mucha prisa para ponerse morenos y, de vuelta a casa, poder lucir el sano color bronceado durante unos cuantos días.

—Yo ya nací morena, y este bronceado no se pierde nunca, vaya donde vaya... Pero ¿qué importa eso, Vincent? Lo que yo quiero es estar donde la gente se mueve y hace cosas, ¡no donde los turistas vienen a pasar una semana...! Miami Beach, donde tú trabajas, parece estar bien, ¿ves? Creo que me gustaría.

Isidro les siguió hasta el borde de la arena.

—Pero tú nunca me dices nada de lo que piensas —dijo Iris—. Escucha, Vincent... Acaban de ofrecerme algo interesante. Conozco al propietario de un hotel; no, de *dos* hoteles... Quiere que vaya a los Estados Unidos, a trabajar para él. Tendría que vestir bien, tratar con señores de negocios...

—¿Para hacer qué?

—Quieres saber muchas cosas.

El turista regresó con su cámara, e Isidro se encaminó al taxi con la sonrisa a punto.

Antes de volver al DuPont Plaza, se detuvieron en el establecimiento fotográfico de la avenida Ashford, donde revelaban los rollos para el día siguiente. Perfecto, porque al pasar por delante de La Concha vieron a un par de prostitutas que, por sus relucientes pantalones y sus cabellos rubios, propios de *gringas*, parecían estudiantes.

—¡Ay! —exclamó Isidro—. Echarles una mirada está muy bien, pero el hombre que desea acostarse con una mujer, tiene que ir con cuidado y saber cuáles están sanas, para no contraer una enfermedad.

—Supongo que usted conoce a unas cuantas, ¿ey? Siendo taxista... —apuntó el turista.

—Sí, desde luego —asintió Isidro.

—Pues yo paso de putas —dijo el turista—. No quiero tener nada que ver con ellas.

—Hace muy bien, ¡muy bien! Esas chicas cobran por hacerlo. Pero hay otras que no: usted no les paga, les hace un regalo, y ya está.

—¿Qué clase de regalo?

—Puede dejarles dinero.

—Entonces, ¿dónde está la diferencia?

—Una cosa es pagar —explicó Isidro—, y otra muy distinta es que la chica se compre luego un regalo. Se ahorra la molestia de elegirlo usted.

—¿Conoce usted a alguna que, sin ser puta, tenga ganas deshacerlo? Ya me entiende —preguntó Teddy.

—Veamos —dijo Isidro—. ¿Una chica que sea muy mona, de piel clara y que use un perfume agradable?

—¡Ey, eso suena bien! —exclamó el turista—. Pero no quiero que se moleste.

—¡No es ninguna molestia!

—Verá —señaló entonces Teddy—; es que no voy a necesitarle más, Isidro. Ahora ya conozco todo esto. Pienso alquilar un coche, ¿sabe?

Aquella noche, su mujer tampoco supo consolarle. Isidro se preguntaba cómo había podido perder a tan buen cliente, a su turista soñado. La mujer le recomendó que rezara a santa Bárbara para darle gracias por verse libre de aquel míster Magic.

A la mañana siguiente, Isidro dijo:

—Tengo una idea: iré a verle y trataré de hacerle comprender que me necesita.

La mujer no hizo ningún comentario, pero cuando se fue en su negro taxi de la marca Chevrolet, con el que había recorrido casi trescientos mil kilómetros, regresando siempre sano y salvo a casa, vio a su mujer en la puerta, en unión de sus cuatro hijos. Era algo que nunca había sucedido.

El plan era éste: recoger las fotografías del turista, llevárselas y negarse en redondo a cobrar lo que habían costado. Un riesgo, sí, pero también una inversión. «No, no. Acéptelo como un regalo por mi satisfacción de conducirle por todas partes, y por su generosidad...» Algo así. Y luego: «Es una pena que no visitara la isla. ¡No se pierda Luquillo! o El Yunque, en plena selva tropical. O Utuado, donde viven los alfareros...».

Las malditas fotos le costaron más de veintisiete dólares.

Permaneció un rato sentado en el taxi, después de recogerlas, pensando en las palabras convenientes. Abrió uno de los sobres; no

por curiosidad, sino para entretenerse. Eran fotos tomadas por el turista en la playa, durante los tres últimos días. Veinticuatro fotos de colorido muy bonito. Isidro las fue mirando poco a poco.

No había llegado ni a la mitad, cuando volvió a repasarlas. ¡Qué interesante...! Echó de nuevo una rápida mirada a las primeras fotografías, antes de continuar. Quería tener la certeza de que la persona retratada en casi todas ellas era la misma, y que no había salido por casualidad. Isidro se sentía cada vez más animado, pero también nervioso, y acabó soltando una carcajada. Las fotos del segundo sobre eran más sedantes: vistas de la parte antigua de la ciudad, de Fortaleza, de la Casa del Callejón...

Sin embargo, todas las fotografías del tercer sobre eran, nuevamente, de la playa de Escambrón. Un vendedor de helados, un hombre exponiendo piezas de joyería sobre una estera...

Chicas, muchas fotos de chicas, y luego diversas instantáneas con tal exceso de luz que apenas se veía nada... Pero de las cuarenta y dos fotos obtenidas en la playa, veinte. —Isidro las contó— eran de Iris Ruiz. Parecían incluso más de veinte, mirándolas una detrás de otra: Iris en diferentes posturas. Era evidente que, cada vez que iba a la playa, Teddy se había dedicado a fotografiar a la muchacha con el teleobjetivo.

Iris conversando con el hombre del bastón, gesticulando, sentada de diversas maneras. Iris echada al lado de Vincent, encima de la toalla. De pie detrás de él, con las manos apoyadas en su cabeza mientras el hombre intentaba leer su libro. Besándole. De paseo con él...

«¡Uf, tío!», se dijo. Isidro vio esas fotos y tuvo la mejor idea de su vida. Se encaminó a casa de Iris Ruiz, en la calle del Parque, y llamó a la puerta de su piso.

Iris se disponía a salir. Llevaba un bolso blanco debajo del brazo, y mostraba un rostro ceñudo. De momento, Isidro creyó que aquel mohín se debía a que no le había reconocido, pero pronto comprobó que eso de fruncir el ceño era costumbre en ella. Cuando se presentó y le recordó unas cuantas cosas, la joven movió la cabeza y dijo en inglés:

—Creo que se equivoca.

Isidro indicó entonces:

—Por mí no te preocupes, pero... —y la siguió escaleras abajo—

debo hablarte de ese tipo, porque vale la pena. ¡Se encuentra uno así entre un millón! Escucha... ¿Adónde vas? Sube a mi taxi, ¡te llevo gratis!

Eso de hacerla subir a su taxi formaba parte del plan, claro. Luego le entregó el sobre de las fotografías, dejando que lo abriese ella misma. Sin duda con curiosidad, porque a todo el mundo le gusta ver fotos.

Iris miró cinco o seis, volvió a fruncir el ceño y dijo, siempre en inglés:

—¿Por qué me enseña esto! ¡No quiero ver nunca más a ese individuo!

Y arrojó las fotos contra el parabrisas.

Isidro tuvo que parar el taxi, agacharse para recoger las que habían caído al suelo, limpiarlas contra la pernera de su pantalón y ver si no estaban estropeadas. También él tenía expresión de disgusto en la cara, cuando gruñó:

—¿Qué pasa? No te enseño fotos de él, de tu amigo, quien quiera que sea...

—Dejó de ser mi amigo.

—Muy bien, pero... ¿qué me importa él? Yo sólo te muestro las fotos donde apareces tú —agregó Isidro, que se esforzaba por resultar menos brusco, y comentó—: En todas ellas, estás como para comerte.

Volvió a poner las fotos en manos de la chica e insistió:

—En cuanto a ese Teddy, nunca vi a otro hombre con una mirada semejante en los ojos. ¡Creo que te adora!

—¿Ah, sí?

—Escucha, es un chollo, te lo aseguro. Bien educado, huele bien, lleva las uñas limpias... Me imagino que te llevaría a cenar a «Howard Johnson».

—Pienso irme muy pronto a los Estados Unidos. Es cosa de días.

—Lleva los billetes de cien dólares en un cinturón, debajo de la camisa...

—¿Dónde se aloja? —preguntó Iris de repente.

Fueron al DuPont Plaza. Pero el turista no estaba allí. El portero dijo:

—¡Ah! ¿Aquél? Salió con su cámara fotográfica a cuestas.

Isidro recorrió lentamente la avenida Ashford. Nervioso,

intentando concentrarse en los turistas. Con una Iris ceñuda detrás, que le decía que iba a llegar tarde a su cita...

De pronto apareció Teddy con su camisa floreada y su aparato colgado del hombro. Salía de

Walgreen's

. Isidro dio gracias a Dios. Desde luego, la presencia del americano era agradable.

—Parece uno de esos que le tienen miedo a la oscuridad —dijo Iris.

—Te encantará, como a mí —replicó Isidro.

—¿Quiere creerlo, o no? —le contó Isidro a Teddy—. Le vio en la playa y tiene deseos de conocerle.

Los dos estaban delante de

Walgreen's

. Numerosos turistas iban y venían por su lado. Teddy se ajustó las gafas para mirar con timidez hacia el taxi.

—¿Cómo dio con ella?

—Cuando fui a por las fotos. Fue una suerte, ¿no? Me reconoció por haberme visto con usted. Yo le dije, claro, que le conocía. Y que suponía que a usted también le gustaría encontrarse con ella.

—¿Qué dijo, exactamente?

—Quiso saber si yo le llevaba a usted en mi taxi. «¡Claro! —contesté yo—. ¡A lo mejor querrá retratarla!»

Isidro vio una gran ocasión y se tomó la libertad de guiñarle un ojo al turista, añadiendo:

—Es una chica estupenda. Ahora tiene una cita en Isla Verde, pero creo que luego estará libre.

Y le condujo a su taxi.

De momento, Isidro se llevó un chasco. Iris no se movió del asiento delantero, para demostrar que era una joven seriecita, y ni siquiera se volvió del todo. Con la barbilla apoyada en el respaldo, entretuvo —eso sí— al turista con sus ojos y su lengua. Isidro esperaba que supiera lo que hacía. Tanto él como ella se portaban de modo tan cortés, que no daba crédito a sus oídos.

—¿Disfruta con sus vacaciones?

—¡Mucho!

—¿Le agrada Puerto Rico?

—Es realmente encantador.

—Y el clima es bueno, ¿verdad?

—¡Perfecto!

¡Dios santo! Isidro se moría de ganas de mirar por el retrovisor y decir: «¡Pero, hombre, si usted hizo veinte fotos a esta chica! ¿La desea o no?». Pero se calló. Por lo menos, el turista volvía a utilizar su taxi. Ahora, Iris le contaba que pronto viajaría a Estados Unidos. A Atlantic City.

—La compañía a la que precisamente acudo esta tarde, me ofrece una colocación.

«Y tú te las sabes todas», pensó Isidro.

Lo sorprendente fue lo que entonces dijo Teddy:

—¿De veras? Pues yo soy de allá cerca. Nací en Camden, Nueva Jersey. Mi madre vive en Margate, que está tocando a Atlantic City. ¿Conoce esa ciudad?

Iris contestó que no. En cambio, había estado en Miami, y lo cierto era que no le había gustado mucho.

El turista explicó:

—Si desde Atlantic City camina el Boardwalk abajo, llegará a Ventnor, y luego a Margate. En realidad, todo es una misma cosa. ¿Me entiende? Una sola ciudad. Yo también viví una temporada en Miami, y me ocurrió lo mismo que a usted: no me gusta.

—Yo pensaba ir a vivir a Miami Beach —explicó Iris—, pero cambié de idea. Prefiero Atlantic City.

—Allí hay mucho más que hacer —dijo el turista.

«Dile lo que piensas hacerle a ella», pensó Isidro, de cara al espejo.

—Quieren que trabaje de azafata —señaló Iris—. Hay mucho movimiento social en la compañía.

—De azafata... —repitió Teddy—. Hay unas cuantas en Atlantic City.

—El propio jefe, míster Tommy Donovan, me ofreció la colocación. Es dueño de un hotel muy grande que hay en Isla Verde. Ahora voy allá. Está loco por que trabaje para él. Así me lo dijo.

«¡Anda, espábilate!», pensó Isidro. Ya no sabía qué hacer.

Abandonaron la carretera principal y pronto se hallaron junto a la playa, delante del hotel y casino que parecía una mezquita entre

palmeras. Al menos, en parte. Tres pisos de estilo neomorisco con arcos y una cúpula en forma de pala: un corazón invertido de cara al cielo. Letreros de todos los tamaños anunciaban, aquí y allá: *Su descanso en Isla Verde*.

—¡Qué sitio, ey! —comentó el turista.

El hotel, todo él de cemento acanelado y vidrio oscuro, se elevaba con sus quince pisos en el extremo oriental del casino.

—Pues no es nada, en comparación con el hotel de Atlantic City donde voy a trabajar de azafata —dijo Iris.

Con ello quiso dar a entender al turista que era muy poco para ella. La muchacha dejó el taxi sin molestarse en dar las gracias a Isidro.

—Puedo facilitarle su dirección —indicó el taxista—. Calle del Parque, número 52. Muy cerca de su hotel.

El turista la siguió con la mirada hasta que Iris hubo entrado en el casino. Sólo entonces cambió de sitio y tomó asiento junto al chófer. Abrió uno de los sobres, miró las fotos durante unos momentos y dijo:

—Vayamos a dar un paseo.

Isidro había recuperado a su turista y estaba tan contento, que confesó:

—Recogí las fotografías con el fin de poder hablarle y, quizá, volver a serle útil.

Teddy parecía satisfecho y no dejaba de contemplar el paisaje mientras se dirigían a Carolina por la autopista.

—¡Hay tanto que ver en esta isla! —prosiguió Isidro—. Antes, todo estaba cubierto de cañas de azúcar. Ahora, ya lo ve, han hecho aparcamientos. Y allá enfrente construyen casas de pisos.

El turista miró por su ventanilla y luego, al volver lentamente la cara, Isidro comprobó que, detrás de las oscuras gafas de sol, la expresión de sus ojos era muy seria. Se le veía interesado, pero sin entusiasmo. No preguntaba, como de costumbre: «¿Qué es eso? ¿Y aquello?». En cambio dijo:

—¿Por qué se imagina que deseaba conocerla?

—Bueno, es una chica simpática, muy guapa, y parece educada... Podemos ir hacia el norte, a Loíza, que es donde yo nací.

Allí, si quiere, puede comprar una de las famosas máscaras de *vejigante*, para su madre...

El turista no contestó.

—O le puedo llevar a El Yunque. ¿No lo oyó nombrar? Hay preciosas selvas tropicales...

—Vayamos —asintió el turista, e Isidro respiró.

Al menos tendría a su turista durante el resto del día y podría mostrarle las vistas, algunas cosas dignas de ver a lo largo del camino y, de paso, hacer alarde de su experiencia como conductor: venga a tocar el claxon al tomar cerradas curvas de montaña, introduciéndose por oscuros túneles de milenarios árboles llamados tabonucos, siempre procurando escapar del tremendo ruido de los autocares... Porque todo el mundo iba a El Yunque, el lugar más visitado de la isla.

—¡Vea cómo eran las selvas, antes de que existiera el hombre! Unas selvas donde las ranas viven en los árboles, y en las ramas crecen plantas con flores...

Pero el turista ni siquiera alzó la cámara.

—¿No piensa hacer fotografías?

—Puedo comprar postales de esto.

No estaba de buen humor. Ni siquiera quiso entrar en el Rain Forest Restaurant, porque no sentía apetito. Y al llegar al Visitor Center, dijo:

—¡Apartémonos de esos malditos autocares!

Isidro retiró una barrera colocada en la carretera a causa de un corrimiento de tierras. El suelo estaba resbaladizo en algunos puntos, pero no había peligro. Nadie se ocupaba de quitar el barro. Aquello pareció atraer más a Teddy. Por lo menos, no había gente. Era como una jungla en las nubes. El turista dijo:

—Dejemos el coche y demos un paseo.

—Muy bien.

Isidro encontró en el acto un sitio para el coche, en uno de los caminos laterales que daban a la carretera. Por si pasaba uno de los guardias del parque.

—A esos tipos les gusta darse importancia —explicó—, y chillarles a los conductores.

Teddy eligió un sendero donde un indicador decía: *Vereda de El Yunque*. Lo dejaron atrás y, por fin, se hallaron en un espacio

abierto cuyo extremo caía a pico más de cien metros, y abajo, encima de las copas de los árboles, había una capa de neblina. Una hermosura. Isidro tuvo la sensación de que, si saltaba, aterrizaría sobre una suave esponja verde. Entonces vio que el turista abría la funda de la cámara, extraía el aparato y se lo colgaba del cuello. Y que, después de contemplar un momento el paisaje, le miraba a él y levantaba la cámara, apartándose del precipicio.

—Sonría —dijo.

Isidro adoptó la postura que le pareció adecuada, y trató de sonreír. A sus espaldas no tenía más que nubes. Creía que era la primera foto que el turista sacaba de él.

—¿Quiere que le haga una a usted? —preguntó.

—No; no se mueva.

Teddy tomó una segunda foto y, de pronto, inquirió:

—Y ahora dígame qué se propone.

Algo iba mal. Lo leía en el rostro del turista. No estaba muy serio, pero tampoco se le veía amable. Su cara no reflejaba alegría ni disgusto; no reflejaba nada. Se quitó las gafas de sol, se las guardó en el bolsillo de la camisa y dijo:

—¿Le preguntan muchas cosas acerca de mí?

Fue como si el hombre se hubiese quitado un disfraz e Isidro le viese ahora por primera vez. Los ojos del turista parecían pequeños clavos que se hundieran en él, acusándole de haber cometido una falta, de no haber sido capaz de observar nada. Durante un segundo cruzó su mente el recuerdo de su mujer, cuando le hablaba por encima del ruido de la lavadora y del televisor.

El taxista se sintió desconcertado, y eso, a la vez, le inquietó.

—¿Cómo? ¡Nadie me preguntó nada!

—¿No? ¿Ni le pagaron?

—No sé a qué se refiere, míster...

Lo único que sabía Isidro, era que aquel hombre había dejado de ser su chollo.

—Dígame la verdad: ¿es cierto que la chica se dirigió a usted?

—Sí; deseaba conocerle.

—¡Siga!

—Dije que bueno... Creí que a usted le gustaba mucho.

—Creía eso, ¿ey? ¿Y por qué?

—¡Hombre, por las fotos que usted había sacado de ella!

Vio que el turista le miraba con fijeza, que esbozaba una sonrisa, movía la cabeza de delante atrás y decía:

—¡Ah, mierda...! Miró las fotos que recogió esta mañana, ¿no?

Isidro hizo un gesto de afirmación. ¿Por qué no admitirlo? El turista ya no parecía enfadado.

—Pero no las estropeé. Sólo les eché una ojeada.

—Usted supuso que me gustaba Iris, y pensó aprovecharse...
¡Todo fue idea suya!

—Si le gusta o no, es cosa suya. A mí no me importa.

El turista seguía con su pequeña sonrisa, y de repente dijo:

—¡Jodido imbécil! No le sacaba fotos a *ella*.

Isidro vio que el turista introducía una mano en la funda de la cámara y extraía... una pistola automática, de las pesadas. Un turista como él tendría que haber llevado rollos de fotografía y, si acaso, una loción bronceadora, pero... ¡nunca una pistola! ¿O acaso no era un turista? Si era un tío raro, si estaba pirado, bueno, eso, a fin de cuentas, no era tan malo. Pero hacerse el loco, ponerse gafas oscuras a modo de máscara, asustar a la gente... No, no tenía sentido que quisiera asustarle a él. Por eso gritó:

—¡Pero usted bien que la había retratado!

—Sí, y también al tipo que estaba con ella.

Isidro calló un momento, sin acabar de entender lo que sucedía; pero entonces comprendió, vio lo que el extranjero iba a hacer, y volvió a gritar:

—¡Un momento...!

El turista le disparó en la cabeza, casi entre los ojos. Prestó atención al eco y disparó de nuevo hasta tener a la víctima en el suelo. Luego empujó su cuerpo por el barro hasta el borde del precipicio, y lo arrojó a la capa de nubes que había abajo.

Teddy se tomó un «julepe escarchado a la Selva Tropical» en el restaurante. No estaba mal. Después compró un papagayo de artesanía, pintado a mano, para su mamá; se encaminó a continuación a uno de los grises autobuses de línea en el que había un grupo de visitantes, y llegó de regreso a San Juan a eso de las seis, la hora en que el tráfico en la avenida Ashford es más intenso. ¡Había que ver a qué volumen ponían sus aparatos de radio los

portorriqueños, caramba! El día había sido, para él, como una patada en el culo. Pero aquello le despabiló. Le hacía bien dar vueltas por ahí, sin rumbo fijo, e ir meditando su plan, para poder acabar saliéndose con la suya.

3

El RESTAURANTE llamado El Cidreño ofrecía cocina criolla y era popular entre los investigadores de la brigada criminal pertenecientes a la jefatura de policía de la avenida Roosevelt de Hato Rey.

Entraban en el local o lo vigilaban desde sus mesas. En esta ocasión, por ejemplo, les llamaba la atención un tipo barbudo que hablaba con Lorendo Paz, a quien parecía informar. Valía la pena mirarle. El pelo, la camisa de trabajo que sin duda le habían dado en Bayamón... Atrapado en un asunto de drogas, sin duda, se había caído luego por una ventana —el motivo por el que usaba bastón— y, tras un mes de caponera, se habría declarado dispuesto a colaborar. Pero Lorendo Paz, siempre correctamente vestido y hoy luciendo el traje de color crema, se llevó la servilleta al bien recortado bigote para luego dejarla con una sonrisa, conversando con el individuo como si fuesen buenos amigos. Los policías que observaban la escena desde sus mesas llegaron a la conclusión de que, como confidente o DEA, necesitaba vestir de aquella manera: camisa de *junkie*, vaqueros y sandalias de goma... Pero si estaba bajo protección o era informador, ¿qué hacía hablando en público con un investigador de la brigada criminal? Finalmente, un policía famoso por su determinación dejó su pollo con plátano, se encaminó a la mesa ocupada por Lorendo Paz y el tipo de la barba, y dijo:

—Necesito hablar luego contigo, Lorendo.

Éste contestó:

—Desde luego. Por cierto, que deseo presentarte a Vincent Mora. Pertenecer a la policía de Miami Beach, al departamento de detectives. Hace mucho que nos conocemos. Desde la escuela del FBI. Vincent lleva aquí casi dos meses, con permiso de convalecencia. Un ladrón le pegó un tiro en la cadera.

—¡Oh...!

Después de eso, los investigadores echaron una mirada y se preguntaron si el individuo de la barba, aquel Vincent, valía la pena. ¿Un ladrón había disparado contra él? ¿Y qué le había sucedido al ladrón? Si decían que había escapado, quizá no fuese un ladrón el que le pegó un tiro, sino un marido afrentado. Los investigadores se divertían con tal posibilidad mientras comían sus frijoles con arroz y su pollo con plátanos, haciendo conjeturas sobre la forma en que habría tenido efecto el tiroteo. La suposición favorita consistía en un Vincent que saliera por una ventana, desnudo, y... ¡pam!

Vincent Mora. Ese hombre no parecía portorriqueño, aunque por su apellido pudiera serlo. Y... con el dinero que cobraban los policías estadounidenses, ¿por qué no se compraba ropas mejores? ¿Y qué demonios hablaría tan intensamente con Lorendo?

Vincent hablaba de Iris Ruiz.

Lorendo puso cara de cansado, lo que no le costó ningún esfuerzo, y le dijo a Vincent que hinchaba tanto lo de Iris Ruiz porque necesitaba hacer algo que fuese importante para él y concerniese a la vida de una persona, pero no porque Iris fuese un caso especial. En San Juan había miles de Iris Ruiz.

Vincent le miró con los ojos entreabiertos. Entonces Lorendo subió de categoría a Iris Ruiz. Desde luego, no había otra como ella. Una chica fantástica, sí. Con unos ojos como para dejarte sin respiración. Tenía estilo, clase y personalidad, y cada semana iba al médico para comprobar su estado de salud.

Vincent meneó la cabeza, y Lorendo dijo:

—Lo que ahora te pasa a ti, lo hemos visto los dos suficientes veces... No es raro que un policía sienta algo por una prostituta. Desea convertirse en su salvador, cambiarla, volver a hacer de ella lo que fue..., ¿no?, antes de que descubriera el dinero que podía

proporcionarle cierta cosita peluda.

—No me gusta oírte hablar así —protestó Vincent.

—¡Ah...! ¿Qué es lo que te atrae de ella, pues? ¿Su manera de ser? ¿Su inteligencia?

—No sé lo que ocurrió —confesó Vincent—. Desde que me hirió aquel tipo, siempre ando excitado. Ya en el hospital, con sólo mirar a las enfermeras. Pero no se trata ya de las enfermeras, sino de prácticamente todas las mujeres. Verlas y desnudarlas en mi mente, todo es uno. No me sucede con todas, pero sí con más de las que te figuras.

—¿Y a quién no le pasa eso? —exclamó Lorendo—. No hace falta que te peguen un tiro.

—Pero es que me sucede una y otra vez. ¡Continuamente, Lorendo!

—Es la edad. ¿Cuántos años tienes ahora?, ¿cuarenta?

—Cuarenta y uno —contestó Vincent, con un gesto de asentimiento.

—Es la edad, ¡seguro! También pudo influir lo de tu herida, claro... Uno se da cuenta de que no vivirá eternamente, y no quiere perderse nada.

—Quizá... ¿Te hirieron alguna vez?

—No. Tuve suerte.

—Pero puede ocurrir cuando menos lo esperes —señaló Vincent—. Yo estaba fuera de servicio. Volvía a casa... —Y continuó—: Sabes que podría retirarme dentro de quince años. Incluso podría quedarme ahora mismo aquí y cobrar, durante el resto de mi vida, las tres cuartas partes de mi paga... Tendría de sobra para comprarme montones de filetes de bacalo frito y de gambas rebozadas, así como encontrar un bonito lugar junto a la playa. Podría vivir aquí. ¿Por qué no? Y contaría con los medios necesarios para casarme de nuevo. Eso es lo que hace la gente: ¡casarse! Pero no me casaría con Iris. Tal cosa no me pasó nunca por la cabeza.

—Bien. Veo que aún tienes posibilidades.

—¿Sabes lo que se desayuna esa chica? ¡Tostadas y una Coca-Cola

!

—Lo que tú necesitas, es volver al trabajo —dijo Lorendo—. Crees que ella tiene un problema, y el problema lo tienes tú. Te

muestras cariñoso con una muchacha de ésas, le das todo cuanto quiere y, entonces, todo marcha bien. Pero... si no cedés en algo, ¿qué sucede?

—Lloriquea, rompe cosas...

Lorendo le miró pasmado.

—Te digo, Vincent —insistió—, que esa pequeña te tiene agarrado por el *bicho*... ¿No te das cuenta?

—Sólo habla de trasladarse a Estados Unidos.

—¡Naturalmente! El sueño de todas esas mujeres es casarse con un tío rico. No buscan otra cosa. Métete en ese lío, y... ¡ya me dirás tú cómo sales!

—Iris se va, Lorendo... Dice que ese Donovan, dueño del hotel, le ofrece colocación como azafata en Atlantic City.

—¡Ah, Tommy Donovan...! —exclamó Lorendo—. Por fin llegamos a algo claro.

—Pero no aquí, ¿eh? ¡En Atlantic City!

—Ya te oí. Construyeron ese hotel el pasado año. Costó cien millones de dólares.

—Quiero hablar con él.

—Ve a su hotel. El autobús T 1 te llevará.

—Nunca está en su despacho —dijo Vincent—. O se encuentra reunido. Y su teléfono particular no aparece en la guía.

—Por eso me invitaste a comer. Quieres que averigüe ese número, ¿no es cierto?

—Y su dirección. Necesito verle cara a cara.

—No lo creo —replicó Lorendo—. ¿Vas a ver a ese tipo, presidente de una de las principales compañías privadas de Puerto Rico..., que se dedica a la explotación de terrenos..., está metido en los casinos, además, y... vas a hablarle de Iris?

—Diste en el clavo —dijo Vincent, a la vez que apartaba el plato lleno de caparazones de gambas para apoyarse en la mesa—. Explícame por qué un hombre como ése quiere llevarse a Atlantic City a una chica como Iris. Como azafata, sea la clase de azafata que sea...

—Porque —respondió Lorendo—. Donovan puede hacer lo que le venga en gana. ¡Eso es lo que te molesta a ti! Cada vez lo veo más claro. Le tienes rabia a Tommy Donovan. No importa que tú no quieras a Iris para ti: ¡no estás dispuesto a permitir que la tenga él!

Vincent... —prosiguió Lorendo—. No olvides que Iris es una puta, y todas éstas van donde hay movimiento.

—Ella deja esa vida.

—¿Lo crees en serio?

—Dame la dirección de Donovan —pidió Vincent—. ¿Me harás ese favor?

Mientras pagaba la cuenta, Lorendo esperó fuera, hablando con el agente que se había acercado a su mesa. Éste saludó a Vincent con un gesto con la cabeza, cuando salió, echando de paso una mirada a su bastón de rota y a sus sandalias de goma. Lorendo dijo:

—Vincent, mi compañero decía que le gustaría saber qué fue del hombre que disparó contra ti.

—Murió camino del hospital —contestó Vincent, mirando directamente a los ojos del hombre—. Creo que había perdido las ganas de vivir.

Calle del Parque, número 52. Escaleras arriba.

Teddy llamó a la puerta con los nudillos, e insistió e insistió hasta que se abrió cosa de un par de pulgadas y, por encima de la pequeña cadena, le miró una bonita muchacha de cara soñolienta. Por lo que le permitieron ver los revueltos cabellos, tenía los ojos algo hinchados.

—Hola. ¿Me recuerda?

—Estaba dormida —contestó Iris.

—Nos vimos ayer en el taxi. ¿Cómo resultó su entrevista? Usted dijo que se iba a Atlantic City, y pensé que... que quizá pudiese hacerme un favor.

—¿Por qué no vuelve en otro momento?

Teddy mostró a Iris un arrugado billete de cien dólares, doblado dos veces, que sostenía entre las puntas de dos dedos, y lo apoyó en la cadena de la puerta, delante de las narices de la chica.

—Necesito que entregue algo de mi parte. Es decir, si se va.

La joven pareció despertar a la vista del billete.

—Todavía no lo sé seguro —dijo—. Tal vez mañana o pasado.

—Eso sería perfecto. Mire, el cumpleaños de mi madre es muy pronto. Tengo algo muy especial para ella... —explicó, tocando la funda de la cámara que llevaba colgada de un hombro—, pero no lo

recibirá a tiempo si lo envío por correo. Había pensado... Verá, de Atlantic City a Margate, que es donde ella vive, hay muy poca distancia. ¿Jugó usted alguna vez al *Monopoly*? Mi madre está en Marvin Gardens.

—¿Y qué quiere? —inquirió Iris con el ceño fruncido.

—Coja un taxi, y llega allí en unos minutos.

—¿Por ese dinero?

—Vale la pena. Mamá va a cumplir setenta años.

A Teddy le sorprendió que una muchacha portorriqueña fuese tan cauta. Él solía entrar en los apartamentos sirviéndose de la vieja excusa de la encuesta. «Buenos días..., pertenezco a International Incorporated —y enseñaba un carnet falso—. Estamos realizando un estudio para averiguar lo que las señoritas jóvenes como usted piensan de la actual tendencia a...» Esas chicas se tragaban cualquier cosa.

El hombre retiró el billete cuando Iris cerró la puerta para soltar la cadena, y al instante estuvo dentro. La vivienda se hallaba casi a oscuras, y en ella reinaba el silencio. Como a Teddy le gustaba. Los ruidos de la calle llegaban ya muy amortiguados. La estancia olía ligeramente a perfume o incienso. Iris mantenía cerrada su bata de seda verde, pero luego, más relajada, bostezó, y la bata se entreabrió sin que ella se diese demasiada prisa en volver a ajustársela. Teddy observó que sólo llevaba debajo unas diminutas bragas blancas. Pese a que nadie le había invitado, se dejó caer en una silla tapizada de pegajoso plástico. ¡Ya estaba dentro! Al introducir la mano en el estuche de la cámara, poco le faltó para soltar su retahila: «¿Me permite preguntar qué profesión tiene su marido? Se encuentra trabajando, ¿no?». Pero reaccionó a tiempo y dijo, a la vez que sacaba el papagayo de artesanía envuelto en papel de seda:

—No tengo ninguna caja ni nada adecuado para enviarlo.

Le interesaba perder algunos minutos para cerciorarse de que estaban solos en el piso. En cierta ocasión, de pronto había salido un tipo peludo y corpulento del dormitorio, sin más prendas que el calzoncillo y la camiseta... Iris bostezó de nuevo. Los cabellos le caían sobre la cara. Tenía un atractivo especial, con aquel aspecto de soñolienta. La joven se estiró, arqueando la espalda. Al volver a abrirse la bata, Teddy pudo descubrir un oscuro pezón, grande y

marcado. También eso le gustó.

—¿Cómo está su amigo?

—¿Mi amigo? ¿Quién es?

—El tipo con quien va cada día a la playa.

—¿Ése? ¡Ni siquiera es amigo mío! Oiga..., ¿cuándo piensa pagarme?

—Quizá me equivoque. Le vi una vez. ¿No se llama Vincent Mora?

—Vincent, sí.

—¿Vive aquí, con usted?

—¿Se ha vuelto loco?

—Tuve la impresión de que sus relaciones con él eran muy estrechas.

—¿Qué ha sido del billete que tenía usted en la mano?

—Aquí sigue —dijo Teddy, mostrándoselo.

—¿Qué es lo que debo entregar a su madre?

—Esto —y le enseñó el paquete—. Es un papagayo. A mamá le gustan mucho. Tiene uno de verdad, que suele posarse en una percha colocada fuera de la jaula. ¿Sabe qué dice?

Iris meneó la cabeza.

Teddy hizo un esfuerzo con la garganta para imitar al ave:

—Dice «¡Hola, May! ¡Hola, May! ¿Quieres beber algo?». Eso dice a su manera, sí. Se llama Budy. En casa de mi madre hay platos y tazas y ceniceros con dibujos de papagayos. Y en la repisa de la chimenea hay papagayos de porcelana. Incluso recuerdo un almohadón de satén en forma de papagayo. A mi madre le encantan... Pues sí: yo creía que usted y Vincent vivían juntos.

Iris contestó:

—Nada de eso, José.

Teddy esbozó una sonrisa.

—Tiene gracia... Pero ahora dígame: ¿es cierto que Vincent se aloja cerca del Hilton, en la calle inmediata? ¿En los apartamentos Carmen? Es lo que averigüé cuando llamé a su oficina.

—Sí; vive en esos apartamentos.

—Allí hay también un establecimiento de bebidas, ¿no? No vi ningún rótulo ni nada, y no estaba seguro.

—Vincent ocupa el piso inferior —repuso Iris, sin apartar la vista del billete de cien dólares.

—Cerca de la playa —comentó Teddy, al mismo tiempo que recorría la pieza con la vista—. Usted vive aquí sola, ¿ey?

—Hasta que me traslade a Estados Unidos. Ansíoirme de una vez.

—¿Trae hombres a esta casa?

Iris arrugó la frente y le lanzó una mirada furibunda: «Se levantó de mal humor», pensó Teddy.

—¿Por qué me hace esas preguntas? ¿Quiere que me encargue de llevarle el regalo a su madre? Bien. Entonces deme el dinero.

Teddy dobló el billete con el pulgar y otros dos dedos, y luego le dio forma cuadrada.

—¡Ahí va! —rió, y se lo arrojó.

La muchacha soltó la bata y cogió el billete, demostrando que el mal humor no influía en sus reflejos. Probablemente había recibido dinero de maneras muy originales. El hombre observó que se lo metía debajo de la goma de las bragas.

—Vuelvo enseguida —dijo Iris, y salió de la habitación.

Teddy aguardó unos instantes y luego la siguió a través del pequeño recibidor que, en su lado izquierdo, daba a la alcoba. La observó desde la puerta. Ella estaba de espaldas a él, se sacó el billete de las bragas y lo introdujo en el cajón superior de una cómoda. En el suelo había prendas de vestir. La cama estaba en completo desorden, con las sábanas hechas un lío. Pero era una cama, e Iris se encontraba tocando a ella. ¡Qué sencillo!

La joven se volvió y miró a los ojos a Teddy, sin dar muestras de sorpresa.

—¿Me disculpará? Deseo acostarme otra vez.

¿Debía ceder? No; se presentaba demasiado fácil. Lo mejor siempre había sido ver el terror reflejado en los ojos de las mujeres, al darse cuenta de que no se trataba de una encuesta y de decir, simplemente, lo que las amas de casa preferían...

Esto era distinto. Bien mirado, *era* una averiguación. Ahora ya sabía dónde vivía Vincent Mora. Y si procedía con cuidado, si no se dejaba cegar, podría divertirse con la chica. Con la pareja del policía. Probar cómo resultaba. Por eso dijo:

—¿Y si me acostara contigo?

—¡Por favor! —exclamó Iris—. Estoy muy cansada.

Teddy se levantó la camisa para enseñarle el cinturón repleto de

dinero, que parecía un salvavidas de nilón azul.

—¿Sabes qué es esto?

La expresión de la muchacha cambió. Su boca estaba ligeramente abierta, como si vacilara antes de decirlo. Por fin preguntó:

—¿Es el flotador que usa para nadar?

Teddy sonrió.

—Eres lista, pequeña. ¿Lo sabías?

Ella no apartaba la vista del extraño cinturón.

—¿Qué guarda ahí dentro?

—Veamos —dijo Teddy, apoyando la barbilla en su pecho mientras corría la cremallera de aquella curiosa cavidad—. Llevo un peine, una navajita que uso para limpiarme las uñas, una cajetilla de tabaco, pastillas de menta... A ver qué más sale... Unas sandalias de goma..., cosas de mamá, sin duda...

Teddy alzó la vista y guiñó un ojo al decir eso, pero ella permaneció seria. Continuó el hombre su inventario y consiguió dar una nota de sorpresa a su voz al exclamar:

—¡Caramba! ¿Qué es esto? Parece un fajo de billetes...

—Espero que no crea que, por darme dinero, le voy a dejar acostarse conmigo... —dijo Iris.

—¡Nada de eso, *José...*! —contestó Teddy con otra risita. «¡Mierda!», pensó—. Desde luego, quiero acostarme contigo, cariño, y antes de irme te dejaré un regalo... Supongo que me entiendes.

—Ya. Porque me adoras, ¿no?

—No sólo eso —confesó Teddy—. Vas a ser la primera después de siete años.

Iris le miró ceñuda.

—¿No lo has hecho desde entonces?

—Con una mujer, no —dijo Teddy—. Estuve... ausente.

Aquella tarde, después de almorzar con Lorendo Paz, Vincent se duchó. Aún recordaba lo hablado a la salida del restaurante, respecto del tipo que disparara contra él. «Murió —había dicho—. Creo que había perdido las ganas de vivir.»

Una conversación entre policías. Sin cumplidos; espontánea. Probablemente, los policías necesitaban quitar importancia a una

cosa así. Sin embargo, podría haber preguntado sobre el posible modo de espantar a los delincuentes con objeto de mantenerles con vida... ¿Qué opinarían sobre esto los demás? Ocupado su pensamiento en el problema, no tuvo suficiente cuidado y resbaló al salir de la ducha, golpeándose la cadera contra la pared de azulejos. ¡Qué dolor! Tuvo que sentarse en el borde de la cama para ponerse los pantalones caqui que acababan de traerle de la lavandería. Decidió combinar esa prenda con una camisa azul, corbata también azul pero más oscura, y la chaqueta de hilo que le había costado noventa pavos en la avenida Ashford y hacía juego con el pantalón, aunque era más clara. Quería estar lo más elegante posible para su entrevista con mister Donovan.

Se miró en el espejo del cuarto de baño. Acercándose un poco más, tomó las tijeras y se recortó un poco la barba. Incluso tuvo tentaciones de quitarse las hebras de plata que asomaban entre medio del resto del pelo. Vincent se dijo, en el silencio de su apartamento, que se hacía viejo... Tendría que afeitarse la barba para que con ella desapareciesen las canas. Por otra parte le gustaba la barba, y eso, para él, era un compromiso. Si se decidía a permanecer en Puerto Rico, la vida seguiría igual. En realidad no sabía qué quería. De dejar la policía y continuar aquí, ¿lo haría porque el tipo disparó contra él, o porque él disparó contra aquel tipo? ¿Iba a ver a Donovan porque le preocupaba Iris? ¿Debía volver a su oficio y a su anterior vida llena de movimiento? Le resultaba difícil analizarse a sí mismo.

La cadera aún le dolía cuando, apoyado en su bastón, atravesó el patio de los apartamentos Carmen, que servía de pequeño lugar de estacionamiento al comercio de bebidas alcohólicas. En San Juan, la gente aparcaba en las aceras. O digamos que aparcaba donde le venía en gana. Vincent se abrió paso entre los coches. Se preguntaba qué era mejor, si caminar hasta Fernández Juncos, aunque sintiera molestias, para tomar allí el autobús de la línea T 1, o hacerse llevar a Isla Verde por uno de los taxis que siempre aguardaban junto al Hilton. Sin un coche a su disposición, la vida era muy incómoda. Vincent se habría conformado con otro Plymouth Reliant gris, por muy tronado que estuviese.

El tipo del sombrero de paja y gafas de sol estudiaba un mapa extendido sobre el techo de su coche. Levantó la vista y dijo:

—Disculpe...

Como si no estuviera seguro de si debía ser disculpado o no.

Vincent recordó haberle visto en la playa: era el turista que iba en un taxi negro y tomaba fotos.

—Creo que me extravié.

El policía estuvo a punto de contestar: «No, no se extravió para nada». Su adiestrada mente le decía que el turista le había esperado, lo que podía significar que le había seguido o que sabía de antemano dónde tenía su domicilio. Ese turista no andaba perdido. No había en sus ojos la lógica expresión de fastidio o desamparo. El hombre sonreía como queriendo decir: «¡Mira qué guapo soy!». Y Vincent pensó: «¡Y una mierda! Este tío va de duro por la vida». Individuos como ése le ponían muy nervioso.

—Vengo de Condado Beach —explicó el turista—. Por el puente había tráfico en ambas direcciones, pero ahora han dejado un solo carril, y no sé cómo regresar.

No era mala idea la de ese tipo. Tal vez fuese interesante conocerle mejor. Vincent dijo que le mostraría el camino, y se introdujo en el coche. Luego se arrepintió, porque el turista conducía de manera desastrosa. El policía notó que el hombre le miraba, veía iluminarse la parte posterior de los automóviles en medio del tráfico y tuvo que sujetarse de continuo con los brazos, cuando el turista pisaba el freno. Éste dijo de pronto:

—A los portorriqueños les gusta poner la radio a todo volumen, ¿no? ¿Se da cuenta? Además, conducen de puta pena. Por cierto... ¿No nos habíamos visto en alguna parte? Creo que en la playa, pero no aquí, sino antes.

Vincent le dejó seguir.

—¿Fue en Miami, quizá?

—No lo sé —contestó Vincent—. Posiblemente.

—Usted es de allí, ¿ey?

—De Miami Beach.

El turista se tomó tiempo.

—Usted es policía, ¿no?

Vincent fijó la mirada en él, para asegurarse de que recordaba al tipo, y después volvió a dedicar su atención al tráfico.

—Si nos vimos antes, hábleme de ello —dijo.

—Tengo entendido que le hirieron.

A Vincent no le gustaba nada aquel individuo. Prefirió callar y escuchar su voz, su lento modo de expresarse, sus palabras estudiadas...

—Supongo que eso de recibir unos balazos debe de doler bastante, ¿ey?

Vincent continuaba atento al tipo de gafas oscuras y sombrero de paja. A sus espaldas, el sol se ponía en alguna parte. De súbito preguntó el turista:

—No tiene ni idea de quién soy yo, ¿verdad?

Vincent estuvo a punto de aventurarse a decir algo, de manera poco comprometida, e incluso a hacer una apuesta. Pero se contuvo y respondió:

—Lo siento. Ayúdeme a recordar...

—Hace siete años y medio.

—¿De qué?

—De nuestro encuentro.

—Tuerza hacia la izquierda al llegar al próximo semáforo. Tenemos que atravesar la avenida Ashford, si quiere acercarse a la playa.

—La primera vez que nos vimos, no pude fijarme bien en usted —explicó el turista—, pero luego tuve tiempo... Cuatro días seguidos —agregó, después de doblar hacia el lado indicado.

—Ah, en la Audiencia Territorial de Dade —dijo Vincent.

—¿Eso es lo que cree recordar?

El policía respondió:

—Déjeme en la esquina, por favor. Gracias por traerme.

—¿Le pongo nervioso? —prosiguió el turista.

—¡Su forma de conducir, hombre!

El semáforo de la avenida Ashford estaba en rojo, y el turista detuvo el coche al lado izquierdo de aquella vía de una sola dirección, por lo que Vincent tendría que cruzar la calzada.

—Le dejaré hacer memoria, Vincent —indicó el tipo—. Hasta que nos veamos de nuevo.

Y se quitó el sombrero y las gafas de sol, para que Vincent pudiese reconocerle mejor.

Vincent Mora sacó su pierna izquierda del coche, antes de ponerse de pie en la acera. Cambió la luz del semáforo. Detrás de él sonaron las bocinas. Inclinandose sobre la puerta añadió, de

espaldas al tumulto callejero:

—¿Sabe por qué no le reconozco?

—¿Por qué? —quiso saber el turista.

—¡Porque todos los jodidos ex presidiarios de mierda sois iguales!

Cerró la puerta de golpe, echó a andar con su cojera a cuestas y entró en el establecimiento de Walgreen.

Vincent telefoneó a Buck Torres, de la policía de Miami Beach, con cobro revertido.

—¿Qué ocurre? —contestó Torres—. ¿Hay algún problema?

Vincent preguntó cómo iban las cosas, y Torres respondió que como siempre, teniéndose que enfrentar con tantos gilipollas. Conversaron durante un minuto, mientras Vincent observaba el paso del tráfico, consistente sobre todo en jóvenes portorriqueños en sus automóviles, que torcían hacia la avenida Ashford para darse una vuelta por la zona turística de Condado; todos con sus aparatos de radio al máximo volumen.

—Oye, Torres —dijo Vincent al fin—. Ponte en contacto con Hertz, de mi parte. Interesa averiguar quién conduce un Datsun blanco, matrícula de Puerto Rico, número veinte B dos ochenta, y dónde declaró alojarse. ¿De acuerdo? Ahora cierra los ojos y piensa en un tipo caucásico de treinta y tantos años, de un metro setenta y pico de estatura y unos setenta kilos de peso; pelo liso, del color del agua de fregar los platos, nariz larga y delgada y un lunar debajo del pómulo derecho. Un tío rastrero, al que enviamos a la cárcel hace siete años y medio.

—No logro recordar a ese fulano —dijo Torres.

—Llama a Hertz y consigue el nombre. ¿De acuerdo? Debieron de soltarle hace un par de semanas, por su carita de mierdoso.

—Si acaba de salir, ¿cómo logró una tarjeta de crédito? —inquirió Torres.

—Lo ignoro —repuso Vincent—, pero conduce un coche alquilado. Si robó el carnet, tanto mejor. Llega a Puerto Rico y se pega la gran vida. Pero a mí me tocará recorrer todos los hoteles de esta ciudad, y la pierna me duele.

—¿Le viste y te pareció reconocerle, o qué?

—Él me conoce a mí —señaló Vincent—. Sabe dónde vivo, está enterado de que me hirieron... Sospecho ser la razón de su presencia aquí. Porque yo fui quien le jodió la vida.

—Claro, Vincent. Es culpa tuya...

—¿Puedes enterarte de algo y llamarme lo antes posible?

—Todos están fuera, menos yo. ¿Por qué no vuelves a telefonear tú desde ahí?

—¿Dónde te figuras que me alojo? ¡No tengo teléfono!

Vio deslizarse hacia la avenida Ashford varios relucientes coches japoneses. La parada del autobús se hallaba tres manzanas más allá. El trayecto hasta Isla Verde podía durar media hora. De pronto dijo:

—Oye, Buck... Tengo un número que quizá te sirva —y extrajo un papel del bolsillo de su chaqueta—. Pero tú me llamarás dentro de una hora. ¿De acuerdo?

Torres contestó:

—Añoras el trabajo, ¿no es así, Vincent?

4

LA DONCELLA estaba nerviosa porque sólo hacía diez días que había entrado en la casa, para sustituir a su hermana, y temía ser despedida a causa de algún disparate. Y ese nerviosismo era tal, que poco le faltaba para echarse a llorar, y entonces no oiría, quizá, lo que el hombre le decía.

«¡Ojalá se estuviera callado míster Donovan!», pensaba.

Hablaba ella por teléfono —a través del aparato blanco instalado en la cocina— con un hombre que había llamado y le decía, en castellano, que debía escribir algo en inglés. La muchacha había finalizado la escuela el año anterior, pero no era capaz de entender y poner sobre papel lo que aquel hombre le dictaba con tanta rapidez. Y con míster Donovan hablando al mismo tiempo, a la pobre se le escapaban palabras.

Tommy Donovan estaba sentado a la mesa de la cocina, saboreando un plato de ají con judías, con una valla de botellas verdes delante de él. Sólo vestía pantalón corto, blanco, y llevaba desnudo el resto del cuerpo. Antes de atacar la comida había bebido un gran vaso de cerveza, exclamando con ojos húmedos:

—¡Ay, Jesús!

Parecía que llorara; vació un segundo vaso y, sin más, agregó:

—¿Sabes una cosa, pequeña? ¡Que voy a vivir!

Luego pidió que sacara, otras dos botellas de cerveza de la nevera. Con lo picante que estaba el ají, sus ojos lagrimearon todavía más, y el hombre continuó con sus exclamaciones blasfemas para dar rienda suelta al placer que aquello le producía, a la vez

que usaba la servilleta de fino hilo para sonarse las narices. Los ojos de Donovan tenían un aspecto raro, húmedos de emoción y, al mismo tiempo, con el brillo de la persona drogada. Diríase que miraban, pero no veían. También su cuerpo resultaba extraño: el de un gigante formado de partes de distintos colores, que no encajaban entre sí. En la cabeza, grandes olas de pelo plateado. La cara, coloreada de rojo y cobrizo... Un hombre apuesto, si uno no estaba muy cerca de él y comprobaba que debía de haber cumplido el medio siglo. El codo y los brazos, tostados por el sol. Los hombros, en cambio, huesudos y estrechos, y el tronco tan paliducho y redondeado que hubiese podido pertenecer a una gruesa mujer norteamericana de pechos muy pequeños. La doncella había visto más de una vez mujeres así.

Cuando sonó el teléfono y ella comenzó a hablar con el hombre que llamaba desde Florida, oyó gruñir a mister Donovan:

—¡Yo no estoy! No estoy en ninguna parte, ¡carajo! Dile, a quien sea, que me fui sin dejar señas... Dile a ese tío, pequeña, que tienes mucho trabajo... ¿Qué demonio escribes?

Y no callaba, pese a los esfuerzos de la chica por entender lo que le decían por teléfono y anotarlo a la vez. El nombre sonaba así como «Mágico», pero luego, al deletrearlo por teléfono, resultaba no ser eso. La chica no hacía más que repetir:

—¡Espacio, por favor! ¡Espacio!

Y Donovan intervenía:

—Dile que se equivoca de número.

La joven luchaba contra las lágrimas. No quería perder la colocación que ya había tenido su hermana, pero al mismo tiempo pensaba que no lo resistiría... Entonces se abrió la puerta y llegó su salvación en forma de *mistress* Donovan, que procedía del garaje. Lucía un bonito sombrero de paja, y su vestido, sujeto a la cintura pero suelto, permitía ver las formas del cuerpo a cada movimiento. Y esa santa bajada del cielo le dijo a su marido:

—¡Tienes buen aspecto!

Mister Donovan contestó:

—Siéntate a tomar algo. Es la hora del cóctel.

«¡Échame una mano!», pensó la chica, pero no necesitó decir nada porque los ojos de la señora, tranquilos y sombreados por el ala del sombrero, le hicieron comprender que estaba a salvo.

—¿Quién es? —preguntó *mistress* Donovan con voz suave.

—No entiendo lo que me dice, y quiere que lo anote... —susurró la muchacha, segura de que ya podía dejar fluir las lágrimas.

La señora se quitó uno de los pendientes, tomó el auricular y dijo, a la vez que lo cubría con la mano:

—Hay alguien en la puerta de delante.

Casi en el mismo instante sonó el timbre, y los ojos de la doncella se abrieron. *Mistress* Donovan la miró con una sonrisa.

—Vi a esa persona al llegar en el coche.

Cuando la joven acudía a abrir, oyó que la señora preguntaba por teléfono:

—¿Qué desea, por favor?

Hubiese querido poder escuchar la conversación. Su hermana le había dicho que se enteraría de cosas muy sorprendentes, al trabajar en esa casa y en la otra de Nueva Jersey, donde los señores pasaban la mayor parte del año.

«Fíjate en la forma que *mistress* Donovan tiene de tratar a su marido —le había recomendado su hermana—. Resulta más divertido que la televisión. Ambos están casados por segunda vez, y llevan juntos menos de tres años. ¿Le ama ella? A ver si puedes averiguarlo. Duermen separados. Ella es más inteligente que él, pero él no se da cuenta. Vigílate cuando le veas beber, que es cada día. Y fíjate en él cuando vuelva tarde, por la noche. Está convencido de que todas las mujeres se enamoran de él. La hermana de la señora, que se marchó de aquí para casarse y vivir en Nueva York, me dijo: “Nunca le mientas a *mistress* Donovan, y nunca cuentes a nadie lo que aquí veas y oigas. Habrá cosas que te parecerán imposibles”».

La doncella se llamaba Dominga. Cuando llegaba a la puerta principal, el timbre volvió a sonar.

Vincent dijo:

—Buenos días. Quisiera ver a míster Donovan.

Dominga vaciló un instante.

—¿De parte de quién he de decirle que es?

—Deseo darle una sorpresa.

—De todos modos debo preguntar su nombre.

El policía habría podido presentar su carnet y su placa, pero eso hubiera sido complicar las cosas.

—De acuerdo —contestó—. Dígale que soy Vincent Mora.

La doncella pareció revivir.

—Muy bien, míster Mora... ¡Haga el favor de pasar!

Vincent esperó en una sala que nadie parecía haber usado jamás. Contempló con curiosidad el centro de estilo taino situado encima de la mesa de mármol, así como las primitivas piezas expuestas en una pieza de mobiliario tan serio... Se preguntó por qué la sirvienta había quedado tan sorprendida, y si la obra de alfarería que tenía a su alcance era más auténtica que el centro, que no costaría más de diez dólares... Y si lo era, ¿quién lo diría?

Percibió el sonido de unos tacones delgados contra el suelo embaldosado del recibidor, tan espacioso que en él habría cabido todo su piso. El taconeo se acercaba. Y no era la doncella...

Era la mujer que conducía el Mercedes que había entrado en la finca al llegar él. Ya no llevaba aquel sombrero de ala ancha... A Vincent le gustó su cabello, a mechas más claras, por efecto del sol, peinado con raya y que le llegaba hasta los hombros con un aspecto muy natural. Tendría treinta y tantos años; de estatura mediana, delgada... La mente policial de Vincent le hizo la ficha... Dientes de artista de cine; ojos castaños de mirada serena, aunque despierta, que le examinaban. Quizá con curiosidad, quizá no.

—¿Míster Mora?

Entró por la puerta y pisó la alfombra oriental, pero sin seguir adelante. En una mano llevaba un papel blanco; la otra parecía cerrada alrededor de un pequeño objeto, destacando la delicadeza de su puño.

—Soy Nancy Donovan... Su servicio telefónico.

—Tardé más de lo que supuse en llegar. Le ruego me disculpe —dijo Vincent.

Nancy Donovan aguardó.

—No tengo teléfono, ¿sabe?

—Ya comprendo —respondió ella.

—Pensé que, si estaba aquí, no le molestaría recibir una llamada para mí. Pero lamento mi retraso. Tuve que tomar un autobús desde Condado...

—Usted no tiene teléfono, no tiene coche... —Entonces, Nancy

se fijó en el bastón—. Lo siento —dijo—. Acomódese, por favor.

—Le transmitiré el mensaje si soy capaz de leer mi propia letra —dijo Nancy, una vez sentados los dos—. Su amigo se llama Torres, ¿no?

—Buck Torres, sí.

Vincent encontraba agradable a aquella mujer. Le atraía el dulce tono de su voz, le atraían sus ojos... Le gustaba mucho, la verdad. Estaban sentados uno frente a otro, junto a la mesa de mármol, de tacto tan frío. Una conferencia en una sala del museo de Cultura...

La vio abrir la mano cerrada para dejar sobre esa mesa un pendiente y apartar un poco, con todo cuidado, el centro taino. Tal vez hubiera debido preguntar a *mistress* Donovan acerca de aquellas piezas, y aprovechar la oportunidad para aprender algo nuevo.

La mujer dejó la hoja de papel encima del mármol, empujándola con delicadeza hacia él. Vincent notó la fragancia de su perfume, se fijó en su letra —corrida y puntiaguda— y, de pronto, vio un nombre en la primera línea, todo en mayúsculas: TEDDY MAGYK.

—Teddy... —murmuró Vincent, al mismo tiempo que se apoyaba en el respaldo del asiento, aparentemente aliviado—. ¡Es curioso! En el autobús me pasó por la mente ese nombre. ¡Teddy Magyk! Sin embargo, no lo relacioné con ese tipo. Me pregunto por qué.

Necesitó pensar unos momentos y tratar de recordar a Teddy en el Datsun alquilado... Le parecía distinto, más adulto...

Nancy Donovan alzó la vista, y Vincent volvió a mirarla a los ojos. Reflejaban seguridad, pero no engreimiento. El policía se inclinó sobre la mesa cuando la mirada de ella volvió a posarse en el papel.

—Esta palabra —señaló—. No entendí bien a míster Torres. ¿Debe ser Ranford?

—Raiford. El presidio del estado de Florida.

—¡Ah, sí, Raiford! —dijo ella—. Teddy Magyk... Me gusta ese nombre... Creo que fue sentenciado a diez o veinte años de cárcel, pero puesto en libertad al cabo de siete y medio, ¿no? Por agresión sexual de primer grado, si mal no recuerdo...

—Por violación —explicó Vincent—. La primera vez que le atrapamos, también por violación; estuvo un par de años en Yardville. Este nombre se recuerda.

—Conozco Yardville —contestó Nancy Donovan—. Está en Nueva Jersey. Usted... pertenece a la policía, ¿verdad? ¿A la de Florida?

—Sí, a la de Miami Beach.

—¿Y vino a Puerto Rico detrás de Teddy?

—Yo diría que al revés. Ese tipo quiere que yo sepa que él anda por aquí, y que me preocupe todo lo posible.

La mujer le miraba de manera abierta. Sus ojos castaños demostraban paciencia, tranquilidad.

—Son bastantes los que salen de Raiford —prosiguió Vincent Mora— y se creen unos tíos fuertes, resistentes. Al fin y al cabo lograron lo que se proponían, ¿no? Aprenden a sobrevivir como serpientes. Nunca quieren hacer frente a un problema y, si logras darles en la espalda, procuran hacértelo pasar lo peor posible. Me imagino que Teddy entra dentro de esa clasificación. Es de ese tipo de hombres. Pasa un tiempo a la sombra y pretende no tener la culpa de haber estado en presidio. Cada lío en que se veía era a causa de lo que había hecho otro. El que le había encañonado la oreja con su pistola, antes de esposarle.

—Y usted fue quien le arrestó —dijo Nancy.

—Fue en el Nemo Hotel de South Beach; en una habitación del tercer piso. Le arranqué de la cama... —Aquí, Vincent hizo una pausa—. Por poco le arrojo por la ventana. Teddy había violado a una vieja de setenta años, después de sorprenderla. Creo que la pobre estuvo nueve semanas en el hospital.

Nancy Donovan le miraba a los ojos en silencio.

—A primera vista —continuó Vincent—, usted diría que es una persona inofensiva. No costaría nada imaginárselo conduciendo un triciclo y vendiendo helados por la calle. Pero es un tipo peligroso, y no me parece probable que pueda reincorporarse a la sociedad. No después de sus dos delitos. Más tarde o más temprano, cometerá el tercero.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Nancy Donovan.

—Porque así suele ser —respondió Vincent.

Se miraron el uno al otro, por encima de la mesa de mármol, y él presintió que la pregunta siguiente iba a referirse a su propia persona, a su vida privada. Nancy volvió a estudiar la nota.

—Ese hombre se hospeda en el DuPont Plaza —comentó—. Y

ese hotel es muy caro. Si acaba de salir de la cárcel...

Vincent movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Además —señaló ella, consultando de nuevo la nota— tuvo que dejar una cantidad en depósito, para alquilar el coche...

—Ha de tener dinero, evidentemente —asintió Vincent—, pero no pudo ganarlo con ningún trabajo.

Nancy le miró de manera especial. Al policía le sorprendió la intensidad de sus ojos. Parecía querer formular una pregunta, sin atreverse.

—Esto nos acerca al asunto —dijo Nancy por último.

Vincent no acababa de entender sus palabras.

—¿Llegamos ahora al tema de mi marido? Me he estado preguntando qué puede tener que ver él con Teddy...

Vincent no pudo contener una sonrisa.

—¡No, no...! Esto no tiene nada que ver con su esposo.

—¿Está seguro?

El policía había de recordar esa frase. «¿Está seguro?». Y la expresión de sus ojos.

—No, *mistress* Donovan. Vine a verle por otra cosa.

—Me alegra saberlo —dijo la mujer.

Vincent también se anotaría esas palabras. Una manifestación espontánea y algo seca, que no trataba de ser graciosa.

—¿Está su marido en casa? —preguntó Vincent.

De pronto la mujer, vaciló.

—No. Lo siento.

Vincent no la creyó.

—Sólo quiero hablar con él de un asunto. Contrata a una chica como azafata. ¿Qué significa eso, exactamente?

—Como azafata... ¿Es amiga de usted?

—Se llama Iris Ruiz. Tiene veinte años —explicó Vincent—. Procede del campo, pasó dos semanas en Miami, en cierta ocasión, y ya cree saberlo todo.

—En el fondo es buena chica, sin embargo, ¿no? —intervino Nancy Donovan—, y usted no quisiera verla metida en un lío.

—Digamos que es una chiquilla muy bonita, a la que se le ha metido en la cabeza ir a Estados Unidos, pero que no cuenta con suficiente experiencia...

—¡Espere! Creí que la colocación era para aquí.

—No. Para Atlantic City. En el
Spade's
Boardwalk.

—Ya veo. Esa chica es algo especial...

—Pregúnteselo a ella, que se lo dirá —respondió Vincent—. No va a Nueva York para vivir con unos primos, y sabe muy bien que no vendría conmigo, en el caso de regresar yo a Miami Beach... — El policía observó que Nancy había levantado las cejas—. Porque nunca me la llevaría. Deseo dejar bien claro que no hay nada entre nosotros dos. Así que se va a Atlantic City.

—Por despecho.

—No. Se muere de ganas de vestir bien y de ser azafata. Lo que me gustaría saber, es si una azafata hace lo que yo creo que hace ella.

—A decir verdad —dijo Nancy Donovan. Ni yo misma sé lo que significa ser azafata. Salvo que usted emplee esa palabra en sentido ambiguo...

—Esto es lo que temo, sinceramente.

—Nosotros tenemos unos ayudantes, hombres todos ellos, que conocen el negocio a la perfección. Su tarea consiste en traernos a los mejores clientes, peces gordos, y ocuparse de ellos, procurar que se encuentren a gusto. Organizan su transporte de un lado a otro, reservan entradas para espectáculos, les presentan a celebridades o a *showmen* famosos, preparan grandes cócteles... En las fiestas intervienen chicas que podríamos llamar azafatas, algunas de las cuales trabajan en el mismo hotel. Más que nada, sirven de decoración.

—Y si uno de esos clientes especiales, un pez gordo, invita a una de esas chicas a su habitación, ¿qué ocurre?

—A su *suite*, querrá decir. Pues bien: la chica siempre puede decir que no.

—¿Sin perder la colocación?

Nancy Donovan vaciló de nuevo.

—¿Conoce usted el funcionamiento de los casinos?

—La primera semana de mi estancia aquí —confesó Vincent— perdí sesenta dólares en las máquinas tragaperras.

—Verá: si usted está dispuesto a jugarse cinco mil o más, el hotel le proporcionará prácticamente todo lo que quiera. Mientras

juego, la habitación, las comidas y todas las bebidas son sin cargo. Aunque gane, la casa sigue tratándole igual. Queremos que el cliente vuelva. Porque, si lo hace, al fin y al cabo tendremos, aproximadamente, un veinte por ciento de su línea de crédito, o de la cantidad depositada en casa.

—Por consiguiente, la azafata debe estar a disposición de cualquier jugador con dinero —señaló Vincent.

Nancy le miró.

—Se toma este asunto muy en serio, ¿no? Tenga en cuenta que, haga lo que haga la chica, es cosa de ella. Nadie la obliga a vestir bien, ni a sonreír y conquistar. Pero a algunas jovencitas les gusta.

—Quizá no la obligue nadie —insistió el policía—, pero... ¿sabe lo que eso es, para mi modo de ver? ¿Tomar a una muchacha como Iris, nacida en un barrio de Mayagüez, vestirla y deslumbrarla con todo ese resplandor? ¡Hacer que caiga en una trampa! ¡Y eso va contra la ley!

Nancy se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decirle yo? Sus posibilidades de elegir quizá sean limitadas, pero aún tiene una opción... Salvo que usted desee que yo intervenga en algo..., que hable con mi marido...

—No. Tiene usted razón —dijo Vincent—. Lo que haga, es cosa de ella. Es como una niña pequeña, pero no la puedo forzar.

Nancy Donovan pareció tranquilizada, pero su mirada, que seguía posada en él, no resultaba nada alegre.

—Teddy, y ahora Iris... —murmuró—. Está usted muy ocupado, ¿verdad?

—No. Ni siquiera trabajo, en la actualidad —contestó el policía—. Mejor dicho: no debería hacer nada. Estoy de baja.

La vista de Nancy se deslizó hacia la mano de Vincent, apoyada en la empuñadura del bastón.

—¿Qué le sucedió?

—Un hombre disparó contra mí.

—¿De veras? ¿Dónde?

—En Miami Beach —contestó Vincent, y en los ojos castaños de la dueña de la casa descubrió un brillo extraño. Le miraban de la misma forma que él miraba a la mujer. Al fin, Nancy preguntó:

—¿Y qué le ocurrió al que le hirió?

Nancy se hallaba sentada en la terraza, a la luz de una luz de toronjil. Tommy nadaba de un lado a otro de la iluminada piscina, y su carne relucía en el gran óvalo de color verde pálido. La mujer percibía su respiración, los golpes que daba contra el agua. Más allá de la piscina y de las ambarinas luces repartidas por el jardín, detrás del seto de hibisco, de la hilera de palmeras y de la cerca de cadenas, la playa se extendía lisa hasta el Atlántico, y el Atlántico se fundía con la noche. Nancy oía a su marido, pero no le llegaba el ruido del mar.

Le vio salir del agua, desnudo, andar pesadamente hasta la mesa de la sombrilla para recoger su toalla y tomarse una lata de cerveza. Instintivamente le adjudicó el papel de un político, o de un juez de Nueva York que admitiera dinero de todas partes. Su frase favorita, cuando contemplaba su finca, era ésta: «¿Quién se hubiese imaginado que un *mick* de la avenida Columbus llegaría a poseer una propiedad como ésta?». También respecto de los hoteles solía decir lo mismo, mirando el brillante suelo de los casinos. Nancy tenía la impresión de que ni él mismo acertaba a creerlo, y de que todo había sido una inmensa suerte.

Lo que sí sabía, con su actitud, era que podía nadar cada noche, correr a paso corto una milla, de vez en cuando, y beber toda la cerveza que le viniera en gana, así como tomar también un par de sorbos de algo más fuerte. Tommy solía decir:

—¡Fíjate en Paul Newman! ¡No para de beber cerveza! Puede que no lo parezca, pero para un hombre de mis años estoy en buena forma... ¡Golpéame con toda la fuerza que quieras! —agregaba, dándose palmadas en la barriga—. ¡Venga, golpéame!

Tommy Donovan era fácil de clasificar. Vincent Mora, en cambio...

Nancy veía en Vincent al artista, al escultor que trabajaba con hierro viejo. O que pintaba murales en las paredes de los barrios. O al hombre de mirada siniestra, injustamente acusado, y que visto de cerca ya no permitía dudas sobre su inocencia. Sus ojos... Había preguntado ella: «¿Qué le sucedió?», contestando él: «Un hombre disparó contra mí». Sin darle mucha importancia, con un curioso sentido de la evaluación del tiempo. Ese Vincent podría ser actor. A Nancy le gustaba su sonrisa, y ese aspecto entre salvaje y enigmático, pese a llevar chaqueta y corbata.

«Un hombre disparó contra mí...» ¿Dónde? «En Miami Beach.» Bien. Saldría también de eso. Quince años en la policía, jugando a los ladrones... Le preguntó si creía haber sido buen policía, y él dijo que sí. Quiso saber luego si ahora tenía miedo, después de que le hubieran herido y sabiendo lo que podría ocurrirle, y Vincent afirmó con un gesto y admitió que ahora lo veía todo distinto.

—¿Alguna vez tendió una trampa para cazar a alguien? —inquirió ella.

—Nunca de forma que se notara.

Las preguntas fluían fáciles de la boca de Nancy, y obtuvo respuesta a todas.

Había dejado ella su casa de Narberth, Pennsylvania, para ingresar en el Emerson College de Boston, porque deseaba ser actriz, pero no era capaz de entregarse lo suficiente para producir emociones. Dado que ella, por naturaleza, raras veces lloraba, no era algo que pudiera hacer porque se lo mandaran. Se colocó entonces en una agencia teatral de Nueva York, donde trabajaba con artistas de cine y les proporcionaba papeles. Los actores le caían simpáticos, pero... aunque su trabajo le gustaba, lo que hacía era gastar todas sus energías en impulsar las carreras de otros... ¿Y la suya? Nancy había regresado a casa por Navidad cuando, en el Merion Cricket Club, conoció a un buen aficionado a los martinis, llamado Kip Burkette. Era un hombre amable, de cabellos prematuramente encanecidos y presencia pulcra, principal accionista de la empresa Burkette Investments, de Filadelfia. Nancy contrajo matrimonio con Kip, se trasladó con él a Bryn Mawr, fue desde entonces una mujer rica y se acostumbró a ello mucho antes de que Tommy entrara en su vida...

Ahora, Tommy subía los escalones de la terraza, y las gotas de agua caían sobre las baldosas azules...

En un mal momento, demasiado pronto, había comparado a Donovan, el gran hombre de negocios, el ambicioso, con Kip, el caballero de los pies a la cabeza, y se había quedado prendada del estilo vivo y airoso de Donovan, tras diez años de monótona categoría junto a Kip...

Tommy entró en el radio de luz con la lata de cerveza en una mano y la toalla ligeramente enrollada alrededor de las caderas.

—¿Cenamos en casa o salimos?

—Acabo de oír un grito —dijo Nancy—. Supongo que Dominga te vio salir de la piscina y echó a correr.

—«¡Aaaay, ese señor Donovan...!» —la imitó Tommy—. Le faltará tiempo para contárselo a sus amigas. «Es un tío como un caballo.»

—¿Esa frase es de Dominga, o de Iris?

—¿Iris? ¿Quién demonios es Iris?

—Creo que la mandas a Atlantic City...

—¿Iris, dices?

—¿Es para ti, o para los clientes? ¿O quizá para Jackie?

—¡Déjate de historias! No conozco a ninguna Iris. ¿Acaso no recordaría un nombre tan sonoro?

—Sobre todo, llevándolo ella —señaló Nancy—. Tengo entendido que es una real moza. De veinte años, muy vistosa...

—¡Ah,

liri-ris

! ¡Ya sé! Iris... De momento no caía en ella. No tiene mal aspecto, desde luego. Cabellos rubios y piel cobriza.

—¿Dónde piensas colocarla?

—No sé. Quizá la ponga a servir cócteles... ¿Quién te habló de ella?

—Su amigo. Vino a verte. Quería saber qué hace una azafata.

—¡Que no me vengan con cosas del honor! Esos tipos me agotan cuando se ponen dramáticos.

—Se trata de un policía, Tommy.

—¿Hablas en serio? ¡Lo que me faltaba! Uno de esos polizontes portorriqueños tan exaltados... ¡Y con una pistola, claro!

No eran los del control de juego ni los encargados de vigilar el casino los que le causaban problemas, sino esos cabrones, esos agentes de poca monta, que se creían grandes personalidades. Tipos como el que ese dichoso policía podría resultar. Tenían algún tornillo suelto, alguna jodida idiotez como si no se hubieran adaptado bien al mundo real. Los policías de categoría, según Tommy, nunca causaban problemas. Uno siempre podía tratar con ellos. Pero los números simples eran difíciles de manejar.

En momentos como aquél, Nancy le escuchaba fascinada. Sin embargo, tenía que aclararle una cosa: el policía en cuestión no era portorriqueño, sino de Miami Beach. Pero Tommy siguió hablando

sin cesar, y más tarde, cuando ella volvió a pensar en el asunto, se dijo: «¿Y para qué voy a preocuparme?».

Dos semanas después, recordaría que no había preparado a su marido para enfrentarse con Vincent Mora.

5

TEDDY jugó con Vincent todo el día siguiente. Era su plan. Al menos, el principio.

Aparcó el Datsun junto a la playa, para que Vincent no dejara de verle. No demasiado pegado a la arena, sino a la sombra de unos pinos australianos. ¡Qué día tan hermoso! Despejado y radiante como de costumbre en esas playas. Si Vincent se presentaba, él se largaría. No tenía ganas de conversación, pero sí procuraría preocuparle y, a la vez, sacárselo de encima. El policía, sin embargo, no se acercó. Permanecía solo en su silla de playa. Alguna de las chicas se detuvo unos momentos para hablar con él, pero nada más.

Aquella misma tarde, Teddy aparcó cerca del Normandie Hotel para ver pasar a Vincent, con su silla y su bastón, por el otro lado de la calle. Parecía no cojear tanto como el día anterior. Todo cuanto hizo el policía fue mirar hacia él. Teddy tuvo ganas de gritarle: «¡Ey!, ¿qué se ha hecho de tu amiga? Te gusta esa gatita, ¿ey? ¡Pues a mí también, caramba...!».

 Pero se aguantó.

Después siguió a Vincent hasta los apartamentos Carmen y paró el automóvil enfrente, no lejos de la entrada del Hilton. Era capaz de aguantar sentado allí todo el tiempo necesario, y a gusto, después de vivir en el bloque de celdas de Florida, con aquel calor y los malos olores de los demás presos. Era curiosa aquella variedad de olores. El peor procedía de aquellos hombres que se echaban colonia encima del sudor. ¡Había para vomitar! Otros tipos olían bien, en cambio.

Vio que Vincent bajaba para entrar en el establecimiento de bebidas. Le hubiese costado reconocerle, después de los años transcurridos, con la barba que llevaba ahora... Pero un examen de las fotos le había confirmado que, en efecto, se trataba de él.

La noticia de la herida de Vincent Mora había llegado a Raiford poco antes de que le dejasen en libertad. Aquel día reinaba el buen humor entre unos muchachos que tomaban el aire en el patio. Sólo les faltaba helado y pastel. Los presos de Raiford se enteraban de todo y eran muy amigos de lo chismes. Le contaron que un *junkie* le había dejado fuera de combate, pero que —¡mierda!— seguía vivo. Teddy abandonó el presidio, y en las calles de Miami Beach no tardó en enterarse de dónde residía Vincent Mora. También averiguó que había estado casado, ya que un individuo que vendía drogas procedentes del hospital le había visto allí, con ocasión de la muerte de su esposa, etcétera, etcétera. El resto de la información lo había obtenido llamando directamente al departamento de detectives de la policía, con sólo decir que no encontraba a Vincent en casa, que era su amigo y deseaba saber cómo seguía. Una voz que sonara sincera, y los policías lo soltaban todo. Eran tontos.

Cuando Vincent salió de la tienda, miró al otro lado de la calle, y Teddy ya se disponía a arrancar. Pero el policía ni le hizo caso y volvió a subir a su piso.

Entonces, a Teddy se le ocurrió que también él podría beber algo. Se dirigió al establecimiento y compró medio litro de ron blanco, un par de latas de gaseosa y un paquete de vasos de papel parafinado. Al regresar al coche, se encontró allí con dos portorriqueños, tipos flacos y más altos que el término medio de sus compatriotas; más altos que él y con bigote corto y estrecho. Parecían gemelos; los dos vestían la típica camisa con pliegues y bolsillos, colgando por encima del pantalón. Teddy se dijo que le resultaban familiares.

Uno de ellos abrió su cartera, enseñó su carnet y anunció:

—¡Policía!

De modo que eran agentes... Por eso le parecían familiares. Para Teddy, todos los policías portorriqueños eran iguales. Unos tipos delgaduchos, con bigotito.

—Supongo que aparqué en mal sitio, ¿ey? —preguntó—. Ahora mismo me voy.

Pero uno de los agentes abrió la portezuela del otro lado, levantó el asiento y le hizo señal de que se colocara atrás, mientras el otro se sentaba al volante. Al entrar éste en el vehículo, Teddy vio un bulto y la punta de la negra pistolera que asomaba por debajo de la camisa.

—¡Ey, un momento! —exclamó—. ¿Adónde vamos?

El policía que se disponía a conducir hizo un gesto de buscar la llave, y preguntó por ella en español, según le pareció a Teddy.

—Pero... ¿qué cojones hacéis? —protestó—. Si aparqué en lugar prohibido, ponedme una multa... ¿Será posible que aquí detengáis a la gente por aparcar mal? Estoy conforme con pagar la multa en el acto. ¡No me hagáis perder tiempo!

Se levantó la camisa para alardear con su cinturón repleto de dinero, pero los dos policías, ya instalados en el coche, no le hacían caso.

Entonces, Teddy se atrevió a tocar a uno de ellos en el hombro y, al volverse éste, preguntó:

—¿No podríamos arreglarlo con unos cuantos dólares? ¿Cuánto queréis?

Pero ni por ésas. Los agentes arrancaron sin dignarse mirarle de nuevo, aunque no dejaban de charlar en ese castellano portorriqueño semejante al martilleo de una ametralladora mientras conducían el coche a través del denso tráfico hacia el este de San Juan.

Teddy pensó en el taxista muerto en el bosque tropical. ¿Habrían descubierto su cuerpo? Sin embargo... No, no parecían llevarle a la comisaría... El hombre empezó a temer que aquellos pájaros no fueran realmente policías.

Enfilaron una carretera que seguía la costa, por la que no circulaban otros vehículos. Teddy no vio, a su izquierda, más que playas desiertas y el océano que asomaba entre los bosquecillos de palmeras. Muy bonito, pero la carretera era un desastre, llena de baches que le hacían darse de cabeza contra el techo.

—¡Cuidado, gilipollas!

El policía le lanzó una dura mirada a través del retrovisor. Le había entendido. Debían de hallarse ya a treinta y tantos kilómetros de San Juan. Declinaba la tarde y parecía próximo el crepúsculo cuando, por fin, llegaron al término de la carretera. Teddy vio

entonces, por el parabrisas, la parte posterior de un automóvil gris que allí aguardaba. Más allá había una caleta o la desembocadura de un río, de unos cien metros de anchura con mangles en las orillas.

Al otro lado, la vegetación estaba salpicada de escasas chozas. Aquello parecía África.

El coche gris avanzó hacia adelante, y Teddy distinguió, de pronto, la barcaza metálica en el extremo del camino: una especie de balsa sucia y de poco fondo, con barandillas a ambos lados y bastante herrumbrosa toda ella. El automóvil gris subió a bordo, y el segundo coche le siguió a través de la traqueteante rampa hasta entrar en la barcaza que tenía espacio para seis coches, aunque ese día sólo hubiera dos. Un negro, situado fuera de la barandilla, sujetaba un par de cabos delgados. Por detrás del vehículo de Teddy apareció otro negro, que se unió al primero. La barcaza había empezado a moverse. Teddy observó que se abría paso, lentamente, entre las hojas de mangle que asomaban del agua. Los dos negros se pusieron a tirar de los cabos, y la embarcación salió despacio hacia unas aguas más claras. No avanzaba más de media milla por hora. ¡Cielos! Río abajo, a poca distancia, el río o abra formaba un meandro y desaparecía de la vista... en dirección a aquellas montañas envueltas en nubes, donde un taxista yacía muerto.

Los dos portorriqueños se apearon del coche. Uno de ellos dobló el asiento hacia adelante, de modo que también Teddy pudiera salir. El ex presidiario se colocó al lado del vehículo para observar a los dos negros que tiraban de los cabos al unísono, sin prisas, para — mierda— no ir a ninguna parte. Les miraba porque apenas podía creer lo que veía: unos hombres tirando realmente de unos cabos y arrastrando coches que, fuera de esa plataforma, podrían correr a casi ciento setenta kilómetros por hora. Cuando estuvieron en medio del río, los dos negros dejaron de hacer fuerza y se pusieron a fumar sendos cigarrillos, aunque sin soltar los cabos. Teddy pensó que se tomaban un descanso. Claro, habían trabajado diez minutos, por lo menos...

La barcaza empezó a deslizarse en dirección al mar. Allí reinaba la calma. Uno de los portorriqueños se acercó a él y se puso a hablarle. Teddy le miró de soslayo, estudiando su boca en busca de una palabra familiar en ese castellano atropellado y captar, al

menos, su entonación. ¿Le tomaban el pelo, o qué? Se dirigió a uno de los negros y preguntó:

—¿Entiende lo que me dice?

Pero el hombre del cabo no contestó.

Entonces le dijo algo el segundo portorriqueño. Parecía que le interrogara sobre algo. Teddy ya no se acordaba del automóvil gris —probablemente un Chevrolet— que tenían delante, hasta que de súbito se abrió una de sus puertas y, por detrás del portorriqueño, vio salir a Vincent Mora.

—¡Dios santo! —exclamó, como si se hallara ante una visión.

Mora le echó una breve mirada y se acercó hasta quedarse entre los dos coches.

—Míster Magic... —dijo entonces—. ¿Qué tal vamos, Teddy?

Luego desvió la vista hacia el panorama, como si el tipo no le interesara.

Se preguntaba qué pretendía aquella gente. De manera que le habían engañado... ¡Muy bien! Por lo visto, ese Vincent le había reconocido al fin, quizás a través de algunas investigaciones. Los policías disponían ahora de esas mierdas de ordenadores... Uno de los agentes portorriqueños volvió a hablarle, formulando una pregunta, pero Teddy continuó con sus oscuras gafas de sol fijas en el barbudo hijo de puta que un día le atrapara y que se expresaba en un perfecto inglés americano.

—¿Le importaría decirme qué hace?

—Yo no hago nada —respondió Vincent Mora, jugueteando con su bastón—. Parece ser que estás en manos de la policía portorriqueña, ¿no?

—Ya... —gruñó Teddy—. ¿Y le importaría decirme qué *hacen*?

—Cansarte, ponerte en apuros... ¿Es que no lo ves?

—¿Y por qué? ¡Yo no hice nada!

—Bueno... Te conocen. Quieren preguntarte algunas cosas.

—¿Y para eso me han traído hasta aquí? ¿Y usted qué pinta en este asunto? ¿Les sirve acaso de intérprete?

—Exactamente.

—¡Una mierda!

Uno de los policías portorriqueños le dijo algo a Teddy. Éste observó que Vincent escuchaba y luego hacía gestos de afirmación.

—Dice que debes ir con cuidado, vayas donde vayas. Y que venir

a un sitio como éste...

—¡Corte el rollo! ¿Cree, acaso, que pedí que me trajesen aquí?

El policía portorriqueño volvió a hablar sin expresión en la cara. Se refería, por lo visto, a unos hechos. Vincent le interpeló.

—Quieren saber si estuviste alguna vez en Caguas.

—¿Qué demonios es eso de Caguas?

—La carretera que parte de San Juan en dirección al sur y pasa por Hato Rey, va a Caguas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

Habló de nuevo el portorriqueño, y Vincent le dijo a Teddy:

—Por el camino de Caguas se ve Oso Blanco.

—¿De veras? —contestó Teddy—. ¿Y qué coño es ese Oso Blanco?

—El talego. Lo llaman Oso Blanco. Se ve al lado izquierdo, cuando uno pasa por allí. No es un conjunto blanco, sino de color de canela. Enorme, con dobles cercas de más de seis metros de altura y alambre de púas encima, y torres de control todo alrededor. No puede pasarte inadvertido.

Volvió a hablar el policía portorriqueño. Vincent le dijo a Teddy:

—Según este agente, Raiford puede parecer una especie de Disneylandia al lado de Oso Blanco.

—¡Y una mierda! —replicó Teddy.

Mora buscaba tomarle el pelo, y él lo sabía.

—Eso es lo que el agente dijo —insistió Vincent.

—¿Y me traen hasta aquí para semejante idiotez?

—Quieren que mañana mismo tomes un avión.

—¡Anda, vamos...!

—Lo saben todo de ti, y no les gustas. —Vincent se puso frente a él: no les separaban ni tres palmos—. A mí tampoco me gustas, ¿sabes? No soporto tu presencia. Dicen que debes abandonar la isla mañana mismo, antes de las cuatro y media de la tarde, ¿entiendes?

Teddy estaba muy nervioso. Hubiese querido golpear a Vincent, apartarle de un empujón.

—¡Y una mierda! —repitió—. Puedo quedarme aquí todo el tiempo que me dé la gana.

—Si continuas en Puerto Rico después de la hora que te he dicho, puede que encuentren algo en tu maleta, y entonces... tal vez tengas que pasarte media vida entre rejas. ¿Te apetecería?

—¡Asquerosos polizontes, hijos de puta! —jadeó Teddy—. ¡Todos sois iguales!

—¡No! —señaló Vincent—. No todos somos iguales. Si estos chicos vuelven a verte, te acusarán de algo: tráfico de drogas, agresión premeditada... Y te encerrarán. Tú y yo, en cambio, volvemos a vernos... Bien, la cosa cambia, ¿no crees?

Teddy tuvo que esforzar la vista y mirar intensamente a través de sus oscuras gafas de sol para fijarse en la barbuda cara del policía y escudriñar lo que había en sus ojos. Y lo único que dijo fue otra vez «¡Mierda!», porque aquellos ojos no expresaban odio, sino únicamente tristeza o cansancio. No eran los ojos que recordaba de siete años y medio atrás.

Vincent le habló:

—Sé dónde estuviste, Teddy; sé lo que aprendiste allá. Me consta que sabes manejar un cuchillo y zanjar las diferencias... Sé perfectamente que eres un traidor hijo de la gran puta, y sé lo que quisieras hacerme ahora.

—Usted lo sabe todo, ¿ey?

—Sé que no pienso ir hacia atrás en lo que me reste de vida, ni preocuparme por un tirado que sólo ansia desquitarse. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¡Lárgate, que no quiero volver a oír hablar de ti!

Teddy estaba a punto de replicar, pero el curvo extremo del bastón de Vincent se apoyó en el caballete de su nariz.

—No hables —le advirtió el policía.

Teddy no se movió. Ahora, la mirada de Vincent Mora era distinta. No había deseo de venganza en ella: sólo serenidad. Pero le perforaba como ya lo hiciese otra vez, al abrir él los ojos para encontrarse con una pistola en la cara, en la habitación del hotel de South Beach, y con la amenazadora figura encima. Ansió gritar con todas sus fuerzas: «¡Si tú no sabes nada, mierda! ¡No sabes nada de nada!». Gritárselo a la cara al maldito policía, sí...

Pero apretó las mandíbulas para no emitir ningún sonido y, cuando Vincent dijo que hiciera un gesto afirmativo conforme se marcharía para no regresar más, obedeció y movió la cabeza de arriba abajo. Porque los ojos del policía le decían que, de no hacerlo, estaba dispuesto a matarle.

6

IRIS SE ENCONTRABA en la sala de espera del aeropuerto. Faltaba poco para que anunciaran el vuelo a alguna parte de Florida, desde donde podría continuar hacia Atlantic City.

—Sígueme —había dicho Tommy Donovan— cuando hagamos transbordo en Tampa-St. Pete. Ya sabes que no quiero perderte. Pero no me hables, ¿entendido? Estaré con otra persona.

Claro: iba con su mujer. Su esposa era atractiva y vestía muy bien. —Iris la vio sentada a cierta distancia, leyendo una revista—, pero ya no poseía el encanto de la juventud. Si no había cumplido los cuarenta, poco le faltaba. Tenía las piernas cruzadas y parecía vivir sin preocupaciones. ¡Eso cualquiera, con su dinero...!

Tommy hacía cola delante del establecimiento libre de impuestos.

—¿Llevas abrigo? —le había dicho—. Allí hará frío.

Iris tenía un jersey de color rosa con lentejuelas, en la maleta, y un impermeable negro doblado encima de las rodillas, por si el tiempo era malo. En una bolsa de mano también llevaba un ejemplar de la revista *Mademoiselle*, para ojearlo en el avión. Necesitaba elegir lo que luego compraría en Atlantic City. Apenas podía aguardar el momento. Poco le importaba que allá hiciera frío, ya que pensaba comprarse un abrigo de pieles, blanco y largo, para lucirlo con una bufanda de seda verde. Haría bonito... Tommy le compraría todo lo que ella quisiera.

Dos meses atrás había conocido a Vincent en la playa, y desde entonces empezó a cambiar su vida. Pero luego había dejado de

cambiar. Un mes atrás había conocido a Tommy Donovan, y su vida había empezado a cambiar de nuevo... Y seguía ese mismo camino.

Estaba ella en el vestíbulo de

Spade's

Isla Verde Resort, en la parte dedicada a casino, cerca de la puerta del

Sultan's

Lounge. Un grupo musical, con ropas de satén anaranjado, interpretaba salsas, calipsos y mambos, produciendo un ruido considerable. Era tarde. Allí no había turistas, salvo en el casino, y alguien le dijo que, si entraba, no era para echar una mirada, sino que debía jugar.

De pronto se le acercó él y, tomándola del brazo, la introdujo en el

Sultan's

Lounge sin decir palabra. Su americano voluminoso, de cara colorada y cabellos de un blanco argénteo... la hizo sentar antes de ir a hablar un momento con el barman. Vestía un traje de seda negra. Iris lo vio por el brillo que producía en la oscuridad. A los pocos minutos, una de las muchachas vestidas de odalisca les sirvió una botella de champán. Consistía el atuendo de la joven en sostén y bragas, collares dorados y una deslumbrante joya en el ombligo. El hombre bebió un sorbo de champán sin apartar la mirada de Iris, pero sin decir nada. Era mayor, aunque no lo suficiente para tener el pelo tan blanco. Resultaba demasiado corpulento para imaginárselo encima... También Iris tomó un poco de champán. Era bueno. Volvió a beber él, sin apartar la vista de la chica, hasta que por fin dijo:

—Voy a llevarte conmigo a Atlantic City.

Iris ya había oído hablar de esa ciudad. A *miss* América, por televisión. Entonces murmuró él:

—Una chiquita con tu aspecto tiene que perder el culo trabajando durante la temporada...

Iris comenzó a imaginarse un elegante apartamento en el barrio de Condado, cuya puerta abría con su llave el rico americano de los cabellos plateados. Instantes después, se vio navegando con él en un yate... ¿Por qué no? No necesitaba para nada a un policía de Miami Beach. El tipo parecía caído del cielo... Salvo que daba por sentado

que era una furcia, y eso la ofendía. Por eso dijo:

—Le agradezco que me tome por una persona de ese tipo. Discúlpeme.

Corrió el pequeño riesgo de hacer ver que se iba. Le sorprendió la actitud de él, que también se levantó.

—Necesito hablar contigo —dijo—. Ven conmigo arriba. Allí estaremos más tranquilos.

—¿Se refiere a su habitación?

—Habitaciones, querida, habitaciones.

—¿Sigue creyendo que pertenezco a esa clase de mujeres?

—Mira... —respondió él—. Soy tu amigo. Tommy. Pronuncia mi nombre: Tommy.

Parecía un poco chiflado. Iris dijo:

—¿Tommy...?

—No así, con tan poca seguridad —protestó riendo—. Así: ¡Tommy!

«Loco de remate», pensó Iris, pero repitió:

—¡Tommy!

Y esbozó una sonrisa. No le sonó mal. Parecía que ya fuesen amigos.

—Iris —dijo él.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Incluso conozco tu futuro, querida...

Ella tuvo la sensación de que alguien le soplabá en el cogote, produciéndole un escalofrío. Pero no le resultó desagradable, porque la mirada de Tommy le decía que su intención era buena. Cuando se iban, la camarera dijo:

—¡Buenas noches, míster Donovan!

Ya Iris le pareció que coqueteaba un poco con él.

El barman corrió al extremo de la barra, para saludar también. Los ruidosos chicos del grupo musical, los de las camisas de satén de color naranja, agitaron la mano para decirle adiós, y varios empleados del casino les saludaron en el vestíbulo, haciendo reverencias.

—Le tratan con mucho respeto —comentó Iris.

A eso contestó Tommy que hacían bien, no en vano era él el dueño de aquel jodido negocio. Iris comprendió que, a partir de aquel momento, su vida ya no volvería a ser la de antes.

Donovan había comprado cajetillas de tabaco en la tienda libre de impuestos. La vendedora tenía que darle el cambio. A través de la sala de espera, Iris observó que el hombre echaba una mirada a su mujer, para cerciorarse de que estaba distraída, y que luego la buscaba a ella con la vista. Iris se acompañó el pelo hacia atrás, con una mano, para que Tommy pudiese contemplarla mejor, y él hizo un breve gesto de saludo antes de dedicar de nuevo su interés a la vendedora de tabaco. Le gustaba hacer pequeñas señales, indicando de este modo que entre ellos existía un secreto. De cualquier forma, Iris tenía la certeza de que todos los del hotel sabían que se acostaba con ella. A través de su despacho se entraba en un estudio donde había un amplio sofá blanco, compuesto de varios elementos, que se transformaba en una cama cuadrada: él solía llamarla «su corralito». Le hacía poner una toalla debajo del cuerpo. Entonces se ponía encima y la penetraba, apoyando su peso en los brazos, rígidos, con objeto de poder mirar hacia abajo, a la vez que trataba de hundir el estómago para verse a sí mismo haciéndolo. Nunca había intentado probar nuevas posturas, desde que Rae Dawn Chong demostrara a aquel joven troglodita, en una película, cómo encender fuego y hacerlo luego cara a cara. Tommy era un hombre tan importante que siempre tenía prisa.

Había entregado a Iris el billete de avión, pero no dinero ni cheques de viaje, ya que todavía no trabajaba para él. Pero luego tendría que darle lo necesario para la ropa que debía llevar como azafata: un vestido rojo, otro verde brillante...

La noche anterior, al ir al hotel de Tommy para recoger su billete de avión, Iris llevaba un vestido negro de cóctel, atractivo pero ya un poco tronado. Después de una espera interminable, se halló en un reservado del

Sultan's

Lounge entre Tommy y un tipo grueso, de cabellos rizados, llamado Jackie Garbo. El grupo caribe, La Tuna, había terminado ya sus actuaciones en la casa. Ahora, la fotografía colocada en el vestíbulo desde hacía dos semanas mostraba a una joven, Linda Moon, que tocaba el piano, interpretando a la vez canciones lentas y suaves. Tommy la llamó:

—¡Vuelve a tocar *That Rainy Day*
Here's
!

La chica le miró durante unos segundos por encima del piano, antes de interpretar la pieza por tercera vez.

Iris procuraba estar más cerca de Tommy que de Jackie, para que Tommy no tuviese celos. La pierna de Jackie Garbo se apretaba contra la de ella, comprimidos como estaban los tres en el curvo compartimiento, mirando desde la oscuridad a la joven pianista que actuaba envuelta en un cono de luz rosada. Linda Moon cantaba en voz baja y sin esforzarse.

Tommy preguntó a Jackie Garbo:

—¿Qué te parece?

Iris notó la mano de Jackie en su muslo, contra el que daba golpecitos siguiendo el compás de la música. Bien, se mostraba amable... Jackie Garbo trabajaba para Tommy en Atlantic City, como encargado del casino de aquella ciudad. Le respondió a Tommy:

—¿Quieres un piano en los salones de allí?

—La chica vale —señaló Tommy—. Trabajó seis semanas en el Condado Beach. Ahora deseaban presentar algo nuevo, y yo me la quedé.

—Es buena, sí —asintió Jackie—, pero hará dormir a nuestro público. Con unas cuantas composiciones como ésta, los clientes se quedarán como verdaderos trancos.

—También sabe tocar piezas de más ritmo.

—Eso espero —dijo Jackie Garbo—. Si no quieres que la gente se duerma en el vestíbulo de un hotel, no les pongas butacas. Pues es lo mismo. En los salones es donde se anima a la clientela, sobre todo para que juegue más.

—A mí me gusta —dijo Tommy—. La chica vale.

—Si te gusta, contrátala —continuó Jackie Garbo—. Puede tocar desde el mediodía hasta las cuatro de la tarde, cuando de todas maneras no hay nadie... ¡Oye, se me ocurre una cosa! —agregó, con un chasquido de los dedos—. ¿Qué te parecería meterla en aquel grupo loco, que ahora no sé cómo se llama... aquél de los jodidos tambores...? La Cuba, me parece, o algo así.

—¿Te refieres a La Tuna?

—¡La Tuna, sí! ¿Por qué no lo intentamos? Esos chicos... Si te pones a oírlos, no te puedes dormir en dos días, te queda la cabeza hecha polvo. Si quieres hacerle un favor a esa tía, ponía al frente de La Tuna; arrincona el piano y ponle unas maracas en las manos, haz que haga mucho ruido y enséñale a mover el culo como está mandado. A los de La Tuna les hace falta una tía.

—No es mala idea —admitió Tommy—. Pero no creo que ella acepte. Es una tía dura...

—¿Quieres decir que no? ¡Propónselo, carajo!

Iris notó que la mano de Jackie Garbo trataba de pellizcarle el muslo. Esa misma mano regordeta y menuda que antes asía la copa de champán. Y al no conseguir lo que se proponía, esa mano avanzó hacia arriba en plan de exploración, para comprobar si Iris llevaba bragas. La muchacha se dijo que el director de un casino debía de ser un tipo importante. Ahora, Garbo preguntaba si Linda Moon tenía aspiraciones, o si se conformaba con permanecer entre esos dichosos nativos.

Tommy explicó que no pensaba proponerle nada así, de repente. Era necesario que se hiciese a la idea lentamente. Jackie Garbo señaló:

—¿Sabes cuántos pianistas hay por ahí?

A Iris no le hacía ninguna gracia ese Jackie Garbo. Ni su mano, ni la manera que tenía de expresarse. Tampoco entendía cómo hablaba de semejante forma con su jefe, el dueño de los hoteles. O cómo tenía el valor de hablar de *ella* en su presencia, como si su mano supiese que Iris estaba allí, pero todo el resto de su persona lo ignorase. Por ejemplo, diciendo:

—Esta Iris lo va a hacer muy bien. ¡Te lo aseguro yo! ¡A que no sabes quién va a alucinar, con sólo verla?

Tommy hizo un gesto de inteligencia y dirigió un guiño a la muchacha, pero... ¿qué secreto encerraba aquel guiño? Se diferenciaba de otros anteriores. El guiño le fue hecho a ella, pero en realidad era para Jackie Garbo.

Cuando Linda Moon acabó de interpretar la pieza, se reunió con ellos y tomó asiento al otro lado de la mesa. Apoyó una mano encima de otra y dijo que no deseaba tomar nada. Tommy dijo que estaba contento de ella, pero añadió:

—Pensaba proponerte pensar en algo que no fuese únicamente

tocar el piano...

Linda respondió:

—De tener algo mejor, no me contentaría con amenizar veladas tocando el piano, míster Donovan. Sólo lo hago cuando no me ofrecen nada más interesante.

—¡Deja de llamarme míster Donovan! Ya sabes cuál es mi nombre. Quiero que pienses en la posibilidad de tocar con un grupo. Necesitas refuerzos.

—Yo ya soy un grupo, míster Donovan: cuento con un teclado, sintetizadores, dos muchachos de Nueva York que podrían llegaren un abrir y cerrar de ojos, guitarras, batería... También puedo actuar con guitarra y caja de ritmos... Dispongo de partituras pop y *top forty*, cosas originales. Tiene que escucharnos, míster Donovan.

—¡Tommy! —insistió éste—. ¿Y cómo se llama el grupo?

—«Moon» —contestó Linda—; ¿le gusta? Simplemente «Moon».

—Sí, no está mal...

—Quisiera ver esa caja de ritmos —dijo Jackie Garbo—. ¿Tocáis muy fuerte?

Linda le miró y exclamó, sin mover las manos:

—¡Arrastramos al público, Jackie! Si eso es lo que quieres, puedes llevártelos a todos de culo. ¿Apuestas algo? Garantízame ocho semanas, y te aseguro que me pedirás otras ocho.

Iris observaba a Linda, que estaba muy tranquila y que no parecía temer en absoluto a aquellos tipos.

Tommy dijo:

—*Lady*... —y agregó con una sonrisa que no encerraba broma—. Veremos lo que podemos organizar juntos.

Inmediatamente después, Tommy Donovan y Jackie Garbo abandonaron la mesa. Iris continuaba mirando a Linda cuando ésta se sirvió un poco de champán y lo probó.

—No necesitan contratarte, si no quieren. Quiero decir que ya trabajas para ellos —dijo Iris por encima de su copa—. Pero no parece asustarte lo que puedan hacer contigo...

—¿Y qué es lo peor que pueden hacerme? —respondió Linda—. ¿Obligarme a tocar cada vez *Shake, Rattle and Roll*? Conozco el ambiente de la sala y lo que la gente espera. ¿Quién actúa en el salón principal? ¿Tom Jones? ¿Liberace? Eso te da una idea. Interpretaré tres piezas de esas de siempre por cada una que yo

tenga ganas de tocar, y si eso no da resultado, puedo buscar otra solución, ¿no? En un casino, la cosa es atraer a gente importante... Y ahora he de volver a mi piano.

Iris trató de entender las palabras de Linda. Pero entonces apareció Vincent y tuvo otras cosas en que pensar.

Tommy salió con sus cigarrillos de la tienda libre de impuestos. Fue hasta donde estaba su mujer, todavía enfrascada en la revista, y se sentó a su lado. Iris seguía observando. Intentaría averiguar si entre el matrimonio existía amor. No lo creía. Pero de pronto no pudo verles: delante de ella se había situado una camisa floreada. La muchacha alzó la vista cuando Teddy dijo:

—Vaya, vaya... —sonreía, con su cámara a cuestas y un sobre con el pasaje—. Y yo que te creía lejos de aquí.

Lo primero que Iris pensó fue que el tipo iba a pedirle el papagayo de artesanía y los cien dólares, pero no fue así. Teddy parecía muy contento de encontrarla allí, y daba la impresión de no acordarse del dinero.

Los cincuenta dólares que le había dado por acostarse con ella eran aparte: se los había ganado ella. Cuando estaban en la cama, él le había preguntado si era capaz de llorar y poner cara de angustia. «Si supiera llorar en cualquier momento, me habría hecho artista de cine y no necesitaría dedicarme a esto», fue la respuesta de Iris.

Eso a Teddy le había molestado: sacó una pequeña navaja de su extraño cinturón, del que no se había desprendido, y colocó la punta de la hoja sobre la nariz de la mujer, a la vez que le decía: «¿Qué, te la rajo de arriba abajo?».

La escena que montó entonces Iris hubiera sido digna de un Oscar: no resultaba difícil fingir miedo con una navaja encima de la nariz... Pero al cabo de un minuto, o poco menos, él volvía a sonreír tan tranquilo para demostrar que era un tío simpático. Pero no lo era. Iris nunca había conocido a un tipo tan rastrero.

Allí, en el aeropuerto, seguía sonriéndole, mientras proponía:

—¡Ey! ¿Qué tal si nos sentamos juntos?

Iris vaciló, apartando la vista de él para decidir rápidamente lo que le convenía hacer, y en éstas descubrió a Linda Moon haciendo cola para entrar en la tienda libre de impuestos, esperando para

comprar tabaco. Con inmenso alivio, dijo:

—Lo siento, pero estoy con una amiga Teddy seguía con la sonrisa dibujada en los labios.

—Otro día será, ¿ey? —dijo.

7

El POLICÍA que acudió al apartamento de Vincent era uno de los que condujeron a Teddy a la barcaza de Loíza, haciendo ver que sólo hablaban español. Se llamaba Herbey Maldonado, un buen tipo, y trabajaba para Lorendo Paz como investigador de asuntos criminales. El empleo de la barcaza había sido idea de Lorendo, al decirle Vincent lo que pensaba hacer: abandonar a Teddy con el coche alquilado al otro lado del abra, donde sin duda se extraviaría, y regresar él con los dos policías. Cerca de Isla Verde, hicieron un alto en la autopista para descansar y concederse unas cervezas. Herbey comentó:

—¡Tío, qué divertido fue ver cómo ese tipo se cagaba de miedo!

Vincent necesitaba estar seguro, y por eso preguntó a los policías si creían que habían asustado a Teddy suficientemente para que, en efecto, se largara. Los dos portorriqueños estaban convencidos de que no volverían a verle. No les parecía un hombre peligroso, de esos capaces de cualquier cosa.

Un par de horas más tarde, Vincent se sentía bien. La cadera ya no le dolía, por lo que decidió invitar a comer a los policías portorriqueños. Encargaron alcaparras, pasteles y piononos, y Vincent, cuando empezó a comer, se preguntó qué diablos era lo que tenía en el plato: carne con plátanos, o tal vez una mezcla de varias cosas con una raíz llamada yautía, de la que nunca había oído hablar. En cualquier caso, aquello no le disgustaba.

Vincent dijo luego a los policías que regresaría en autobús o en taxi, porque tenía algo que hacer, y desde la autopista se encaminó

hacia la playa hasta ver aparecer, entre los árboles, el anuncio luminoso verde que parecía escrito en el cielo:

Isla Verde Resort
Spade's

Lorendo había dicho que *Spade* era la sigla de «Seashore Properties and Donovan Enterprises»; Tommy Donovan era el presidente del Consejo de Administración, pero ejercía más de figurón que de administrador.

«O de potentado», pensó Vincent. ¿Permanecía sentado en cómodos almohadones, fumando en una pipa de agua, y acudían los criados con sólo dar él una palmada? El policía se dijo que estaría allí, en alguna parte de aquel edificio coronado por una cúpula de forma oriental que iluminaba la noche. ¡Dios santo! ¿Qué significaba todo aquello, y de quién había sido idea? ¿Qué relación tenía con el juego todo ese estilo árabe? ¡Hasta el portero, un portorriqueño, tenía que llevar chilaba y turbante! Los clientes le daban un dólar al volver a sus coches, sin molestarse en mirarle ni esbozar una sonrisa. El portero, en cambio, tenía que sonreír siempre, diciéndose que al fin y al cabo le pagaban para eso. Todos los clientes del casino permanecían muy serios durante el juego, procurando ganar o, al menos, no perder. Vincent pasó de largo ante la sala y entró en el

Sultan's
Lounge.

Se sentó junto a Iris en el reservado. Ella preguntó si le apetecía una copa de champán, que costaba ochenta dólares la botella pero que, para él, sería gratis. El policía pidió *whisky*, que sólo costaba cuatro dólares. La música era agradable, interpretada por una chica morena en un rincón suavemente iluminado de azul. Iris señaló que, para entrar en ese salón, se tenía que ir de gala.

—¿Con chilaba y turbante, además? —preguntó Vincent con una sonrisa.

No podía ser cierto... ¿Cómo podía meterse la chica en semejante lío?

—Me voy mañana —dijo Iris—. Así que nos despediremos hoy.

El policía reflexionó un instante antes de hablar.

—¿Me permitirías un consejo? ¡No lo hagas! ¿Sabes cuál va a ser allí tu trabajo?

—¡Claro! Seré azafata.

—Iris... Allí servirás de *comp*...

—¿Qué es eso, Vincent?

—Pues... Un regalo, Iris. Como el champán... Serás pasada de mano en mano. Tendrás que aprender a sonreír mucho...

—Sé sonreír de sobras, Vincent. Soy muy risueña... cuando no estoy contigo.

—Pero tendrás que ser muy simpática con esos capullos.

—Yo soy simpática con todo el mundo.

—Serás manejada por unos y otros.

—Ya me lo has dicho.

—Te van a tratar como a la mierda.

—¿Lo crees de veras? Me aseguraron que un tío importante alucinaría conmigo.

—Es tarde para los consejos, ¿no? —dijo Vincent, mirándola con algo que, si no tristeza, era fatiga—. Eres la chica más guapa que he visto en mi vida.

—Gracias.

—Y, probablemente, la más tonta.

—Buenas noches, Vincent.

—Adiós, Iris.

Transcurrieron dos semanas.

Vincent pensaba en Iris de cuando en cuando, pero también se acordaba de Nancy Donovan. Tan distintas una de otra... Y le gustaban las dos. Seguía caliente.

Herbey Maldonado fue al apartamento de Vincent para comunicarle que Lorendo quería hablar con él. Podía telefonearle aquella misma tarde, o, si lo prefería, reunirse con Lorendo para almorzar juntos en el Cidreño. Herbey era un hombre reposado, pero ahora parecía distinto. Vincent le preguntó qué sucedía. ¿Algún problema nuevo? Herbey aseguró que no sabía de qué se trataba. Se ofreció para acompañar a Vincent al restaurante.

Perfecto, era casi la hora. Durante el camino, Herbey explicó que habían pasado toda la mañana en El Yunque, intentando esclarecer un homicidio que prometía ser muy complicado. Se ocupaba de ello la patrulla de Lorendo. Probablemente, Paz estaría en el restaurante cuando llegaran ellos. Vincent se apeó delante del Cidreño.

Lorendo aún no había llegado, y Vincent tomó una cerveza mientras esperaba. Tenía hambre y decidió que pediría un asopao de pollo, una especie de estofado con arroz. Ya le parecía saborearlo, acompañado de cerveza, crujiente pan del día y mantequilla.

Entonces entró Lorendo Paz y se dejó caer en la silla de al lado. Se le veía rendido, y su traje de color claro estaba sucio de polvo.

—Te ha tocado un asunto duro, ¿no?

—Ese hombre lleva muerto dos semanas, como poco —dijo Lorendo, a la vez que se tocaba la frente—. Un tiro aquí, y otro aquí, para rematarle —agregó, señalándose la sien izquierda.

—¿Dos semanas estuvo a la intemperie?

—Por lo menos. El cuerpo estaba cubierto de insectos, medio comido por animales, y hasta crecían plantas encima de él. De la cara no queda mucho. La semana pasada encontraron por allá un taxi abandonado, pero no sabemos si pertenecía al muerto. No le habían dejado la cartera ni el carnet de identidad.

—¿Qué dicen los del Departamento de Desaparecidos?

—Les avisamos. Comprobarán las denuncias.

—Si se trata del taxista, quizás esté registrado en alguna parte dónde cogió a su último cliente.

—También me encargaré de eso, Vincent.

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—Unos excursionistas. Por casualidad. No estaba cerca de ningún camino. Quien fuera el asesino, le mató y luego arrojó su cuerpo desde uno de esos puntos a los que uno va a ver el panorama. Seguimos buscando su cartera. Mientras tanto, en el instituto forense le hacen la autopsia en busca de una bala. Nosotros le tomamos las huellas digitales, y veremos si corresponden a las que aparezcan en el taxi. Y así estamos...

—Se os viene un buen jaleo encima —comentó Vincent—. Pero ¿qué hay de especial en el caso?

—Todo —repuso Lorendo—. Primero, hay que averiguar cómo

ocurrió y por qué motivo. Quizá para robarle. Pero tampoco sabemos si le mató la misma persona que le robó la cartera, ¿verdad?

—¿Quieres conocer mi opinión? —preguntó Vincent.

Lorendo se encogió de hombros.

—Si me la quieres dar... En un caso como éste, me interesan todos los puntos de vista.

Y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Me invitarás a comer, pese a todo? Supongo que nos reunimos aquí para eso... —dijo Vincent.

—Bueno, hoy me toca a mí —contestó Lorendo, a la vez que buscaba un camarero con la vista. De pronto agregó, sin dejar de mirar a su alrededor—: Hay otra cosa... Esta mañana recibí una llamada...

Vincent Mora vio que Lorendo se enderezaba y posaba brevemente la vista en él, al mismo tiempo que extraía algo del bolsillo interior de su chaqueta. Era una hoja procedente de un *bloc* oficial, y Lorendo la desplegó como si no le gustara hacerlo.

Vincent se irguió con una cautela instintiva.

—Soy todo oídos —dijo, como si quisiera bromear con Lorendo, pero en su rostro había una gran seriedad—. ¿Qué sucede?

Lorendo estudió la hoja de papel amarillento.

—Telefoneó un compañero de Atlantic City, en Nueva Jersey. Un capitán llamado Davies, que pertenece a la brigada criminal. Estaba en el despacho del fiscal.

Vincent se apoyó en el respaldo.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Se trata de Iris, ¿no? ¿La arrestaron?

—La encontraron...

—¿Pidió ayuda a la policía?

—No pidió nada, Vincent. Estaba muerta.

8

El VIEJO míster Bertoia le dijo a Vincent que no, que no había que cerrarlo. Respiró y echó el aire por la nariz.

—¡Pobre chica! Llevo cincuenta años en este sitio, pero cada vez que veo una muchacha tan joven muerta, me parte el corazón. El ataúd tiene que permanecer abierto, claro —añadió de cara a su hijo, de mediana edad—. Cualquier amigo o familiar puede querer ver a la difunta, y no se conformará con un ataúd cerrado.

El segundo míster Bertoia aclaró que no era un ataúd, sino una simple caja. Y lo dijo delante de Vincent Mora. La tez del viejo estaba curtida y llena de arrugas. El policía pensó en un albañil o en un guía de montaña que hubiese pasado toda su vida al aire libre. El hijo, en cambio, tenía la cara paliducha y se estaba quedando calvo. No apartaba sus manos de la espalda, como un funcionario de segunda, siempre en su sitio; el ayudante cuya recta mentalidad está constantemente al acecho.

Manifestó éste entonces:

—Permíteme recordarte que la pelvis y la columna vertebral y las caderas..., todo lo tiene prácticamente pulverizado. En realidad, podría decirse que no le queda ni un hueso entero en todo el cuerpo.

—Sí, pero la cara está bien —replicó el viejo Bertoia.

—La cara sí; en efecto. Enseña a la chica, si quieres —se avino el hijo, aunque con un encogimiento de hombros—. Pero el cuerpo... no se lo mostraría ni a su peor enemigo.

El viejo le echó una mirada fulgurante, soltándole además un

aluvión de palabras en italiano.

El Bertoia de mediana edad se enderezó y dijo:

—Solamente trataba de explicar las condiciones en que se halla el cadáver. ¿Quieres que lo rellene un poco? Bien. Lo arreglaré, y también le voy a repasar la cara, para que haga mejor efecto. Pero eso me dará algún trabajo, y no estaba especificado en el contrato...

—Este caballero lo desea así —subrayó el viejo—. ¿O es que no lo entiendes?

—Bien. Sólo me permití recordar que tenemos un contrato —insistió el hijo—, y que la factura la paga la chica que trajo el cuerpo. Creo que se llama Linda Moon —añadió, tras reflexionar un poco—. Si es que ése es su verdadero nombre, claro... Todavía nos debe dinero.

—¿Cree usted que podré ver el cadáver hoy mismo? —preguntó Vincent.

—¡Naturalmente que sí! —intervino el viejo—. Enseguida.

Pero el hijo no se movía.

—El aspecto del difunto es sólo una parte del asunto. Hay que hablar también de los gastos. Esa joven que dijo llamarse Linda Moon firmó un contrato por unos servicios mínimos, que incluyen la cremación. Aún no ha elegido la urna.

Echó una mirada a la desnuda caja de brillante plástico imitando madera, iluminada por un fluorescente.

—Lo que ahora vamos a hacer es precisamente lo que nadie ha pagado.

Vincent le escuchaba mientras contemplaba la triste caja, el gastado suelo de linóleo, las vacías filas de sillas metálicas plegables, las persianas cerradas... En la pieza hacía frío. Al ver que el joven Bertoia se dirigía a una puerta, dio unos pasos hacia él. El hombre se volvió y dijo:

—¿Qué desea?

Finalmente, Vincent pudo llevárselo al vestíbulo decorado con cuadros de marco dorado. A un lado, el Buen Pastor, y al otro, el Sagrado Corazón de Jesús. Por encima del hombro de Bertoia, el policía vio al viejo que vigilaba desde la puerta de la pieza donde Iris descansaba en su caja de plástico.

Vincent dijo:

—En este mundo no hay nada gratis, ¿verdad? Ya comprendo

que tendré que pagar todo lo que usted haga. Pero no tema, porque lo cobrará. Antes de que yo salga de aquí, tendrá su cheque. Lo que ahora le suplico, es que vaya adentro y abra esa jodida caja. ¿Cree que puede hacerlo por mí?

Vincent contempló los alrededores a través de las persianas. Todo eran casuchas viejas y solares vacíos, y en las desiertas calles con nombres de Estados o de océanos se alzaban solitarios los postes de teléfonos. Vio casas que parecían graneros, con ventanas voladizas y maderos entramados, construidas en una época en que los turistas acudían a veranear y en todas partes se alquilaban habitaciones a pocas manzanas de la playa. Con sólo salir al Broadwalk, se podían recorrer kilómetros y kilómetros de playa, según explicó el viejo Bertoia a Vincent. Al policía, aquella zona le pareció poco menos que arrasada por la guerra. Diríase que la gente había huido, prácticamente con la ropa puesta.

—¿Ve allá abajo, detrás de los postes de teléfonos? —señaló el anciano—. Son los casinos. Hoteles con miles de habitaciones, y con un casino en el que se podría jugar a fútbol, de no ser por el techo. El techo es de cristal, ¿sabe? Desde arriba le vigilan para que no haga trampas... ¡Fíjese en esos edificios que suben casi hasta el cielo! Son las seis de la tarde y está nublado. Claro, aún es marzo. Los casinos no tardarán en estar listos, y a mí me obligarán a vender... ¿Quién quiere una funeraria cerca de un casino? Mi hijo se trasladará a Linwood, donde tiene una casa de estilo colonial. Yo no sé adónde iré. Son ya nueve, diez, once, doce los edificios que levantan...

«La invasión de los casinos», pensó Vincent.

El hijo de Bertoia salió de la pieza con los puños de la camisa doblados hacia arriba, anunciando que ya había terminado. Padre e hijo se alejaron, y Vincent quedó solo con Iris.

Con una chica que habían dicho que era Iris... El rostro que vio en la caja tenía cierto parecido con uno que él recordaba, pero éste parecía salido de un cuaderno para pintar. El empresario de pompas fúnebres lo había decorado a base de rojos y rosados, con una sombra purpúrea en los cerrados párpados, y el resultado era penoso. Por unos instantes, Vincent tuvo la tentación de pintarrajearle la cara a Bertoia... De cubrirle la piel de blanco, ponerle pestañas postizas negras, redondas manchas encarnadas en

las mejillas y una boca como un payaso, que le obligase a sonreír quieras que no. ¡Aquella pobre chica no podía ser Iris! La que él había conocido estaba viva...

Sin embargo, el informe policial escrito con bolígrafo negro decía bien claro que había sido hallada a la una y diez de la madrugada sin señales visibles de vida. Según el sumario, el cuerpo llegó muerto al Shores Memorial de Somers Point, cosa que confirmaba el médico forense. Por consiguiente, Iris estaba muerta. Y es que nadie puede caer desde el decimotavo piso de un rascacielos y chocar contra el pavimento sin morir en el acto.

Vincent todavía llevaba consigo la maleta. Cubría sus ropas, propias de Florida, con un chubasquero. Había salido de San Juan hacia Tampa-St. Pete, para volar desde allí a Atlantic City y luego tomar un taxi hasta Northfield, en Nueva Jersey —«frente a la costa», como lo llamaban, más allá de Atlantic City, en Absecon Island—, para dirigirse a la Brigada Criminal, donde le esperaban. Deseaban verle, formularle preguntas. Vincent se dio cuenta al entrar en las oficinas. Los policías se mostraron pacientes a su manera. Y corteses. Vincent sabía lo que hacían, pero no por qué. Finalmente, un capitán apellidado Davies dijo:

—Si una joven muere con el nombre y las señas de un hombre escritas en un sobre que lleva metido dentro de sus bragas, necesitamos hablar con él.

Lorendo Paz no había mencionado nada de eso.

—Pedimos a los de Puerto Rico que no lo hiciesen —explicó Dixie Davies—, pero nos hablaron de usted, y entonces le localizamos. De no haberse presentado, lo hubiésemos citado.

Vincent vio su nombre y dirección —los apartamentos Carmen, de San Juan— en un sobre blanco, ahora arrugado y con manchas de sangre.

—Apareció dentro de las bragas de la chica, doblado dos veces. Era la única prenda que llevaba puesta.

—Esto lo escribió Iris —declaró Vincent—. Estoy seguro.

—También nosotros lo supusimos —dijo Dixie—, pero... ¿por qué lo guardaría en sus bragas?

—No lo sé.

—¿Intentaba comunicarnos algo? ¿Conseguir ayuda de la policía?

—Lo dudo.

—¿Tenía aquí algún amigo portorriqueño?

—No, que yo sepa.

—¡Mierda! —murmuró Dixie Davies—. Confiaba en que usted pudiese abrirnos una puerta.

Vincent tuvo la impresión de que, respecto de lo ocurrido en Northfield, era Dixie Davies quien acababa de abrir una puerta. Unos minutos con aquel hombre, solos los dos policías en una sala de interrogatorios pintada de verde pálido, lejos de ruidos y teléfonos, bastaron para que Vincent volviese a hallarse en su terreno. Con el «astro» de la patrulla de homicidios podía relajarse y recobrar, además, la confianza en sí mismo. Porque eran iguales. Dixie pesaba diez kilos más que él; se le veía curtido, llevaba un grueso bigote y estaba más presentable con su traje marrón que el Vincent Mora recién llegado de Puerto Rico, barbudo, moreno de tanto sol, que cubría sus ropas veraniegas con un impermeable y todavía cojeaba un poco. Sin embargo, eran iguales, y los dos se daban cuenta de ello. Era como si fueran dos colegas que hubieran trabajado juntos durante diez años. Por eso cuando Dixie dijo eso de que «confiaba en que pudiese abrirnos una puerta», a Vincent se le escapó una sonrisa: él hubiera dicho lo mismo.

El colega describió los pasos dados en el caso de Iris Ruiz. Vincent le escuchó, procurando retener los detalles para más tarde... O para aquel mismo momento. En la funeraria. O solo en su habitación. Llevaba pocas horas en la ciudad.

Vincent repasó en su mente todo lo registrado por la policía territorial, y lo no registrado, porque había huecos en la historia. Y se imaginó a Iris cayendo en medio de la oscuridad. Sola. Le pareció ver sus ojos y también el suelo, que se levantaba hacia ella, como la desdichada muchacha debió de verlo en su soledad, tratando de apartarlo... Lo que no logró figurarse, fue a Iris cayendo por sí sola del balcón. Tuvo que haber alguien con ella, arriba, a eso de la una de la madrugada.

En su vagina había restos de semen.

El médico forense no sabía decir si había sido asaltada, sexual o físicamente. Muestras de sangre, raspaduras de uñas y partes de sus órganos vitales habían sido enviadas al laboratorio oficial de Newark. Ahora esperaban el resultado de los análisis, para conocer

la causa aparente de la muerte, antes de pasar a determinar si se trataba de homicidio o suicidio...

—También pudo estar drogada —señaló Dixie—. Ácido, polvo de ángel... Pudo creer que era capaz de volar. Pero la cosa cambia si estaba muerta antes de chocar contra el suelo. Si, por el contrario, se demuestra que se mató a consecuencia del golpe, hay que considerar también la posibilidad de un accidente.

—Alguien la levantó para arrojarla al vacío —dijo Vincent—. Alguien que había ido a verla, que entró en el edificio y subió a su apartamento.

—Pero la chica no vivía allí —advirtió Dixie.

Vincent comprendió que el caso era más complicado de lo que él se imaginaba.

—Nadie ocupa el piso —continuó Dixie Davies—, que se suponía vacío. El apartamento está amueblado, pero sin inquilino. Iris ocupaba una habitación alquilada en Caspian Avenue. La primera pregunta es: ¿cómo entró en el apartamento? No hay indicios de que la puerta hubiera sido forzada. Segunda pregunta: ¿qué hacía Iris Ruiz allí? ¿Quieres conocer mi opinión, basada en lo que hablé con los de Puerto Rico, que la tienen fichada? Probablemente tenía un amante, aunque tampoco se puede asegurar. Si ese hombre la mantenía, el asunto se va a enredar aún mucho más... ¿A quién buscamos? ¿A un tío metido en drogas, quizá? Y si ese hombre pasaba la noche con ella, ¿por qué no se la llevó a su habitación del hotel? ¿O quizá era un amigo? De una forma u otra, por el semen que ha aparecido en su vagina nos consta que Iris acababa de follar con alguien, ¿no?

Vincent no contestó.

—La chica servía cócteles en Spade's

Boardwalk y trabajaba de día, de diez de la mañana a seis de la tarde. Eso no descarta, claro, que pudiera ser sonámbula. Hablamos con el personal y nos dijeron que había faltado dos días seguidos sin excusarse.

—¿El día de su muerte y el anterior? —inquirió Vincent.

—No. La encontraron a la una y diez de la madrugada. Ese día no cuenta. Faltó al trabajo los dos días anteriores, sin telefonar para decir que estaba enferma, ni nada.

—¿Hablasteis con Donovan? —quiso saber Vincent.

—Tiene unos tres mil quinientos empleados —dijo Davies—. No creo que les siga la pista a todos.

—Donovan la contrató personalmente, y se la trajo de San Juan.

—¿Ah, sí? —exclamó Dixie Davies, interesado—. ¡Le pondremos en la lista!

—Prometió colocarla de azafata.

—Tal vez lo fuera. Hay que averiguarlo.

—Si vosotros no lo hacéis, me encargaré yo —dijo Vincent.

Dixie le miró, pero no dijo nada.

—La chica que identificó el cuerpo se alojaba en la misma casa que ella. Sólo se conocían desde hacía dos semanas. Iris trabajaba de día. La otra lo hace de noche. Forma parte del conjunto musical del hotel. Declaró no conocer apenas a Iris Ruiz.

—¿Cómo la encontrasteis, a ella?

—Llamó al departamento de desaparecidos. A la mañana siguiente, a eso de las nueve, unas ocho horas después del suceso. Esa chica, que se llama Linda Moon, nos telefoneó. Toca en el hotel, como ya te dije.

Vincent trató de hacer memoria, porque el nombre le resultaba conocido. Al cabo de un momento dijo:

—Volvamos al escenario... Si nadie vivía en ese apartamento y ninguno de los inquilinos sabe nada ni oyó nada, como no fuera un grito, quizá...

—Nada de gritos —dijo Dixie—. Yo hubiese gritado, creo; hubiese intentado salir huyendo.

—De modo que no hubo ningún grito —repitió Vincent—. Vayamos por partes... ¿Adónde habéis llegado, en las investigaciones?

—Hablamos con el portero; un viejo de uniforme. Estamos comprobando todas las entregas hechas aquel día, procuramos entrar en contacto con todas las personas que trabajaban con Iris o que podían conocerla. Necesitamos averiguar todo lo posible.

—¿Te sabría mal que metiera la nariz en lo que habéis conseguido? —preguntó Vincent—. Te prometo no hacer nada sin decírtelo antes.

—Yo nunca rechazo una ayuda profesional —contestó Dixie—, siempre que no se entere el jefe.

Lo que de momento sabían con seguridad, era lo siguiente: que Iris había caído desde el balcón del apartamento número 1802 de un edificio de apartamentos altísimo situado en la esquina de Surrey Place y Atlantic Avenue, de Ventnor.

Que el apartamento era propiedad de una empresa de Trenton que fabricaba artículos de limpieza y abastecía, por ejemplo, a porterías. Un empleado de esa compañía dijo que el apartamento estaba vacío, y que no había estado alquilado desde la temporada anterior; al menos, que él supiera... Que, en efecto, la compañía tenía contratos con diversos hoteles de Atlantic City, entre ellos, con Spade's Boardwalk...

Que el apartamento estaba relativamente limpio y parecía libre, excepto que una de las camas había sido hecha de nuevo. Alguien habría dormido en ella, porque se notaba distinta de la otra; no tan limpias y estiradas las sábanas. La ropa usada estaba ahora en el laboratorio.

Vincent se imaginó a Iris en un dormitorio...

Que detrás de la puerta del cuarto de baño había colgado un vestido negro, de cóctel. Y, en el suelo, unos zapatos plateados de tacón alto. Además, sobre el borde del lavabo, se encontró una bolsa con objetos de tocador.

Vincent vio a Iris en un balcón...

Que en el armario del dormitorio cuya cama había sido usada apareció colgado un abrigo de lana negro, cruzado. En el cajón superior de la cómoda de la misma habitación había algunas joyas de fantasía: pendientes de cristal tallado, dos brazaletes, un collar... Baratijs.

Vincent vio caer a Iris.

Una joven que llevaba impermeable entró en la pieza sin apartar la vista de la caja mortuoria. Tendría cerca de treinta años. El cabello oscuro, peinado hacia atrás. El cutis, pálido. El rostro, de facciones delicadas y correctas. Iba sin maquillar, como si en un día tan triste y lluvioso no tuviese interés en resultar más atractiva. Aun así, al observarla, Vincent recordó una vistosa fotografía de esa misma chica, con un nombre debajo: *Actuación en el Lounge de Linda Moon Sultan's*

. Y volvió a verla, en su mente, envuelta en una suave luz azul que difuminaba tenuemente aquellas bonitas facciones. Era ella, sin duda. Tenía que serlo. El policía la vio detenerse a poca distancia de la caja.

—¿Por qué la mandaste abrir?

—Deseaba verla —contestó Vincent—. Convencerme de que era Iris, y no cualquier otra persona.

—Es Iris —afirmó la joven—. No sé cómo tengo el valor de volver a mirarla...

Sin embargo, se aproximó todavía más, aunque con paso lento, al ataúd de plástico, y allí permaneció sin moverse.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto en un susurro—. ¿A quién se le ocurrió maquillarla de esa manera?

—Deberían arrestarle —concluyó Vincent.

Linda Moon se volvió hacia él y dijo, con sorpresa:

—Tú eres el de Puerto Rico, ¿verdad? El amigo de Iris. Al entrar, no te reconocí.

Seguidamente miró a su alrededor, se dirigió a las filas de sillas plegables vacías y, sin sacar las manos de los bolsillos del chubasquero, tomó asiento antes de alzar la vista de nuevo.

—¿Dónde está tu bastón? —preguntó.

—Lo olvidé —respondió Vincent.

También él se sentó, dejando una silla libre entre ambos. Linda volvía a mirar la caja mortuoria.

—Patético, ¿no? —musitó—. ¡Que se la tenga que ver por última vez en semejante caja de plástico!

Vincent estudió su perfil: sus oscuros cabellos estirados hacia atrás permitían contemplar bien sus facciones, sus mejillas hundidas, la suave línea de su nariz, sus largas y oscuras pestañas... Esa mujer sabía bastante acerca de él, y su relación con Iris había sido lo bastante estrecha como para hacerse cargo de los gastos funerarios.

—Eres Linda Moon —constató el policía con una voz que sonó a abogado o funcionario de justicia.

—No te causé una gran impresión entonces, ¿eh? —preguntó Linda de repente—. Tendrías que verme actuar ahora. Luzco un conjunto de color naranja, con volantes.

Pero sus ojos, muy serios, no se apartaban de la caja.

—Te oí interpretar dos cosas relacionadas con el tiempo: primero, *Stormy*; luego, *Sunny*...

Linda le miró.

—Después tocaste *the Clowns*
Where're

—*Send in the Clowns*, se llama. Creí que en ese momento ya no estabas.

—Me quedé un rato en el bar para escucharte. Estuviste magnífica.

—Estarías hecho polvo, después de la conversación que mantuvisteis...

—¿Quieres que te hable de Iris y de mí? Será cosa de dos minutos.

—Sin embargo, estás aquí.

—Para enterrarla; pero te me adelantaste. —Y mirándola a los serenos ojos azules de largas pestañas, añadió—: No sabía que fueseis amigas.

—Nos conocimos aquella noche. Volamos juntas y decidimos alojarnos en la misma casa.

—Pero tú pagas todos los gastos...

—No se va a hundir el mundo por eso. Todavía debo trescientos dólares, que no tengo en este momento.

—Yo me haré cargo de eso —dijo Vincent—. Y te daré un cheque por lo que pague.

—No tienes que darme nada —replicó ella—. Si quieres que nos repartamos los gastos, de acuerdo; no voy a discutir por eso.

—Así que sólo la conocías desde hace dos semanas, ¿no? —preguntó Vincent.

—Y tú, ¿cuánto hace que la conocías? Dijiste que podrías explicarme toda la historia en dos minutos.

—No te pongas nerviosa.

—No estoy nerviosa. Simplemente, estoy hecha una mierda. ¡Todo esto es tan patético! La niña bonita que buscaba diversión, y ya lo ves: ¡dos personas velándola!

Vincent permaneció en silencio unos momentos. Luego preguntó:

—¿Qué hay de Donovan? ¿No vino?

—¿Estás de broma?

—¿Te explicó algo?

—¿Referente a Iris? ¿Para qué? ¡Vaya ideas que tienes! ¿Crees que puedo obligarle a que pague su parte?

—Iris estaba convencida de que venía contratada como azafata. ¿Significa eso lo que yo me imagino, en el ambiente de los casinos?

—Ella servía cócteles.

—Durante el día —dijo Vincent, y tras una pausa añadió—: ¿Qué hacía en aquel apartamento?

—Lo ignoro.

—¿No te explicaba lo que hacía?

—¿Sabes de qué hablamos, las pocas veces que nos vimos? ¡De trapos! Iris pedía prestadas muchas cosas, y nunca las devolvía.

—Por ejemplo, un abrigo de lana negra.

Linda no hizo ningún comentario.

—¿Dijiste a la policía que era tuyo?

Después de unos segundos, Linda contestó:

—No; todavía no.

—¿Por qué no?

Vincent creyó oír el silencio; el débil sonido sibilante del radiador, que poco a poco iba en aumento. Linda Moon volvía a contemplar fijamente el ataúd de plástico. Necesitaba algo en que fijarse.

—Linda...

Ella seguía con las manos en los bolsillos del impermeable y las piernas cruzadas. Llevaba unos tejanos muy ceñidos, y las botas, marrones, se veían gastadas y húmedas. En la habitación aún hacía frío.

—¿No necesitas ese abrigo?

—La policía no lo mencionó —dijo Linda—. Deben creer que era de Iris.

—¿Qué hacía en ese apartamento? —insistió Vincent.

—No lo sé.

—¿Veía mucho a Donovan?

—No tengo ni idea.

—¿Le nombraba, al menos?

—Ya te he dicho de qué solíamos hablar.

—Sin embargo, acabas de decir que Iris era una niña bonita que

buscaba diversión...

Linda continuaba con los ojos clavados en aquel deprimente ataúd de plástico, y Vincent notó que el ruido del acondicionador de aire iba en aumento. La muchacha se volvió hacia él e hizo otra pequeña pausa. Sus hermosos ojos azules se mantenían serenos, pero ya no estaban tan abiertos como antes.

—Eres así como muy escurridizo tú, ¿no? —dijo al fin Linda—. No sé cómo no lo recordé cuando empezaste a hacerme preguntas... En el avión Iris me habló de ti. No mucho, pero lo suficiente. Me dijo que abandonaba al americano tan enamorado de ella, un policía llamado Vincent.

—En Miami Beach —puntualizó Vincent—, no aquí. En Atlantic City no soy más que un ciudadano como cualquier otro. Oye, Linda —agregó, tocándole el brazo—: creo que puedo ayudarte.

—Un momento...

—No tienes con quien hablar, necesitas un amigo —dijo Vincent—. ¿A que no me equivoco? Además necesitas de alguien que te devuelva el abrigo, antes de que se te hiele el culo, porque... ¡vaya frío el que hace aquí, en Nueva Jersey! ¿O no?

—Me encantaría que me recuperases el abrigo. Pero, aparte de eso, no necesito ayuda de nadie —respondió Linda.

9

APARCADO su coche junto a la orilla del mar, Teddy obtuvo una clara imagen de la funeraria de Bertoia desde un árido y feo solar vacío que daba a Oriental Avenue. Aquello parecía más un bar de barriada que una empresa de pompas fúnebres. Un par de tipos negros que vestían abrigos de cuero habían pasado dos veces por el lado del coche, para ver si a su conductor le hacía falta droga. Luego vagarían acechantes por el terreno para volver de nuevo y preguntarle qué hora era, por ejemplo. Pero su objeto era venderle droga, y no tardarían en inquirir si deseaba «colocarse». La ciudad estaba llena de *meth*. Convenía mantener bien abiertos los ojos del consumidor.

El taxi se detuvo delante de la funeraria, a media manzana de él, y Teddy exclamó en voz alta:

—¡Muy bien!

Dos personas que se protegían con chubasqueros salieron del edificio, en dirección al taxi.

Teddy había telefoneado a la funeraria, y le habían dicho que Iris sería incinerada aquel mismo día. Le habría gustado verla antes, para comprobar qué aspecto tenía después de caer desde una altura de dieciocho pisos —¡plaf!—, pero probablemente no le dejarían ver el cuerpo. Se preguntó si, mediante una propinita, no le permitirían echarle una mirada. Si esa propina era suficientemente generosa, claro. Pero estaba casi arruinado, y su madre había adoptado una postura muy distinta, desde su anterior visita. Parecía otra persona. Era sorprendente comprobar el cambio operado en ella: de una

mamá dulce y complaciente, que hubiese hecho cualquier cosa por su hijito, se había transformado en una vieja egoísta, tacaña y severa, de arterias endurecidas y cerebro senil.

Aguardó a que el taxi estuviera una manzana más allá, antes de poner en marcha el coche de su mamá y torcer detrás de él hacia Oriental Avenue.

El Chevrolet Monte Carlo, de 1977, grandote y amarillo, había perdido su brillo a causa de la constante acción salina del aire, pese a haber circulado sólo unos treinta mil kilómetros —exactamente

29 681

, según el tacómetro—. El muy hijo de puta nunca se acabaría de estropear, pero nunca, tampoco, lo cambiaría por otro. Lo que podía hacer él, era arrojarlo al agua desde el puente de Somers Point, no demasiado alto. Siempre había algún borracho que iba a parar al canal. Lo importante era, naturalmente, no quedar atrapado en el interior del coche... En los últimos tiempos, su suerte tenía altibajos; tan pronto era buena como mala. Lo que necesitaba con urgencia era dinero. De una forma u otra.

Teddy siguió al taxi por Pacific Avenue, dobló hacia la calle de Pennsylvania hasta el Holmhurst Hotel, a media manzana del Boardwalk. Era uno de esos grandes y antiguos edificios de madera, con un porche larguísimo y una galería cubierta en el segundo piso; el tipo de hotel donde los turistas solían pasar sus vacaciones sentados en una mecedora. Desde allí, poco faltaba para oír las máquinas tragaperras que tintineaban en Resorts International, cuya parte posterior daba a un par de zonas de aparcamiento.

El policía entró en el hotel con su maleta a cuestas, pero el taxi continuó allí. ¿Para qué? Teddy esperó calle abajo, sentado en su coche.

Pensaba en la posibilidad de sacarse de encima aquel dichoso automóvil amarillo. El Datsun que había conducido en San Juan sí que le gustaba. Era un buen coche para circular de un lado a otro y abrirse paso entre los malditos autobuses que todo lo obstaculizaban. Llegaban a la ciudad en número de dos mil, para descargar durante seis horas a los pazguatos que se quedaban allí sin un céntimo, sin lo necesario para pagar ni siquiera el seguro, y luego eran devueltos a Elizabeth, a Newark, a Jersey City, a Philly o a Allentown... Y, al día siguiente, nuevas carretadas de turistas...

Como los judíos en sus vagones de carga, sólo que a estos viajeros se les animaba con vistosas iluminaciones y ruidosas músicas, y con artefactos automáticos que sonaban como alarmas de incendios. Un anuncio gigantesco puesto en un hotel de la autopista indicaba que sus máquinas tragaperras habían soltado más de sesenta y ocho millones de dólares en un mes. ¿Ah, sí? ¿Y cuánto habían vuelto a meter en ellas esos imbéciles? Eso no lo decían.

Su madre le contó que unos hombres de color entraron en la casa, llevándose una serie de cosas. O bien lograron entrar por la puerta, pese a sus tres cerraduras, o a través de una de las ventanas protegidas con rejas.

—Mamá —dijo Teddy—, te aseguro que por esos sitios no pudo entrar nadie. Ni siquiera lo hubiese logrado uno de los profesionales que yo conocí, y que no hacen otra cosa en su vida. ¿Y qué iban a buscar aquí, además? ¿Tus platos decorados con papagayos?

La madre respondió con voz temblorosa, pero picada:

—Me quitaron mi mejor cenicero, la cesta de la costura y toda mi ropa interior. Vi a uno de esos hombres caminando West Drive abajo con mi colchón encima de la cabeza, en dirección a Ventnor Avenue.

—Pero... ¡mamá! ¿Cómo pudo robarte alguien el colchón, si siempre estás echada encima?

—Tú... tú te crees muy listo —dijo la anciana.

Podía estar despistada hablando, si pensaba por ejemplo en la comida, pero cuando se tocaba el tema del dinero, se ponía a recitar los diversos tipos de interés y muchos otros datos como un contador de banco.

—¿Qué piensas hacer con todo tu dinero? —le había preguntado Teddy un día—. ¡Si no tendrás tiempo para gastártelo!

—No importa —respondió su madre, tranquilamente.

¿Qué demonios de respuesta era ésa? «¡No importa!» Por otro lado, no cesaba de lamentarse de que un tipo de color hubiese entrado en la casa, quizá para robar el papagayo llamado Buddy.

—Los cacos hacen una fortuna en los lavabos para hombres de los casinos, ¿sabes, mamá? Abren la llave del agua, para el tío que va a los servicios, le ofrecen una toalla de papel, con la amplia sonrisa típica de los negros, y reciben un pavo a cambio de ciertas informaciones.

Su madre le miró con asco y dijo:

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Con qué gentes te tratas?

Ahora, el policía salía del hotel. Aún llevaba barba, como en San Juan, pero ya no usaba bastón ni parecía necesitarlo. Volvió a meterse en el taxi, y éste arrancó.

Teddy les siguió de nuevo. Doblaron hacia el Spade's

Boardwalk Casino Hotel, y allí se apeó Linda, la chica que había viajado con Iris en el avión.

Por cierto que Iris tenía razón al afirmar que este conjunto era mayor que el de San Juan. Parecía que hubiese pasado la mar de tiempo, desde entonces. El hotel de Atlantic City tenía las mismas palas luminosas verdes como decoración de la fachada, pero ahí acababa todo: una fachada, un modernísimo vestíbulo de hotel y un casino de cristal y cromo, marquesinas verdes... Todo aplicado a un viejo hotel que llevaba allí cincuenta años. Y, en efecto, por detrás asomaba ese hotel antiguo, como un edificio aparte. Había otras construcciones semejantes en la ciudad, con resplandecientes fachadas falsas. Le plantaban una nueva y luminosa cara a un hotel como el Howard Johnson, y de pronto se llamaba

Caesar's

Boardwalk Regency.

El taxi describió una U y, ocupado ahora sólo por el policía, enfiló de nuevo Pacific Avenue para encaminarse hacia el sur. ¿Adónde iría? Teddy le siguió. Entre medio del tráfico de primeras horas del anochecer continuaron hasta donde Pacific Avenue se estrechaba y Atlantic Avenue torcía hacia abajo para convertirse en la arteria principal, y por allí se deslizaron ambos coches camino de Ventnor. Quien no fuese nativo del lugar no podía decir dónde terminaba Atlantic City y empezaba la otra población. Teddy creyó adivinar, entonces, adónde iba Vincent Mora. ¡Claro, a Surrey Place! El taxi dobló, y se detuvo delante del edificio de la esquina, desde donde Iris había realizado su último vuelo. Teddy se retiró y paró el coche junto a la acera de Atlantic Avenue. No pudo resistir la tentación de mirar hacia arriba, hacia el piso más alto de todos, pero enseguida bajó la vista para observar cómo el policía se apeaba del taxi y entraba en el edificio.

Típico de un polizante. No se fiaba de los agentes locales y

necesitaba meter la nariz.

—Bien, bien... —dijo Teddy en voz alta—. ¡Buena suerte!

A primera vista, Vincent creyó que el vigilante del edificio tenía, por lo menos, setenta años. Calvo y delgado, pero pulcro y de mirada despierta, Jimmy Dunne parecía un viejo que nunca hubiese crecido.

—Hace treinta años que no bebo alcohol —comentó el hombre—. Sólo café pero, eso sí, en cantidad. ¿Quiere un poco más? Tome. Todo lo que tengo que hacer es telefonar a Norma para que me baje otro termo.

Sentado detrás de su ordenada mesa, Jimmy Dunne colocó ante Vincent el libro de registros. Había aceptado ese trabajo para hacer algo. Le gustaba el trato con la gente y no le venía mal una charla de cuando en cuando, pero poca compañía tenía si le tocaba el turno de noche.

Era una pena lo de aquella chica, sí. El capitán Davies había dicho... ¿O era en el periódico, donde ponía que era de Puerto Rico? Explicó Dunne que había estado allá en 1919, cuando era soldado. Dos años después tocaba la trompeta en la banda de Victor Herbert, que actuaba en el Steel Pier, y ya no se había movido de Atlantic City, que le encantaba.

Vincent estudió al vigilante y llegó a la conclusión de que quizá tuviese ochenta y tantos años. Jimmy Dunne le contó que había estado varios años en una residencia para ancianos de Somers Point, largándose al fin con su trompeta para vivir ahora con su amiga, Norma, en el mismo edificio. La asociación de vecinos aceptó colocarle con tal de que no volviera a tocar su instrumento. De cualquier forma, ya era demasiado viejo para hacerlo. Por fin dijo:

—¿En qué más puedo servirle?

Se hallaban sentados en los sillones de cuero negro que Norma le había comprado, tomando café en unos pocillos de grueso barro que llevaban una «J» en la vidriada superficie.

—El capitán Davies se preguntaba —dijo Vincent— si entre los inquilinos hay algún portorriqueño.

—No —respondió Jimmy Dunne—. En su mayoría son judíos, pero todos muy amables. Los portorriqueños suelen vivir más

arriba, cerca del abra.

—Usted entregó al capitán una lista de visitantes.

—Sí, señor. O firman aquí, en la portería, o no suben.

—¿Y qué hay de los suministros?

—Entregamos una lista. La floristería, la tintorería... Todo lo que el conserje de día registró. Por la noche no traen nada, como no sea algo de un restaurante. Por ejemplo, una cena del White House Sub Shop. Al chico le sobraba un bistec al queso, y me lo dio. Un muchacho muy simpático.

—¿Le conocía usted?

—Me resultaba familiar. Pero esos empleadillos cambian constantemente, porque ganan poco. Ves la misma cara durante dos semanas, y luego ya viene otro.

—¿Hubo algo la noche anterior?

—¿La noche anterior...?

Jimmy tomó un sorbo de café.

—La noche del día anterior. ¿Usted entregó al capitán una lista de visitantes?

—Creo que hablamos de ello.

—¿No está seguro de haberla entregado?

—Si el capitán me la pidió, se la entregaría.

—¿Estuvo aquí, la noche anterior?

—Siempre ando por aquí, ya que vivo en el 209. Por eso saben los inquilinos que pueden confiar en mí.

—¿Quién vino la noche anterior?

Jimmy Dunne tomó otro sorbo de café.

—¿La noche anterior? Verá... Cuando cambiamos de turno y el que trabajaba de día trabaja ahora de noche, o viceversa, hay un momento en que uno ya no recuerda si estuvo de guardia tal día o tal noche... Tenga en cuenta que estoy aquí siete días a la semana.

—¿Sólo son dos conserjes?

Jimmy Dunne hizo una pausa.

—Hay algún sustituto, por si uno cae enfermo...

—Quizá había aquí otra persona, aquella noche.

—La verdad es que no lo recuerdo.

—¿Puede mirarlo? Sólo hace un par de días...

—No nos gusta meternos en cosas... Ya me entiende.

—El asunto es muy serio, Jimmy. Una muchacha perdió la vida.

—Lo sé, sí... En esta ciudad pueden ocurrir cosas así. Yo me la quiero mucho, pero... Ahora, ustedes tienen una influencia que no tenían antes. Todo ha cambiado. En otros tiempos, los padres traían aquí a sus hijos varones para que echasen su primera canita al aire. Había mucho movimiento, y se encontraba de todo. Teníamos sitios de categoría, porque abundaba la pasta. También venía gente sencilla, que se traía la comida en una caja de zapatos y la tomaba en la calle o en la playa, sin gastar jamás ni un céntimo. Aquí actuaba Victor Herbert, como le dije, estaba Sousa con su *Stars and Stripes Forever*..., y no existía diversión que faltara en Atlantic City. Por la escollera corrían caballos... Luego la gente dejó de venir. Ignoro por qué. Se queda en casa, a ver la televisión, o algo por el estilo. Las tiendas ya no hacen negocio, y los hoteles cierran. Por eso montan ahora los casinos... ¡Para levantar la economía! ¡Hay que ver cómo le gusta a la gente el juego! Hay quien se pasa jugando las veinticuatro horas del día.

—Creí que los casinos cerraban a las cuatro de la madrugada, ¿o no?

—A las cuatro, los días laborables, pero los sábados y domingos no cierran hasta las seis, para abrir de nuevo a las diez. En esta ciudad hay vida las veinticuatro horas del día, ¡ya se lo digo! Si usted desea algo... cualquier juego, por ejemplo, a cualquier hora, y no lo encuentra, puede organizado. ¿Me explico?

—Ya... Supongo que usted podría contar muchas historias.

—¡Para ponerle los pelos de punta! Pero también usted debe de conocer muchas...

Vincent permaneció en silencio unos momentos.

—Yo no pertenezco a la policía, Jimmy.

—¿Cómo que no? —exclamó el conserje—. Pero si dijo que...

—Lo que dije fue que hablé con el capitán Davies y él me puso al corriente de los pasos dados. Yo no soy de este distrito territorial.

—¿Ah, no?

—Lo que sucede es que era un buen amigo de la chica muerta. Vine de Puerto Rico para ocuparme de su entierro.

—¡Ah, ya!

—Hablé con la policía... Pero usted ya sabe cómo son esos hombres. Buenos chicos, sí, y nos entendemos bien. Sin embargo, lo único que aceptan son hechos. Las ideas que usted pueda tener, no

les interesan. Nada de teorías ni conjeturas.

—¡De sobras que lo sé! —afirmó Dunne—. ¡Sólo los hechos, y nada más! Sí; sé a qué se refiere. Les molesta que uno pretenda jugar a detectives.

—Sólo hay que decir lo que uno sabe con certeza.

—Exactamente.

—Lo que yo me pregunto... —dijo entonces Vincent, después de una pausa—. Esto es sólo entre usted y yo...

—Y la puerta. Escucho.

—Me pregunto si la chica no subiría a ese apartamento la noche anterior, quedándose todo el día arriba sin que nadie lo supiera... Y que, por eso, usted no la viese.

—Hum...

Jimmy reflexionaba al mismo tiempo que repasaba las hojas de registro.

—No quiero molestar a la policía con esto —indicó Vincent—. Se trata, simplemente, de una idea. Pero me gustaría interrogar al conserje que estaba de guardia aquella noche.

—Hum.

—Más para mi tranquilidad particular, que para otra cosa.

Jimmy Dunne tenía la vista fija en sus papeles y en el tablero de corcho de la pared.

—Si dice que no sabe nada..., bien, al menos lo habré intentado... Ese hombre sólo trabaja aquí de vez en cuando, ¿no? ¡Eh, Jimmy...!

—Sí; viene de cuando en cuando.

—Y la policía no habló con él.

—Quizá sí. No lo sé.

—Pero si usted no dijo que él estaba de guardia... ¡Jimmy, esta conversación es únicamente entre usted y yo! ¿Lo comprende? A ese suplente ni siquiera le diría dónde conseguí su nombre. ¡Tiene usted mi palabra!

—De cualquier forma, estoy seguro de que no soltaría prenda. Le conozco.

—Si no habla, pues bien... Pero yo me quedaría más tranquilo.

—Mire: yo no quiero que nadie piense que hablo a sus espaldas. Y mucho menos ese tipo. Es muy raro.

—No conviene estar a mal con él, ¿eh?

—Creo que ya dije lo suficiente.

—Jimmy...

El hombre se enderezó en su sillón, apartando la vista de él para volver a mirarle enseguida.

—No sé cómo llegamos hasta este punto —dijo—, pero no voy a decir ni media palabra más, ni estoy dispuesto a sufrir las consecuencias. ¡Nada de eso!

—No tendrá problemas —replicó Vincent—. Todo lo que tiene que decidir, en su actual estado de ánimo, es esto: ¿prefiere que le acogote la policía, o tratar conmigo?

—Sí... La lluvia nos ayuda a hacer negocio —dijo el taxista que conducía a Vincent—. Una noche lluviosa y con viento, como la de hoy. Pero si no, para ir unas cuantas manzanas más allá, en dirección a Pacific Avenue, la gente toma el *jitney*, uno de esos autobuses pequeños... Y si usted busca una tía... Las tiene en las esquinas. Mire: ¡ahí hay una! Llevan cualquier cosa encima, menos una señal, claro... O puede recurrir a un servicio de acompañantes. Y una chica le llevará a los casinos de esta zona. ¡Fíjese! Golden Nugget..., Tropicana..., Playboy...,

Caesar's

... Luego están

Bally's

, Sands, el Claridge,

Spade's

Boardwalk... Todos muy juntos.

—Y a horas más avanzadas, ¿qué? —quiso saber Vincent—. Sigue el juego, ¿no? ¿No tienen bastante con veinte horas?

—Depende.

Se detuvieron delante del Holmhurst, el hotel donde se hospedaba Vincent.

—Si usted se aloja aquí, verá que los jugadores acuden al bar después de su «trabajo», entre cinco y seis de la mañana. Pregunte a uno de ellos dónde hay movimiento hasta la hora de volver a abrir los casinos, y se lo dirá. Eso, si usted puede permitirse ese desembolso...

Vincent se permitía a sí mismo un gasto de cien pavos al día. Treinta para la habitación, lo que no estaba mal. Pero, si necesitaba alquilar un coche, se le irían ya treinta o cuarenta más. Procuraba

comer módicamente y beber sólo cerveza... Le gustaba el Holmhurst. Resultaba acogedor, con muchos muebles y cuadros en el vestíbulo...; viejos sofás de cuero, alfombras floreadas y un pequeño y simpático bar. Su habitación, en el tercer piso, era agradable. Sin duda la decoraron de nuevo más de una vez, en los últimos treinta años.

Se quitó el impermeable —que llevaba encima desde que el avión aterrizara por la mañana— y telefoneó a casa de Davies, en Brigantine, para preguntarle:

—¿Te dice algo el apellido «Catalina»?

—Sólo conozco la isla de ese nombre.

—O la marca de bañadores —agregó Vincent—. Ricky Catalina es el portero que estuvo de turno la noche antes...

—¡Vaya, hombre!

—¿Qué quieres decir con eso de «¡Vaya!»?

En la línea hubo un silencio.

—¿Entiendes lo que intento hacerte comprender? No hablo de la noche en que Iris fue asesinada, sino de la noche anterior. Ese Ricky estaba de turno.

—¿Quién te lo dijo?

—No lo puedo decir.

—Jimmy Dunne.

—Jimmy tiene miedo de que le interroguéis, y de que su nombre aparezca en los periódicos. No creo que eso haga falta. Lo que te interesa es dar con ese Ricky, quienquiera que sea.

—Es un sobrino de Salvatore Catalina. De Sal de Cat, un tío muy encumbrado. El jefe, en realidad.

—Nunca oí hablar de él.

—Te proporcionaré un informe del departamento criminal de Pennsylvania.

—Entiendo lo que quieres decir... Hablas del sur de Filadelfia; de todos esos tipos que se matan entre ellos para ver quién se hace con Atlantic City. Lo leí en el *Time*.

—Unos veintidós muertos. De distintas maneras —explicó Dixie—. Coches bomba, como de costumbre, y otros atentados... Todo empezó con el ataque de los jóvenes a los viejos, los «bigotes», porque no querían mover el culo ni dar ningún paso referente al juego. Desde que uno de sus cabecillas resultó herido, los *macarroni*

disparan como locos unos contra otros, y es casi imposible decir quién está de parte de quién.

—Tendrían que ir todos numerados —comentó Vincent.

—¡Y que lo digas! —exclamó Dixie—. Y con las huellas digitales en cada camisa.

—Estoy enterado del asunto, pero no de los nombres —continuó Vincent—. En Miami tenemos nuestra propia pandilla. Una serie de toros corridos, y, encima, los tipos que nos envió Fidel Castro.

—Pues aquí hay cubanos, también... Los *bikers*, que trafican con drogas, cuecen las metamfetaminas en Pine Barrens y cuentan incluso con instalaciones químicas propias.

—¿Tenéis colombianos?

—Creo que podría dar unas vueltas por ahí y espantarte a unos cuantos. Volviendo a Catalina, es del sur de Filadelfia, aunque ahora está en el penal de Talladega, acusado de tenencia de armas. Le dieron una caza terrible, y por fin resultó atrapado gracias a un chivatazo. Tenía un High Standard Field King en el maletero, debajo de la rueda de repuesto. Sal declaró que lo habían puesto allí los oficiales del Gobierno federal... ¿Quién sabe? Sólo le salieron dos años, ¿sabes?, pero mejor es eso que nada. Conseguimos una cinta magnetofónica de Sal y Ricky. ¡Tienes que oírla! Están en el lavabo de hombres de no sé qué restaurante. Lo olvidé. Sal le da a Ricky una lección sobre los buenos modos de comer en la mesa, y es que el chico come como un cerdo. Sal le dice que no hay que hablar con la boca llena, y que conviene masticar cada bocado cuarenta veces, para asegurarse una buena digestión. Ricky contesta que sabe comer de sobra. «¿Me has de enseñar cómo coño se come, cuando llevo haciéndolo toda mi puta vida?» Entonces se oye un golpe. Sal le ha arreado un tortazo en la cara. Y la voz de Sal, siempre serena y tranquila: «Haz caso de lo que te digo, Ricky».

—¡Vaya con Ricky! —comenta Vincent.

—Tendría entonces unos veinte años, y su cutis era un desastre. Ahora parece habérsele arreglado bastante, pero sigue siendo una birria. En cuanto a Sal, se cree que es George Raft. Usa trajes caros, aunque igual se pasea con el cuello de la camisa abierto. Quizá sea un poco afeminado. Por eso le llaman Sal el Gato o a veces, incluso Sally, o Sal «Gatita» Catalina. Pero, si le sueltas algo de eso en cara, te mata. A pesar de lo que te he dicho, no es malo del todo. Puedes

hablar con él. Ricky ya es otra cosa. Ricky Catalina, el Tronera. O Rickie el Enfermizo. No estaría de más que alguien le pegara un tiro, en esa endemoniada guerra que llevan.

—¿Vas a decirme que ese tipo hace de portero alguna vez?

—Esos individuos se dedican a la extorsión, a la usura, a la prostitución, se meten en carreras de caballos para hacer manejos y se dedican a cualquier juego ilegal. Dicen que Sal lo hace todo por teléfono, desde Talladega. Y que Ricky es el cobrador. Si alguien se retrasa en un pago, mandan a Ricky...

—Pero si aquella noche vigilaba la puerta —dijo Vincent—, no pudo estar arriba cobrando. Algo habría allí, ¿no? ¿Una fiesta entre personas que no querían ser molestadas?

—Una fiesta, partidas de naipes, alguna exhibición sexual, juegos diversos... Sin unas reglas fijas.

—¿A deshora?

—Sí, o con unas reglas menos severas que en los casinos. Un tipo puede jugaren calzoncillos, por ejemplo, mientras se zampa un bistec al queso. O desea manejar las cartas en un juego de *black-jack*. Porque en los casinos de Nueva Jersey no dejan tocar los naipes para nada, ¿sabes? Las reglas son mucho más severas que en Nevada.

—¿Sin unas reglas fijas, dices...?

—Sí; no se atienen a lo que es regla en un casino. Pueden estar igualmente equipados, pero saltándose los sistemas.

—¿Puede eso estar dirigido de escondidas por un casino?

—No. Lo dudo mucho. Pero quizá sí por alguien del casino... Vincent, nos estamos apartando de mi área... Lo mío son los homicidios, toda muerte súbita o inesperada. Lo que hagan esos otros tipos, ya sea cosa de chantaje o de tráfico de drogas, cae dentro de la sección de delitos económicos. Y todo lo relativo a problemas de casinos, estafas y robos, es asunto de la División de Control de Juego, de la policía del Estado.

—Pues la muerte de Iris fue bien súbita.

—Por eso me tocan a mí las averiguaciones.

—En consecuencia, debes hablar tú con Ricky —señaló Vincent—, y no dejar que lo haga otro.

—Será lo primero que haga mañana —prometió Dixie—. Si es que todavía anda por ahí. Me llevaré un par de agentes conmigo,

para que le detengan.

—Dix... —comenzó Vincent, a punto de mencionar lo del abrigo de Linda, pero se contuvo. Quizá fuese mejor esperar—. Nada, nada... Hablaremos mañana.

Después sostuvo otra conversación con Linda. La muchacha, que había empezado a entrar en calor en el taxi, le había sonreído varias veces. Quizás hubiera alguna esperanza. A él le gustaba, y a ella no le parecía indiferente. Pero, además, Vincent tenía el presentimiento —uno de esos presentimientos que le mantienen a uno muy despierto— de que Linda sabía mucho más de lo que decía. Durante la mayor parte del trayecto desde la funeraria hasta Spade's

, permaneció muy callada.

10

DE PRONTO era una chica totalmente distinta. Vuelta a una nueva vida con su turbante de color naranja dorado, grandes pendientes en forma de aro, la mínima expresión de un sostén y numerosos volantes en su falda, también anaranjada y abierta de arriba abajo por delante, para mostrar el movimiento de sus piernas desnudas y las rápidas y casi crispadas flexiones de las rodillas, al vibrante compás de los bongos, las congas y las marimbas, marcado por tambores metálicos, Linda parecía embrujada por aquel *funkie* caribeño... ¿O quizá se trataba de un vulgar *punk* de barrio?

Había mucho adorno en las luces del escenario, pero aquello tampoco era *reggae*. Vincent bebió un sorbo de su cerveza y trató de hacer memoria. ¿Cómo se llamaba aquella música? ¡Ah, sí: *Beat It!*; una música llegada al golfo de México y latinizada allí. Linda estaba cantando en español, acompañándose con vivos gestos: «¡Pégale, pégale!». Echaba los hombros hacia atrás, venga a sacudir las maracas mientras sus caderas marcaban el ritmo.

El público disfrutaba con aquello, aplaudía y silbaba, se movía al compás de *La Bamba* y de *Hump to the Bump*, sonriendo divertido ante canciones como *Oh, Frank Sinatra... Oh, Frank Sinatra... Tú no lo sabes, Frankie, pero tienes la voz perfecta para cantar calipsooo o Mama, Look a Boo Boo*.

—¿Bonito, no? Pero... —dijo Linda.

—En escena eres totalmente distinta.

—Tengo que llevar este dichoso conjunto de Chiquita Banana durante cuatro números seguidos. No hay cambio de ropa. Creo que tomaría algo —agregó, mirando a su alrededor.

—Ya lo he pedido —dijo Vincent. Enseguida lo traerán.

—¡Cuánto ruido, Dios mío! Eso es *jungle rock*... Los chicos golpean cualquier cosa, salvo una tabla de lavandera y un cubo.

Y yo, a multiplicar todo el estruendo con el polisintetizador y la caja de ritmos... No son malos chicos, pero deberían volver a Nassau y tocar en un barco de cruceros... ¿Cómo sabes lo que bebo?

—Con lo que acabas de interpretar, sólo podía encargarte una Sonrisa al Ron.

Linda frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Ya lo veremos.

Aparecieron las piernas de la camarera, muy largas en sus medias de red.

—En un vaso escarchado y con una sombrilla —señaló Vincent cuando la joven depositó la bebida sobre la mesa, con una ligera genuflexión.

—¡Justamente lo que me apetecía! —exclamó Linda, tomando un sorbito—. Mataría a ese Donovan... ¿Tienes un cigarrillo?

—Dejé de fumar cuando estaba en el hospital.

—Sí, claro... ¿Por qué contraer cáncer cuando uno puede morir de un tiro? —dijo ella—. El mierdoso de Donovan dijo que yo tendría mi propio conjunto... Vengo aquí, y me hacen interpretar *el Automatic*, de las Pointer Sisters. Esos chicos se disparan, y yo ni siquiera sé qué tocan. Siguen su ritmo y se me escapan. En *No Parking on the Dance Floor*, que es el número estelar de la medianoche, tengo que ocuparme del sintetizador y de todo, porque ellos pasan olímpicamente de todo...

—Ya veo que no estás contenta —dijo Vincent.

—En realidad no sé qué hago aquí.

—¿Cuándo terminas?

—¿Qué día es hoy? Empezamos a las ocho y trabajamos hasta las doce. Los fines de semana actuamos desde las diez hasta las dos de la madrugada.

—Podríamos ir a comer algo, después.

—No sé... Quizás a tomar una copa juntos. ¡Pero no si has de

empezar con tus preguntas!

—Creo que Iris subió al apartamento la noche anterior a la de su muerte —dijo Vincent.

Linda dejó el vaso e hizo gesto de levantarse.

—Esto no fue una pregunta. Simplemente, dije lo que supongo.

—He de volver al trabajo.

El barman descendió del interior de la sala hacia el extremo del bar en forma de herradura situado más cerca de la planta baja del casino, el oscuro rincón anterior al redondel de luces y sonidos mecánicos. El hombre sonreía cuando dijo:

—Lo siento, *mistress* Donovan. No la había visto.

Nancy Donovan observaba a Vincent y, detrás de él, a la chica vestida de color naranja, que volvía junto a los músicos.

—¿Quién es esa muchacha? La que canta —le preguntó al barman.

—Ah... ¿aquélla? Es Linda. Linda... Ahora no recuerdo su apellido. ¿Qué puedo servirle, *mistress* Donovan?

La mujer vio que Vincent se levantaba de su mesa. Un hombre con barba y chubasquero. Decididamente, no estaba ahí en su elemento. Vincent hablaba con la camarera y pagaba. Luego avanzó por la parte del bar que estaba a oscuras, Nancy hubiese podido dar tres pasos y colocarse a su lado. Estuvo tentada de hacerlo y entablar conversación con él, pero no lo hizo. Por el contrario, se volvió de cara a la barra y pidió:

—Un vaso de agua, por favor, Eddie.

—¿Sin nada, *mistress* Donovan?

—Con un poco de hielo.

—Como usted quiera —dijo el barman, y se alejó en el preciso momento en que Vincent pasaba por detrás de ella.

Nancy no estaba preparada para hablar con él, pero procuraría no perderle de vista, vigilándole como lo había hecho mientras Vincent permanecía sentado junto a Linda, muy cerca de sus hombros desnudos. Nancy observó que debajo del turbante le asomaban los oscuros cabellos, y que esa Linda, la misma que había estado en San Juan, no estaba nada mal... Parecían ser amigos. Después siguió con la mirada a Vincent, que atravesó una sala vacía

hasta detenerse junto a una baranda y contemplar el casino con su actividad, las parpadeantes luces y las serias caras que tanto abundaban en ese lugar de diversión, en el que cabía una docena de salones de baile. Le vio también dar media vuelta y avanzar en dirección a la escalera de cinco peldaños alfombrados de rojo que conducía a la planta del casino.

Nancy subió en el dorado ascensor al cuarto piso. Una vez allí, siguió el largo pasillo, gris pálido y silencioso, al que daban las puertas dobles con rótulos que indicaban los diversos despachos: «Huéspedes del Casino», «Administración», «Nómina», «Comité de Control»... Dobló hacia un lado, pasó por delante de otras oficinas administrativas y también de las habitaciones particulares de su marido, hasta detenerse al final del corredor, donde llamó a una puerta donde decía «Seguridad».

—*Mistress* Donovan...

La mujer dio un paso atrás, sorprendida, y abrió la puerta de par en par.

—¿En qué podemos servirla?

Llevaba un carnet de plástico sujeto a su blusa con un imperdible, y en él se leía que era Francés Mullen, supervisora de la vigilancia del casino.

—Creo haber visto a una persona conocida —dijo Nancy entrando—, pero la perdí...

La supervisora preguntó, mientras conducía a Nancy a través de un estrecho recibidor:

—¿Y cómo es esa persona?

—Es un hombre de unos cuarenta años, moreno, con barba y chubasquero.

—No costará demasiado localizarle.

Penetraron en un pequeño despacho sin ventanas, donde dos jóvenes, un hombre y una mujer, se hallaban sentados ante una especie de pupitre con veinte pantallas de vídeo que enmarcaban distintas áreas del casino; eran escenas en blanco y negro: mesas de juego tomadas desde diversos ángulos, grupos de personas delante de las máquinas tragaperras... Francés se inclinó sobre la consola, entre el hombre y la mujer, pulsó varios botones y cambiaron las escenas de unas cuantas pantallas, aunque se parecían mucho a las anteriores.

—Un hombre con barba y que lleva chubasquero... ¿De qué color? ¿Beige, más o menos?

—Sí, del color más corriente —dijo Nancy.

El joven miró por encima del hombro y le sonrió.

—¿Qué tal, *mistress* Donovan?

—Bien, Roger, gracias. ¿Y tú qué, Terry? ¿Mucho trabajo?

La chica se volvió esbozando una sonrisa: una cara sana y contenta en aquel lugar tan tecnificado.

—No... No hay problemas.

Nancy se colocó detrás de Roger para observar a un tipo con cazadora de cuero, situado junto a la esquina de una mesa de juego alrededor de la cual había mucha gente. Estaba cerca del jugador que tenía los dados. Nancy Donovan comprobó que el mismo individuo aparecía en tres monitores a la vez, enfocado desde distintos ángulos.

—¿Le conocéis?

—Ese tipo se comporta de manera extraña —dijo Roger—. Pudiera estar al tanto, para ver si hay forma de pescar alguna ficha.

Francés le echó una mirada.

—¿Aún sigue ahí? ¡A ver si le tenemos fichado!

Roger hizo girar un botón, y la imagen del hombre de la chaqueta de cuero quedó en primer plano. Seguidamente cogió del suelo una cámara Polaroid que llevaba aplicado en el objetivo un aparato semejante a un megáfono, largo y cuadrado; lo situó encima de la pantalla, cubriendo ésta, y —¡clic!— tomó una foto.

Nancy se fijó en otra pantalla.

—¿No es Jackie, ése?

El hombre estaba junto a la mesa de *black-jack* donde un único jugador se encontraba de cara al empleado y daba la espalda a la cámara.

—El mismo que viste y calza —dijo Francés—. Y ahí llega *miss* Simpatía...

En el monitor apareció una joven de arremolinados cabellos rubios, que se acercó a Jackie por detrás. Cuando le habló, Jackie volvió la cabeza y dijo algo por encima del hombro sin mirarla.

—¡Pobre LaDonna! —comentó Nancy.

—¿Pobre LaDonna? ¡Y una mierda! —intervino Francés—. ¡Si anda mendigando! Además, a Jackie hay que hablarle desde detrás,

si no quieres que te atropelle. ¿Ve que ella lleva un sostén muy exagerado debajo de esa blusa de campesina? ¡Pues Jackie llama «Kathryn Graysons» a sus pechos!

—Es un hombre afectuoso... —comentó Nancy—. Ahora se vuelve y le da un golpecito en el trasero...

—Eso quiere decir que todavía la quiere.

Nancy vio que Jackie hablaba y, cuando se acercó una mano a la nariz, en su dedo meñique resplandeció un diamante. A continuación, el hombre dedicó de nuevo su atención al juego.

—¿Qué hace?

—Se rasca —dijo Francés.

—Parece una señal.

—Si lo es, no lo sé —confesó Francés—. Yo trabajé doce años para él, en Las Vegas. Era el hombre de confianza del jefe. Jackie se rasca siempre; es un tipo nervioso, que vive en un mundo muy particular. ¡Ahí viene Tommy! No creía que fuera a venir por aquí esta noche.

—Cenamos en el Salón Versalles —dijo Nancy—. Creo que la comida ha mejorado.

—Les vieron llegar. Pero sí; también yo oí decir que había mejorado —asintió Francés—. Ese pequeño y espabilado místico Hayakawa está arreglando las cosas... Todos los restaurantes servían la comida procedente de una sola cocina, lo que significaba un ahorro.

Nancy observó cómo su marido conversaba con Jackie Garbo. La cabeza plateada de Tommy quedaba a bastante más altura que la rizada cabellera de Jackie, y éste no cesaba de hablar. Luego hizo un gesto afirmativo de cara al jugador de *black-jack*, y Tommy esperó con la sonrisa a punto cuando Jackie alargó su brazo para tocar el del jugador. Nancy no se perdió detalle cuando, entonces, su marido agarró la mano del jugador con las suyas y se puso a derrochar encanto de macho, de hombre importante a hombre importante, y la cabeza del jugador hacía mecánicos gestos de afirmación, pero su rostro permanecía totalmente inexpresivo.

—¿Se conocen?

—Eso parece.

—¿Quién es ese hombre?

—Es colombiano.

—¿No es de Carolina del Sur?

—No; de la otra —contestó Francés—. Jackie le mandó recoger en Miami, con el avión de la compañía...

—¿Figura en el fichero?

—¿En *mi* fichero? ¡Habla en broma! Ese hombre está forrado.

El jugador era de mediana edad; un hombre menudo y flaco, de oscuras facciones de mestizo. Sus cabellos relucían, y la camisa almidonada destacaba extraordinariamente contra su traje negro.

—Me gustaría tener una foto de él —dijo Nancy.

Francés pulsó un botón, y delante de Roger apareció, en el monitor, un primer plano del jugador.

—Usted podría trabajar aquí —le dijo a Nancy.

—Trabajé en

Bally's

unos años.

—Ya lo sabía. Y adquirió lo que se llama vista —señaló Francés, a la vez que, apoyando una mano en su brazo, apartaba a Nancy de los monitores—. Yo no sólo veo muchas cosas desde aquí, *mistress* Donovan, sino que la gente me cuenta todo lo imaginable, porque confía en mí y no sabe cómo salirse, en determinadas situaciones.

—¿Qué gente?

—Los cajeros, por ejemplo. Hombres con los que trabajé durante años y a los que considero casi de la familia. Qbservan ciertas irregularidades y vienen a contármelo, porque quieren que quede registrado, ¿me entiende? Me refiero a lo que se permiten ciertas personas de... arriba, no los empleados sencillos. A éstos los vigilo veinte horas al día.

—¿Qué hace Jackie? —preguntó Nancy.

—¿Lo ve? ¡Sabe de qué hablo!

—Tengo una idea.

—Yo trabajo para usted y para Tommy, *mistress* Donovan. Pero en otro tiempo trabajé para jackie. Todo cuanto sé, lo aprendí de él. Quiero decir, los detalles más sutiles... Ésta es la única razón por la que ahora hablo de esta forma. Sentiría mucho que se viera perjudicado o, incluso, que perdiese su licencia... Y eso podría ocurrir... A causa de ciertas personas con las que trata. No me refiero a celebridades ni a los verdaderos grandes jugadores. Cuidar de ellos es lo suyo, y le gusta.

—Lo mismo le sucede a Tommy —dijo Nancy—. Los dos forman un tándem... ¿No diría usted lo mismo?

—Bien... Tommy se halla en una posición distinta, y lo pasa bien. ¿Y por qué no? —respondió Francés con una débil sonrisa—. Jugábamos juntos de pequeños, usted ya sabe... Crecimos los dos en el viejo barrio de West Side...

—¡Quién lo hubiese dicho! —suspiró Nancy—. Un *mick* de Columbus Avenue...

—¡Eso mismo! A veces me dice: «Ahora no te echas atrás, Fran. ¿No ves que, hoy día, todo son artes y oficios?... Fíjate en la funeraria de Hurley Hermanos... ¿No me cambian ahora el nombre de la empresa y le ponen “Muerte y Otras Cosas”? Y no puedes entrar en un bar sin que tu cabeza choque contra los helechos que hay en las cestas colgadas del techo. ¿Dónde irían ahora nuestros padres a tomar una copa? Sabes que, tanto el tuyo como el mío, eran conductores de metro...».

—También yo lo sé, sí —asintió Nancy.

—Tommy me llama «Mullen la Equivocada», porque me fui a Las Vegas y trabajé allí durante quince años, para acabar aquí en Atlantic City. «Podrías haber tomado un autobús de esos que hacen excursiones, y llegar aquí al cabo de tres horas», dice.

—Es un caso —respondió Nancy.

—Lo pasa bien, ¿no? Pues... ¡Qué diantre! Para Tommy, esto es como un juguete, y no tome a mal que lo diga así.

—¡Por favor, Francés!

—No le quito ningún mérito. Es una persona brillante, encantadora. No hace falta que se lo diga...

—¿Pero qué? —inquirió Nancy.

—Pues bien... Jackie... Usted ya sabe cómo es... Con tantas fotografías de personas célebres que tiene en su despacho... Ese pobre chico del Bronx siente la necesidad de pavonearse. En realidad, Jackie es un fanfarrón.

—Entre otras cosas —destacó Nancy.

—Y lo malo es que se mezcla con tipos que no le convienen nada, y Tommy no se da cuenta. Jackie confía en su discreción, además, pero... se trata de unos tipos que se dejan ver demasiado.

—Como ese individuo de Colombia —señaló Nancy—. ¿Cómo se llama?

—Disculpen... —Terry miró desde su pupitre de monitores—. Aquí sale un hombre con barba. ¡En esta pantalla!

—¿Es éste? —preguntó Francés.

Nancy movió la cabeza en sentido afirmativo y se acercó a la pantalla indicada, en la que Vincent Mora aparecía de perfil, entretenido con una máquina tragaperras. Como si se tratara de un rito, introducía la moneda con todo cuidado, le daba a la manivela, esperaba a que girase la aguja, y... ¡nada!

Oyó cómo Roger le decía a su compañera:

—Yo no le reconozco. ¿Y tú?

Y Terry contestaba:

—No, pero resulta interesante.

Cuando Vincent se cansó de la máquina, Nancy dijo:

—¡Seguidle!

Se dirigió a un teléfono colgado de la pared, pulsó varios botones y volvió a mirar a Vincent, que aparecía en diversos monitores.

—¡Hola! ¿Eres Milly?... Soy *mistress* Donovan. Comprueba si se hospeda aquí un señor llamado Vincent Mora.

Mientras esperaba la respuesta, vio cómo Vincent se detenía para ver caer en una bandeja las monedas de una de las máquinas. Luego le dijo algo a una mujer que recogía las monedas de veinticinco centavos en una bolsa de papel parafinado. La mujer, muy seria, se volvió hacia él y esbozó una sonrisa, a la vez que hacía un movimiento de afirmación.

Al observarle, también Nancy sonrió un poco.

—Gracias, Milly —dijo, y colgó el auricular.

—¿Conocemos a ese hombre? —preguntó Roger.

—Parece perdido —dijo Terry—. Como si hubiese venido a refugiarse de la lluvia y viera un casino por primera vez en su vida.

El impermeable era largo y le llegaba hasta debajo de las rodillas. Vincent se paró junto a una mesa de *black-jack* y observó el juego de los tres hombres durante un rato, antes de extraer de su cartera un billete de veinte dólares para comprar cuatro fichas rojas.

Nancy vio cómo sacaba un par de ases en la primera ronda y los separaba para apostar dos fichas rojas en cada uno. Salieron entonces rey y reina, y pagaron 3 a 2 por la jugada. En total,

sesenta dólares para Vincent.

—¡Mira qué bien! —exclamó Roger.

—Quisiera tener una foto de él —dijo Nancy.

Siguió el juego desde la cabina con renovada atención y vio que apostaba los sesenta dólares y ganaba ciento veinte, jugando al dieciocho. Nancy presenció cómo apostaba después doscientos cuarenta dólares y ganaba con el diecinueve, cuando el *dealer* había subido a dieciocho. Finalmente le vio apostar diez dólares y cómo al perderlos, el hombre recogía sus fichas y se alejaba de la mesa.

—Sigámosle —dijo Nancy.

Vincent apareció en diversas pantallas, desde distintos ángulos.

—Le salió bien la cosa —comentó Francés, y al momento añadió —: ¡Miren quién está en la ventanilla, delante de él!

Era el jugador colombiano, que se hallaba de espaldas a la cámara. Jackie Garbo aparecía a su lado, de perfil.

—No me importaría tener una foto de esto —señaló Nancy.

—¿Del hombre del impermeable? —preguntó Roger—. Ya le saqué una.

—No, del que está cobrando.

—A ése también le saqué.

—Quizá podamos ver lo que ha ganado.

—Le entregarán un cheque la mar de hermoso —dijo Francés, mirando a Nancy—. Como le indiqué antes, debiera hablar con Tommy.

—Sí; tal vez lo haga —contestó Nancy, sin dejar de vigilar el monitor.

El cajero no entraba en pantalla. Jackie Garbo charlaba con el colombiano: gesticulaba mucho con las manos y sonreía, mientras que su interlocutor permanecía inmóvil.

—Había un accionista de otro casino —explicó Francés— que se encontró con que la Comisión de Control le dejó en la estacada cuando llegó el momento de renovar su licencia. Y... ¿qué hizo el hombre? Su hija se casó con cierto tipo de procedencia muy oscura.

Cuando el cajero volvió, entregó al colombiano un formulario, a través de la ventanilla, para que lo firmara. Luego, el cajero separó las copias del papel, enganchó el cheque a una de ellas y lo entregó con una sonrisa. El colombiano se volvió...

Roger alzó la vista de la cámara Polaroid y se preparó para

obtener la foto, pero dijo:

—Ése del impermeable se ha puesto entre medio.

Nancy no hizo ningún comentario. Sólo tenía ojos para Vincent, preguntándose...

11

VINCENT le explicó al barman del Holmhurst que había ganado cuatrocientos setenta pavos jugando al *black-jack*, en unos tres minutos. El barman le predijo que no tardaría en volver a perderlos, pero Vincent contestó que no; que iba a comprarse ropa de abrigo tan pronto como abriesen las tiendas. Se sentía bien. El bar del hotel era acogedor, todo él recubierto de madera de pino, y parecía más un saloncito particular que un local público. Fuera, la noche era fría y despacible. Pidió otro *whisky* y también le contó a otro cliente —el que se sentó a su lado en el bar— que acababa de ganar cuatrocientos setenta pavos en

Spade's

Boardwalk. En sólo tres minutos. El otro dijo:

—¡Caray, qué suerte! Pero si quiere conservar el dinero, váyase cuanto antes de esta ciudad.

Resultó que trabajaba en una mesa de *black-jack* de Resorts International, al otro lado de la calle. Había pertenecido antes a Tropicana, donde descubrió a un tipo que apartaba la vista de los naipes, pero casualmente ese individuo tenía más medios que él, y... podía decirse que le habían echado por cumplir con su deber. Cosas de la política... Si no eras del partido que tocaba, ¡una patada, y fuera!

Eran las doce y media. Linda estaría a punto de llegar... Uno tenía encima la mirada del encargado. El jefe de sala miraba al encargado de la mesa. El director de turno miraba al jefe de sala... El director adjunto del casino miraba al director de turno. Y el

director general miraba al director adjunto... Y el vicepresidente de la junta miraba al director general...*

—Discúlpeme, pero tengo una cita —dijo Vincent. Y se fue. Esperó en el vestíbulo, paseando de un lado a otro al mismo tiempo que contemplaba los viejos cuadros, y ya estaba por marcharse cuando, poco antes de la una, apareció Linda. Cada vez que la veía, estaba distinta. Ahora resultaba algo rara, con aquel maquillaje, el impermeable y los pantalones tejanos asomando por debajo. Al ver la expresión de sus ojos, Vincent dijo:

—¿Qué hay?

Linda no contestó. Tomó asiento en el extremo de un sofá de cuero y encendió un cigarrillo.

—Gané cuatrocientos setenta pavos jugando al *black-jack*. ¿Sabes cuánto rato necesité?

—Me han despedido —dijo Linda—. ¿Sabes cuánto rato necesitaron para eso? Era lo único que tenían esos brutos de Jamaica, y van y me echan a la calle.

—¿Y por qué? ¿Qué hiciste?

—¿Cómo?

—¿Quién te dijo que te despedían?

—Ese majadero... Cedric, se llama..., el director de La Tuna. ¡Una cosa así me consume, vamos! Hubiera tenido que largarme antes, ¿sabes? Pero no lo hice... ¡Dios mío, que me echen a mí...! Es un golpe para el orgullo de una... «Yo no puedo hacer nada, nena —dijo Cedric—. Es la dirección la que me dio el encargo...»

—¿Donovan?

—Probablemente. ¡Ese hijo de puta!

—Pero Donovan es el jefe, el presidente del consejo de administración...

Linda miró a Vincent.

—Fue él quien se trajo a Iris, ¿no? Desde Puerto Rico...

Vincent permanecía con la vista fija en los oscuros cabellos de Linda, en su rostro, en sus ojos todavía muy maquillados, y preguntó:

—¿Qué quieres tomar?

—*Whisky*.

—No te muevas.

Vincent fue a buscar dos *whiskies* dobles con hielo y los llevó al

vacío vestíbulo donde la chica aguardaba sentada, sola. Acercó uno de los sillones de cuero para ver mejor su cara, y Linda dijo, entonces:

—No estaba tan mal la cosa...

Hablaba en voz baja, vencida.

—¿Mal, dices? Pero si el espectáculo eras tú, sólo tú. ¡La gente te adoraba!

—Sospecho que hay algo detrás de todo esto.

Echó una bocanada de humo en dirección a Vincent, y al hombre le agradó el aroma del tabaco.

—Quizás al director de La Tuna le molestara que te llevaras todo el éxito...

—No. Creo en lo que dijo Cedric. Él no tiene nada que ver con mi despido. Precisamente empezaba a mostrarse interesado por mí.

—¿Ah, sí?

—Es lo que me hace pensar que se trata de otra cosa —dijo Linda, haciendo una pausa—. Tal vez sea por ti... O por nosotros dos.

Vincent no se movió. Seguía inclinado hacia adelante en su sillón.

—Dime por qué.

—Nos vieron juntos. Quizás en la sala, o incluso en la funeraria.

—Allí no había nadie más que nosotros.

—Quizá nos observaba alguien.

—¿Te refieres a Donovan?

Linda vaciló.

—No sé... No estoy segura.

—¿Y qué importa que nos vieran juntos?

—Tú eras amigo de Iris... Llegas desde Puerto Rico al enterarte de lo ocurrido y... ¿cuál es la primera persona con la que hablas? ¡Yo!

—¿Y supones que te han despedido por eso?

—Es posible, para sacárseme de encima. Si no trabajo para ellos, ya no tengo nada que hacer allí.

El asunto se iba perfilando.

—Está bien... Supongamos que Donovan nos viera juntos... Me pregunto qué puede importarle a él eso.

—Tú eres policía, ¿no? Pues podría sospechar, por ejemplo, que

yo ande contándote cosas que no debo.

La cosa se iba animando.

—Dame un cigarrillo —pidió Vincent.

Ella le ofreció la cajetilla. Vincent encendió un pitillo, inhaló profundamente, quedó sorprendido por el frescor del mentol y miró el paquete: *Kools*. Siguió fumando y señaló:

—Aunque Donovan me viese, ignora que yo soy policía. Nunca nos encontramos.

—En tal caso, puede que teman que hable con otros policías. No lo sé, pero tengo la impresión de que me vigilan.

—¿Hablaste con la policía?

—La policía habló conmigo.

—¿Tienes miedo?

—¿Cómo no voy a tenerlo?

—¿Alguien te advirtió que no dijeras nada?

Linda meneó la cabeza.

—Comprendí que había que tener cuidado cuando supe lo que hacía Iris. Ella no me dijo nunca nada. Fue uno de los chicos del conjunto, un portorriqueño, el único con el que Iris mantenía cierta relación.

—¿Y ése contó algo a la policía?

—¿Estás de broma? Los chicos de La Tuna pusieron a su conjunto el nombre de una prisión federal donde todos se habían conocido cumpliendo condena por asuntos de narcóticos... El portorriqueño pensaba que yo era algo así como la hermana mayor de Iris y, cuando estaba drogada, soltaba cosas de las que me suponía enterada. Ella se lo contaba todo.

—¿Y qué hacía Iris?

Linda vaciló, temerosa de comprometerse. Vincent la vio encender un nuevo cigarrillo y, al mirarla a los ojos, descubrió en sí mismo cierto sentimiento de ternura.

—Temo cometer un grave error.

Vincent la ayudó.

—Era una chica de alterne que entretenía a peces gordos... ¿Qué hacía en aquel apartamento?

Linda exhaló una lenta voluta de humo de cigarrillo; casi un suspiro.

—Utilizaban el apartamento para el juego ilegal. Montaron un

crap para ese tipo tan especial que debe de ser muy importante, pero que casi no habla inglés. Por eso estaba Iris allí. El individuo procede de Colombia, de Bogotá, si eso te dice algo. El portorriqueño se moría de ganas de conocerle para conseguir algo de cocaína. Iris no le podía tragar, porque ese cerdo la hacía desnudar. Decía que eso le traía suerte. Frotaba los dados contra el vello de su pubis.

Durante unos momentos, Vincent se preguntó si el individuo habría ganado o perdido. Pero había algo que no tenía sentido...

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó.

—Iris se lo explicó a su amigo, el portorriqueño.

—Pero ella estaba en el apartamento...

—Pasó allí dos noches seguidas, con el colombiano. Le dijo a su amigo que había pasado ya una noche, y que debía volver, pero que no le importaba, porque el tipo le daba quinientos pavos. Aunque había perdido cien mil.

—¿Pasó ese hombre la noche con ella?

—La primera noche... no lo sé. Regresó a casa a eso de las cinco.

—La segunda la pasó allí —dijo Vincent—. Estuvo allí el día entero. Supongamos eso, al menos. Y alguien volvió a verla.

—O alguien permaneció allí con ella —señaló Linda.

—¿Quién? ¿Quién trajo al colombiano?

—Ése tenía una *suite* en el

Spade's

. Le trajeron desde Miami en un jet particular, y todo..., habitación, comidas..., todo lo tenía gratis. Si te puedes permitir perder cien billetes de los grandes, Vincent, todo lo paga la casa.

—¿Hablamos de Donovan, ahora? ¿Fue él quien lo montó todo?

—O Jackie Garbo. Él dirige el casino. Pero Donovan tenía que estar enterado. Es su hotel, ¿no?

—¿Estuvo Donovan en el apartamento?

—Lo ignoro. Es posible.

—O Jackie... Se apellida Garbo, ¿no?

—Sí. Probablemente también estuvo allí.

—¿Y quién más?

—No lo sé.

—¿Gente de aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Si, por ejemplo, acudió un tipejo llamado Ricky Catalina.

—Nunca le oí nombrar.

Vincent se recostó en el sillón y terminó su *whisky*. Recordó el edificio de Ventnor, el vestíbulo alfombrado, la ordenada mesa de Jimmy Dunne..., y se preguntó qué aspecto tendría ese Ricky, tratando de imaginárselo en aquel lugar. Luego pensó: «¿Qué haría semejante tipejo allí, fingiendo actuar de portero?». Observar. Simplemente era un número, un «soldado raso». Pero nunca hubiese ido a parar allí de no haber alguien, arriba, para quien él trabajaba. Vincent empezó a ver una conexión. Los tipos listos haciendo negocio con el colombiano, que era su proveedor. Irían de juerga en juerga desde que llegó a la ciudad y se ocuparon de que Donovan o Garbo montaran un juego ilegal, durante el que Iris tenía que desnudarse para darle suerte al tipo. Vincent se dijo que le gustaría probar fortuna con ese colombiano... si no era demasiado tarde. Había conocido a un par de colombianos que, después de limpiar bonos por valor de medio millón de dólares, desaparecieron por la noche. El dinero lo era todo; ninguna otra cosa interesaba en aquella ciudad: sólo el dinero.

Linda le miraba fijamente.

—Allí había otra chica —dijo de pronto, sin apartar de él aquellos ojos maquillados. Luego alzó su vaso, indecisa. Vincent aguardó—. Pero no recuerdo su nombre, aunque sé quién es. La vi en el salón con Jackie. Fue *miss Oklahoma* hace cinco o seis años.

—Tómate tu tiempo, ya lo recordarás —dijo Vincent.

Teddy observó que el cuero cabelludo de su madre asomaba entre los encaracolados ricitos teñidos de un rubio dorado. De momento, al llegar a casa, le había parecido que llevaba peluca. Pero ella le dijo que no, que todavía conservaba cierta riqueza capilar. Y que sólo necesitaba marcarse el pelo de cuando en cuando. El hijo miró su cara de pájaro, ahora reluciente de crema, que asomaba por encima de la colcha.

—Buenas noches, mamá. ¡No dejes que te piquen las chinches!

Cerró la puerta y salió al cuarto de estar, preguntándose si el hidrato de cloro se notaría en la leche caliente.

Algo más arriba, en la New York Avenue, los chicos tenían todo

lo que uno quisiera: gotas para dejar inconsciente a una persona, canutos de marihuana, «chocolate», todo tipo de anfet...

Buddy enderezó su cabeza verde y naranja y dio unos pasos por su percha a la vez que decía: «¡Magic, Magic!», y su voz sonaba como la de las brujas de las películas de dibujos.

Teddy le saludó:

—¡Ey, Buddy! ¿Cómo está mi pequeño Buddy? Compré un papagayo de adorno, que es igual que tú. Debía traerlo una chica portorriqueña, pero supongo que no vino... Podrías haber jugado con él, Buddy, y pasarlo bien...

El papagayo llegó al extremo de su percha manchada de blanco y verde. Teddy se dijo que su madre sólo necesitaba ponerse una pipa de girasol entre sus arrugados labios, murmurando «Dale un beso a mamá... Dale un beso a mamá...» para que el ave la tomara de su viscosa boca, la cascara y se la comiera en un santiamén. En cambio, si él le ofrecía un cacahuete encima de las hojas de periódico extendidas sobre la mesa del comedor, Buddy se irritaba y enseguida se cagaba. ¿Por qué?

«¡Ey, que no te voy a comer! Ven a mi mano... —solía decir Teddy—. ¿No quieres? ¡Pues bueno, no me importa!»

También esta vez fue así. ¿Por qué demonios estaría tan nervioso el bicho?

Teddy se inclinó para mirarle a los ojos al papagayo, pero éste se apartó. Diríase que Buddy veía algo en *sus* ojos. ¿Sería posible? Era difícil saber lo que pensaba un papagayo. El hombre había observado los ojos de los convictos, preguntándose si veían algo, y lo que consiguió fue una proposición y una declaración de un voluminoso tipo de color llamado Monroe Ritchie, que le pedía que fuera su pareja... Pero jamás había visto en los ojos de un delincuente lo que descubriera en los del policía, aquella mañana en que le despertaron rompiendo la puerta y se encontró con un poli que le apuntaba una pistola a la cara. No era exactamente una mirada de odio, sino más bien delatora de saber algo.

Luego había vuelto a ver los ojos de aquel policía en la balsa transportadora de coches, allá en Puerto Rico, cuando el hombre le amenazó en la cara con el extremo curvo de su bastón. Aquella nueva mirada le había confirmado que, en efecto, algo existía en la mirada anterior... Siete años y medio después aún brillaba ese algo

en los ojos del maldito corchete.

Teddy le dijo a Buddy:

—¿Qué te parecería a ti? ¿Enfrentarte con un tipo que cree saber más de ti que tú mismo? Como si pudiese mirarte dentro de tu cabeza y ver cosas que le hacen sentir deseos de volarte los sesos... ¡Es una mirada que te delata que el tío quiere tu muerte! Te estoy poniendo nervioso, ¿no? ¿Ey? ¿Te gustaría arrancarme los ojos para que nunca más pudiera mirarme en los tuyos? ¿Lo harías? Entonces sabrías lo que se siente.

Teddy había visto nublarse los ojos de Monroe Ritchie: «No veo nada...». Y luego ponerse lechosos: «Ven, cariño...».

Estaba entre los brazos de Monroe, en la litera inferior. A oscuras. El cuerpo de Monroe apretado contra su espina dorsal, con un pesado brazo del negro por encima de él. En su codo notaba el perezoso aliento del compañero.

—Quiero matarle, Monroe.

Respuesta de Monroe:

—Hazlo, amor mío, y vuelve pronto.

—Pero... ¿cómo?

Hablaban mucho de eso. Monroe era partidario de ir detrás de él y pegarle un tiro.

Teddy sentía los dedos de Monroe en el hueco que se forma en la base del cráneo. Monroe le dijo la manera de comprar una pistola en Miami.

—Lo haces, y luego echas el arma al mar.

Según Monroe, sólo necesitaba una del 22. Pero cuando Teddy vio el Colt 38 Super, no supo resistir la tentación. Era el inicio de lo que se convertiría en una costosa empresa. La pistola, el billete de avión a Puerto Rico, el hotel, el alquiler de un coche... Ahora estaba de vuelta en casa, y mamá no quería darle más dinero. La buena señora creía que su hijo había trabajado para Encuestas Internacionales, porque las tarjetas mandadas imprimir por él mismo así lo indicaban. En ellas aparecía su nombre y, debajo, «Encargado de investigaciones». Por consiguiente, cuando su madre le preguntó si pensaba conseguir trabajo, Teddy explicó que probablemente volvería a la misma empresa, que disponía de un buen equipo, ofrecía un generoso sistema de pago y, además, otros beneficios.

—Así me gusta —dijo su madre.

Aunque no de manera demasiado precipitada, él comentó entonces la necesidad de readaptarse al mundo y de alejar de su mente, de una vez para siempre, la pesadilla de la cárcel. Explicó haber visto allí a otros hombres tan inocentes como él, injustamente acusados, y su madre le pasó una mano por el pelo y dijo:

—¡Pobre hijo mío! Verte tratado como un criminal...

Pero cuando se trataba de echar mano de parte de sus bonos del Tesoro o de sus valores para darle unos cuantos dólares..., sólo unos centenares, digamos..., su mente presentaba más cerraduras que la puerta de la casa. No se podía hablar de dinero con ella. Le había dado mil doscientos dólares, y eso era todo. No estaba dispuesta a soltar más.

—¡No, no y no! —repetía—. ¿Sabes lo que significa la palabra «no»? ¡Pues que NO!

Teddy decía entonces:

—Conocí a chicos que emprendieron el camino del delito con menos motivo. No tuvieron otro modo de abrirse paso.

Pero la vieja bruja no cedía.

Lo que tendría que hacer, sería acercarse a alguna ancianita que extrajera monedas de una máquina tragaperras, ofrecerse para ayudarla y hacerse el simpático, diciéndole cuánto le gustaban sus cabellos azulados. Y llevarla a dar un lindo paseo por el Boardwalk. Un golpecito sería suficiente. Ignoraba cuánto tiempo le quedaba, y cuánto tiempo andaría aún por ahí el maldito policía. Quisiera poder entrar en su habitación del hotel, despertarle con la pistola apuntándole a la cara, como había hecho él, mirarle a los ojos y decir:

—¿Qué ves?

Sí; mirarle primero a los ojos, obligarle luego a dar media vuelta y hundirle el arma en ese huequecito del cogote...

«Mañana mismo tengo que conseguir algún dinero en metálico», decidió.

12

CUANDO Moosleh Hajim Jabara tenía dieciséis años y asistía al segundo curso en el Southeastern High School de Detroit, cambió su nombre por el de DeLeon Johnson. Así, quienes leyesen su nombre sabrían que era americano.

A su llegada al país, siendo todavía un niño bastante pequeño, un tío político del primo de su padre, que daba clases en la escuela, le miró con asombro y dijo:

—¡Dios mío, hijito! ¿Sabes quién eres? ¿Sabes dónde estuviste antes?

Todo cuanto sabía Moosleh era que su padre y su madre habían muerto, que él había llorado mucho y que ahora debía vivir en otro país. El tío de un primo de su padre, míster Johnson, le enseñó un mapa y explicó:

—¡Fíjate, hijo, dónde naciste! ¡En Etiopía, el reino de Hailé Selassié, el León de Judá! Bien pudieras llevar sangre suya en tus venas, por parte de tu padre. La mamá de tu mamá fue violada por un italiano..., ¡nunca lo olvides!..., y tu mamá nació a consecuencia de eso. Dicen que su familia mató al italiano con una lanza... De cualquier modo, tú no tienes la culpa de que fuese tu abuelo. Era un tipo grandote y robusto, y me parece que en eso vas a parecerle a él. Mira ahora aquí —agregó, señalando de nuevo el mapa—. Dejaste la ciudad llamada Yibuti, fuiste a Egipto, el país de los faraones, y viviste en Ismailía..., ¡qué bonito es ese nombre! Y te metieron en un barco, ¡pobrecito, a tus ocho años!, que te trajo aquí...

El muchacho quería a míster Johnson y adoptó parte de su nombre y parte del nombre de aquel valiente que, según leyera, había ido a Florida en busca del Manantial de la Juventud.

El joven DeLeon llegó también a ese estado, procedente de Michigan; entró a formar parte de los Miami Dolphins y jugó durante cinco años como extremo defensa hasta que una rodilla y la cocaína pusieron fin a su carrera, arruinando sus ambiciones, y de nada le sirvió la estatura. La droga le condujo a pasar seis meses en el penal de Dade County, y luego le tocó realizar un servicio social consistente en dar charlas para los niños. Cuando Jackie Garbo le ofreció buen dinero por hacer de guardaespaldas, DeLeon aceptó. Con respecto al trabajo, no tenía queja. Lo que no le gustaba era la forma en que Jackie hablaba de él a los demás, en su presencia, diciendo, por ejemplo, que le había elegido entre un montón de esclavos. Siempre le llamaba Moose^[1], por lo que, para casi todo el mundo, DeLeon era Moose Johnson, dada su corpulencia.

Ahora, DeLeon se hallaba junto a la amplia ventana del despacho de Jackie, contemplando el Boardwalk y también el océano, que parecía embravecerse. Pensaba en Puerto Rico y hubiese deseado estar allí. Le gustaba la gente y la comida de la isla. Recordaba su primera visita al casino y lo atractiva que le había resultado la cúpula de estilo árabe, que invitaba a entrar y rezar... En su memoria aún resonaban algunas voces mahometanas, de cuando era pequeño. Pero, de haber permanecido en Ismailía, seguramente sería cargador de muelles, con su fuerza, en vez de vestir un traje de cuatrocientos dólares, de color gris perla, y trabajar para el memo de Jackie, que le llamó en ese instante:

—¡Eh, tú!

DeLeon se apartó de la ventana para ver a Jackie Garbo detrás de su escritorio. Sonaba el teléfono. Jackie descolgó y, con la otra mano, pareció querer pinchar el aire. DeLeon se dirigió a la mesilla de vidrio y tomó el auricular supletorio, para escuchar la conversación, como Jackie quería. Por lo visto, le convenía contar con un testigo. Quizá temiera que alguien fuese a hacerle una trastada. El hombre siempre necesita confiar en una u otra persona. En consecuencia, Jackie confiaba sus secretos a Moose, igual que le confiaba a su mujer, como si Moose fuera para él una especie de eunuco con traje gris.

DeLeon se instaló en el sofá y apoyó la cabeza en un cojín mientras oía que la voz decía por teléfono:

—Esta mañana arrestaron a Ricky. A las ocho, en su casa, y lo condujeron a Northfield.

DeLeon esbozó una sonrisa. ¡Bien! ¡Que le rasquen el culo!

Jackie preguntó:

—¿Por qué?

—¿Acaso no te lo imaginas, hombre? —dijo la voz, sin perder la tranquilidad—. ¡Lo llevarían a la sala verde, para interrogarle!

Esa voz lenta y ronca, de un típico acento barriobajero del sur de Filadelfia; esa forma de expresión de la gente dura... Era Frank Cingoro el que hablaba. Chingo. Frankie el Ching. Frank el Líder. Capo, o lo que se quisiera, a las órdenes de Sal Catalina, grande en el negocio de las drogas.

Y el canijo de Jackie intentando dar la impresión de igual dureza, al exclamar:

—¿Ah, sí? ¿Interrogarle? Bien, pero... ¿acerca de qué? ¿De todo lo que hizo el año pasado? Quizá, pero... ¡bah, que pregunten lo que les dé la gana!

DeLeon volvió a esbozar su sonrisita. ¡Bravo! Acorralaban a ese asqueroso hijo de puta. Pero la sonrisa se le heló en la boca cuando Frank Cingoro dijo a través del hilo:

—Le interrogan con respecto a la chiquita, Jackie.

Entonces se produjo el silencio. DeLeon miró a Garbo, que de súbito se preguntaría por qué demonios había que hablar del asunto, y desde dónde llamaría ese Ching. ¿Desde el bar de Catherine Street, allá en Filadelfia? Pidió a todos los santos que no fuera así... ¿O desde aquel club de Hutchinson? En cualquiera de esos sitios el teléfono estaría pinchado. El Ching debió de leer los pensamientos de Jackie en medio del silencio, porque explicó:

—Salí de White Horse Pike y estoy por el camino. Ya puedes hablar, Jackie.

Jackie se había puesto de pie, detrás de su escritorio, haciendo un movimiento como si se dispusiera a ir al lavabo. De pronto dijo:

—¡Bueno! Ricky no soltará nada.

DeLeon, por su parte, creyó que le harían cantar, y bailar también.

—No; Ricky no cantará —continuó el Ching—. Pero ahora no

hablemos de Ricky, sino de la chica. Esos tipos de Northfield se juegan el culo. Quisiera saber qué descubrirán, Jackie... Ya te diré por qué.

—¿Y yo qué coño tengo que ver con todo eso? —explotó Garbo—. ¡No sé nada de nada!

Benny dice que no tocó nunca a la chica.

—¿Benny?

—Me consta que no lo hizo —gruñó Jackie—. Estuve con él aquella maldita noche, para pasarle algo.

DeLeon recordó entonces que Benny era el tipo al que el Ching llamaba Benavides, el gato de Bogotá, el sudamericano de la marihuana... Una medrosa bola de grasa, con ojos de serpiente.

—¿Y dónde está ahora?

—Partió esta mañana. El Moose le acompañó al avión de Miami.

DeLeon observó cómo le miraba Jackie, con los ojos muy abiertos, ansiando no perderse nada.

—Dime —prosiguió el Ching—. ¿Quién la empujó?

—¿Y tú me lo preguntas? —saltó Jackie, con voz desesperada—. ¡Ni siquiera tenía noticia de que la tía estuviese allí! Cuando todos se hubieron marchado, yo también me fui. No haría ni quince minutos que tú estabas fuera. Benavides se metió en una alcoba con la tía y se la tiró. Eso fue todo. Luego, nosotros le acompañamos de regreso al hotel.

Garbo contempló el montón de fotografías que tenía en la pared —celebridades en marcos dorados: artistas de cine, cómicos, *showmen*, algunos de ellos ya desaparecidos—, como si buscara ayuda o inspiración en sus rostros, y DeLeon no pudo contener una sonrisa ante todas aquellas estrellas de dentadura perfecta, que parecían divertirse con el aprieto en que el Ching ponía a Jackie.

—Resulta que te encuentras con una chiquita muerta, y ni siquiera sabes qué le ocurrió... Me consta, sin embargo, que no era una de las tuyas... —dijo la voz, por teléfono.

—Tommy la descubrió.

—Tommy, según yo tengo entendido, no sabe una mierda de nada... Él no controlaba a la chica. Ella decidió hacer algún negocio y tropezó con un loco que quiso tirársela colgada de ese jodido balcón, o algo por el estilo. Los tíos esos abundan más de lo que parece; la chica no cuenta con protección y se expone cada vez que

se baja las bragas... A mí no me concierne demasiado esa jovencita, Jackie, pero la policía sí que se preocupa por lo ocurrido. ¿Me entiendes?

«¡Qué hombre tan ignorante! —pensó DeLeon—. Se cree muy sabio porque no está muerto. ¡Cuántos imbéciles hay en este ramo del crimen! Vulgares hijos de perra. Algunos podrían ser buenos jugadores de pelota.»

La voz por teléfono continuó:

—Todos dicen que la policía no tardará en descubrir que tú organizabas partidas de juego allí, Jackie. Sigue estando en peligro tu culo.

DeLeon se dijo que pronto harían callar a ese Ching.

—Lo menos que hará la policía, será avisar a la División de Control de Juego, ¿no? Y esos pondrán sobre aviso a la Comisión de Control, y te retirarán la licencia... ¿Ves por dónde voy? Por no tener cuidado y no seguirle la pista a la chica, puedes encontrarte con el negocio en el aire.

—¡Un momento! —exclamó el regordete y pequeñajo Jackie, que no podía creer lo que oía—. ¿Para qué monté todo eso? Tú me relacionaste con Benavides... ¡Yo no quería tener nada que ver con él!

Estaba frenético.

—Todo lo que yo vi, fue cómo rastrillabas aquellas fichas rosas y blancas —dijo la voz—. ¿Qué le sacaste? ¿Dos y medio?

—Sí... —contestó Jackie—. ¿Y voy a jugarme el culo por un pavo cada vez, esperando a que el maldito techo se me derrumbe encima? No es culpa mía, ¿sabes? ¡Ni hablar!

Volvió la espalda a las fotos de la pared y, de pronto, quedó inmóvil. Bajó la voz y susurró:

—Adiós, tú.

Yen el oído de DeLeon resonó un «clic».

Míster y *mistress* Donovan aparecieron en el umbral de la puerta. No habían llamado. Tommy Donovan exclamó:

—¡Caramba, Moose! ¡Hola, Jackie!

Pero la mujer, que llevaba en la mano un sobre de papel pardo, se adelantó y dijo:

—¿Nos disculpará?

—Sí, señora —contestó el guardaespaldas, sin tiempo para

corresponder al saludo.

DeLeon se levantó, hizo una breve inclinación y no dejó de observar la seguridad y la intención con que ella examinaba a Jackie. Aunque eso, a él, no le importaba.

Caminó pasillo abajo en su traje de color gris perla, dándose cuenta de que, por primera vez, había visto algo... Era la mujer la que llevaba la batuta, y no el marido. Por su aspecto, parecía capaz de poder con cualquier hombre. Con sólo mover el dedo meñique.

Se hallaban en la sala de interrogatorios del Departamento de lo Criminal, sentados a la gran mesa de reuniones. Vincent vestía su nueva chaqueta deportiva y fumaba un cigarrillo. Poco más allá, Dixie leía la información facilitada por el ordenador.

—Asalto con arma blanca en Filadelfia, mayo del ochenta y dos. Rechazada la acusación. Homicidio, noviembre del ochenta y dos. Ricky mató a un hombre a cuchilladas, empleado de Bartender's

International, que examinaba un caso en *Italy*

Cous'Little

, restaurante de Filadelfia. Acusado de homicidio intencionado sin premeditación, cumplió dieciocho meses en Trenton. Con desacato a la autoridad del tribunal, se negó a testificar ante la Comisión de Investigaciones del estado de Nueva Jersey con respecto a actividades de usura; sesenta días y, luego, a la calle. Interrogado con referencia a cuatro, cinco o seis homicidios en los dos últimos años. Un testigo le vio disparar tres veces en la parte posterior de la cabeza a un individuo, cortarle luego el pene y metérselo en la boca. Esto es lo que el testigo declaró: luego el hombre desapareció y le encontramos un par de meses más tarde, con una bala en la cabeza y, también, con el pene en la boca. Aquí aparece una acusación por préstamo ilegal de dinero a un interés del ciento setenta y cinco por ciento... Y otro caso de usura... El deudor se había retrasado en los pagos, y Ricky le golpeó con un hacha, lesionándole la columna vertebral. Ese hombre quedó parapléjico y nunca más podrá volver a andar; sin embargo, no quiso declarar en contra de Ricky por temor a perder la mísera vida que le queda...

Vincent apagó el cigarrillo y se sacudió una partícula de ceniza

de su chaqueta nueva.

—¿No sacaste nada en concreto?

—La cinta grabada dura casi una hora. ¿La quieres oír?

—¿Te la dejó grabar?

—¿Por qué no? No dijo nada. No vio nada. Nadie entró ni salió mientras él estuvo allí. A no ser que pasara alguien mientras echó una cabezada de un par de minutos. Aceptó el trabajo porque necesitaba dinero... Es el único vigilante del que yo sepa que lleva un Cadillac Eldorado.

—Déjame escuchar a qué suena su declaración —dijo entonces Vincent, y sacó otro cigarrillo mientras Dixie se acercaba al magnetófono para pulsar un botón.

Al sonar la voz de Ricky, Dixie Davis observó:

—La hemos cogido un poco adelantada. Escucha, ¡escucha a esa rata!

RICKY:... negocio de la construcción... Reconstrucción, mejor dicho... Reconstruíamos habitaciones, por ejemplo..., o adaptábamos un porche... Pero Sal fue enviado a Alabama, entonces, y eso fue el fin del negocio.

DIXIE: ¿Cobras por estar en el paro?

RICKY: ¡No! ¿Tengo cara de eso?

DIXIE: No pienso decirte de qué tienes cara. Esta mierda la va a transcribir una señorita joven y muy mona... ¿Quién estaba en el apartamento?

RICKY: ¿Allá donde estaba la chica? ¡Si ni siquiera era la misma noche, hombre! La noche en que ocurrió eso, yo estaba muy lejos de esa jodida casa. Había ido a Brigantine, a una fiesta...

—Bien, bien —comentó Vincent, al mismo tiempo que Dixie guardaba el aparato—. ¿Qué te parecería que yo sostuviera una conversación con ese Ricky? Sólo para hacerle un par de preguntas.

—¿En qué plan? —quiso saber Dixie al volver a la mesa—. ¿Como policía o como paisano?

—Como parte interesada. No le enseñaría la insignia ni le pondría en un aprieto, porque luego eso se volvería contra ti. Sin embargo, yo no necesitaría mostrarme con él tan cortés como tú, ¿entiendes?

El grueso bigote de Dixie se ensanchó en una amplia sonrisa.

—No necesitarías ser nada cortés ni amable con él —admitió Dixie Davis—. Pero no puedo permitir que lo hagas... Mira esta hoja. ¡Está loco!

—La noche pasada gané cuatrocientos setenta pavos jugando al *black-jack*. En sólo tres minutos. Cobré el dinero y me largué. —Dijo Vincent.

—¡Te admiro! —exclamó Dixie.

—Me compré esta chaqueta. ¿Te gusta? Y alquilé un coche. Bonito, por cierto. Un Datsun. De color acanelado, y marrón por dentro.

—Hará juego con tu chaqueta —bromeó Dixie—. ¿Qué otras novedades hay?

—A ver... Ah, sí. En aquel dichoso apartamento hubo juego —explicó Vincent—. Dos noches seguidas. Iris estaba allí para entretener al tío. Es un individuo colombiano, que se hospeda en el Spade's

. No sé cómo se llama, pero lo averiguaré si puedo hablar con Ricky.

Dixie no dijo nada.

—Por mucho que tú le interrogues, no le sacarás nada —insistió Vincent—. No tiene por qué abrir el pico. Deja que yo le pregunte de manera distinta. Veremos qué contesta.

Se hizo un nuevo silencio. Dixie, mirándole fijamente, dijo por fin:

—Viste a la compañera de pensión de Iris. A esa Linda...

—Todo lo que esa muchacha puede explicar, es sólo de oídas —contestó Vincent—. No ha de servirte de nada. ¿Para qué molestarla, pues? Ninguna de las personas a las que te dirijas con respecto a este asunto sabe nada —señaló Vincent—, ni soltará prenda. ¿Sabes por qué? Porque los tipos que aquella noche estaban en el apartamento tienen acojonado a todo el mundo. Acabas de hablarme de un testigo, y... ¿cómo acabó? Con un balazo en la cabeza. Y mencionaste el caso de ese hombre que, pese a quedar inválido, tampoco quiere decir nada. Supón que consigues un buen testigo... ¿Podrías garantizarle una protección? Dices que sí. Yo también lo dije no sé cuántas veces. Consigues una cooperación en casos de homicidio si se trata de papá o mamá, o simplemente de

un robo... Entra un tío en una tienda, armado con una pistola... Los clientes que le ven, luego declaran. Pero ahí acaba la cosa. En cambio, si te metes con individuos como Ricky y compañía, sabes que lo más probable es que te peguen un tiro. Tú has visto lo que sucede, y los testigos que pudieses conseguir han leído lo ocurrido a otros que hablaron. Bien... Si Ricky estaba de vigilancia aquella noche, pudo entrar un tipo más corpulento que él y subir al piso. Es de suponer que tenía asuntos con el colombiano. El mismo tío que organizó el juego y le proporcionó la chica, Iris, para que le entretuviera y, además, le diera suerte... ¿No lo ves tú así?

Dixie hizo un gesto afirmativo, tras unos instantes de silencio.

—Pero tú no te ocupas de narcóticos y esas cosas. De eso se encargan otros. Tú perteneces a Homicidios. En consecuencia, procura hacerte un poco el tonto durante todo el tiempo que puedas. ¿De acuerdo?

Dixie volvió a hacer una señal de asentimiento.

—Bien. Alguien permaneció todo el día siguiente con Iris, en el piso, o volvió aquella noche, se introdujo en la casa y Jimmy no le vio. Creo que podemos confiar en su palabra de que él no vio a nadie —recalcó Vincent—. Hemos llegado a este punto, pues. Ahora, tú puedes preguntar a Ricky si sabe quién estaba con Iris, o se lo puedo preguntar yo. En este piso terreno firme. No obstante, para hablar con ese Ricky voy a necesitar tu ayuda.

Dixie alzó la cabeza un poco más.

—No deseo ir a esa casa. Prefiero atraparle en cualquier otra parte; en la calle. Así pues, tendrás que someterle a vigilancia y decirme dónde está. Yo te llamaré de cuando en cuando, y tú me dirás por dónde anda... En un bar de Pacific Avenue, o donde sea... Es todo cuanto has de hacer. Tu agente puede largarse, ya que a ti no te conviene saber nada del asunto hasta que yo te presente mi información. ¿Qué tal te parece? ¡Ah, por cierto!, ya lo olvidaba: ¿recuerdas aquel abrigo negro que encontraste en un armario? Tú no lo vas a necesitar, y yo sé de alguien que se alegraría de tener una prenda caliente, con este tiempo. ¡Hay que ver qué frío hace!

Dixie cayó enseguida:

—¡Su compañera de pensión...! ¡Vaya por Dios!

—Te prometo que ella sólo sabe lo que oyó decir, y que yo te tendré al corriente de todo cuanto averigüe, de modo que... —dijo

Vincent.

—¿A qué te refieres? —contestó Dixie, y vaciló brevemente—. No sé si debiera preguntarte...

—En caso de duda —le interrumpió Vincent—, no lo hagas.

—... si trajiste tu pistola.

—Eso puedes preguntármelo.

—Mejor que no —decidió Dixie.

13

JACKIE extendió los brazos en señal de bienvenida.

—¡Caramba, qué acontecimiento! ¡No sólo el jefe, sino también su esposa visitando mi humilde despacho!

Era la primera vez que iban juntos, pese a que la oficina llevaba ya un año abierta.

—Para celebrarlo —dijo Jackie—, voy a hacer una apuesta. Nombren a una estrella, que puede ser una de las atracciones más famosas de Las Vegas, Tahoe o Atlantic City. Si no encuentran su fotografía en la pared, y además dedicada, les daré un billete de cien dólares. ¡La apuesta queda en pie!

—Siéntese, Jackie, por favor —dijo Nancy.

A Garbo no le hizo ninguna gracia su postura de gran señora muy comedida, y le echó una mirada a Tommy. ¿Qué carajo ocurría? El marido se encogió de hombros con gesto inocente, pero se enderezó cuando la mujer se fijó en él. A la jodida Nancy no se le escapaba nada. Jackie intentó otro acercamiento, para ver si se reducía la tensión que flotaba en el ambiente; palmoteo y propuso:

—¿Qué les parece una bebida? ¡La ocasión merece ser celebrada!

Tommy se animó un poco y contestó, aunque controlando su voz:

—Bueno... ¿Por qué no?

Tommy no había rechazado una sola bebida a lo largo de toda su existencia. Jackie extrajo un vaso del mueble bar cubierto con un espejo que había detrás de su escritorio y sacó de la nevera una

cerveza y los martinis que siempre estaban a punto.

—¿Nancy...?

No; ella no deseaba tomar nada. Gracias. Permanecía sentada con las rodillas muy juntas y con un sobre pardo en su regazo, del que quizá sacase de un momento a otro un recorte del *Wall Street Journal* o de otro periódico semejante. Tommy dejó el vaso sobre el borde de la mesa para beber de la lata. Formaban una pareja curiosa. Jackie tomó un buen trago de su helado martini extraseco, se arrellanó en su sillón y se sintió más seguro. ¡Qué se jodiera la tía esa! ¿Qué podría hacerle a él?

—¿Es martini? —preguntó Nancy entonces.

A Jackie se le ocurrieron en el acto varias respuestas, pero lo que dijo fue:

—Mis gustos son sencillos. ¿De veras no quiere tomar un poco?

—La mujer contestó con un lento movimiento de la cabeza, sin dejar de mirarle. Resultaba atractiva y tenía estilo, pero Jackie hubiese apostado cualquier cosa a que era frígida.

—No, pero beba usted, si le relaja... ¿No teme que el alcohol acabe por constituir un problema?

Siempre con aquella mirada inocente.

—En realidad, recurro al alcohol cuando tengo algún problema. Bebo, y enseguida me siento mejor.

El rostro de la mujer se iluminó un poco, pero no mucho.

—Mi primer marido tomaba martinis —dijo.

Y Tommy agregó:

—Kip Burkette. ¿Te acuerdas de Burkette Investments, de Filadelfia? Era un negocio importante, que se remontaba a cien años atrás. Nancy se casó con Kip y entró a formar parte de la alta sociedad, de las esferas adineradas...

Jackie sonrió. Sin duda, Tommy ya había tomado lo suyo, aquella mañana. Menos mal que el mediodía ya quedaba atrás.

—Yo misma inicié ese camino, en realidad —intervino Nancy—. De Narberth pasé a Bryn Mawr. No me refiero a la escuela. Precisamente cambié de centro para ingresar en la Emerson, de Boston. Deseaba ser actriz, pero luego me di cuenta de que no valía lo suficiente.

—Cuesta creerlo —dijo Jackie.

Nancy se encogió de hombros.

—Volviendo a Kip, era una persona encantadora. Le gustaban los patos.

—¿Es cierto eso?

—En todas sus corbatas llevaba patitos estampados. Kip era un hombre apuesto —aquí Nancy hizo una pausa—. Pero no muy inteligente.

—Ni necesitaba serlo —señaló Tommy—. Su sociedad bancada estaba valorada en varios centenares de millones.

—A Kip también le gustaban los perros —continuó Nancy—. Tenía uno, un perdiguero castaño llamado Lance. Cada mañana, a la hora del desayuno, Kip leía en voz alta la información monetaria, así como la cotización de cierre de los valores que controlaba. Después de cada cotización, se paraba para echarle una mirada al perro. Si Lance gruñía, significaba que convenía vender. Si lanzaba un pequeño ladrido y meneaba la cola, había que comprar... Kip tenía confianza ciega en Lance, incluso cuando empezó a perder clientela.

Jackie contuvo la risa durante unos instantes, pero al fin dijo:

—Usted me toma el pelo...

—Kip estaba una tarde en el Merion Cricket Club —continuó Nancy—. En el bar, desde luego, tomando su martini con Beefeater. Hablaba sobre Lance con alguien a quien acababa de conocer. La reacción de ese hombre fue muy similar a la de usted. No podía creer que mi marido hablara en serio. Pero Kip le dijo: «No le engaño». Una de sus expresiones favoritas... Y cayó muerto de repente.

—¡Cielos! —exclamó Jackie.

—Alcoholismo agudo, aunque los médicos lo llamaron de otra manera. Lance murió poco después, atropellado por un coche.

—¡Caramba! —dijo Jackie.

—Pero no antes de que yo me deshiciera de todas mis acciones de Burkette Investments. Me retiré antes de que aquello se fuese a pique.

—Tuvo usted suerte.

—¿Eso es lo que opina?

—Vio venir el desastre.

Nancy movió la cabeza en sentido afirmativo, y entonces Jackie se preguntó si se refería al alcoholismo de Kip, que tenía que acabar

con él, o al perro, que había muerto atropellado. ¿Qué intentaba decirle aquella mujer?

De pronto intervino Tommy:

—Enseguida después de eso, Nancy entró a trabajar en Bally's

, donde aprendió el arte del negocio. Y se divirtió también. Pero esta chica aprende con una rapidez terrible, amigo... A mí mismo, acaba de contarme unas cuantas cosas que yo ni siquiera sabía.

Había metido la pata. Jackie se dio cuenta en el acto. Observó que la expresión de Nancy adquiriría una momentánea rigidez. Una finísima grieta en la fachada, podría decir.

La mujer dijo:

—Me pregunto si me atraen los alcohólicos...

Y Jackie sintió el imperioso deseo de marcharse lo antes posible.

—No sé si me siento fascinada porque no les entiendo —prosiguió Nancy—, o si se trata de una atracción negativa que me conduce a buscarme problemas.

«Henos aquí», pensó Jackie. Vio que Tommy se volvía de manera deliberadamente melodramática para mirar a su mujer. A su vez parecía suplicar: «No hagas caso de ninguna de las tonterías que dice esta chiquilla».

—Yo sé bien lo que te atrajo de Kip —declaró Tommy—. ¡El dinero, el dinero y el dinero! Como actriz no lograste abrirte camino, aunque... tampoco me harás creer esa mierda de que tú nunca actúas... —Y agregó de cara a Jackie—: Interpreta su papel de tía rica como si nunca hubiera hecho otra cosa en su vida.

—¿Y qué me atrajo de ti, Tommy? ¿Tu ingenio? —preguntó Nancy.

Jackie se creyó en el deber de intervenir.

—¡Bah, pero si formáis la más perfecta combinación que pueda existir! La dama y el tigre. La elegante Nancy y el formidable Tommy.

No le había salido mal. Sólo que Tommy no le escuchaba. Todo su interés era para su mujer, a la que hubiese querido hundir de una sola mirada. Jackie pudo comprobar, sin embargo, que no tenía el menor éxito. ¡Estúpido engreído! Nunca debiera haberla llamado «chiquilla». Ahora, Tommy cambió de tono:

—Mientras tú escalabas posiciones en Bryn Mawr, cariño, dando

vueltas alrededor del viejo club de *cricket*, en espera de hacerte con el dinero de ese pobre hombre, yo no era precisamente un dependiente de zapatería. Antes de que tú entraras en tu primer casino, yo ya era dueño de uno con su correspondiente hotel.

—Sé que trabajaste mucho —admitió Nancy.

—Puedes estar segura.

—Y tú eres lo suficientemente hábil para contratar a las personas más adecuadas para los puestos clave.

Jackie suponía que ella le miraría, pero en realidad no fue así.

—Bien, gracias por todo... Llegué a creer que era un completo desastre.

—Aún no, pero te falta poco —señaló Nancy—. No estoy segura de que sea la bebida... Ya sé que no prestas atención... No estoy segura de que sea la bebida, repito, o si el problema reside en que no estás bien de la cabeza y no sabes nada de lo que sucede.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Tommy, mirando a Jackie a la vez que movía la cabeza—. Se encargaba del *black-jack*, controlaba el casino... Todo cuanto puedas necesitar saber sobre un casino, Jackie, pregúntaselo a ella...

Pero lo único que Jackie deseaba era marcharse. Debajo de la mesa tenía un timbre que conectaba con la gazapera de Moose y le haría acudir en el acto, pero... ¿y entonces, qué?

—Veo que ustedes dos tienen ganas de discutir —dijo—. ¿Por qué no esperan a estar en casa?, ¿eh? Yo estoy muy ocupado.

—Es que esto le concierne a usted, Jackie —contestó Nancy—, porque está a punto de perder su licencia.

El hombre sintió un estremecimiento de sorpresa, pero no pronunció ni una palabra, dada la frialdad con que se expresaba ella. Nancy miró a Tommy y, al mismo tiempo que abría el sobre, añadió:

—Tú también te encuentras en la misma situación, tanto si te gusta como si no.

Sacó una fotografía hecha con cámara Polaroid y se la dio. Tommy estrechó los ojos y la levantó:

—¿Quién es?

—Tú le invitabas a todo, menos a helados —indicó Nancy—. ¿Vas a decirme que no le conoces?

Jackie pensó que no le interesaba nada ver aquella foto. Pero

Tommy dijo que sí, que en una ocasión había visto a aquel tipo, arrojó la foto sobre el escritorio y Jackie se encontró mirando la cara del colombiano, de Benavides, junto a una mesa de *black-jack*. Entonces le tocó parpadear a él, y tratar de poner cara de aturdido.

—¡Ah, sí...! No recuerdo su nombre... ¿Sacó Francés la foto? ¿Para qué?

—Yo se lo pedí —declaró Nancy.

—Tiene una línea de crédito muy impresionante, y por eso se le invita —reconoció Jackie—. ¿Cómo demonios se llama? Viene y se está un par de días...

—Estuvo aquí una semana —dijo Nancy—. Depositó un millón novecientos mil. En efectivo.

Tommy levantó las manos con aire inocente.

—¿Y cuál es el problema? No existe ninguna ley que nos obligue a decir de dónde saca el dinero.

—Todavía no —replicó Nancy—, pero no tardará en salir, y más vale que estés preparado.

—Amor mío... —la corrigió Tommy, a la vez que se repantigaba en su sillón, que llenaba por completo—; en el negocio de un casino hay algo más que el juego en las mesas. En primer lugar, debemos ser objetivos. Quiero decir que nuestro negocio consiste en el dinero, y todo el dinero es igual... ¿Estoy en lo cierto?

Jackie no deseaba escucharle.

—Un jugador ingresa un montón de dinero en efectivo, querida... Nosotros tenemos que mirarlo de manera imparcial, sólo como dinero y nada más. En otras palabras: hemos de vigilar la línea de crédito del jugador. Si éste apuesta fuerte y nos ofrece un buen blanco, por así decirlo, es preciso que nos concentremos en sacar un veinte por ciento de su pasta, si queremos obtener un beneficio —explicó Tommy con el ceño fruncido—. Pero creo que todo esto ya lo dije antes, ¿no?

«Malo, malo, malo...» Jackie se agarró a los brazos de su sillón. Aquella mujer iba a matarle.

—Míster Osvaldo Benavides, de Bogotá —dijo Nancy—, depositó en efectivo un millón novecientos mil dólares, y se fue con un cheque nuestro por valor de un millón ochocientos mil.

Jackie observó que Tommy se revolvía de nuevo en su butaca. Por fin parecía darse cuenta de lo que le caía encima. Intervino

pasado un momento y señaló:

—Eso no es un veinte por ciento, pero lo sobrepasa por término medio.

—Una vez al mes —indicó Nancy— traes a Benavides en el avión de la compañía...

—Sólo desde Miami —se defendió Tommy.

Jackie cerró los ojos.

—Saca fichas por valor de hasta dos millones en efectivo, pierde entre un cinco y un diez por ciento, pero nunca más de eso en los últimos siete meses... —detalló Nancy— y vuelve a casa con un cheque neto por el resto. Míster Benavides «lava» su dinero en nuestro casino. Y dado que tenéis conciencia de ello, los dos, debo suponer que lo aprobáis.

Tommy exclamó:

—¡Por Dios, querida!

—¿Qué? —inquirió ella, tras unos instantes de silencio.

—Nuestro negocio es complicado y espinoso, querida...

Nancy hizo otra pausa. Jackie la observaba. Aquella mujer era terriblemente peligrosa. Si te hincaba los dientes, era para no soltarte más. Pero de pronto se dijo que, al fin y al cabo, iba en su misma barca... Y habló así:

—Lo que Tommy quiere decir, Nancy, es que tenemos un pequeño problema con míster Benavides. Y si hablo en plural, es porque usted también está embarcada. Tiene una licencia y podría perderla como cualquier otra persona puede perder una licencia por asociarse con gente inadecuada o indeseable, ya me entiende...; con tipos de los que se sabe que pertenecen al crimen organizado...

Una vez que había empezado a desembuchar, se encontraba mejor. Tommy estaba boquiabierto, como si no pudiera entender que él contara todo eso a la mujer. Y lo bueno era que ella prestaba atención, porque era lista, tranquila y razonable, incluso mientras se contemplaba el subir y bajar de los pezones.

—Hábleme de eso —dijo.

—Precisamente es lo que hago —dijo Jackie, que al ponerse de pie sintió una ventaja mayor, debida al hecho de poder moverse y emplear su cuerpo—. El problema surgido con míster Benavides consiste en que aquí ha hecho amistades que han entrado en negocios con él.

—Que le compren la droga, ¿no?

—Probablemente. Nunca se lo pregunté. El problema es que esa gente también hace negocio con nosotros, aunque de manera indirecta. Quiero decir que controla a algunos de nuestros proveedores. No necesito mencionar nombres. Creo que usted ya me entiende. Me refiero a unos materiales y servicios básicos con los que uno ha de contar para que un hotel funcione. Y no hace falta decir que esa gente pertenece a diversas asociaciones.

—Continúe —le animó Nancy.

—De cualquier forma, esa gente que hace negocios con mister Benavides quisiera que nosotros tuviésemos las máximas consideraciones con él...

—Y que le «laven» su dinero.

Jackie alzó la mano.

—¡Ésa es la palabra! Si no le tratamos bien, tendremos problemas con algunos de nuestros principales proveedores.

Nancy seguía mirándole.

—La muchacha llamada Iris... ¿era también un obsequio para Benavides?

Ahora, el golpe llegaba de otra dirección.

—Todo cuanto sé —contestó Jackie—, es que la chica estaba fuera de servicio. Una mujer como ella... ¿Qué voy a decirle?

Sus ojos se deslizaron hasta más allá de Tommy, inevitablemente, y quedaron fijos en el triste y húmedo cielo recortado en la ventana. No sabía si llamar al gigantón, pero enseguida abandonó la idea y volvió a mirar a Nancy, que seguía observándole.

—Le doy mi palabra de que no sé nada más que usted con respecto a lo que le ocurrió a Iris.

¿Qué intentaba probar aquella mujer mirándole de ese modo? Era la *verdad*.

Al cabo de un momento, Nancy dijo:

—¡Basta ya de Benavides! Ese tema está listo.

Jackie levantó la cabeza hacia ella.

—Hum... Eso es fácil de decir. Usted no conoce a esos tipos.

—Resuelva el asunto, o búsquese otro trabajo.

Tommy se alarmó.

—¡Que estás hablando con la persona principal de toda nuestra

operación! ¡Con un hombre que tiene veinticinco años de experiencia!

—Es su responsabilidad —declaró Nancy—. Si vuelvo a ver a Benavides en el hotel, lo pondré en conocimiento de la autoridad con una lista de sus depósitos, además. Y si descubro que uno de ustedes sabía que Iris estaba en aquel apartamento, lo denunciaré a la policía.

Tommy protestó:

—¡Por Dios, Nancy, que soy tu marido!

Jackie guardó silencio. Se daba cuenta de que la mujer hablaba en serio. Por decirle cuatro verdades a Tommy no iba a perder su licencia, ya que estaban casados. Nancy volvió a meter la mano en el sobre. Su marido se levantó para tratar de impresionarla con su estatura, y dijo:

—Ya lo arreglaremos... ¡Tranquila! No te excites de esa manera, por lo que más quieras...

Toda su corpulencia no servía para esconder su tontería. Nancy, en cambio... Una mujer gélida, sentada en un iceberg... Jackie no pudo descubrir en ella la menor emoción. Nancy arrojó sobre la mesa otra foto, y la cara de beodo de Tommy hizo una fea mueca.

—¿Quién es éste?

Jackie tomó buena nota de la pausa y de la mirada de Nancy.

—El amigo de Iris.

Jackie echó un vistazo a la foto, en la que vio a un tipo barbudo, con impermeable, y siguió con los ojos fijos en ella, en espera de un nuevo ataque. Oyó que Tommy preguntaba:

—¿Y qué tiene que ver ese hombre con nosotros?

—Está aquí —repuso Nancy.

—Ya lo veo —gruñó Tommy.

«¿Adónde iremos a parar? —se dijo Jackie—. Ella tomó la foto. En consecuencia, le conoce.»

En eso oyó la voz de Nancy:

—Tengo la certeza de que vendrá a verte.

—¿Para qué? —exclamó Tommy—. No tengo nada que hablar con él.

—Confío en que así sea —repuso Nancy—, pero él procurará hablar contigo, de una forma u otra.

«¿Cómo?», se preguntó Jackie.

—Y si yo fuese tú, me prepararía —advirtió Nancy.

«Desde luego, esta mujer le conoce», se repitió Jackie.

—Pero para eso necesitas sangre fría —agregó Nancy.

«¡Vaya elemento!», pensó Jackie Garbo.

¡Con qué seriedad miraba a su marido, y en qué tono le hablaba! Nancy conocía al hombre, y ese hombre era algo más que el amigo de Iris... El hombre constituía una amenaza, pero no precisamente una amenaza que la preocupara y la envolviera a ella. El tipo de la foto parecía un miembro de la brigada antidroga, o un actor de cine que hiciese un papel semejante. Jackie se preguntó si debía hacer una tentativa... ¿Por qué no? Alzó la vista de la fotografía y miró a Nancy.

—Es policía, ¿no?

Sus palabras la sorprendieron, porque alzó las cejas y clavó los ojos en él.

—¿Cómo lo sabe?

Se la veía un poco impresionada.

—Instinto, Nancy. Y experiencia.

—Y una suposición dejada ir a la buena de Dios.

—Nancy —contestó Jackie—: aprecio mucho todo lo que ha dicho usted hoy aquí, así como su preocupación por que no nos suceda nada. Muy bien. Pero si no soy capaz de cubrir a tiempo mi culo, y perdone la expresión..., es que estoy donde no me correspondería estar en este jodido negocio.

14

VINCENT condujo el coche alquilado a través de la lluvia, carretera de la costa abajo: hasta el extremo de Absecom Island. Montones de dinero y grandes villas, sí..., pero aquello le pareció muy árido. Los árboles eran sumamente escasos. Él estaba acostumbrado a las costas de Florida. Había allí viejas casuchas de madera junto a blancos y modernos chalets de esquinas redondeadas, tan poco parecidos entre sí como un retrete y una nave espacial. Quizá, de lucir el sol, aquello tuviese más aspecto de lugar de veraneo... Encontró la casa de Donovan y quedó asombrado al comprobar que era una de las viejas, con picos y aleros y un porche montado sobre soportes de ladrillo y que rodeaba todo el edificio.

Reconoció a la sirvienta: la misma que le abriera la puerta en Isla Verde. También ella le reconoció, por la cara que puso. Sin embargo, Vincent preguntó:

—¿Se acuerda de mí?

Dominga le sonrió y, llevándose una mano al mentón, explicó:

—Sí; por la barba...

—¡Ah, mi barba! —dijo Vincent—. Estoy contento de haberla conservado, porque me abriga. ¿No pasa usted frío, aquí?

—¡Huy, sí! Desde que vinimos, no he dejado de tiritar.

Dominga le invitó a entrar, y el policía le comentó que, por su gusto, estaría en Puerto Rico.

—¿Deseaba usted ver a míster Donovan?

—Eso quería, sí.

—Pues tiene mala suerte.

—No está en casa, ¿eh? ¿Y la señora?

La chica meneó la cabeza.

Me pareció haberles visto hoy en el hotel...

En la casa reinaba un silencio absoluto. No obstante, había en ella una confortable sensación de vida: los alegres colores de la sala de estar, una galería de pinturas, un recipiente de los indios taino encima de la repisa de la chimenea. Era semejante a una urna, o a como él se imaginaba una urna. Aquella misma mañana había hablado por teléfono con Linda. Tenían que decidir lo que se hacía con los restos de Iris. Con sus cenizas, mejor dicho. Una urna de acero inoxidable costaba treinta y nueve dólares, pero las había de bronce sólido, que costaban hasta novecientos dólares.

Vincent extrajo un cuaderno de notas del bolsillo de su impermeable y le dijo a Dominga:

—¿Podría pedirle un favor? Mire..., tendría que llamar a casa de míster Garbo, en Longport. Conoce a ese señor, ¿verdad?

—¿A míster Garbo? ¡Sí!

—Aquí tiene el número. Pregunte por LaDonna Padgett, El nombre está escrito al lado.

—Ya lo veo.

—Le agradeceré que le diga que míster Mora sale ahora de casa de míster Donovan y pasará a verla. Esto es todo. ¿Tendrá la amabilidad de telefonar?

—No hay problema —respondió Dominga—. Anunciaré a esa señora que míster Mora acaba de salir de aquí en dirección a su casa.

—Perfecto —dijo Vincent.

—¿Es eso lo que preocupa a Tommy? —exclamó LaDonna—. Jackie me preguntó un centenar de veces si estaba segura de no haber dejado nada, y yo le dije: «¿Qué pude dejar? No me quité ninguna prenda, salvo probablemente los zapatos, ya que aprovecho cualquier ocasión para descalzarme. ¡Ya lo sabes! Pero difícilmente pude marcharme de allí sin los zapatos, ¿verdad?». Repito que Jackie me lo preguntó infinidad de veces, después de que la noticia apareciera en la prensa y nos enteráramos de lo ocurrido. Es angustioso, ¿no?

LaDonna le había pedido que colgara el impermeable en la puerta del armario empotrado que daba al recibidor, para que se secara; dijo que se descalzara, si le apetecía —ella ya se había quitado sus zapatos—, y le condujo a una habitación decorada con elementos veraniegos, con un gran ventanal como protección contra el mal tiempo, que ese día mantenía la pieza sumida en una silenciosa oscuridad.

LaDonna vestía un grueso jersey de pescador que casi cubría el blanco pantalón corto que llevaba debajo.

Vincent inquirió:

—¿Fue Iris la única que se quitó a ropa? ¿Nadie más lo hizo?

—Yo no había ido para eso —contestó LaDonna—. Resultó muy violento, sobre todo por ser yo la única mujer, aparte de Iris. ¿Me entiende? A ella parecía importarle poco, porque se paseaba desnuda de un lado a otro. Una chica de esa edad puede permitírselo, ya que no teme que su trasero parezca un saco lleno de requesón. Yo hago ejercicio, ¡no vaya a creer...! Pero... no sé si alguna vez intentó usted que se le adelgazaran las posaderas... ¡Es imposible, vaya! Yo no ceso de decirle a Jackie que tiene que perder peso. Come una barbaridad, y también bebe demasiado... ¿Le apetece otro *Bloody Mary*? A mí, sí.

—Yo mismo lo prepararé; gracias.

—No, no, ¡quédese sentado! —dijo la mujer, levantándose del sofá con un esfuerzo—. ¡Maldito tiempo! Me gustaría poder hacer alguna cosa, aparte de tragarme un serial tras otro... Los veo en compañía de la muchacha, pero hoy es su día libre. ¿Le gustan mis *Bloodies*!

—Lo hace riquísimo.

—Jackie me enseñó.

—De todos modos, si no le sabe mal me pasaría ahora al *whisky*. ¿Tiene?

—Aquí no falta nada: crema de menta, coñac, martini... ¿Le gusta el amaretto? ¡Es muy bueno!

—No; gracias. Me quedo con el *whisky*.

LaDonna Holly Padgett, otrora *miss* Oklahoma, se puso unas gafas oscuras de gruesa montura. Si ella ya era alta, la rubia cabellera que llevaba amontonada encima de la cabeza todavía la hacía parecer más espigada. Fijó la vista en la enorme masa gris de

cielo y océano, permaneció así durante unos momentos y, de pronto, hizo un gesto como si despertara. Vincent la vio cruzar la pieza en dirección al mueble bar: descalza, con sus largas y hermosas piernas cuyos muslos cubría parcialmente aquel informe jersey de pescador. Su piel era limpia y lisa. LaDonna conservaba una considerable belleza. Vincent se la imaginó en el brillante acto de la elección, diciendo que amaba la democracia, era amiga de los animales pequeños, y que creía en la pareja. El policía calculó, al verla moverse, que al menos había tomado un par de *Bloodies* antes de su llegada.

—¿Estuvo usted allí las dos noches?

LaDonna usaba una medida de cristal para verter en el vaso, exactamente, una onza y media de vodka.

—No sé a qué se refiere.

Echó el líquido en su vaso, reflexionó brevemente y añadió un rápido chorro de la botella.

—Pregunto si estuvo en el piso.

—¡Ah! ¿Con Benny, quiere decir? Claro, usted ya sabe que Jackie tenía que estar a su entera disposición y acompañarle a todas partes.

Agregó a su cóctel tres cucharaditas de Lea & Perrins, y seguidamente se inclinó sobre el vaso para echar una, dos, tres gotas de tabasco a su *Bloody Mary*.

—Tommy no habló mucho —señaló Vincent, observando cómo añadía zumo de tomate al cóctel y lo removía—. No pude averiguar exactamente qué noche estuvo allí.

—¿Quién?

—Tommy.

—¿Quiere el *whisky* con hielo?

—Sí, por favor.

LaDonna le sirvió un *drink* generoso, volvió a su sofá y, de súbito, se paró.

—¿A qué se refiere al decir «qué noche»? Tommy no estuvo allí para nada. ¿O quizá sí? —dudó de repente—. Ahora me ha confundido usted.

Vincent estaba sentado en un mullido sillón cubierto por una funda, con un cenicero en el brazuelo. Encendió un cigarrillo y observó cómo la mujer se sentaba en el suelo, apoyada en el sofá,

procurando no derramar su cóctel.

—Creo que aquí estoy más segura —dijo LaDonna—. No me puedo caer... Y es que me siento un poco rara, ¿sabe? Como si incubara una gripe o algo por el estilo...

Vincent explicó que debía hablar con todas las personas que habían estado una de aquellas noches en el apartamento y averiguar si ninguna de ellas había olvidado nada. Aunque se tratara de una caja de cerillas. Tommy no deseaba que relacionasen nada con él. Según LaDonna, porque temía que eso entorpeciese sus negocios.

—Veamos —dijo Vincent—. En el piso había un jugador profesional...

—Dos —señaló LaDonna—. Además estaban Benny y aquel otro tipo llamado Ching. Aunque lo cierto es que ese Ching no es tan rastrero como el colombiano... Se mostró bastante amable, a pesar de que, a mí, me asusta...

—¿Ching? —preguntó Vincent.

—¡No me diga que no conoce a Chingo! ¿Dónde estuvo hasta ahora? Y también estaba el Moose, desde luego. ¡Menos mal! Es divertido hablar con él, porque es un tío frío, frío, pero en el fondo tiene un gran sentido del humor. Es de aquellas personas que lo dicen todo sin inmutarse ni sonreír. Sin embargo, tú te das cuenta de que habla en broma. Es agradable. A Jackie no le hace gracia nada de lo que el Moose diga, porque tiene unos celos terribles. Sin embargo, es incapaz de dar dos pasos sin él. El Moose no cree que nadie del grupo tenga nada que ver con la muerte de Iris...

Vincent escuchaba atento.

—Como no fuera Ricky, uno de esos tipejos indeseables... Porque, según el Moose, Ricky quería subir, pero el Ching le hizo quedarse fuera. En opinión del Moose, Ricky es el único suficientemente loco, de todos los que él conoce, para hacer caer a la chica. Incluso para divertirse. El Moose no puede ver a Ricky porque, cuando habla de él, le llama «el negro favorito de Jackie».

Vincent era todo oídos. LaDonna continuó:

—De no tenerle a él para conversar un poco..., ¡no sé qué habría hecho! Me refiero al Moose... Qué, míster Mora, ¿bebemos algo más?

Vincent preparó dos nuevos tragos. LaDonna apoyó su *Bloody Mary* contra el pecho y lo miró fijamente, apoyada la cabeza contra

el borde del sofá.

Vincent le preguntó si había hablado mucho con Iris. Y ella respondió que Iris era de aquellas mujeres que sólo hablaban con hombres. Había conocido a otras chicas semejantes en las pasarelas. En general eran amables y sinceras, pero siempre había, en los concursos, alguna que otra desdeñosa. LaDonna añadió que le resultaba extraño estar de nuevo en Atlantic City. ¡El tiempo pasaba tan deprisa...! Parecía que sólo hiciera un año de todo aquello.

—Fui elegida *miss* Simpatía.

—Ya veo por qué —dijo Vincent.

—Más vale ser simpática y tratar de llevarse bien con una persona como Jackie. Es tan... Digamos que... ¡está tan pagado de sí mismo! Yo no soporto su manera de hablar, su lenguaje... ¿Puede tragarlo, usted?

—Entonces... ¿por qué sigue con él?

—Cuando salimos, no para de hablar. Cuando volvemos a casa, por el contrario, no abre la boca como no sea para insultarme. Francés dice que ella no lo aguantaría. Hablé con ella... Nos conocemos de Las Vegas. Es una mujer muy lista. De otro modo no estaría en el puesto que ocupa. ¡Arriba de todo! ¿Sabe una cosa? Yo sospecho que a ella le gusta Jackie, y que lo que busca es hacernos reñir. Por eso me dice: «¿Cómo diablos le aguantas?».

—¿Y por qué lo hace, en realidad?

—Verá... Francés dice que vale mucho para llevar un casino y todo eso. Usted ya lo sabe, ¿no? Además es divertido. Puede serlo, cuando le da la gana. Cuando estábamos en Las Vegas soltaba cada reniego de miedo, y su lenguaje era horrible, eso sí..., pero te divertías con él. Siempre hizo reír a la gente, o sea que algo tiene. Pero ahora... creo que está asustado, aunque no quiera admitirlo.

—¿Asustado de qué?

—Esos tipos... ¿Usted qué piensa? Yo también tengo miedo... ¿Sabe qué es lo que más me asusta? Pensar que, a lo mejor, estamos comiendo en Angeloni o uno de estos sitios, y entra un tipo con una ametralladora dispuesto a matar a alguien, como tantas veces sale en los periódicos. Los cuerpos quedan tendidos en el suelo, en medio de un charco de sangre... Y que Jackie y yo resultamos muertos por haber compartido una comida con un individuo de éstos. Sólo de imaginármelo, se me pone la carne de gallina...

—No me extraña —dijo Vincent.

—Ni siquiera me gusta ya la comida italiana. Nada más de oír mencionar los *fettucini* con salsa de almejas, ya me vienen náuseas. Antes no conocía ese plato... Jamás había probado las almejas... En Tulsa, quiero decir. ¡Ay, no sé lo que me digo...! Fui a Wilson. Nunca había oído hablar de los *fettucini*... Y usted quizá no haya oído hablar nunca de Wilson, ¿eh? Había allí una chica, mi mejor amiga, que se llamaba Melanie Puryear... Tenía una forma muy especial de firmar, así que se la copié y estuve escribiendo mi nombre, LaDonna Holly Padgett, hasta que por poco se me cae el brazo. LaDonna Holly Padgett... ¡Venga a llenar hojas con mi nombre! Melanie escribió en mi agenda... ¡Ay, no, por Dios, que fue Marilyn Grove! Me puso: «Reluce, reluce, de Wilson la estrella... LaDonna, ¡qué lejos llegará ella!». Era Marilyn, sí... Porque yo ya había sido elegida *miss* Tulsa Raceway, para entregar trofeos. Una vez, ¡ay!, creí que debía besar a un viejo que había ganado una carrera. Pero él se limitó a darme la mano. ¡Me parecía imposible! En cambio, y eso no lo olvidaré nunca..., Corky Crawford me agarró para estamparme un beso formidable en la boca, y la gente chillaba y lo celebraba como loca...

Vincent oía caer la lluvia.

—Pues sí —prosiguió LaDonna—. Fui elegida *miss* Simpatía... —y, alzando la vista para mirar al hombre, agregó—: Me pelo el jodido trasero tratando de ser simpática... ¡Fíjese en mí!

15

VINCENT encontró la casa de Caspian Avenue en la que Linda se hospedaba con el conjunto: otra reliquia de madera, que alguien había pintado de amarillo veinte años antes diciéndose luego probablemente: «¡Al diablo con ella! Al fin y al cabo, todo lo devorarán los casinos!».

Había empezado a comprender a Atlantic City y la geografía que la rodeaba, y ahora ya le gustaba un poco más. Al menos le aturdía, se apoderaba de su atención, y no dejaba de tener su interés aquel barrio costero imitado en plástico en Las Vegas para ofrecer a los jugadores un ambiente que probablemente les gustaría. «He aquí el país de las maravillas», anunciaban los guías a la gente que se apeaba de los autocares de turismo y que, pese a las caras serias, se disponía a pasarlo bien. Era algo sin sentido. Nadie sonreía.

Entró por la puerta delantera de la casa de Linda y se dio cuenta de que *alguien* estaba divirtiéndose. El olor a marihuana por poco le tumba. Los miembros de La Tuna se hallaban sentados en el cuarto de estar, envueltos en una nube de humo, y no parecieron nada preocupados por la aparición del barbudo Vincent, que aguardó en el recibidor. Cuando Linda bajó la escalera, dijo:

—Creí, por un momento, que había fuego en la casa. ¡Esos chicos fuman hierba como locos! —Y añadió, cuando ella hubo salido—: ¿Cómo puedes vivir en semejante sitio?

—¿Y dónde voy a meterme? Pagué por todo el mes, y aquí no me devolverían nada.

Vincent dijo:

—Podrías alojarte conmigo, en el Holmhurst.

El tono de su voz no permitía comprender si hablaba en serio o en broma.

—Con gusto me mudaría —contestó Linda—. ¿O no lo crees?

Él le abrió la puerta del coche.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Si olvidaba darte lo que te traje! Mira qué hay detrás.

En el asiento posterior estaba el abrigo de invierno de la muchacha.

En medio de la lluvia, Linda tomó el rostro de Vincent entre sus manos y le besó en la boca. Él la estrechó contra sí, para que aquello fuera algo más que una simple muestra de agradecimiento.

—Vincent —suspiró Linda—; creo que voy a tener que empezar a tomarte en serio.

Y diríase que lo sentía.

Se dirigieron a la funeraria, donde Vincent anunció al Bertoia menor que iban a recoger las cenizas de Iris Ruiz. El hombre les dejó solos unos instantes para volver con una urna de acero inoxidable, del tamaño de un recipiente de dos litros de leche. Vincent lo miró y dijo:

—Podría considerarse la posibilidad de guardar las cenizas en una vasija de alfarería taina.

El empresario de pompas fúnebres señaló:

—En realidad, lo que se llevan consiste en unos cuatro kilos de fragmentos de huesos. De cenizas, nada. Cuando un cuerpo se quema no quedan cenizas, sino únicamente huesos.

—Gracias —dijo Vincent, que se hizo cargo de la urna y tomó a Linda del brazo.

Al llegar a la puerta, la joven trató de soltarse, pero él la sujetó. Una vez en el coche, Linda preguntó:

—¿Por qué permitiste que ese tipo te despachara de semejante manera? ¡Y encima le das las gracias!

Su tono denotaba asombro.

—¿Qué querías que hiciese?

—Mandarle a la mierda. ¡Y soltarle algo gordo!

—No se me ocurrió nada adecuado.

La muchacha se mantuvo callada mientras se alejaban de la funeraria y doblaban una esquina tras otra en dirección a Pacific

Avenue. A Vincent todavía no se le ocurría nada. Por fin dijo Linda:

—Tendrías que haberle dicho algo como: «¿Por qué no se mete una manguera por el culo, míster Bertoia, para que le salga el líquido embalsamador y sea usted capaz de actuar como una persona viva, con sentimientos?».

—¿Quieres que volvamos atrás?

—A ti no te gustaría.

—Pero haría efecto.

—La idea no me parece mala, aunque sería mejor que primero hablastes del líquido embalsamador y terminaras aconsejándole que se metiera una manguera por el culo, como aguijonazo final. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Habría que soltarle algo así como: «¿Sabe cuál es su problema, míster Bertoia? ¡Pues que tiene usted la sensibilidad de una... de una piedra!». Tal vez le hiciera efecto. Plantarle que es un asqueroso insensible.

—¿Te sientes aliviada?

—No mucho.

—Dime ahora qué debo hacer con la pobre Iris. ¿Devolverla a Puerto Rico?

—¿Crees que le importa?

—Me imagino que preferiría estar aquí.

—Incluso en su estado actual —asintió Linda—. Y yo tengo sus ropas, unas cuantas joyas de fantasía, un papagayo trabajado a mano la mar de bonito...

Linda se proponía hablar con los directores comerciales de varios hoteles para ver de conseguir trabajo, y quería empezar por el Golden Nugget. Vincent la dejó allí, dio una propina al portero y le pidió que vigilara el coche mientras él hacía una rápida llamada telefónica. El portero se le quedó mirando, con la moneda en la palma de su mano enguantada de blanco.

Oyó decir esto a Dixie Davies:

—¿Estás seguro de que es lo que quieres hacer?

—Veremos qué sucede —contestó Vincent desde una cabina telefónica separada del vestíbulo.

—Ricky anda por ahí, pese a la lluvia. Debe de ir recaudando su comisión de las apuestas de carreras de caballos. O practicando la usura, no lo sé. Entró en el café Satellite del Boardwalk, hace cosa de dos minutos. Solo.

—Gracias, Dix —dijo Vincent, y añadió—: ¡Espera un momento! ¿Qué sabes de un tipo llamado Ching?

—Frank Cingoro —le informó enseguida Dixie—. El Ching. Estuvo aquí. Es uno de los veteranos que aún corren por el mundo. Lo suyo era el homicidio. Dicen que ahora es un honorable consejero, reintegrado mientras Sal cumple sus dos años.

—Estuvo en el apartamento la noche en que Ricky hacía de portero —explicó Vincent.

—¿Quién te lo dijo?

—También estuvo allí Jackie Garbo. De Spade's

. ¿Le conoces?

—De nombre —respondió Dixie—. Trataremos de conocerle mejor.

—¿Por qué no te ocupas tú de eso, por el momento? —propuso Vincent—. Podría convertirse en una confabulación del juego ilegal, que nos sirviera para hacerlo saltar todo. ¿Dónde está, si no, tu investigación de homicidios?

—En el mismo punto —confesó Dixie—. En ninguna parte.

—Café Satellite, Boardwalk...

—Eso mismo. Cerca de St. James Place.

Vincent se hallaba ante el mostrador, ocupado en secarse la cara y las manos con servilletas de papel. A través del empañado vidrio veía el Boardwalk, aquella gran extensión de tablaje en forma de espinapez, desierto en aquella tarde lluviosa. Dio media vuelta, se pasó otra servilleta por la barba y saludó con un gesto a un viejo, el único cliente del local a aquellas horas, que le observaba desde su rincón. El anciano, que llevaba gafas, leía un periódico doblado a lo largo. El local era estrecho, decorado en formica amarilla y madera oscura. En un extremo del mostrador había dos camareras sentadas cara a cara, en animada conversación. Vincent esperó. La que estaba frente a él le vio y se puso de pie, alisándose el uniforme y el

delantal, ambos de color amarillo. Vincent se instaló en un taburete cuando la mujer se le aproximó con un menú en la mano.

—Sólo tomaré café. Negro, por favor —dijo, y cuando la tuvo delante comentó—: No veo al jefe...

La camarera no se movió.

—Está ocupado —contestó, y se apartó rápidamente de él.

Vincent fumó dos cigarrillos y echó una ojeada al menú, para entretenerse con algo, hasta que se abrió la puerta de la cocina y por ella salió el propietario, seguido de Ricky. Vincent dedujo que aquel hombre de cierta edad, que encima de la camisa y de la corbata llevaba un grueso jersey, y cuya mano derecha aparecía envuelta en un paño de cocina, era el dueño. En el otro reconoció enseguida a Ricky Catalina, ya que había visto su cara picada de viruela en cuatro distintas series de fotos de la policía, con los negros cabellos cada vez más cortos. Cuando el dueño y Ricky pasaron por delante de él, al otro lado del mostrador, Vincent pudo comprobar que el primero sufría. Sostenía en alto la mano vendada con el trapo, y al llegar donde estaba la caja, la miró ceñudo, como si, de pronto, su manejo no le resultara familiar. Ricky le hundió dos rígidos dedos en las costillas, y el hombre pulsó entonces un botón con su mano izquierda. La caja registradora se abrió.

Vincent Mora bajó de su taburete y se acercó al mostrador para la venta de tabaco, donde se hallaba también la caja. Y mientras el viejo entregaba dinero a Ricky, oyó que éste decía:

—Aquí falta algo.

Ese Ricky tenía mejor aspecto que en las fotos, aunque se le veía el cutis estropeado y, con aquella luz, su color resultaba cetrino. Tenía exceso de peso, era rechoncho y más bajo que Vincent, que ahora le miró a los ojos vidriosos y descubrió la expresión estúpida de quien se limita a ir por la vida pisando mierda. A Vincent no le costó nada imaginárselo blandiendo un hacha sobre la espina dorsal del otro hombre, mientras su rostro permanecía totalmente pétreo...

Mora depositó un billete de dólar sobre la alfombrilla de goma situada junto a la caja registradora, y dijo:

—Un café.

Ricky tomó enseguida el billete, a la vez que dirigía a Vincent una mirada mortecina, pero que le estudiaba a través de los pesados párpados. ¿Practicaba quizá delante de un espejo? Añadió el dólar

al dinero que tenía en la mano, formó un rollo con los billetes, lo sujetó con una goma colorada y se lo introdujo en el bolsillo delantero de la chaqueta.

—¿Y mi cambio? —preguntó Vincent.

—¿Ha tomado un café? Vale un dólar.

—En la carta pone cincuenta centavos.

—Ha subido.

Vincent miró al viejo y vio el sufrimiento en sus ojos.

—¿Qué le ocurrió en la mano? —quiso saber.

—Fue un accidente —contestó Ricky, saliendo de detrás del mostrador para dirigirse a la puerta, y desde allí se volvió para decir—: Nos veremos mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, sí —respondió el hombre de edad con un acento especial.

Ricky le miró y pareció a punto de añadir algo, pero empujó la puerta y se fue.

Vincent Mora siguió un momento en su sitio. Las dos camareras habían acudido junto al dueño, preocupadas, posando las manos en sus brazos. El viejo estaba pálido y sudoroso, como si fuera a sufrir un *shock*.

—¿Qué le hizo ese hombre? —inquirió Vincent, pero el dueño no le oyó, y en su lugar contestó una de las camareras.

—¡Déjenos, por favor! —dijo con voz reveladora de angustia, y Vincent obedeció.

Siguió a la encogida figura de Ricky a lo largo de las fachadas llenas de comercios de Broadwalk. Al final de la manzana, el individuo torció hacia una escalera que desembocaba en St. James Place, donde en un callejón sin salida estaba aparcado un Cadillac Eldorado.

Ricky permanecía junto al coche, ocupado en sacar las llaves. Alzó la vista cuando Vincent descendía la escalera. Ricky hizo una pausa. Una vez estuvo Vincent abajo, el delincuente se encaminó hacia un bar que había a escasa distancia. Antes de entrar, volvió a detenerse. Vincent le siguió.

Dentro estaba muy oscuro. Vincent pidió un *whisky* y preguntó al camarero:

—¿No hay nadie más?

El hombre meneó la cabeza y dijo:

—Verá... Yo únicamente trabajo aquí... La gente no se anima a entrar... Y si alguien lo hace, va para él...

Ricky se había sentado cuatro taburetes más allá y bebía una cerveza. Vincent estudió las botellas que había detrás del mostrador, intentando leer las etiquetas y las marcas. Se dio cuenta de que Ricky le observaba. Cuando éste se retiró a los lavabos, Vincent le dijo al barman:

—¿Podría prestarme un cuchillito como el que usa usted para cortar limones?

El hombre le ofreció uno de filo serrado.

—¡Eso mismo; gracias! ¡Ya se lo devolveré!

El hombre le vio alejarse con su cuchillo, y no pareció importarle.

Vincent sabía que las puertas del Eldorado estaban cerradas con llave, pero probó suerte con la del copiloto. Luego miró a su alrededor y se asomó a oscuros espacios abiertos a los lados del Boardwalk, semejantes a pozos de mina con soportes de madera; vio escombros y botellas vacías —necesitaba algo con mango que pudiese sostener con una mano—, volvió a repasarlo todo y descubrió la máquina niveladora, los montones de cascotes delatores de que allí habían derribado algún viejo edificio... Vincent rebuscó y, por fin, eligió un pedazo de obra que pesaría unos diez kilos.

Cuando Ricky salió del bar, Vincent se encontraba junto a la parte trasera del automóvil, con la mano derecha dentro de su impermeable y el brazo izquierdo cruzado delante del pecho.

Ricky se acercó por la acera con paso cauto.

—¿Qué coño hace aquí?

Vincent se preguntó si el tipo sería bueno peleando cara a cara, sin armas. No debía de ir armado, ya que se hubiera arriesgado a pasar dos años a la sombra.

—¡Apártese de mi coche!

—Alguien le rompió el cristal de la ventanilla —dijo Vincent.

—¿Dónde?

Ricky corrió hacia el vehículo; Vincent señaló con la cara hacia la ventanilla del conductor, y el hombre se apresuró a comprobar lo

ocurrido. El policía se mantuvo detrás de él.

—¿Qué dice usted? —exclamó Ricky, desconcertado—. ¡El cristal está entero!

Vincent le miró con una expresión extraña, sacó de pronto el trozo de obra que llevaba escondido debajo del chubasquero y lo arrojó contra el cristal de color, que quedó hecho añicos. Seguidamente se volvió hacia Ricky y le dijo:

—No. ¡Está roto! ¿Lo ve?

Ricky quedó boquiabierto y balbució:

—¿Está usted loco? ¿Loco de remate?

A Vincent le gustó la pregunta, y también le divirtió la especie de *shock* en que Ricky parecía hallarse. Era la primera vez que sus apagados ojos cobraban cierta vida, aunque fuera para expresar confusión. No sabía qué le pasaba. Su cara, picada de viruelas, mostraba un sorprendente aspecto de vulnerabilidad y tristeza. Estaba perplejo y aturdido.

Vincent dejó caer el trozo de cemento. Ricky miró al suelo y, entonces, Vincent le agarró por la chaqueta y por los pelos y le golpeó contra el coche.

—Abre las piernas —le ordenó a continuación—. ¡Abre las piernas, maldita sea!

Y le golpeó en las espinillas hasta obligarle a que se apoyara. Ricky levantó una mano y protestó furioso.

—¿Qué coño se ha propuesto hacer? —jadeó.

Vincent agarró aún con más fuerza el mechón de cabellos de Ricky, hizo chocar su frente contra el curvado techo del automóvil y dijo:

—¡Todo lo que me dé la gana, Rick! Todo lo que me dé la jodida gana... ¡Y ahora dame tus llaves!

Vincent se las devolvió cuando los dos estuvieron dentro del coche; Ricky al volante, sometido, retrocedió hacia el solar de la casa derruida, maniobró hasta enfilear la Pacific Avenue, y sólo entonces empezó a recuperarse y a echar miradas a Vincent. En sus ojos aparecía de nuevo aquella expresión apática. Vincent sacó su pistola —una automática de 9 mm— y se la colocó en el regazo, apuntando a Ricky; el delincuente dijo:

—¿Adónde quiere ir? ¿A Northfield?

—Atlantic Avenue.

—Se va a meter de patas en la mierda, si vamos a Northfield. Alguien tiene que pagarme la ventanilla rota. ¿Qué carajo le pasó por la cabeza? ¿Está usted loco, o qué?

—Tuerce hacia la derecha.

—No es ése el camino.

—¡Tuerce hacia la derecha! —insistió Vincent.

—¿Adónde me lleva, por Dios? ¡Mierda, me estoy mojando!

—Pon tu atención en lo que tienes delante —ordenó Vincent, a la vez que escuchaba el ruido monótono de los limpiaparabrisas mientras circulaban por Atlantic Avenue, ahora desierta; y cuando faltaba poco para su extremo doblaron hacia el norte por la zona del abra. Vincent buscaba un lugar aislado, pero le convenía actuar con pies de plomo. Al final creyó haberlo encontrado cuando se aproximaron a la dársena de Gardner y se introdujeron en la vacía zona de estacionamiento situada frente a la desembocadura del canal de Absecon.

—Sigue adelante, hasta la escollera, y para allí.

En la dársena había botes de pesca amarrados, pero no se veía por allí alma viviente, ni tampoco había casas cerca.

—¿Adónde conduce ese puente?

A través del parabrisas, que pese al mecanismo limpiador presentaba una película de agua, se distinguía a intervalos un lejano arco de obra.

—A Brigantine —gruñó Ricky—. ¿Adónde, si no? —Y de súbito agregó—: ¡Un momento!

—¿Qué es aquello de allá? ¿Un hotel?

—

Harrah's

—contestó Ricky—. ¡Ni siquiera tiene idea de dónde está! ¿Quién demonios es usted? Procede de Northfield, ¿no?

—Piensa lo que quieras —replicó Vincent—. ¿Qué hacemos aquí?

Los ojos de Ricky se estrecharon, a la vez que se posaban en la azulada Smith & Wesson.

—Usted es de la poli. Esa pistola es la que lleva la policía...

—¿Qué le hiciste a aquel pobre viejo?

~¿A qué viejo?

—Al del restaurante... Quizá pagaba mal, y le apretaste la mano

contra la parrilla...

—¡Váyase a la mierda! Usted quiere joderme, ya lo veo, y yo no tengo por qué decirle nada.

—Se te ha antojado que soy policía, ¿eh? —dijo Vincent con un movimiento de hombros—. ¡Tanto me da!

—Sé de sobras que lo es —replicó Ricky—. Algún tipo nuevo, venido a demostrar a esos otros imbéciles que no saben hacer nada de nada..., ¿aciertó?

Vincent movió lentamente la cabeza.

—Soy Vincent el Vengador, Ricky.

—¿El qué?

—Simplemente cumplo con mi deber.

—Oiga..., ¿cómo sabe mi nombre?

—Me enviaron expresamente.

—No le había visto en mi vida. ¿De dónde viene?

—De Miami.

—Le enviaron para...

—Tengo entendido que la jodiste, Rick. Mataste a una tía y luego te arreglaste con la pasma, ¿no?

—¡Usted está loco! —protestó el delincuente—. ¿De qué coño me habla?

—La arrojaste al vacío desde el balcón de un decimoctavo piso...

—¿Qué? ¿Se refiere a aquella zorrilla portorriqueña? ¡Jamás me arrimé a ella! Yo estaba en Brigantine, pasé allí casi toda la noche. ¡Puedo probarlo!

—No me vengas con cuentos —le cortó Vincent—. Eso tendrías que habérselo contado a Frank. Le debiste de explicar una bonita historia, pero él pensaría que era un saco de mierda. De otro modo, yo no estaría aquí.

—¿Frank? ¡Un momento! ¿Frank qué más? ¿De quién hablamos?

—Le llaman Ching o Chingo. Apenas le conozco, pero él me indicó dónde dar contigo, y cómo quería que yo actuara...

La mano izquierda de Vincent se introdujo debajo del impermeable y salió con el cuchillo que le había prestado el barman.

—Voy a preguntarte algo... ¿Ves cómo suelo hacerlo?

Y con la punta del cuchillo le tocó la frente.

—Pero Frank lo quiere según su costumbre. ¡Ya sabes...!

Simplemente, te hice una demostración. Pero recuerda que te pregunté algo...

—¿De qué mierda habla?

—Mi pregunta es ésta: ¿te corto la polla y te la meto en la boca antes de pegarte un tiro?

—¡Eh, un momento! No me venga con salvajadas...

—¿O te mato primero y luego te corto la polla? Siempre me lo pregunté —prosiguió Vincent—, ya que no estoy muy familiarizado con las costumbres de unos tipos como vosotros... También cabe la posibilidad de...

—Aquí hay un error —le interrumpió Ricky—. Alguien cometió una jodida equivocación.

—En eso aciertas —señaló Vincent—. Nunca debiste haber dado el chivatazo. ¿Te ofrecieron inmunidad?

—Yo nunca les conté nada.

—O quizá no hubieras tenido que hacerle eso a la portorriqueña... Aunque ya te digo que yo no conozco del todo esa historia, porque nadie quiere entrar en detalles, y todo lo que hacen es echarse la pelota unos a otros.

—¡Escúcheme! Puedo demostrarle que yo nunca tuve nada que ver con esa chica.

—No es eso lo que dice Frank.

—¡A la mierda con él! Ni siquiera me habló jamás de esto. ¿De dónde saca ahora semejante invento? ¡El muy jodido! Ahora se vale de la ausencia de Sal para meterme a mí en un lío. ¡Así es la cosa, y nada más! Estoy harto de... —Pero se interrumpió y, de pronto, dijo —: Escuche... Usted no tiene nada contra mí, ¿verdad? Como ha reconocido, no le impulsa ningún motivo personal, sino que sólo cumple con su trabajo. Simplemente, le pagan, y tiene que cumplir. Sé en lo que se ve enredado, pero présteme atención durante un minuto. Yo no maté a esa zorra. Si acaso, lo haría ese colombiano de mierda, Benavides, con el que yo no tengo absolutamente nada que ver. ¡Estoy dispuesto a probarlo! Yo pasé toda la noche, hasta las cinco de la mañana, con dos o tres amigos. La chica fue asesinada a eso de la una. No tengo nada que ver con el asesinato, ni tampoco le fui con el chivatazo a nadie. Lo que la poli grabó, puede escucharlo. Puede estar seguro de que detrás de todo esto está Ching, el muy jodido. No sé por qué está empeñado en

jorobarme, pero no para de hacerlo. ¡Mierda! ¿Se entera de lo que le estoy diciendo? A usted tanto le importa que haya sido un tío u otro, ¿no? Al fin y al cabo no le afecta. Así pues, aguce el oído... Supongo que no le importa quién le pague, ¿verdad? ¿Cuánto le da ese Ching?

Vincent tuvo que reflexionar brevemente. La cosa tomaba un giro interesante, que quizás ofreciese nuevas posibilidades.

—¡Venga, diga una cantidad!

—Veinticinco —contestó Vincent.

—¡Una mierda! El Ching podría conseguir lo que quiere sin necesidad de pagar nada. Hay tipos, y estoy dispuesto a darle los nombres, que pagarían por servirle.

—Tal vez, pero pidió alguien de Miami, y aquí estoy —le cortó Vincent.

—Tanto me da que pidiese alguien a la China. Ese tipo no le paga veinticinco. Yo le ofrezco diez, para que se esfume. Pero... ¡espere! Tiene que llamarle y decir que no me encontró, que no estaba allí. Manténgale entretenido durante dos o tres días... No pido más que eso.

—Está bien. Dame el dinero —dijo Vincent.

—¡No lo llevo encima, caramba! ¿Acaso supone que ando por el mundo con diez de los grandes encima?

—¿Qué piensas hacer, pues? ¿Enviarme un cheque? Creo que voy a seguir con mi plan. ¡Sal del coche! —ordenó.

—¡Qué carajo! ¡Sabe que no puedo llevar encima esa cantidad! Pero podemos llegar a un acuerdo. Le mandaré el dinero dentro de los dos próximos días. Adonde usted quiera.

—No cumplí en vano treinta y nueve años, Rick..., y no acepto acuerdos semejantes. Quiero ver el dinero.

—¡Le juro por Dios que se lo pagaré! Tiene usted mi palabra de honor. ¿Diez de los grandes, o lo prefiere en billetes de cien? Como quiera. Nos encontraremos en... ¿El Satellite, del Boardwalk? ¿Qué me contesta?

—¿Dónde vives?

—¿Quiere venir a mi casa? Vivo en Georgia Avenue. ¿Sabe dónde está Angeloni? Pues al lado.

Dio el número a Vincent, mientras éste le observaba fascinado, dada la expresión de honradez que Rick procuraba dar a sus ojos.

—¿Quieres demostrar tu buena fe? —dijo entonces Vincent.

—¿Cómo? ¡Explíquemelo!

—Dándome el dinero que llevas en tu chaqueta.

—Suyo es... ¡Tómelo!

—Ahora sal del coche.

Lo hizo, pero vacilante y cauteloso.

—Llegamos a un acuerdo, ¿no?

Vincent arrancó de la ventanilla un fragmento de vidrio y se sentó al volante. Ricky permanecía bajo la lluvia con los hombros encogidos, esperando.

—Nos veremos pasado mañana —dijo Vincent—. A las cuatro, si todavía estás entero.

Regresó a St. James Place, dejó el Eldorado donde lo había encontrado y con las llaves puestas. Sin resentimiento. Su Datsun aguardaba en un aparcamiento de la misma calle, algo más arriba. Pero antes volvió al café-restaurant Satellite. La camarera que estaba detrás del mostrador le reconoció.

—¿Cómo está el jefe?

—En el hospital.

Vincent le entregó el fajo de billetes y, al ver que la mujer vacilaba, la obligó a aceptarlo.

—No me diga nada —suplicó ella—. No quiero saberlo.

Vincent Mora utilizó el teléfono de fichas para llamar a Northfield y le anunció a Dixie:

—Ricky no lo hizo.

—¿Estás seguro?

—En un noventa y nueve por ciento.

—¿Y cómo lo sabes?

—Él me lo dijo —respondió Vincent—. Pero es igual. Ahora tendrás ocasión de acusarle de intento de homicidio. Espero que no pase de intento. Porque pasado mañana es posible que me ataque...

Vincent regresó a la esquina, pese a estar cansado, llegó a la escalera que conducía a St. James Place y se detuvo a medio camino, muy despierto, recordando el Eldorado tal como lo viera poco más de una hora antes, desde el mismo ángulo elevado, con Ricky sacando las llaves... ¡Pero para abrir el maletero, y no la

puerta!

Porque aquél era día de cobros, claro, según había dicho Dixie Davies, y Ricky andaba ocupado con lo de las carreras de caballos, de los juegos de cartas y demás, persiguiendo a quienes les debían o estaban sujetos a usura. Vincent abrió el maletero, y allí estaba la bolsa de lona azul con correas y hebillas y prácticos bolsillos, y fajos y fajos de billetes sujetos con tiras de goma roja.

El barman del hotel Holmhurst dijo:

—¿Qué tal? ¿Sigue ganando?

Vincent había pedido un *whisky* doble para llevárselo a la habitación, y con la otra mano agarró la bolsa de lona azul que había dejado encima del taburete.

—¡No se imagina usted lo que tengo aquí dentro...!

—No, probablemente no —dijo el barman.

16

LA MADRE de Teddy le dijo al papagayo, levantando la cabeza de la misma manera que el ave alzaba la suya, verde y anaranjada:

—Este chico no recuerda nada de lo que hice por él... ¡Tú no sabes lo que pasé en el hospital, cuando nació, porque tuve una hemorragia horrible y estuve a punto de palmarla...! La sangre me salía a borbotones, y no sabían cómo atajarla...

—¡Ay, mamá! —intervino Teddy.

—Tampoco recuerda cuántas noches pasé en vela, cuando estaba enfermo... —Y de pronto adoptó una voz de pucheritos al estilo de Shirley Temple—: ¡Ni las comidas tan ricas que yo le preparaba...!

—Lo que recuerdo es cómo papá solía ir al garaje, donde escondía sus botellas... —intervino Teddy—. Recuerdo perfectamente que se iba y no encontraba el momento de volver. Recorramos juntos los senderos de la memoria, tú y yo, y verás cuántas cosas de nuestro feliz hogar saldrán a la luz.

—Te gusta herirme —protestó la madre—. ¡Y haces mal!

Lo único que quería, era que le prestara el coche. Ya había escuchado cómo era todo en Camden, Nueva Jersey, durante la depresión, cuando su mamá tenía que alimentarse de gachas y bocadillos de *ketchup*. La verdad era que ahora tampoco sabía cocinar. Si metía un lechón en el horno, lo único que le echaba era un vaso de agua cada veinte minutos... Teddy siempre había preferido la comida que le servían en Raiford. Y si había algo que no le gustaba, Monroe Ritchie le proporcionaba barritas de caramelo. «Para los preciosos dientecitos de mi amiguito», decía

Monroe. Era curioso, pero él echaba de menos a ese Monroe. Una vez quiso ponerle nervioso y preguntó:

—Oye, Monroe: ¿eres *homusaxual*?

Monroe frunció las cejas y contestó:

—¡Nooo, gatito! Si te toco con mi varita, sin embargo, te convertirás de pronto en... ¡eso mismo!, en un gatito mágico...

—¿De veras? ¡Pues qué bien!

Lo que Teddy hizo al fin, fue poner una *cassette* de Van Halen a todo volumen, y luego una de David Lee Roth. Ya tenía preparada la que contenía la canción titulada *Bad to the Bone*, de George Thorogood, cuando su madre exclamó:

—¡Lárgate con el coche! No puedo seguir escuchando esas musicotas.

Pero, de dinero, ni hablar. Y a él le quedaban sólo diez pavos... ¡Alto, no! En la bolsa de la cámara fotográfica tenía otros veinte. Los había olvidado.

Su madre preguntó:

—¿Vas a sacar fotografías, con esta lluvia?

—Oh, parece que el tiempo se arregla. Creo que tendremos un hermoso crepúsculo —contestó Teddy.

Y de veras lo creía, desde que recordó aquel billete de veinte dólares. Esa cantidad significaba que podía seguir de nuevo la pista al policía, sin tener que molestar a ninguna dama añosa.

Eran casi las ocho cuando el policía salió del Holmhurst. Teddy había entrado en el hotel, aventurándose, y preguntado al conserje si mister Mora se hallaba en su habitación. El empleado consultó un fichero y le dijo que marcara el

3-10

en la cabina situada enfrente. Teddy lo hizo, oyó la voz del policía y colgó; salió del hotel y se sentó a esperar en el coche amarillo de su madre. Tuvo una sorpresa al comprobar que Vincent Mora se introducía en el Datsun de color tostado aparcado poco más allá, y que tanto le gustaba. ¡Ojalá fuera suyo! De cualquier forma, se dijo que aquello podía ser un buen presagio. A Teddy le atraía eso de los presagios y los agüeros, porque demostraban que uno estaba sobre la buena pista.

Siguió los pilotos del Datsun hacia barrios más pobres y se encontró con otro presagio: ¡el Datsun se detenía delante de la casa de Caspian Avenue donde Iris se había alojado, y entraba en ella!

Teddy había seguido a Iris hasta aquel lugar...

Había seguido a Iris por todas partes. Había intentado hablar con ella en el salón, cuando lucía su coquetuelo y reducido uniforme de camarera, y había intentado convencerla para que saliese con él, llegando a ofrecerle un dinero que no poseía. Dos veces la había visto salir del hotel con tres hombres, uno de ellos un tío voluminoso, y con otra mujer, y meterse en un coche que él había seguido hasta Ventnor. A las tres de la madrugada todavía daba vueltas alrededor del edificio, la primera de esas noches, vigilando las ventanas desde el otro lado de la calle para comprobar que apenas había luces encendidas, con excepción de las de la parte del último piso que daba a Atlantic Avenue. A las cuatro y media, todos salían de nuevo y el vehículo les conducía a sus respectivos domicilios. La noche siguiente, Iris volvió a subir a la casa, y Teddy se dijo que eso de montar guardia era una pesadilla. En San Juan, la vida era divertida, pero allí... Nunca sería detective privado. Iris no bajó aquella madrugada con los demás, y Teddy se animó. ¿Habría llegado su oportunidad? Permaneció allí el día entero, sin ver a Iris. Y sin dejar de pensar.

A las once y media de la noche, Teddy entró en la casa con unos bistecs al queso servidos por White House y le hizo el juego al vigilante, afirmando haber perdido la nota en que llevaba el nombre, pero que el apartamento era el mil ochocientos y pico. El conserje de turno miró la lista sujeta al panel de corcho, con una mano apoyada en el teléfono.

—Veamos... El 1802 no puede ser, porque no hay nadie. Los del 1803 han salido... El 1804... El 1805... Esa gente se acuesta temprano y nunca se manda traer nada a casa. Habrían sido los Shipman, del 1806...

—¡Eso es! —exclamó Teddy—. ¡Los Shipman!

El vigilante quería telefonarles, de todas maneras, pero Teddy se apresuró a ofrecerle un bistec al queso, que por casualidad sobraba...

—¡Mmmmm! —hizo—. ¡Huela estas cebollitas!

Así fue cómo consiguió subir y llamar a la puerta del apartamento 1802.

Pero entonces tuvo que hacer otro papel, delante de Iris, cuando ésta acudió a abrir. No pareció muy contenta. Teddy dijo algo de una comida enviada por el hotel, y ella hizo un gesto afirmativo y volvió a cerrar la puerta sin darle siquiera una propina. Bajó Teddy las escaleras a toda prisa y abrió la puerta trasera del edificio, por donde entraban los suministros. Volvió a subir con tal rapidez que temió sufrir un ataque al corazón, descansó unos instantes para tomar aliento y descendió de nuevo, pero esta vez en el ascensor, se apeó en el vestíbulo y dijo adiós al encargado de la vigilancia, que todavía saboreaba el bistec al queso.

Entró otra vez en el edificio, pero por detrás, subió a pie al piso decimoctavo y, cuando Iris abrió, le dedicó una sonrisa y un guiño y preguntó:

—¿No me añoras?

Le asombraba que hubiesen contratado a una chica de tan poca personalidad, sobre todo siendo portorriqueña.

—¿Es que no sabes sonreír?

—Estoy harta de sonrisas.

Era una gruñona. No parecía tener miedo de él, ni importarle un bledo que estuviese allí. Quizás era otra cosa la que la preocupaba, o su forma de vida le había agriado el carácter. La muchacha no llevaba más que sostén y bragas negras.

—¿Vives aquí, ahora?

—Cuando me apetece.

Teddy miró a su alrededor. En uno de los estantes de la cocina había bebidas alcohólicas de todo tipo, y sobre el tablero vio los bistecs al queso. De pronto, el hombre se dio cuenta de que tenía hambre, y se comió uno. Incluso frío era rico. Preparó luego dos refrescos de cola con ron, vaciando una cápsula en el de Iris —que contenía nada menos que ochenta miligramos de Valium— y llevó los vasos al cuarto de estar.

Ella rechazó la bebida, como era de esperar. Así, pues, Teddy la abofeteó con fuerza, y cuando Iris le miró, desconcertada y luego temerosa, gritó:

—¡Bébelo! No me vengas ahora con historias. ¡Bébelo...!

Cuando, por fin, Iris hubo tomado un pequeño trago, el hombre se calmó y añadió con una sonrisa:

—¡Lograré hacerte sonreír, aunque para ello tenga que matarte!

Iris se limitó a bostezar. Entonces, Teddy optó por mostrarse simpático y cariñoso, diciendo:

—¡Anda, pequeña! Dime qué te ocurre...

Y ella le habló de aquel tipo colombiano de ojos de serpiente, que la obligaba a desnudarse delante de todo el mundo y le frotaba los dados contra la *cocha*, para que le trajera suerte.

—¿Ah, sí? Y se la trae, ¿ey? —rió Teddy.

Iris confesó que era la peor experiencia de su vida, porque ese tío, cuando perdía, se ponía hecho una fiera y se vengaba de ella en la cama. Era un auténtico animal que la castigaba con su *bicho*, llegando a hacerla gritar de dolor.

—¿De veras? —preguntó Teddy, lleno de interés, y súbitamente comentó—: ¡Caramba, esto es una lección de español! ¿Cómo llamáis las tetas?

La muchacha declaró haberse trasladado a Atlantic. City para ser azafata de caballeros, y no de un indio que merecía ser puesto a trabajar en los campos. Teddy quiso saber, entonces, si le apetecería acostarse con él, porque aquella historia le había excitado, pero Iris contestó que no. Estaba demasiado dolorida. Teddy la animó a terminarse toda la bebida y dijo:

—Comprendo. En otro momento será; cuando te sientas mejor.

Preparó otro refresco para ambos, volvió al cuarto de estar y preguntó a la joven si no deseaba regresar a San Juan.

—Hay ratos en que sí —respondió Iris.

—¿Encuentras a faltar a Vincent?

—¿A aquél? ¿Por qué?

—Te protegería, ¿no?

—Eso, si yo creyera necesitar esa protección...

Iris bostezaba y parecía medio dormida. Se le cerraban los ojos. Quizá no debiera haberle dado toda la dosis... Comprendió que urgía actuar.

—Oye, ¿por qué no escribes una carta a Vincent? ¡Pídele que suba a verte!

—¿Por qué había de venir?

—Dile que te acuerdas de él.

—¿Crees que me haría caso?

—Explícale que estás en peligro, y que le necesitas... —insistió Teddy, al mismo tiempo que le bajaba las bragas y metía la nariz.

—¿De veras lo crees? ¡Ay, me siento tan agotada...!

Mierda, pero él no llevaba papel...

—¡Ey, no te duermas encima de mí! —protestó suavemente.

En la pieza había un escritorio. Se acercó a él y halló un bloc de papel, sobres y una pluma... Lo que necesitaba era espabilar a Iris. Volvió junto a ella y dijo:

—¡Toma, empieza!

Depositó un sobre delante de ella, encima de la mesilla de cóctel, y añadió:

—Pon aquí su nombre y su dirección... Vuelvo enseguida.

Teddy se llevó a la cocina el vaso de la chica y le echó ron. Tal vez eso la despertara un poco. Tendría que haber traído algo de *meth*, porque era preciso que Iris se avivara, en vez de hundirse en el sueño. Le convenía controlarla, pero... ¿cómo no había recordado lo lenta de movimientos que ya era ella de por sí, como si cualquier cosa constituyese un esfuerzo? Pertenecía a aquel tipo de chicas que, según su madre, se interponía en su propio camino.

Con su ayuda, ya que él dictaba, Iris terminó el sobre. Pero eso fue todo. Instantes después, la muchacha yacía echada hacia atrás en su butaca. Inútil fue que la golpeará en el rostro, le echara agua encima o la sostuviese debajo de la ducha... No reaccionaría durante todo el resto de la noche.

Ni él estaba dispuesto a volver, tampoco. ¡Basta ya de jugar a detectives desde el coche de su mamá, para luego tener una ocasión como la de esta noche, que no volvería a presentarse! Pensó en escribir una nota que dijese: «

VEN

EN SEGUIDA.

TE

NECESITO.

ESTOY

EN PELIGRO», e introducirla en el sobre. Pero entonces se le ocurrió que, probablemente, el policía intentaría llamarla por teléfono al recibir la nota... Eso, si se tomaba la molestia...

Al reflexionar sobre la forma de actuar, Teddy supo de pronto

cuál era la manera de *obligar* a acudir al policía. ¡Qué excitante, imaginárselo! ¡Y cómo deseaba tirársela en el suelo, allí mismo...!

Cuando la levantó del sillón, los ojos de la muchacha se entreabrieron un poco, pero se cerraron de nuevo al quedar su cuerpo echado sobre la alfombra. Teddy la incorporó lo necesario para desabrocharle el sostén, tirar de él y recostarla otra vez. Tendría que dejarle las bragas puestas...

Entonces se preguntó si no sería más prudente dejarla tal como estaba y marcharse. ¿Qué pasaría, si a alguien se le antojaba subir en esos momentos?

Teddy dobló una vez, dos veces, el sobre escrito, y lo deslizó bajo las bragas de la chica. Luego la alzó hasta conseguir que su cuerpo cayera por encima de su hombro y la transportó así hasta el balcón donde imperaba la más negra de las noches. Una ventana sopló cuando la sentó en la baranda, delante de él, y la sostuvo sujeta por debajo de los brazos, apretado su propio cuerpo contra las desnudas piernas de Iris.

—¡Qué frío...! —musitó la chica, sin abrir los ojos. Poco a poco, Teddy apartó las manos. La cabeza de ella se dobló hacia abajo. Cuando su cuerpo fue a caer contra él, el hombre apoyó las manos en los hombros de Iris para mantenerla alzada y que su cuerpo se inclinara hacia atrás. Sólo lo justo. Retiró entonces las manos y presenció cómo la joven se desplomaba desde el balcón sin un gemido, dando su cuerpo una vuelta en el aire mientras se precipitaba en la oscuridad.

«Un

8,5

—pensó Teddy—. Bonita ejecución. ¡Lástima, ey, que la chica no cayese con los pies juntos...»

El policía y una chica de abrigo oscuro salían de la casa. Ella parecía Linda, la de la funeraria.

Teddy puso en marcha el coche y, de modo silencioso, se aproximó al Datsun por la desierta calle. «Calcula el tiempo —se dijo—, arrímate cuanto puedas, enciende las luces y, apenas asome el policía por el lado de la acera para detenerse junto al vehículo alquilado, te vea llegar y mire, tú disparas contra él y pasas a toda

mierda por su lado...»

Pero no estaba preparado para eso. Hubiese tenido que llevar la pistola a punto, y abierta la ventanilla del lado opuesto... Debiera haberlo pensado antes. Además... ¿Y si el policía iba armado y tenía tiempo de contestar con otro disparo y estropeaba el coche amarillo de su mamá? ¿Cómo explicaría él lo sucedido, entonces?

No... La idea no parecía mala, y el lugar era ideal: oscuro y solitario. Pero la cosa no le satisfacía del todo. Teddy quería ver una vez más los ojos del maldito polizone, antes de pegarle un tiro, y que el tipo ese viera los suyos.

«¡Ey! ¿Te acuerdas de mí...?»

17

AL TORCER hacia Atlantic Avenue, Vincent dijo:

—Me ha tocado seguir a muchos coches, por mi profesión, pero nunca un coche me había perseguido a mí, que yo sepa...

Y echó una mirada al retrovisor. Linda se volvió en su asiento.

—No veo más que faros... ¿Estás seguro?

—Cuando el mismo coche toma las mismas curvas que tú, no cuesta adivinarlo.

—Pensaba que te habías perdido. ¿A qué coche te refieres?

—Es el tercero. Parece un Chevrolet de color claro, quizás amarillo.

—¿Y sabes quién lo conduce?

—Me imagino que es un tipo que generalmente lleva un Eldorado, pero alguien le rompió el cristal de una ventanilla, y un amigo le habrá prestado otro coche. O bien es un amigo de ese tipo que conduce el Eldorado...

Linda le miró y dijo:

—¿Esperas que entienda lo que me explicas?

Vincent se dirigió en línea recta a

Spade's

Boardwalk y dejó el Datsun al cuidado de un vigilante. Linda parecía sorprendida.

Y cuando entró consigo en el hotel la bolsa de lona azul, preguntó:

—¿Es que vamos a pasar aquí la noche? Creí que sólo íbamos a cenar.

Vincent sonrió. Acababa de ocurrírsele: depositó la bolsa en manos de un conserje. La música de La Tuna les llegaba a través del vestíbulo. El policía preguntó a Linda si no le entraban ganas de ponerse a bailar un mambo con el conjunto, y ella le contestó que si a él le apetecería un puntapié en las pelotas. ¿Era quisquillosa, o hablaba en broma? A veces resultaba difícil saber cuándo decía algo en serio.

Se introdujeron en un dorado ascensor que les subió a un resplandeciente comedor iluminado con candelabros de cristal y decorado con escenas versallescas en las paredes; el servicio de plata era auténtico; los manteles, de lino dorado, y la cándida luz de las velas confería un encanto especial a las mesas... ¿Estaría impresionada Linda? Él, Vincent, sí que lo estaba. Tomaron *whisky* y consultaron la carta en silencio. No necesitaban hablar mucho. El policía se sentía a gusto con la muchacha, y no tenían prisa. Se dijo Vincent, súbitamente animado, que sería bonito contar con mucho dinero. Linda podía pasar por una joven rica. El conjunto azul marino que llevaba, le daba un aire distinguido. Su fina tez, los oscuros cabellos, su delicada constitución... Bien merecía ser una modelo de las que cobran quinientos dólares por hora anunciando productos de cosmética o algún champú...

—¿Qué miras tanto?

—Nada.

Linda hizo ademán de acercarse la servilleta a los labios.

—¿Tengo los dientes pintados?

—No. Estás perfecta. Capaz de dejar fuera de combate a cualquiera.

Ella entornó los ojos, embellecidos por tan largas pestañas, murmuró «Gracias», volvió a mirarle con cierta expresión de sospecha y dedicó de nuevo su atención al menú, preguntando:

—¿Qué vas a pedir tú?

—Hígado con cebollas, o lenguado de Dover... ¿Y tú? Oye, no sé nada de ti, en realidad —dijo Vincent—. Empezaste a tocar el piano a los nueve años, más o menos...

—A los ocho.

—Te criaste en Nueva York...

—En Nueva Orleans. Tocaba la trompeta en la banda de Tulane... Pero prefiero la corneta, ¿sabes?

—Me despistaste. Creía notar en ti un acento de Brooklyn, aunque no muy marcado. De modo que tocabas la trompeta...

—Tienes ganas de conversación...

—Me interesas.

—Estás enterado de algo que no me dices. Intentas ser astuto y no sabes cómo hacerlo.

—Me encuentro a gusto; eso es todo.

—¿Por qué?

—Tuve un buen día. ¿Cómo fue el tuyo? ¿Conseguiste el trabajo?

—Estoy segura de poder entrar en Bally's

, si quiero. Pero he de volver con un guitarrista y un tambor. Y creo que es buena idea. Al menos, sería otra forma de trabajar.

—¿Te gusta Atlantic City?

—¿En comparación con qué? ¿Con el Holiday Inn de Orlando? Sólo pido interpretar un poco de mi música para un público que escuche de vez en cuando y no esté demasiado borracho, que es lo que ocurre en algunos locales. La mayor parte de lo que interpreto es tan fácil como abrir una lata y calentar su contenido encima del fuego. Hay cosas que no están mal y se prestan para improvisaciones divertidas. Pero si has de tocar cada día lo mismo, esa dichosa música de computadora, dándole un poco de aire de bossanova... ¡A veces me siento como un ingeniero y creo que debiera ponerme bata blanca y llevar una hilera de lápices en el bolsillo! De cuando en cuando, si toco con mis propios chicos, enviamos a paseo las partituras y nos entregamos a la inspiración. Pero... ¿quién hace eso y luego cobra? ¡Nadie! Quizás un McCoy Tyner, un Gil Evans y un par más. Dejar que el público aguante lo que uno quiere... ¿Por qué no? A lo mejor sigue el compás con los dedos de los pies, pero también es cuestión de escuchar con la cabeza. Nadie sabe los resultados de las improvisaciones. Es cosa de probar y abrir nuevos caminos. ¿Me entiendes? Lo que ocurre es que el director se enoja y, aunque yo le diga que la gente viene a oírme tocar, él contesta que los clientes vienen a beber y pasar un rato entretenido, ¡pero sobre todo a beber! Y me larga un montón de exigencias. ¡Todos los éxitos de Michael Jackson! En fin... ¿Qué me preguntabas?

—Me gustaría oírte tocar alguna vez —dijo Vincent—, pero no al estilo de Carmen Miranda, sino al de Linda Moon. Eso no significa que no me interesara tu actuación.

—Ya me oirás —contestó la joven—. Me sorprende que no lleves traje cruzado a rayitas blancas. Los policías tienen fama de ir siempre en plan muy soso.

—Bebamos algo más.

—De acuerdo —declaró Linda, a la vez que repasaba el conjunto de Vincent: su nueva chaqueta deportiva, la camisa de algodón blanco...—. ¿Sabes que no vistes mal?

—Si lo prefieres, me quitaré la corbata y me desabrocharé el cuello.

—No lo harías. Eres demasiado conservador —señaló la chica, mirándole a los ojos—. Pero me parece bien. De vez en cuando conviene cambiar un poco.

Mientras acompañaba a Linda a su pensión, comentó:

—Nunca había visto que una jovencita tan delgada comiese tanto. ¿Dónde lo metes?

—No estoy tan delgada —respondió Linda y, al mirar el nombre de una calle por la que pasaban agregó—: Creo que debieras haber ido por allá... ¿Estás un poquito trompa?

—Estoy en el punto justo —observó él.

—Yo me pongo algo blanda cuando bebo.

—Me gusta oírlo.

—Todas las calles tienen nombre de Estados...

—Norte y sur, sí.

—Excepto que no están por orden, sino revueltas. Carolina del Norte, Pennsylvania... ¿No tendríamos que haber girado?

Vincent echó una ojeada al retrovisor, y descubrió unos faros y reflejos en el húmedo pavimento.

—¡Ya vuelve a seguirnos!

Linda se giró en el asiento para mirar atrás.

—¿Es el mismo coche?

—Un Monte Cario amarillo... No creo que deba acompañarte a casa. Probablemente, este tipo me vio irte a buscar...

Linda vaciló unos instantes.

—¿Significa eso que he de pasar la noche contigo?

—Creo que sería más prudente.

—¿Para quién? Si ese tío te sigue a ti, ¿por qué estaré yo más segura a tu lado?

—Tú no deseas regresar a la pensión —dijo Vincent—, y a mí me parece que no te conviene estar sola. Hay tipos peligrosos.

—No sé si pensar que contrataste a ese hombre para que nos siguiera. ¿Lo hiciste para que yo consintiera en ir a tu cuarto?

—Mira, Linda... Voy a hablarte de Ricky Catalina y del angelito que es.

Mientras se encaminaban al Holmhurst, le expuso en breves palabras de qué individuo se trataba, de su encuentro con él y de cómo le había plantado en la dársena de Gardner, aunque no mencionó para nada la bolsa de lona azul.

Al entrar en el hotel, Linda preguntó:

—¿Te persigue porque le rompiste el cristal de la ventanilla? ¿Por qué lo hiciste, en realidad?

Vincent se volvió para mirar a través de la puerta de cristal, y lo hizo a tiempo para ver pasar de largo, sin prisas, al Chevrolet amarillo.

—Parece que eso de demostrar un carácter violento da resultado —dijo Vincent.

—¿Resulta divertido ser policía? —preguntó Linda.

—Unas veces más que otras. Yo nunca puse multas de tráfico ni me dediqué a chingar a nadie.

Mientras subían la escalera, Linda señaló:

—Olvidaste tu bolsa en

Spade's

—Me la guardan allí.

La joven le miró de manera especial.

—Tú no me lo cuentas todo, ¿verdad? No te pregunto qué hay en la bolsa.

—Si quieres saberlo...

—¿Qué?

—Doce mil ochocientos setenta dólares.

—¡Cielos!

Avanzaron en silencio por el pasillo del tercer piso.

—Pero tú no los ganaste...

—En cierto modo, sí.

—¡Por eso te sigue! —exclamó Linda.

Vincent la hizo seguir adelante, tomándola del brazo.

—Ese tipo supone que yo tengo el dinero, pero no está seguro.

—Te sigue para averiguarlo.

—Sólo necesita preguntármelo.

—¿Qué le contestarías?

—Que no sé de qué me habla.

—Espera... ¿A quién pertenece ese dinero, en realidad?

—Es dinero cobrado, Linda. Procede de apuestas deportivas, de juegos de cartas... De fuentes ilegales, claro.

—¡Vaya, vaya! —murmuró la muchacha—. Pero tú 110 te lo puedes quedar, ¿verdad?

—¿Por qué no? Si lo devuelvo, el Estado se lo apropiará, o esa cantidad irá a parar al Fondo Recreativo de la Policía. Pero nadie se lo restituirá a sus dueños; eso lo sabemos. Y nos consta, también, que Ricky no correrá a presentar una denuncia. De modo que...

—¿Y qué piensas hacer con esa cantidad?

—Tengo una idea... Pero puedo darte algo, si lo necesitas.

—¡Por Dios, Vincent!

El hombre sacó la llave, abrió la puerta y, con una delicada palmadita, indicó a Linda que entrara delante de él. Luego cerró y dio dos vueltas a la llave. Linda llevaba el abrigo echado sobre los hombros y se lo sostenía con las manos al mismo tiempo que contemplaba la urna de acero inoxidable depositada encima del tocador.

—¿Te molesta? —preguntó.

—¿Qué?

—Tener a Iris aquí.

Las manos de Vincent retiraron suavemente el abrigo, para que no se interpusiera entre ellos.

—Meteremos a Iris en un cajón.

Teddy abrió los ojos, vio el techo que tenía encima y, de momento, creyó que estaba en la litera de Monroe Ritchie. Pero no: se hallaba aparcado en el extremo de Pennsylvania Avenue, y a través del

parabrisas vio que todo el primer piso estaba iluminado, mientras que, en los de encima, sólo en dos ventanas había luz. El Datsun seguía parado delante. El reloj luminoso del tablero de mandos indicaba las tres y diez. Probablemente, a esas horas su mamá se habría levantado para hacer pipí, metiendo de paso la nariz en su cuarto. Tendría que inventarse una historia para ella. Algo así como: «Mira, tuve que esperar a que el tipo se hubiese dormido, para entrar en la habitación y pegarle un tiro». Entonces, la madre exclamaría: «¡Tú y tus excusas...!».

Pero la idea había nacido, y Teddy se dijo: «Podría hacerlo... Mirar qué ocurre en la habitación. He estado tonteando lo suficiente, todo este tiempo... La mujer puede seguir con él ahí dentro, si no se fue en un taxi...». ¿Y qué importaba? Nada, en realidad. ¡Qué cara pondría esa chica! La escena imaginada le excitó un poco... La chica desnuda, mirando boquiabierta... También le había excitado la idea de arrojar a Iris por el balcón, desnuda. Teddy notó que se iba calentando...

Extrajo la funda de su cámara y sacó de ella el Colt automático, pero no se lo introdujo debajo del pantalón hasta que hubo salido del coche. Una noche agradable. Mejor dicho, una bonita madrugada. ¿Debía cerrar las puertas del automóvil? No, por si tenía que salir de allí a toda prisa. ¿Y el motor? ¿Convenía dejarlo en marcha? No, tampoco. Podrían robarle el coche. Había que pensar en muchas cosas. No se trataba simplemente de entrar en el edificio y disparar contra un hombre. Se alisó la chaqueta de cuero, para que no se notara el arma, y se encaminó al hotel. En el bar había movimiento. En el vestíbulo, en cambio, no se veía a nadie. Y desde allí no podía vigilarse el bar, porque un tabique lo impedía.

Hasta aquel momento creyó que iba a llamar a la puerta del policía, decir «¡Botones!», si era preciso, y encañonarle la pistola en la cara, cuando acudiera a abrir. No podía fallar. ¿Qué tenía que entregar? ¿Flores, quizá? ¿O un mensaje que pudiera ser introducido por debajo de la puerta?

Pero... «¡Un momento!», pensó. Paseó la vista por el vestíbulo desierto. Vio la conserjería y, detrás del mostrador, las casillas para el correo de los clientes. Ni un alma se movía por allí. ¡Decidido! Teddy tomó una llave de la habitación 310 y empezó a subir la escalera.

Desde el lugar de estacionamiento, al otro lado de la calle, podía verse la ventana, la pared donde estaba el tocador e incluso los pies de la cama, con parte de la colcha apartada, y casi hasta la puerta.

En medio del silencio, Linda besó el pecho a Vincent, llegó a la barba y susurró:

—¿Dónde tienes la boca? ¡Ah, sí, aquí...! Me gusta tu boca —agregó en un tierno murmullo—. Puedo besarla, Vincent. Sé que es tuya... Me mentiste, Vincent, pero no importa... Tu boca me sigue gustando mucho.

—¿En qué te mentí?

—Tú no eres de carácter violento, sino dulce... Pero eso es todo cuanto sé de ti, en realidad.

—También sabes que soy rico.

—Ah, sí. Lo había olvidado.

—Soy muy conservador.

—Puede que obre mal —dijo Linda de pronto—. No te pregunto si estás casado.

—Me parece muy bien.

—¿Lo estás? ¿Eres casado?

—Lo estuve... Pero mi mujer murió.

—¡Oh! —hizo la joven, y guardó silencio.

Vincent dijo entonces que estaba allí con ella, y no en otra parte. Al acariciarla sintió que le invadía una profunda ternura, y creyó que había empezado a enamorarse. La verdad era que, lo que le estaba sucediendo tenía bastante parecido con su enamoramiento de Ginny, la enfermera que en el hospital le había retirado la sonda. Pero a Linda le musitó:

—¡Nunca había hecho el amor con una pianista!

—¡Bien! —contestó ella, y su mano se deslizó por encima del hombro de Vincent para acariciar su pecho y tocar, con los dedos, cada una de las costillas, hasta la cadera.

Necesitaba sentirle, conocerle más, rozar con suavidad la cicatriz.

—Podría tocar en ti, Vincent. Despacito, como un *blues*... Alargar la nota hasta que creyeras que se iba a romper... Y alargarla todavía más... —Y cuando su mano llegó a la ingle, susurró con voz casi imperceptible—: ¡Ah, aquí tengo el instrumento...!

—Tócalo —dijo él—, y obtendrás una ovación continua.

—¿Qué te gustaría escuchar?

Vincent no contestó. A Linda le pareció notar que el cuerpo del hombre se tensaba, y alzó ligeramente la cabeza. Uno de los dedos del compañero se posó en sus labios. Sus cuerpos se separaron. Ella le vio rodar sobre su estómago y apoyarse en el borde de la cama para bajar al suelo. De súbito, la mano de Vincent sostuvo una pistola. Seguidamente desapareció para aparecer de nuevo, con unos calzoncillos blancos y cortos colgados del cañón del arma.

La mano de Teddy se apartó de la puerta del 310. Había hecho girar el pomo en ambas direcciones con el máximo cuidado. Inútil. El cuarto estaba cerrado. Al sacar la llave de su chaqueta comprendió que iba a necesitar dos manos: una para introducir la llave, y otra para darle vuelta al pomo. Eso significaba, ¡mierda!, que tenía que meterse el arma debajo del cinturón.

Calculó la longitud del pasillo hasta la escalera. Era bastante, y si se veía precisado a huir... Por el otro lado le separaban unos nueve metros del extremo cerrado del corredor, donde el letrero luminoso de SALIDA brillaba encima de la puerta que daba a la escalera de urgencia.

Hubiese querido saber hacia qué lado mover la llave. Y, también, si había dentro alguna cerradura de seguridad, un pestillo de esos que uno corre por la noche. ¿Lo haría servir un policía? Ni siquiera estaba seguro de que Mora llevase encima un arma.

Tenía húmedas las palmas de las manos. Como siempre. También se le ponían igual cuando llamaba a una puerta para decir que iba de parte de International Incorporated... Formaba parte del juego. No podía faltar en él un cierto nerviosismo.

Teddy introdujo la llave en la cerradura y le dio vuelta con facilidad. Simplemente, con sólo un leve «clic». Apoyó la otra mano en el pomo. Bien... Tenía prácticamente abierta la puerta, sacaría el Cok, entraría...

En ese instante, delante mismo de él —tan cerca que oyó cómo era corrido el pestillo y notó cómo el pomo giraba dentro de su propia mano—, alguien abrió la puerta por el otro lado... A Teddy se le puso la carne de gallina, mientras daba un salto atrás y alzaba el Colt con el brazo extendido hacia adelante...

Linda, que estaba a un lado de la cama, donde Vincent la había hecho agachar, lo vio así: su amigo, en calzoncillos, mantenía el arma junto al hombro; la única prenda que llevaba se ceñía, blanca y estrecha, a su moreno cuerpo, que resultaba realmente *sexy*. El corazón de la mujer latió con violencia, dominada como estaba por aquellos pensamientos, pese a la situación. Vincent, que permanecía pegado a la pared, muy cerca de la puerta, alargó el brazo para correr el pestillo y, luego, agarrar la manija y abrir la puerta de golpe...

El estruendo fue ensordecedor... Los disparos, tres en rápida sucesión, y el estallido del vidrio, al romperse la ventana... Se produjo después algo semejante a un retumbo, en medio del silencio, un campaneó en los oídos de Linda... Percibió pasos en el corredor, y un portazo. Vincent se asomó, más cauto que vacilante. Linda oyó sus pasos, por fin, ligeros y descalzos. Cuando ella llegó a la puerta, él ya estaba en el extremo del piso. Abrió la salida de urgencia con cuidado, se detuvo unos segundos a escuchar, y desapareció. Linda miró en la dirección contraria. Nada. Quietud absoluta. Ni una sola puerta se había abierto.

La joven regresó a la habitación, se puso el abrigo y se arrebujó en él, tiritando, a la vez que procuraba decirse que no tenía nada que temer. ¡Pero ahora, aquel silencio...! Se situó junto a la ventana rota para vigilar la calle, en cuyo húmedo pavimento se reflejaba la luz.

Una puerta de coche se cerró de golpe. Un motor se puso en marcha, aumentando sus revoluciones hasta emitir un aullido que sonaba a pánico. Y, de repente, de la oscuridad salió disparado un automóvil claro, de dos puertas, con los faros apagados, para perderse en dirección a Pacific Avenue. Entonces, Linda vio a Vincent. Era él, sin duda: una figura a la luz de la farola, sólo vestida con calzoncillos blancos, extendido el brazo derecho y con algo en la mano... Pero bajó ese brazo al debilitarse el ruido del coche en la lejanía. Y volvió al hotel. Apareció en aquel momento otra figura, mucho más oscura. La de un hombre que había salido del hotel. El hombre se paró, esperando a Vincent, y le dijo algo al encaminarse éste a la entrada. El policía pareció responder, y luego desapareció.

Linda se acostó, se cubrió hasta el cuello para defenderse del frío

reinante en la habitación y observó atenta el resquicio de luz que penetraba por la puerta entreabierta. Trató de preguntarse qué debía hacer. Telefonar a alguien..., a la policía. Vestirse. Ir en busca de la bolsa...

Vincent entró y se acostó a su lado, dándole a entender, con sus gestos y sonidos que temblaba de frío. Le castañeteaban los dientes, aunque quizás exagerara un poco la cosa. Linda arrimó su cuerpo al del hombre, introdujo una pierna entre las suyas y comenzó a acariciarle con la mano. Estaba muy frío, en efecto, y tenía las tetillas duras, pero no se encontraba mal. Linda conoció su cuerpo en una sola noche, sobre todo las partes íntimas. Deseaba hacerle preguntas cuando oyó muy cerca la voz de Vincent:

—Imagínate que sale un borracho del hotel y me ve a mí en calzoncillos, con una pistola en la mano... ¿Qué supones que dijo?

—No lo sé; déjame pensar... —contestó ella, pero fue incapaz de hacerlo. Además le faltaba la paciencia, por lo que le aconsejó—: ¡Intenta recomponerlo todo! ¿Quién era ese tipo? ¿Pudiste verle?

—No era Ricky. Tal vez un amigo suyo, pero no estoy seguro... No lo creo, la verdad. Ese individuo actuó a tontas y a locas.

—Vincent... Alguien quiere matarte. ¿No sabes quién es?

El policía no contestó.

—¿Hablaste con alguien? Del hotel, quiero decir... ¿Con el director?

—No, Linda. Sólo crucé unas palabras con el borracho, en la calle.

—No lo entiendo —señaló ella—. Es muy raro que, con tanto ruido nadie se asomara al pasillo.

Los dos se miraron en silencio. Quizá pensarán lo mismo, aunque Linda lo dudaba. Con la boca casi pegada a ella, Vincent pareció repetir: «Imagínate que sale un borracho del hotel y me ve a mí en calzoncillos, con una pistola en la mano...».

18

DELEON Johnson, el Moose, asentía sin cesar.

—Hum, hmmm, hum, sí...

Y venga mover la cabeza en sentido afirmativo mientras Jackie Garbo —gordo, bajo y de pelo rizado— paseaba de un lado a otro por delante de su escritorio, haciendo su defensa.

—¿Qué demonios me ocurre? Siempre lo hice todo con el máximo cuidado, ¿no? ¡Dime si no es verdad! No salgo de la cama, por la mañana, sin saber lo que voy a hacer durante el día. Lo tengo anotado al lado. Al abrir los ojos ya sé a quién tendré que besarle el culo, y qué aspecto tiene. Conozco la línea de crédito de cada tío, dólar a dólar, y qué marca de *whisky* prefiere. Sé si quiere que le proporcione a una de las *girls* o le apetece otra bien tetuda. Conozco sus gustos. Tú vienes a buscarme, yo salgo de casa, y ¿qué llevo en la mano? ¡La maldita nota! Dime si no me ocupo bien de todo... Desde jovencito no hice otra cosa. Aunque no tuviera manos sabría hacerlo, ¡incluso con los ojos cerrados! En nuestro primer año llegamos, en bruto, a los doscientos cincuenta millones, ¡lo garantizo! La cantidad más elevada conseguida por un casino de esta ciudad, con excepción de un Resorts y, quizá, del Nugget. ¡Y esa mema se figura que, cuando bebo, ya no sé por dónde voy! «¿Es un martini?», pregunta. ¡No, cuerno; es gaseosa con una aceituna dentro! Estuve veinticinco años en Las Vegas, ¿no? Creo que fue Johnny Carson, buen amigo mío, quien dijo: «¿Conduces en Las Vegas? ¡Es horrible! ¡Algo increíble! Sacas la mano para girar hacia un lado, y alguien te arranca el martini para bebérselo». Podría

contarle muchas cosas a esa engreída. Parece broma, ¿no? ¡Pero así es Las Vegas! Ella no lo comprende. Y Tommy... ¡Ése no distingue lo blanco de lo negro! Se pone a hablar y emplea las palabras que sé le antojan, sin saber nada de nada, y por eso mete la pata. Ella le deja hacer. De cualquier forma, está trompa la mitad del tiempo... No entiendo cómo llegó adonde está. ¿Sabes lo que es? ¡Pues un puerco comerciante que tuvo la suerte de estar en el punto justo en el momento justo! No es un tipo que se te meta en el corazón. ¿A que no? A mí me convenció, sin embargo. «¡Joder! —me dije yo—. ¡Este Tommy es todo un tío!» También la encandiló a ella. Pero ahora, Dios, Nancy se da cuenta de que él no vale ni la mitad que ella. ¿Para qué necesita a ese gilipollas? Así pues, le pasa por las pelotas todo aquello donde pone la mano...

DeLeon asintió y dijo:

—Es cierto, sí...

—Y yo, que tan cerca estoy del dichoso Tommy, podría perder las mías en la misma barrida. ¿Y para qué? ¿Necesito vivir envuelto en tanta mierda?

—Usted es el alma de todo el negocio —indicó DeLeon—. Sin usted, sólo tienen un hotel y varios restaurantes.

—Estamos metidos en...

DeLeon, sentado en el sofá, volvió rápidamente la vista hacia Rosemary, la secretaria de Jackie, atractiva pelirroja que aguardaba en el umbral de la puerta.

—Estamos tomando un bocadillo... Le explico todos los problemas que caen sobre mis espaldas... Lo de esos tipos que nos traen a sus compinches con la pretensión de que les invitemos también, cuando a veces ni siquiera nos salen las cuentas. A lo mejor, el director pasa por aquí para decirme que Tommy ha advertido que los salamis colgados detrás del mostrador están arrugados. Y que habla en serio. Pero que él contesta: «Lo siento, míster Donovan, pero son viejos...». Uno quiere avisar a Donovan de lo que puede causarle un disgusto serio, y el muy memo se preocupa por los embutidos... ¿Hay algo especial, Rosemary?

DeLeon alzó la mano e hizo una señal a la secretaria.

—Hay un señor en el vestíbulo, míster Mora —anunció Rosemary—. ¿Desea verle?

Jackie miró a DeLeon.

—¿Qué te decía? ¡Ya me lo sueltan a mí! —Y de cara a la joven, agregó—: ¡Le recibiré, sí! Como, de todas maneras, no tengo nada que hacer... Tráigale. Quizá le apetezca tomar algo.

DeLeon esperó. La secretaria se alejó, y él preguntó entonces:

—¿Me necesita aquí, o donde pueda alcanzarme?

—Quiero verle a solas —contestó Jackie—. Si toco el timbre, vienes enseguida. Y si te hago un gesto con la cabeza, no te andes con miramientos. ¿Entendido? Eso significará que le quiero fuera de aquí.

Se dieron la mano.

—¿Míster Garbo?

—Míster Mora, ¿no?

De pie, uno frente al otro con la mesa entre ambos... Vincent llevaba colgada del hombro la bolsa de lona azul.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

—Siéntese, por favor. ¿En qué puedo servirle?

Muy cortés, hasta ese momento.

Vincent se acomodó, dejando la bolsa junto a su sillón.

—Vengo a hablar de Iris Ruiz —dijo.

Jackie se arrellanó en su sillón de cuero.

—Podríamos —repuso Jackie—. Excepto que no sé por qué debo decir ni media jodida palabra, sentado aquí, en Atlantic City, a un policía que está a mil doscientas millas de su jurisdicción, que por cierto es Miami Beach... —Y esbozó una sonrisita—. Después de veinticinco años de observar jugadores de cara pétrea, me basta la menor contracción, un parpadeo, para ver cuándo cojo de sorpresa a alguien. Bien. Hemos llegado hasta aquí... Usted es de la pasma, según tengo entendido. Al menos, dice serlo, y era amigo de Iris, o la conocía. Pues ahora yo le digo que me la trae floja quién sea usted o lo que pueda pretender. Sin embargo, me lo figuro perfectamente... ¿Qué más?

A Vincent le hizo cierta gracia la forma directa en que el hombre le hablaba. Aquel tipo grueso con una sortija en el dedo meñique y rodeado por todas partes de fotos de artistas... Un tipo que se esforzaba en parecer duro y, probablemente, era hipocondríaco... El

policía se fijó en que sus zapatos de cocodrilo tenían el tacón bastante alto. Era un hombre al que gustaba hacer suposiciones, sin duda, y que era amigo de hablar. Muy bien; porque a Vincent le gustaba escuchar. Mora había conocido ya a varios Garbos en Miami Beach. Resultaban originales. Si uno actuaba con cierta ingenuidad, desempeñaban enseguida el papel deseado.

Por eso dijo:

—Creo que usted estuvo con Iris la noche anterior.

—¿La noche anterior a qué?

—A su muerte. También había un tipo llamado... —Vincent sacó de su chaqueta un papel, que desdobló—, llamado Benavides. ¿No es eso?

—¿Usted viene a preguntarme o a informarme de unos hechos?

—Parece decir Benavides, en efecto. De cualquier forma, ese hombre también se encontraba allí. Tengo entendido, además, que se alojaba en este hotel.

—¿No está seguro? —Jackie se inclinó hacia adelante y fue a coger el teléfono—. ¿Quiere que lo comprobemos? ¿Qué coño busca, hombre?

—Ayer mismo, usted le acompañó en avión a Miami. Desde allí, él salió hacia Bogotá en el vuelo 7 de Avianca.

—¡Un momento! —exclamó Jackie—. ¿Pertenece usted al Departamento de Drogas?

Vincent meneó la cabeza.

—Conozco a varios de los agentes, sin embargo... —Y agregó—: Asimismo estaba presente DeLeon Johnson, que antes jugaba con los Miami Dolphins.

—Y sigue con la misma agresividad, cuando hace falta... ¿Quiere que se lo presente?

—Me dijeron que trabaja para usted...

—Es mi guardaespaldas y hará todo lo que yo le mande. ¿Qué más vino a averiguar? ¡Veamos adónde piensa ir a parar con su plan!

—¿Conoce usted a LaDonna Padgett?

—¡Sí! Es una amiga muy querida.

—¿Y qué hay de Frank Cingoro? ¿También es amigo suyo?

Jackie no contestó. Sus párpados parecieron más pesados, al mirar a Vincent. Poco a poco separó las manos de la mesa para

apoyarlas en su regazo.

—¿No hay comentario con respecto a Frank Cingoro? —insistió el policía—. ¿Y con respecto a Ricky Catalina? ¿Es Ricky otro amigo, o simplemente uno de los gilipollas con los que usted anda asociado?

—Tal vez me informasen mal —dijo Jackie—. Usted pertenece a la policía de Miami...

—¿Usted me pregunta o... me informa? —devolvió Vincent las anteriores palabras de Jackie, y tras unos instantes sonrió.

Lo mismo hizo Jackie.

—No está aquí en misión oficial...

—¿Quiere saber si me «prestaron» a la policía de aquí? Pues no —dijo Vincent, sacudiendo la cabeza—. Eso sólo ocurre en raras ocasiones.

—De modo que actúa por su cuenta, ¿eh?

—Podríamos llamarlo así.

—Bien, bien... Usted viene a Atlantic City, es policía y conoce todos los sistemas. Supongo que no me equivoco. En su tierra tiene un coche y una embarcación, aparte de una bonita casa. Pero le resulta cargoso enviar a los chicos a un colegio bueno. ¡Claro, con la paga de un policía...!

Vincent se encogió de hombros.

—Es curioso prosiguió Jackie. La primera vez que le vi, pensé que era un especialista en narcóticos, dada su barba y ese chubasquero tan cochambroso que llevaba. Ahora, en cambio, está muy presentable. Ya no le relacionaría para nada con la droga. Más bien parece un *croupier*, o incluso un profesor de matemáticas de Minneapolis. A mí me vienen de todas partes... Tipos convencidos de que van a hacer fortuna con el juego. Trampistas, maniobreros, dispuestos a cualquier cuento, que a veces hasta intentan hacer tratos conmigo. Algo parecido, en cierto aspecto, a lo que ahora intenta usted, amigo. ¿Todavía no tiene bastante con todo el tráfico de drogas que hay en Miami? ¿Necesita meterme a mí en líos, hombre de Dios?

Jackie apoyó el codo en su escritorio, alzó una mano flojucha, en la que relucía el diamante, y señaló a Vincent con un dedo.

—Déjeme ver si puedo establecer contacto. ¿Conforme? ¿Dispone de tiempo? ¿No le aparto de otras cosas importantes que

deba hacer?

—Continúe —dijo Vincent.

—Usted conoce a *mistress* Donovan.

—La vi una vez, sí.

—Procure quedar con ella. A lo mejor tiene suerte y se encuentra con que ese día olvidó atarse las rodillas. La vio en San Juan, ¿no? Veo que la historia nos llevó al soleado Puerto Rico...

Vincent hizo un gesto afirmativo. La cosa iba bien.

—Usted estaba allí con permiso de convalecencia. Un tipo le disparó en la calle.

La cosa avanzaba más aprisa de lo previsto.

—¿Cómo lo sabe?

—Probablemente, también sé lo que tomó para desayunarse. Un par de cervezas. Hace rato que le veía venir... Pero volvamos a San Juan. Debe de tener allí unos cuantos amigos aguilitas, ¿eh? No es que los policías portorriqueños sean precisamente unos artistas... ¿Intercambian noticias entre ustedes? ¿Cómo lo hacen, aparte de su trabajo? ¿Reservan sitio en Spade's

Isla Verde, quizá?, ¿organizan una convención y hacen acudir a policías de todas partes? Bueno, supongamos que la «poli» de aquí notificó a la de Puerto Rico lo de la pequeña Iris... El vuelo que hizo desde un decimoctavo piso a la calle. ¡Cielo santo! Buscan parientes próximos de la chica y le cuentan a usted el caso, y usted se dice: «¡Joder, alguien se ha pasado!». Porque, sin duda, usted estaba enterado de la clase de trabajo que hacía Iris... ¿Qué tal le resulta la entrevista por ahora?

—No va mal.

—¡«No va mal», y una mierda...! Así es, exactamente, cómo usted se vio metido en el asunto. Le pusieron en contacto con algunos portorriqueños de aquí, gente que conoce Atlantic City y sabe cómo funciona la cosa, y lo que sucede aquí durante la noche... Le proporcionaron diversos nombres de tipos poco recomendables. Y tiene suerte, ¡maldita sea!, porque encuentra a Benavides haraganeando por la ciudad y, a través de Miami, averigua quién es. Le informan sobre su vuelo de regreso, le leen su ficha... Con el apoyo de sus colegas, usted hace sus suposiciones y luego viene corriendo a mi despacho, para ver qué saca de la

entrevista.

Vincent hizo un gesto de afirmación, después de escucharle. Se sentía divertido y sorprendido. ¡Un hombre como Jackie, hablando de suposiciones!

—¿A qué conclusión llegó, pues?

—Usted estaba en el apartamento —dijo Vincent—. Con Iris.

—¿Cuándo? ¡Dígame exactamente cuándo!

—La noche antes de que la mataran.

—¿La noche *antes*? —repitió Jackie, ceñudo—. ¡Eso sí que no lo entiendo!

—Usted estaba allí, y también los demás.

—Bueno, pero... ¿qué importancia tiene eso? ¡Tanto da que fuese la noche antes, como un año antes! ¿Dónde está la diferencia? Y aunque realmente hubiese una conexión, ¿a quién le va ni le viene que nosotros nos encontrásemos allí?

Vincent no contestó.

—A usted le interesa descubrir quién estuvo con la chica la noche de su muerte, para que cargue con las consecuencias, ¿no?

—¿Quién cree usted que pudo ser?

Jackie tardó unos segundos en responder.

—Todo eso me parece un cuento. ¿Qué hacen ustedes allí abajo, en Miami? ¿Irrumpir en donde se juega al bingo? ¿Lleva mucho tiempo en esto, o qué? Luego viene aquí, dispuesto a desmontarme, y de pronto le interesa mi parecer. Como mi querida amiga Joan Rivers cuando dice: «¿Podemos hablar?». ¡Pronto sabrá con quién trata! Si empieza a joderme con alguno de los tipos de su lista, ¡está apañado, amigo! Ya puede despedirse de su propio culo. Conmigo, de momento, la cosa no ha de salirle bien. Fíjese ahora, porque aquí hay arte de magia...

Aquel hombre parecía más pequeño que nunca, con los redondos hombros encogidos detrás de su gran mesa y la pléyade de estrellas sonriéndole desde las paredes.

—Me froto las pelotas y pronuncio estas palabras: «Abracadabra, ¡que entre Jabara!». ¿Y quién aparece? —dijo Jackie, mirando hacia la puerta de su despacho—. ¡Caramba, nada menos que Moosleh Hajim en persona! ¡El hombre al que todas *sus fans* llaman simplemente «Moose»!

Vincent se volvió en su sillón, dispuesto a levantarse. Reconoció

a DeLeon Johnson por haberle visto en los periódicos, en diversas entrevistas de televisión, y se encontró con que se le acercaba una sonrisa, un Moose mucho más voluminoso al natural y que, con su elegante traje de color claro, parecía medir más de dos metros. Vincent, de pie, se disponía a darle la mano. Vio la inalterable sonrisa y vio, también, el brazo que avanzaba hacia él. Tuvo tiempo de volver la cabeza, pero eso fue todo. No estaba preparado para un ataque tan súbito. El poderoso brazo chocó contra él, y Vincent vio luces rosadas que danzaban a su alrededor, cayendo por encima del sillón para aterrizar sobre sus manos y rodillas, desconcertado y con la cabeza llena de zumbidos. Oyó decir a Jackie:

—¡Sácale de aquí! ¡Llévate también su bolsa! Y échale a la calle.

Vincent se sintió levantado y sostenido en volandas. A los pocos momentos ya estuvo en condiciones de caminar. Pasaron por la antesala, hacia el vestíbulo, en dirección a la serie de ascensores dorados que había junto a la recepción. El Moose llevaba en una mano la bolsa de lona, y con la otra mantenía agarrado a Vincent.

Mientras esperaban uno de los ascensores, el policía dijo:

—Celebro no ser jefe de nadie... Esto es casi lo que se llama ser echado a patadas, ¿no?

Abría y cerraba los ojos tratando de fijarse en el bajorrelieve de la puerta: un sol dorado, con una cara en medio.

—Lo ignoro. Nunca me echaron de ninguna parte —contestó DeLeon.

—Cinco veces, y solo, contra Eric Hipple, de los *Lions*... Asistí al partido.

DeLeon volvió la cabeza sin mover el cuerpo, mirando a Vincent por encima del hombro, pero no dijo ni palabra. Se abrió una puerta dorada. DeLeon le echó una segunda mirada cuando entraron en el ascensor, y Vincent señaló:

—En aquella ocasión podría haber conseguido quince yardas, pero no le dejaron. Usted lo sabe mejor que yo, ¿no?

Luego, cuando bajaban en el ascensor, Vincent preguntó a DeLeon por su rodilla.

—Bastante bien —respondió DeLeon—, pero no puedo golpear.

—¡Ya! —dijo Vincent.

Durante su carrera en el NFL como extremo defensa de los Miami Dolphins, hubo algunos tipos a los que DeLeon Johnson ayudó a levantarse, después de largarles un puntapié, y otros a los que dejó tendidos encima del césped. Algunos de aquellos a los que ayudó, le miraron con ojos tristes al verse de nuevo en pie, mientras que otros meneaban la cabeza como si quisieran decir: «¿Y por qué mierda me recoges ahora?». También hubo quien le preguntó con cara muy seria, por qué no se había quedado en África para jugar con leones de verdad. Ese hombre, Vincent Mora, era uno de ellos. En el ascensor dijo que nunca se había perdido un partido de los Dolphins en Miami. No parecía haberle afectado mucho el trato recibido. Por fin, al cruzar el vestíbulo de abajo, Vincent dijo:

—Lo que yo proyectaba, en realidad, era alojarme aquí. Pero no tuve ocasión de decirlo.

—¿En este hotel, quiere decir?

—Sí, para jugar un poco.

En aquel momento, DeLeon vio a *mistress* Donovan. Salía de una tienda de objetos de regalo y se detenía a hablar con un agente de seguridad que llevaba un *walkie* en la mano.

—Consiguió pasta, ¿eh? ¿Cuánto?, ¿veinticinco dólares? —preguntó DeLeon.

—Devuélvame la bolsa —dijo Vincent.

—¿Guarda en ella todo lo que piensa gastar?

—Vamos allá —contestó Vincent, a la vez que se dirigía al mostrador del conserje, donde en aquel momento no había nadie.

En el mismo instante se acercaba *mistréss* Donovan, y DeLeon se dijo que no era por casualidad. El recepcionista había llamado a su teléfono cuando ellos dos se disponían a bajar en ascensor y, a la vez, ponía sobre aviso al agente de seguridad del vestíbulo. La red funcionaba. DeLeon pensó que a aquella mujer nada podía pasarle inadvertido.

Sentíase él testigo de ello, pero entonces tuvo la gran sorpresa. No porque ella dijera:

—¿Puedo ser de utilidad?

No; no por eso. Sino porque Vincent contestó con una amplia sonrisa y saludó a *mistress* Donovan con estas palabras:

—¡Caramba! ¿Cómo está usted? ¡Me alegro de verla de nuevo!

Y lo decía de veras. Aquellos dos no sólo se conocían de vista.

Entre ellos parecía existir algo más.

—Estuve buscándola —añadió Vincent—. Ayer fui a su casa.

—¡Sí, me lo dijo Dominga! Sentí mucho no haber estado allí. ¡Oh, y cuánto lamento la desgracia de su amiga Iris! ¡Qué horror! Tommy y yo hablamos varias veces con la policía, pero lo cierto es que parece muy despistada.

—Yo también hablé con la policía —dijo Vincent.

—¿De veras?

En la voz de la mujer hubo una leve vacilación, como si temiera que Vincent saliese con alguna sorpresa. DeLeon se dio cuenta enseguida. Y observó que ella experimentaba algo de alivio cuando el hombre aseguraba:

—Están trabajando en eso.

—¡Qué pena, una chica tan joven!

Aquella mujer, atractiva y con estilo, podía resultar simpática. Era capaz, sin duda alguna, de meterle el miedo en el cuerpo a Jackie, de castrar a su marido, y al mismo tiempo había momentos de una gran dulzura en ella, como entonces, cuando sus grandes ojos miraban a Vincent.

—¡Me alegra volver a verle! —dijo—. ¿Dónde se aloja?

—Pensaba hacerlo aquí...

—Nosotros estaríamos encantados.

—Pues... ¡no sé si lo estarían tanto!

DeLeon vio que el hombre le echaba una mirada, a punto de descargar sobre él, y en su rostro creyó descubrir el sarcasmo, los deseos de vengarse y decir cómo acababa de ser tratado. Sin embargo, Vincent se limitó a decir:

—Fui invitado a abandonar el establecimiento.

DeLeon se preparó cuando *mistress* Donovan clavó en él unos serios ojos de mujer de negocios, de ejecutiva.

—¿Qué problema hay?

—Me ordenaron acompañar hasta la calle a este caballero. Pero ahora acaba de explicarme el motivo de su venida... Quería entrar en tratos con el casino.

La mujer se mostraba paciente, un poco fría, y con un gesto regio se apartó de la cara los hermosos y rubios cabellos.

—¿Quién invitó a marcharse a míster Mora?

—Míster Garbo. Ahora mismo.

Vincent le sorprendió al decir:

—Alguien tuvo que avisar de mi llegada a míster Garbo.

Sus palabras iban acompañadas de una pequeña sonrisa, como si le interesara ver la reacción de ella. «Un gato astuto», pensó DeLeon, y descubrió que ese Mora empezaba a gustarle.

Mistress Donovan no cambió de expresión. Sólo que, en su frente, se formó una pequeña e inocente arruga de extrañeza, como si se preguntara cómo podía ser tal cosa...

—Me figuro que míster Garbo tiene una idea equivocada de mí —dijo Vincent.

«Te juzgó mal —pensó DeLeon—. ¡Eso es lo que hizo ese imbécil de Jackie!»

—Bien —habló entonces *mistress* Donovan—. No se preocupe por lo que dijese míster Garbo. Yo iré a verle.

«Lo que significa —se dijo DeLeon, con una sonrisita— que le vas a cortar su cabeza rizada.»

—Y ahora —continuó la mujer— le inscribiremos. ¿Conforme? Me ocuparé enseguida de que le concedan una línea de crédito. Estoy segura de que se puede arreglar.

Vincent retiró la bolsa azul del mostrador y respondió:

—No necesito créditos. Traje suficiente dinero conmigo. ¡Aquí está!

—¡Oh! —exclamó *mistress* Donovan, y con un gesto de afirmación agregó—: ¡Magnífico! ¿Qué cantidad desea depositar?

La perfecta dama, esposa del propietario del local... Educada y fina.

Vincent sostuvo la bolsa delante de él, miró dentro y alzó la vista.

—Unos doce mil.

No importaba, aunque era curioso que llevase tanto dinero encima. Bien. El hombre demostraba tener clase. Y supo aguardar el momento, al decir con sencillez:

—¿Debo pagar por la habitación, o puedo considerarme invitado?

Perfecto.

Y tendió la mano a *mistress* Donovan. Con finura, sin guiños.

La mujer contestó:

—Por doce mil dólares no le corresponde una simple habitación,

míster Mora, sino una *suite*.

Intervino entonces DeLeon:

—¡Permítame llevar su bolsa, amigo!

19

VINCENT EXPLICÓ:

—Es como estar en un hotel de *Star Trek*. ¿Sabes lo que quiero decir? Todo es tan moderno, que no aciertas a abrir nada, ni a encender la luz.

—¿Y te invitan a una *suite*? —preguntó Dixie—. ¡No puedo creerlo!

—Les caigo en gracia —contestó Vincent—, o bien desean vigilarme de cerca.

Se hallaba sentado, teléfono en mano, en un extremo del dorado sofá compuesto de varios cuerpos, y se envolvía en una espléndida toalla, gualda también.

Dixie Davies estaba en la cocina de su casa, en Brigantine.

—Todo es verde o dorado.

—El color del dinero. No lo olvides.

—Las paredes blancas indican honestidad. Ignoro lo que significan los cuadros, en cambio. Tengo un bar bien provisto, ¿sabes? Y hasta en el cuarto de baño hay teléfono. Un aparato en cada pieza. En la bañera cabrían cuatro personas, y se baja al agua por unos peldaños.

—Estoy a punto de cenar —dijo Dixie—. ¿Sabes qué tomamos? ¡Pan relleno de carne!

—¡Hum! Me chifla —contestó Vincent.

—Lo creo. Oye —continuó Dixie después de unos segundos—. ¿Y Ricky?

—Esperaba que fuera él, pero estaba en un error.

—Di que tienes un buen motivo para pensar que fue él, y conseguiré una orden de registro. Dame una oportunidad para inspeccionar su casa.

Vincent le contó lo sucedido y comentó:

—¿Crees que huele a esos tipos? ¿Una cosa tan mal montada? Se presenta un tío, dispara a tontas y a locas y echa a correr. Ni siquiera disponía de un chófer... Podrías averiguar si, entre los coches robados, aparece un Monte Cario amarillo que por lo menos tiene cinco años.

—¿El hotel dio parte del tiroteo?

—Nadie oyó nada. Salí a la calle en calzoncillos, con mi pistola, y al volver al hotel vi a un borracho en la acera, que me miraba atontado. ¿Y sabes qué dijo?

—Cualquier cosa. «¡Atlantic City! Las tres de la madrugada... Los de *Resorts International*, al otro lado de la calle, ya te advirtieron que no lo hicieses... ¡Que no valía la pena! Piensa en tu mujer y en los niños, hombre...»

—No. Lo que dijo fue: «¡Tendrías que guardarte los calzoncillos, porque uno nunca sabe cuándo cambiará la suerte!». Me despedí del hotel y dije que deseaba pagar también los vidrios rotos, pero me contestaron: «¿Qué vidrios? ¡Un centenar de viejas señoras de Miami Beach hubiesen dado cualquier cosa por presenciar la escena!».

—Yo sigo interesado por atrapar a Ricky —declaró Dixie.

—Procura no perderle de vista. Quedamos en vernos mañana, pero no me extrañaría nada que antes fuese en busca de Frank Cingoro. Sabes a quién me refiero, ¿no? Telefonea a Frank y, si no contesta, bien pudiera ser que estuviese tendido en el suelo. Es como esos tipos suelen tratarse entre sí... Y me figuro que Ricky está convencido de tener todos los motivos del mundo. ¿Lo harás?

—Sería como para sacar entradas —contestó Dixie—. ¿Hablas en serio, Vin? ¡Madre mía, lo que sería atrapar a Ricky por haber eliminado al Ching y enviarle a Trenton con el culo por delante! Sólo de pensarlo, me entusiasmo.

—Pero la cosa es —señaló Vincent— que tengo la certeza de que ninguno de esos individuos tiene nada que ver con la muerte de Iris.

—Sí, creo que estás en lo cierto... Por un lado, nada de lo que hagamos le servirá a la chica, pero... por otro... Nunca se sabe,

¿verdad?

—Pueden ocurrir cosas maravillosas, si uno siembra la desconfianza en un jardín de capullos.

—Espera, que quiero apuntarme eso.

—Hablé con Jackie Garbo. Un tío muy chistoso, por cierto... Me imagino que, de crío, debió de recibir muchas tundas y las pasaría negras. Es un hombre que no pisa terreno firme y que hace sus cosas, aparte del casino. Se le ve nervioso, y nada costaría agarrarle por las pelotas. Pero no sabe absolutamente nada, referente a lo de Iris. Estoy convencido de ello. ¡Vaya ciudad, ésta! No os ha de faltar trabajo, aquí.

—Si algún día te interesara pertenecer a la plantilla —dijo Dixie—, creo que podría arreglarlo.

—¡Cómo! ¿Ahora que vivo en un plan tan lujoso, con teléfonos por todas partes? —exclamó Vincent en tono de broma—. ¿Qué hay del resultado de la autopsia?

—Tardarán aún otra semana en decir algo.

—Bueno, tampoco hay prisa.

—Tú querías quejarte y telefonear a Newark...

—Mientras tanto —dijo Vincent—, interroga a Jimmy Dunne con respecto a la entrega de unos bocadillos o no sé qué...

—Del White House, ¿verdad? Ya lo comprobamos —explicó Dixie—. Allí no tienen registro de nada. Volvimos a hablar con Jimmy, y él nos dijo que quizá los hubiera servido otra casa.

—¿Supo describir al chico que llevó el pedido?

—De raza blanca, treinta y tantos años, pelo rubio y chaqueta de cuero. Podría ser cualquiera.

Cuando llegó Linda, Vincent preparó unas bebidas, y luego jugaron los dos en la bañera.

—¿Te das cuenta —señaló él— de que con este sistema podría vivir un mes, como poco? Ir de un hotel a otro, depositando siempre los mismos doce billetes... Cuando se dan cuenta de que no los gastas, te largas y ya está. Recorrer todos los hoteles de la ciudad y, luego ir a Las Vegas.

Linda le escuchaba sonriente.

—Te equivocaste de profesión —dijo—. Tendrías que ser

petardista, o quizá lo seas.

—Si tengo tiempo, tal vez juegue.

—Cuando no estés en la bañera.

Salió ella del baño para preparar nuevas bebidas y encender cigarrillos. Vincent la contemplaba... ¿Quién le hubiera dicho que iba a verse en una *suite* de quinientos dólares diarios, atendido por una hermosa mujer desnuda? La chica no era nada pagada de sí misma, ni hacía demasiado caso de todos los aceites de baño y las lociones alineadas en el tocador de mármol. Era la primera mujer que veía sin marcas de bañador, y su blanca piel la hacía parecer todavía más desnuda y atrayente.

—¿Qué haces? —preguntó—. ¡Vuelve al baño!

—Pronto entro a trabajar —dijo Linda—. Esta noche empiezo en Bally's

... —Extendió los brazos y adoptó postura de artista—. ¡Linda Moon! La nueva estrella de...

—No dudo de que lo seas. Pero no me explicaste nada.

La chica dejó caer los brazos.

—Es lo que ahora hago. Explicártelo. ¿Por qué te sorprendes tanto?

—Pensaba que, caso de conseguirlo, aún sería cosa de un par de semanas.

—Necesitaba conseguirlo, Vincent. No soy persona para estar inactiva.

—Pero precisamente ahora... —dijo él con cierta vacilación—. Quien fuese el tipo de anoche, si descubre que trabajas en Bally's

... No me gusta la idea.

Permanecía junto a la empotrada bañera con las manos en sus redondas y blancas caderas, mirándole.

—Pasé medio día con el director comercial... ¿Dónde pensabas que estaba?

—Sabía que habías ido allí.

A Vincent le costaba alzar la vista y fijarla en la cara de la mujer.

—Bien, pero... ¿realmente te importa?

—¡Linda!

—Conseguí una entrevista con ese hombre, y me prometí no

dejar su despacho hasta que me contratara. Y me dejarán tocar lo que yo quiera, Vincent, ¡mi música! Mírame, por favor... ¡Deja ya de mirarme el coño...! Hice una demostración y le gustó... todo lo que a un tipo de éstos puede gustarle realmente algo, pero dijo: «¡Muy bien! ¡Adelante!». Es maravilloso que pueda tocar lo que me apetezca... ¿Me escuchas, Vincent?

—Te escucho, claro.

—Entonces mírame a la cara. ¿Sabes lo que eso significa?

—Lo comprendo.

—Hace tiempo que luchaba por lograr algo así. ¡

Bally's

Park Place! Interpretando lo que en cada momento sienta... ¡Y ahora pretendes que me esconda en una habitación de hotel! Si quieres protegerme, Vincent, acompáñame y te sientas entre el público.

—¿A qué hora actúas?

—A las diez.

—De acuerdo. Pero después volveremos aquí.

—A tomar otro baño —agregó Linda.

De pronto sonó el teléfono.

Vincent se reunió con Nancy Donovan en una sala tranquila y oscura, amueblada con grupos de sillones. Ella propuso beber algo, antes de conducirlo al casino y enseñárselo con detalle.

Dijo que, si por algún motivo no le agradaba la *suite*, podía darle otra. O si tenía cualquier otro deseo...

—No, gracias —contestó Vincent—. Me gusta la que ocupo. Verde y oro eran mis colores en la escuela. Y la bañera es una preciosidad... ¡Si casi se puede nadar en ella! Otra cosa que me encanta es la vista. Resulta maravilloso contemplar el mar y la rompiente.

Hablaron del tiempo y de las playas de Nueva Jersey, Florida y Puerto Rico. Nancy era un tipo de mujer muy distinto de Linda. Las dos eran abiertas y miraban a la cara, pero Nancy procedía con cuidado y sin prisa, como si eligiese cada una de sus palabras, mientras que Linda era espontánea y decía lo que sentía. Un poco como Jackie Garbo, pero con clase. Vincent dijo:

—Tuve una interesante charla con mister Garbo. Me parece un hombrecillo obsesionado. Pero con buena información, ¿no?

—Se muere de ganas de que usted crea eso —confesó Nancy.

—Usted no le estima mucho, ¿verdad?

—Verá... ¡Mientras cumpla con su obligación!

Y se encogió de hombros, sin descuidar ni por un momento su postura de aparente abandono. Era siempre la modelo que lucía vestidos costosos y sabía sacarles provecho, fuese una u otra la moda del año. Linda podría servir de modelo para lápices de labios, con su boca entreabierta. Poco antes, había sentido deseos de morderle y arrancarle el labio inferior, pero sin hacerle daño... Eran las dos de una misma estatura, aproximadamente, y delgadas. Sin embargo, Vincent se decía que, desnudas una al lado de la otra, sus cuerpos resultarían distintos. Linda se quitaba el jersey, y debajo aparecían sus perfectos senos de pezones rosados, mientras la cabeza todavía estaba cubierta por la prenda de lana. Estaba convencido de que Nancy, en cambio, usaba sostén, y de que tendría el pecho tan moreno como el resto de su cuerpo. Vincent pensó que nunca había visto un culo bien tostado por el sol. Del mismo modo que Linda era la primera mujer que veía sin unas partes más morenas que otras.

—Está decidiendo a qué va a jugar —dijo entonces Nancy.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Vincent con una sonrisa.

—Apuesto algo a que le atrae el *black-jack*.

—Acertó.

—¿Querrá jugar con fichas verdes o negras?

—¿Qué cuestan las verdes? ¿Veinte...?

—Veinticinco. Las negras, cien.

—¿Invitarían a alguien que sólo jugara a las máquinas tragaperras?

Teddy paseó por

Bally's

, el Claridge y el Sands sin ver a ninguna chica que fuese su tipo. La mujer de sus sueños debía ser de estatura mediana, poco corpulenta, con el pelo teñido o peluca, y jugar a las máquinas tragaperras con un gran recipiente lleno de monedas en una mano,

y un vaso encima del mostrador. Un cigarrillo colgando de una de las comisuras de la boca era buena señal, y si además tenía la voz ronca, era sin duda la mujer que buscaba. A eso de las ocho, los casinos se llenaban de ansiosos gastadores, y durante largas horas serían el centro de incesantes centelleos y sonidos de timbres. Teddy creyó que había agentes de seguridad, con sus placas indicando el nombre y sus *walkie-talkies* en la mano, para controlarle. En realidad no era así, pero él se lo imaginaba. Lo mismo le sucedía al conducir: veía a un guindilla, y ya se ponía nervioso. La noche anterior sí que había tenido motivo para asustarse. ¡Mira que abrírsele de aquella manera la puerta de la habitación del hotel! Así sin esperarlo, cualquiera se hubiera cagado de miedo. El plan era bueno... Sólo que el maldito policía se habría levantado para orinar, y en aquel momento oyó girar el pomo. De cualquier forma, la puerta estaba cerrada con dos vueltas de llave y un pestillo, con lo que tampoco hubiese podido entrar... Ahora había elaborado otro plan. Seguir al polizonte, que llevaba un Datsun, detenerse a su lado junto al semáforo y dejar que ese Mora le echara una mirada y se quedase boquiabierto... Él no agitaría la mano ni diría «hola», sino que se mostraría totalmente frío. Eso sí: cerciorándose de que había sido visto y reconocido. Saldría luego disparado, dejando que el policía le siguiera. Le haría ir por el bulevar Longport y pasar el puente John F. Kennedy para meterse en los marjales y, de pronto, se apartaría de la carretera. Mora se acercaría a su coche para mirar por la ventanilla, muy de cerca. Y, entonces, ¡pum, pum, pum! Sí; lo haría cuando tuviese algún dinero. Pero ¡mierda!, no tenía ni para poner gasolina al coche.

Teddy abandonó el Sands y se encaminó al Spade's Boardwalk, que constituía la siguiente estación en su busca de la vieja ideal.

Nancy le tomó del brazo y le condujo a través del vestíbulo en dirección a los ya familiares ascensores dorados. Vincent dijo:

—Creía que iba a enseñarme el casino.

—Y así es, pero quiero que lo vea como muy pocas personas pueden hacerlo.

Recorrieron el pasillo hasta llegar al departamento de vigilancia. Allí, Vincent vio la batería de monitores. Veinte imágenes a la vez: caras inexpresivas, auténticamente de póquer, esperando el turno de su carta; jugadores embobados ante las máquinas tragaperras; los más audaces, ante las de dólar... Sólo los que jugaban a los dados parecían divertidos.

—Podría pasar aquí la mar de rato —comentó Vincent.

—Pues aún no ha visto nada —dijo Nancy.

Le presentó a Francés Mullen, que apartó brevemente los ojos de una pantalla para excusarse:

—Ahora mismo les atiendo.

—Francés vigila la cámara de recuento —explicó Nancy, a la vez que señalaba los buzones recogidos de las mesas al final de cada turno, que eran vaciados por unos hombres que vestían monos sin bolsillos, para contar el dinero antes de trasladarlo a la caja general.

Cuando Francés terminó, dijo:

—¡Caramba! Veo una cara familiar... Usted jugaba al *black-jack* la otra noche, ¿no?

Vincent vio cambiar su expresión cuando la mujer echó una rápida mirada a Nancy, situada detrás de él.

—Gané cuatrocientos setenta pavos —comentó Vincent, imaginándose a sí mismo en una de las pantallas—. ¡Y juro que no hice trampa!

Estaba convencido de que Nancy tenía una foto de él.

—De haberlo intentado, aquí ya lo sabrían —contestó ella—. Aunque el *croupier* o el jefe no lo viesen, a Francés no se le escapa nada. Venga, que quiero enseñarle otra cosa.

Vincent siguió a Nancy por el corredor y a través de una puerta que conducía a una escalera metálica, una escala de barco, al fondo de la cual había un espacio oscuro, comparable a la armadura de un tejado; con la única diferencia de que allí se podía estar de pie y seguir una pasarela con barandillas, mirando hacia abajo desde ambos lados por un cristal ahumado por una cara, y al fondo se veían las salas de juego: las mesas, las máquinas tragaperras y la masa de jugadores y curiosos. Todo ello, a menos de tres metros de distancia.

—El Ojo del Cielo —dijo Nancy.

Teddy había leído en alguna parte que, en Spade's

, había más de mil seiscientas máquinas. No deseaba contarlas, aunque eso no habría sido imposible. Sólo era cuestión de recorrer las hileras y, de paso, buscar a la mujer de sus sueños. ¡Pero, señor, qué ruido hacían las máquinas tragadólares cada vez que una moneda caía en la bandeja! A él le gustaba más el tintineo de las piezas de veinticinco centavos; era un sonido más real, más familiar. También había máquinas para monedas de medio dólar, más pesadas pero igualmente ruidosas.

De vez en cuando, se detenía a jugar veinticinco centavos. Ganó cuatro pavos, los perdió, ganó cinco, avanzó con su pocillo de papel verde y, de pronto, ¡hombre, si delante tenía una mujer que jugaba en dos máquinas a la vez y había marcado su territorio con un vaso de *whisky*, dos pocillos de monedas y su bolso! La miró y comprobó que no hacía ningún movimiento inútil. Introducía una moneda, le daba a la manivela y se dedicaba a la otra máquina mientras la primera trabajaba. Si el dinero obtenido era poco, apenas se permitía una pausa para mirarlo. Metía piezas de medio dólar en los aparatos como si estuviera trabajando en una cadena de montaje. De cuando en cuando se permitía fumar un cigarrillo, pero eso era todo. «Esa mujer me interesa», pensó. Andaba alrededor de los sesenta, y sus cabellos, teñidos con alheña, hacían juego con el traje pantalón de punto gris y la blusa rosa.

Los cristales de sus gafas lanzaron destellos cuando miró a otra mujer, voluminosa y pesada, que se había parado junto a ella, y le decía:

—Oye, Marie... Vamos al *Delikatessen* de enfrente para tomar algo.

Marie encendió un nuevo pitillo, arrojó una voluta de humo a la cara de la amiga y contestó:

—Adelantaos vosotros.

«¡Vaya personita independiente —pensó Teddy—. ¡Hazla ganar, Dios! Bien que se lo merece.»

Apoyado con ambas manos en la barandilla metálica, Vincent, observaba, a través del cristal, que formaba ángulo, una mesa de

black-jack en la que dos hombres y una mujer jugaban con fichas verdes. Veía perfectamente sus cartas.

—¡Queda esto tan cerca de todo! —exclamó.

—Sin embargo, desde abajo no se nota nada —señaló Nancy—. Formamos parte de esa decoración tan centelleante. A nadie se le ocurre mirar hacia arriba, además.

—¿Cubre el piso entero?

La mujer asintió, mostrando la longitud de aquella especie de pasarela.

—Llega hasta el extremo, da la vuelta al otro lado de la planta y retorna hasta aquí.

—¿Tienen personal que vigila desde este escondrijo?

—En ocasiones. Por ejemplo, cuando a través de un monitor se ha visto algo. Un jugador que se esconde una ficha detrás de la corbata, o la maniobra sospechosa de alguien que, digamos, intenta doblar su apuesta cuando el otro enseña sus cartas... En este momento estamos completamente solos —agregó Nancy, aproximándose tanto a él, que sus brazos se rozaron.

También ella miró abajo, y de paso dejó que Vincent la contemplara y sintiera su contacto y respirase su perfume, más penetrante que el de Linda; más caro.

Linda habría dicho: «Estamos solos», mirándole al estilo de las vampiras o poniendo, incluso, los ojos medio en blanco, al tiempo que se la cogía con la mano. Y él, por su parte, habría saltado sobre ella.

Pero las dos maneras podían dar resultado. El método de Nancy era más sofisticado y, por lo visto, surtía efecto, ya que él sentía la imperiosa necesidad de dar el siguiente paso. No obstante, no hacían más que jugar y flirtear un poco. Y eso nada tenía que ver con Linda, salvo que Linda asomaba una y otra vez a su mente y él necesitaba decirle, en su interior: «¿Qué hago? ¡No hago nada, muchacha...!».

El hecho de haber sido educado como un buen chico le hacía sentirse culpable, de repente, y estropeaba sus posibilidades. ¡Qué diantre! Linda era una amiga, y su vida, la música...

Nancy dijo:

—En alguna parte, ahí abajo, está Tommy. Con otro de nuestros buenos clientes.

Y le dio un ligero toque con el codo.

—Todavía no hablé con él.

—¿Sigue interesado en verle? —preguntó ella con voz muy queda.

Desde abajo llegaba una tenue mezcla de sonidos, semejante al zumbido de las abejas.

—No importa, en realidad. De cualquier forma, no creo que sepa nada referente a la muerte de Iris.

—Es usted muy considerado —dijo Nancy—. Tommy sabe muy poco de lo que ocurre por aquí.

Vincent guardó un discreto silencio.

—Casi siempre está bebido.

Nancy le daba ánimos, de este modo, para hacer el movimiento siguiente. La cosa no iba mal.

—Siempre creí tener vista para las personas, pero con Tommy me equivoqué de lleno. Me casé con él por un impulso..., no sé..., y lo hice demasiado aprisa...

Lo que decía ella, era: «¡Anda, vente conmigo! ¿A qué esperas?».

—Hablamos de negocios, pero hace meses que no... Bien; no importa.

«¿Qué es lo que hace meses que no...?», pensó Vincent.

Y Nancy respondería sin duda: «Que no dormimos juntos».

Los ojos de la mujer le invitaban. Y él no tenía nada que oponer. El silencio que les rodeaba, el ambiente, el instinto... Vincent, con delicadeza, volvió hacia él la cara de Nancy; sus bocas se encontraron, sintió su lengua y... debajo de ellos sonaron timbres, de súbito, como si se hubiera disparado una alarma de incendios. Con los rostros todavía juntos, y sonriéndole con sus bellos ojos castaños, dijo ella:

—¡*Jackpot!*

Entonces fue Vincent el que sonrió. ¿Por qué no, al fin y al cabo? Y cerró los ojos, igual que ella, entregándose a aquellos labios entreabiertos.

Marie había dejado de activar sus dos máquinas al sonar el timbre y empezar a brotar las monedas de cincuenta centavos, y aunque éstas dejaron de caer durante unos segundos, volvieron a salir luego

a chorro, algunas yendo a parar al suelo, donde ya había bastantes.

Teddy tomó un pocillo vacío y se agachó para ayudar a la mujer a recogerlas. Luego colocó el recipiente junto a su bolso, diciendo:

—¡Ey, acaba de ganar cuatrocientos dólares! No está mal. Yo también conseguí doscientos pavos, en Sands. Suerte, ¿no?

Marie alzó las cejas, satisfecha de sí misma, y le miró a través de sus gafas ahumadas, de montura gris con lentejuelas.

—Los demás se fueron a cenar. Yo les dije que, si uno espera ganar, tiene que jugar.

—Es la verdad —señaló Teddy—, y usted sabe manejar las máquinas, por lo que pude ver.

Marie volvió a dedicar la atención a sus ganancias, pero poco después miró al desconocido por encima del hombro.

—Oí decir que vale la pena insistir, porque siempre hay dinero dentro.

—Exactamente —respondió Teddy—. ¿Oyó hablar de frecuencia modulada? Pues bien: los *jackpots* están regulados de forma que suelten monedas a determinados intervalos, cuando hay mucha gente alrededor.

Marie confesó no estar enterada de eso. Teddy consultó su reloj.

—Mire..., dentro de unos veinticinco minutos pienso ir de nuevo a Sands, donde, sin duda, alguna máquina arrojará monedas de medio dólar. Las vigilo todo el día. Vivo aquí cerca.

—¿No me estará tomando el pelo? —dijo Marie.

—No me cree, ¿verdad? Llevo estudiando las máquinas tragaperras desde que inauguraron Resorts, el primer casino. Ni siquiera necesito trabajar. ¿Ve esto? —agregó, sacando de su bolsillo una moneda de veinticinco centavos—. Llevo ya ganados mil novecientos setenta y ocho pavos con ella.

—¿Habla en serio? —preguntó Marie.

—Tengo esta monedita desde haces seis años. Nunca perdí, con ella. La sostengo encima de la ranura, y sé cuándo va a salir dinero y cuándo no.

—¡Y usted espera que me trague eso!

—Yo me voy a Sands. ¿Me acompaña?

—No lo sé... Sands es el siguiente, calle arriba... ¿No es así?

—Tardaremos quince minutos.

—Primero he de ordenar mis ganancias.

—¡Dese prisa, pues!

Debía actuar como si fuera hijo suyo. Si la mujer tenía hijos, le parecería natural que él se mostrara gruñón. Y acertaba: Marie tenía tres hijos varones, ya crecidos. Había llegado en autobús, procedente de Harrisburg, donde trabajaba de cajera en un supermercado. A las nueve debía tomar el coche de regreso. Una vez en el Boardwalk, Teddy le dijo que tenía el tiempo justo para ganar otro pocillo lleno. ¿No había quedado una noche preciosa, después de tanta lluvia? Explicó, también, que de chiquillo solía ir con sus amigos por debajo del Boardwalk y mirar a las engalanadas chicas a través de las rendijas. Lo llamaban «ver las estrellas».

—Me parece que era bastante diablillo, ¿verdad? —dijo Marie.

Teddy señaló al cielo.

—¡Mire cuántas estrellas hay ahora!

Marie obedeció.

—¡Ay, Dios mío...! —exclamó Teddy—. ¡Se me ha caído la moneda de la suerte!

Enseguida se puso de rodillas, apoyándose además en las manos, para escudriñar entre las rendijas.

Marie se inclinó también.

—¿La ve?

—Cayó abajo. ¡Necesito encontrarla! Estoy seguro de que está aquí mismo, debajo del tablado —dijo con cara de preocupación—. ¿Tiene usted un encendedor?

—Sí, pero...

—Venga conmigo. Sé que podemos encontrar mi moneda...

20

LA

DONNA

DIJO:

—¿Quieres que te vomite dentro del coche?

Intentaba hacer comprender a Jackie que estaba horrorizada, y que físicamente se resentía de ello.

—Sabes cómo me encuentro —añadió—. ¿Cómo puedes pedirme que haga algo que me enferma?

Entre su lenta pronunciación amuñecada de Tulsa y el dialecto de Jackie, propio de un clan que solía vivir en el Bronx y que sonaba lastimero —probablemente tampoco tenía muchos ánimos el hombre, en ese momento—, no era fácil llegar a un acuerdo. Trataba él de que LaDonna se hiciera cargo de la importancia de esa cena.

—Necesito hablar con él.

—Continuamente habláis por teléfono.

—Cara a cara es distinto. Tengo que explicárselo sentados a una mesa. Es lo que él quiere, ¿no? ¡Pues así lo haremos!

—¡Pero yo no puedo ir allí!

—Siempre te consigo lo que necesitas, y te ayudo en todo...

Le estaba sirviendo un tequila con zumo de lima, bien helado, que acababa de sacar del mueble bar situado junto al pequeño televisor.

DeLeon Johnson lo seguía todo desde su asiento delantero, ya que iba al volante, como si escuchara un *sketch* radiofónico. De vez

en cuando echaba una mirada al espejo, y veía sombras y movimientos. Pero Jackie había corrido el cristal separador, para quedar más aislado. Y, por si fuera poco, a DeLeon le daban todos los faros en los ojos, de modo que apenas veía nada. El Cadillac negro se hallaba aparcado en la parte norte de Fairmont Avenue, frente a *La dolce vita*, cuyo anuncio de «Auténtica Cocina Italiana» parpadeaba en rojo, mareando a la joven. Tenían que reunirse con Frank el Ching para cenar, y LaDonna ya no sabía qué hacer para rehuir el compromiso.

DeLeon había pulsado el botón para subir el cristal separador, pero luego lo bajó un par de pulgadas mientras los de detrás discutían, con objeto de enterarse de algo. No era un extraño, y Jackie podía desear que escuchara y fuese testigo. No importaba que se llevara un chasco o quedara en ridículo delante de cualquier italiano. (Jackie les llamaba «espaguetis de mierda», y una vez le dijo DeLeon: «Perdone usted, pero mi abuelo era italiano», y entonces Jackie explicó que no se refería a todos los italianos, sino únicamente a ciertas ratas...) Pero Jackie no deseaba testigos mientras hablaba con LaDonna, que tenía esos ataques de histeria y a la que no sabía cómo manejar en momentos semejantes.

—¡Entra tú! —dijo ella—. ¿Para qué me necesitas ahí dentro? ¡Yo espero fuera!

DeLeon dirigió una risita al espejo. «¡Suéltaselo, nena!»

A lo mejor estaba en casa conversando con LaDonna, enseñándole cómo conservar la calma —es decir, cómo respetarse a sí misma a cambio de tragar un poco de mierda—, y entraba Jackie hecho un basilisco, porque creía que les iba a encontrar haciéndolo. ¡El muy imbécil! Había sitios de sobra donde DeLeon podría llevar a LaDonna, pero eso sería un resbalón; equivaldría a decir: «Monto una vez a esta reina de belleza, pero soy el segundo de a bordo». Se apuntaría un tanto, y nada más. Nunca sería como con aquellas mocitas de Puerto Rico, divertidas como ellas solas, capaces de cualquier cosa y siempre dispuestas a proporcionarle el máximo placer. Hubiese querido estar en Puerto Rico, en vez de tener que oír aquí las palabras de Jackie, que decía:

—¡No es que te *necesite*, mujer, sino que quiero tenerte conmigo para que ese animal del Ching se comporte mejor! Si no le gusta lo que le digo, nada le costaría atravesarme la mano con el tenedor.

—Hoy pasará algo —dijo LaDonna—. Estoy segura de eso.

—Eso lo hacen en las películas. En *El padrino*, por ejemplo.

—Y lo lees en los periódicos, y ves cosas así por la tele.

—Típico del sur de Filadelfia. Ven de una vez, que pasan de las ocho. ¡Dios, si son las ocho y veinte!

—¿Cómo tengo que hacértelo comprender? —exclamó LaDonna—. Ese hombre que trabaja para Tommy es el único, de todos vosotros, que resulta un poco simpático. Cuando le dije que no podía comer con personas de tal calaña, contestó: «No me extraña. Yo tampoco podría».

DeLeon miró por el espejo cuando Jackie inquirió:

—¿Quién es ése que trabaja para Tommy?

—Aquel de la barba. Ya sabes a quién me refiero. Es muy agradable.

DeLeon oyó explotar a Jackie:

—¿Qué dices? ¡Cielos! ¿Hablaste con él?

Al instante, Jackie dio unos golpes en el cristal separador.

—Entra y dile a ese Ching que nos retrasaremos otro par de minutos. Tengo que hacer una llamada. Invítale a tomar algo, entre tanto.

Cuando DeLeon salía del coche, oyó que Jackie preguntaba a LaDonna:

—Bien... ¿Cuándo hablaste con ese individuo?

Primero, Ricky Catalina había decidido que no le convenía recurrir a nadie de su familia. Era mejor buscar ayuda fuera de ella, entre tipos que actuaran sin interés personal: simples músculos que cobraran por su trabajo.

A última hora de la tarde recorrió Boystown hasta dar con una pareja de pesos pesados. Estaban en Snake Alley vendiendo marihuana casera y hojuelas de perejil espolvoreadas con PCP, a la vez que explicaban a unos *gays*, que vestían chandal y llevaban cintas sujetas a la cabeza, cómo el polvo dilataría sus mentes y sus cuerpos, haciéndoles casi crecer alas. Los dos traficantes iban sin mangas, pese a que la temperatura exterior era de nueve grados, para lucir sus músculos, sus tatuajes y su mascota, que era Hagar el Terrible, el de los cómics. Ricky logró hablar con ellos en un bar, les

expuso el asunto con ojos soñolientos, y los tipos dijeron que sí sin pensárselo dos veces. Cualquier cosa loca o destructiva les parecía bien.

Uno de los dos, llamado. Bad Isham, había resultado con quemaduras graves al saltar por los aires su laboratorio, situado allá en los Barrens. Un lado de su cara era sólo una reluciente cicatriz, y le faltaba una oreja. El otro, Weldon Arden Webster, era famoso por su habilidad para fabricar explosivos. Éste le dijo a Ricky:

—Si te divierte, puedo volar un coche desde el otro extremo de la calle.

—Bien —contestó Ricky—, pero no quiero que vuele el tío. Me interesa darle un buen susto. ¡Que salga espantado, al oír la explosión!

Weldon propuso entonces:

—Si quieres una cosa bien hecha, le conecto los cables.

—¡Quiero hacerlo yo! —declaró Ricky.

—Conforme. Te doy una caja de control remoto.

—Me interesa que él me vea hacerlo. ¿Entendido? Se trata de un asunto entre él y yo.

El profesional gruñó:

—¡Bonita idea de cómo hacer las cosas tenéis los profanos!

Y Bad Isham añadió:

—Ese individuo no será el único que te vea, Ricky... Déjame pensar...

El problema de recurrir a esa clase de hombres consistía en que —apoyados como estaban siempre en una mesa, haciendo saltar los músculos de sus enormes brazos al mismo tiempo que bebían sus cervezas mezcladas con aguardiente— la idea pasaba a ser suya, de pronto, y ellos querían decidir lo que convenía hacer. Ricky fijó sus cansados ojos primero en uno y luego en el otro.

—¿Habéis acabado? ¿Habéis acabado?

—Aquí, ahora no hay más que turistas —dijo Ricky—. ¡Con los precios que han puesto! Excepto en algunos de estos bares, los tíos andan haraganeando por los locales y hacen apuestas locas. Supongamos que tú, Weldon, entablas pelea con cualquiera y se arma algo de ruido. La ayuda llega enseguida de la parte dedicada a restaurante. «¿Qué diablos pasa?» En Reno aparece el chófer del tío... ¿Conocéis Reno? ¡Claro que sí; sin duda recorrísteis todo

aquello! Pues bien... En cuanto al tipo... —Ricky no estaba dispuesto a dar su nombre—; yo entro por aquella puerta, procedente del estacionamiento para coches, le saludo y vuelvo a salir. El auto está en la calle lateral. Tú, Isham, coges un coche y lo conduces. Eso es todo.

¿Acaso no era suficientemente sencillo, incluso para un par de cerriles vendedores de droga?

Bad Isham dijo:

—Hagámoslo al revés. Weldon conduce, y yo entro en el bar.

—¡Y una mierda! —protestó Weldon.

Ricky vació su vaso de *whisky* mientras ellos discutían sobre quién era más audaz y puerco, quién había sacudido a más civiles, golpeado a más policías, y contra quién había habido más cargos. Ricky les escuchaba, preguntándose cómo unas personas podían llegar a aquel grado de embrutecimiento. ¡Tanto músculo de mierda! Ya podían irle a él con todo ese alarde de fuerza, que lo único que les diría, era: «¡Estáis locos los dos!» Y, de poder ser, haría unos cuantos agujeros en sus corpachones. No había manera de entenderse con semejantes tipejos. Si le preguntasen cuál de los dos era más bruto, no sabría qué contestar. Por consiguiente, dijo:

—¡A ver si acabamos de una vez, maldita sea! Dejaremos el coche en la calle lateral. Si tantas ganas tenéis de pelear, meteos dentro y reñid hasta que voléis por los aires.

A las ocho de la tarde estaban sentados en el bar *La dolce vita*, con varias cervezas y copas de aguardiente delante de ellos. Empezarían a pelearse como en las películas, dejarían tendido en el suelo a cualquier transeúnte y, por poco que pudiesen, armarían una pelotera formidable... Pero cuando Weldon se volvió y arrojó su cerveza a la cara quemada de Isham, éste quedó desconcertado. ¡Vaya manera de iniciar las cosas! Indignado, le soltó un revés acompañado de un puñetazo en el estómago, que envió al suelo a Weldon y a una persona que nada tenía que ver con ellos. No contento con eso, Isham barrió el bar de botellas y copas...

El estrépito hizo asomar, alarmada, a la gente que cenaba en el comedor, separado por un arco del espacio destinado a bar, como unas luminosas letras rojas indicaban.

Ricky pasó por delante del perchero situado en un vestíbulo lateral, hasta detenerse junto al mostrador del cajero. Tomó una pastilla de menta de un platito y se la metió en la boca mientras echaba una mirada a su alrededor. Las paredes, estucadas presentaban paisajes del norte de Italia y canales venecianos. Vio seis mesas ocupadas por personas desconocidas, hasta que, en un rincón algo apartado, halló a Frank Cingoro sentado solo a una mesa para cuatro, con una bandeja de entremeses y una botella de vino tinto delante. Comía el hombre pimientos con gambas, que acompañaba con tragos de vino. No levantó la vista hasta que Ricky se colocó a su lado, de espaldas al local.

—No vale la pena apostar por ninguno, en esa pelea... ¿Verdad, Frank?

—¡Bah! Un par de patanes —contestó el Ching, mirándole por encima de sus gafas de montura negra—. ¿A quién le interesa eso? ¿Y tú, qué tal, Ricky? ¿Te van bien las cosas?

—No pareces sorprendido de verme.

—¿Es lo que esperabas? —dijo Frank Cingoro, el Ching, a la vez que, con un palillo, pinchaba una gamba y la untaba con salsa antes de metérsela en la boca—. Siéntate, si quieres, mientras llegan Jackie y su chica. Si ese tipo va al lavabo, soy capaz de pegarle un morreo a LaDonna.

—Sigues con tu jodida sangre fría, Frank. Necesito decírtelo. Los viejos no tenéis remedio.

—¿Qué edad supones que tengo, Ricky?

—Sesenta y pico... Quizá sesenta y tres.

—¿Cuántos años me haces?

—No sé... Tal vez sesenta y dos.

—¿Cuántos?

—¡Cuerno! Puedes tener sesenta...

—¿Cuántos?

—Unos sesenta, digo.

—¡Cincuenta y ocho, animal!

—Bueno, y puede que no cumplas muchos más —le soltó Ricky, llevándose la mano al bolsillo de su chaqueta de cuero.

El Ching tenía una gamba enganchada a un palillo, muy cerca de la boca. Vaciló, la mantuvo allí e inquirió:

—¿Qué demonios haces aquí, Ricky?

—¿Cómo? —dijo Ricky—. Yo puedo oírte, Frank. Estoy en Brigantine. Estuve allí toda la noche.

Extrajo del bolsillo una 38 Special, envuelta en papel higiénico desde el puño hasta unos cinco centímetros de cañón... Un «regalo» que presentó con ambas manos... Apretó el gatillo a través del fino papel, apuntando contra la gamba en el palillo, y disparó cinco veces seguidas, hasta que el papel se incendió. Rápidamente tuvo que arrancar del arma el resto de papel, alzó la bola formada con él y dejó que el revólver se desarrollara solo para caer sobre el blanco mantel.

DeLeon lo vio, y también presencié cómo Frank se desplomaba detrás de la mesa. Vio dar media vuelta a Ricky y avanzar por el local con una pelota de papel chamuscado en la mano. El menudo petimetre apartó la vista de las demás mesas y se encaminó al bar, donde aún seguía el jaleo armado por los dos matones.

DeLeon retrocedió hacia las prendas colgadas de las perchas, que no le permitían esconderse, dado que le sobresalían la cabeza y los hombros. Pero allí se quedó sin mover ni un músculo. Y no tardó en pasar Ricky, tan tranquilo. Al verle, alzó la vista y sólo demostró una ligera sorpresa. DeLeon se adelantó, le plantó un codazo, se abalanzó sobre él, golpeándole con terrible fuerza en la cara y, al agarrar su cuerpo antes de que cayese, oyó el crujido de un hueso roto. DeLeon sujetó rápidamente a Ricky por la chaqueta y dejó que se doblara sobre sus rodillas, lentamente, hasta quedar en el suelo. El muchacho no había perdido el conocimiento, pero era evidente que sufría. ¡Vaya con el engreído de Ricky! DeLeon levantó una bota del número 48 para ponerla encima de su rodilla y mantenerle inmóvil, dispuesto a decirle que esperara, porque alguien acudiría en su ayuda. Pero se contuvo. Una idea había cruzado su mente. Al menos, parte de una idea. Hizo poner de pie a Ricky y le sostuvo agarrándole por debajo de un brazo.

Ricky musitaba:

—¡Ay, mi hombro, mi hombro...!

Casi no podía andar, pero DeLeon le sacó por la puerta lateral y, una vez en la esquina de Fairmount Avenue, el guardaespaldas de Jackie advirtió a Ricky que, si no se contenía, iba a arrojarle delante de un coche. Cuando el semáforo detuvo el tráfico, le condujo al otro lado de la calle. Así que alcanzaron el enorme

Cadillac negro, DeLeon abrió el maletero, hizo meterse dentro a Ricky y lo cerró con cuidado.

Jackie, que sólo tenía ojos para la gente que salía del restaurante y del bar, no se enteró de nada, ya que, además, las ventanillas del coche tenían los vidrios ahumados. DeLeon lo había conseguido. Antes de que Jackie pudiese preguntarle nada, dijo él:

—¿Prefiere ver llegar a la policía, o que nos marchemos ahora mismo?

Durante la cena, Nancy habló y Vincent se dedicó a escuchar. De vez en cuando sonreía. La noche anterior, en la misma resplandeciente habitación, había escuchado a Linda hablar de música, de salones de recreo, sonriendo de continuo porque comprendía lo que ella sentía y se preguntaba cómo sería una vida en común, o incluso estar casados, unidos de manera definitiva.

Hoy, en cambio, sonreía por cortesía, sin sentir nada, mientras Nancy explicaba cómo ella se dormía cuando su primer marido, el atractivo y afable Kip, tomaba un martini tras otro y no cesaba de referir fastidiosas historias de perros con características humanas... La de un perdiguero pardo —el suyo— que escuchaba la información bursátil durante el desayuno...

Vincent fingía interés, pero pensaba: «¡Pobre jodido perro!».

—Luego, cuando Kip murió —prosiguió Nancy—, ¿qué podía hacer yo en Bryn Mawr? Jugar al tenis durante el resto de mi vida? ¿Seguir con aquella gente? ¡No, por Dios! Vine aquí y busqué una colocación.

Vincent hizo gestos afirmativos, no exentos de admiración. Después los hizo con simpatía, al hablarle ella de la afición a la bebida que tenía Tommy, de su actitud machista y de su alta tensión sanguínea. Tommy parecía ser un tipo bastante tratable, pese a todo. Nancy dijo:

—Hubiese querido cenar con nosotros, pero está muy ocupado...

—Una pausa—. Creo, la verdad, que hace juegos de vídeo con su computadora. Le gusta el Burrito Kong.

Tanto escuchar, asentir... Vincent pensó que no pasaría mucho antes de que aquella mujer le hiciera una proposición en serio. Nancy entraría en detalles. Tenía dinero, una posición, contactos

con elementos prominentes de la sociedad. Poseía un equilibrio, un estilo personal y... era muy guapa. ¿Qué más? Tendía a besar con demasiada insistencia, pero eso no era un problema. Poco le faltaba para mandar a paseo a su marido. Sólo había un inconveniente...

La mujer le acompañó al último piso del edificio, reservado para los peces gordos y sus invitados. Estaba casi vacío, aquella noche, sólo tenuemente iluminado por unas discretas lámparas rodeadas de vidrio.

Tenían a sus pies toda Atlantic City cuando Nancy murmuró, entre sorbo y sorbo de coñac:

—Podría hacerte rico.

—Es lo que siempre deseé —dijo Vincent.

Nancy vaciló, mirándole con seriedad.

—No hablo en broma.

Él preguntó a su vez:

—¿Por qué?

Era más importante que el «cómo».

—Creo que sería divertido.

—¿Trabajando para ti?

—Para

Spade's

—No entiendo nada de eso.

—La mitad del personal más destacado en esta clase de negocios, no entiende nada de nada. Antes eran algo, y eso es suficiente. Tú eras detective de la policía.

—Y lo sigo siendo.

—¿Cómo conseguiste esos doce mil dólares envueltos en cintas de goma?

—Tuve suerte.

—Yo también la tengo. Por eso sé que valdrías para el negocio. No tienes intención de jugar, ¿verdad? —preguntó por encima de la copa.

—Tengo el presentimiento de que no puedo perder.

—Eres muy astuto, Vincent. Fácilmente se te podría juzgar mal. Pero yo creo que te conozco, y mis corazonadas suelen dar en el clavo —señaló, bebiendo otro sorbo—. Podría convertirte en actor, Vincent, y proporcionarte un papel importante en una película

dentro de seis meses. ¡Te lo garantizo! Por eso sé, y lo repito, que tu colaboración aquí sería un éxito. Puedes serme muy útil, Vincent.

Eso era lo que él temía.

—Te gustará. Estoy segura.

—¿Y por qué me eliges a mí?

—No seas modesto.

—Hablo en serio. Recuerda que soy policía.

—No, Vincent. Estás a un paso de ser todo un señor vicepresidente de... Todavía no lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. Con un sueldo inicial de... digamos ciento cincuenta mil. ¿Qué tal te suena eso?

—¿Con coche?

—¡Naturalmente!

—¿Tendría que ir siempre muy bien vestido?

—Yo te ayudaré a elegir algunas prendas —dijo ella con encantadora sonrisa.

—¿Y dónde vivirá?

—Donde quisieras. Longport es un sitio bonito. Ya te encontraríamos algo adecuado.

—¿No ibas a tenerme en un apartamento?

—Eso sería impropio.

—Y... ¿cuántas veces por semana debería acostarme contigo?

Vincent creyó que la mujer iba a arrojarle el coñac a la cara, pero no lo hizo. Dejó la copa y se levantó. Detrás de ella parpadeaban las luces de Atlantic City. Cuando hizo ademán de marcharse, Vincent la llamó.

—Nancy...

Ella siguió de espaldas unos momentos, tomándose tiempo antes de volver a mirarle.

—¿Qué quieres?

—¿Aún soy un invitado de la casa?

No era una forma cortés de actuar. Podría haberlo dicho de otra manera. Ni siquiera hubiese estado mal un simple «No, gracias». Al mismo tiempo, Vincent encontraba que sus palabras no estaban más fuera de lugar que el ofrecimiento de ella. ¿Cómo iba a nombrarle vicepresidente del casino, sólo basándose en su presunto don para

olfatear una habilidad latente? Por otra parte, ¿cómo podía suponer él que a Nancy le interesara su físico, teniendo en cuenta el gran número de hombres de pelo bien cortado y elegantemente vestidos que había a su alrededor? Salvo que quisiera hacerse uno a su gusto, con materiales bastos, y utilizarlo como macho... Podía haber cometido un error. No al rechazar el ofrecimiento, sino al presuponer lo que ella deseaba en realidad.

Vincent bajó a sus habitaciones para cambiarse de camisa — había llevado dos noches seguidas una blanca— y ponerse una azul, que por cierto quedaba bien con su nueva chaqueta deportiva, y coger el arma. Eran las nueve y media, y Linda actuaba en Bally's

a las diez. Era su debut. Se detuvo a contemplar brevemente la urna colocada encima del tocador: una pobre Iris metida en acero inoxidable, sin diamantes ni todo lo que había venido a buscar a Atlantic City...

Sonó el teléfono. Sería alguien del hotel, para anunciarle con voz fría que el plazo de su invitación había terminado.

Pero era Dixie Davies. Quería que fuese uno de los primeros en enterarse: Frank Cingoro había muerto a tiros una hora antes, en un restaurante italiano de Fairmont Avenue.

—Uno diría que esos tipos podrían haberse acostumbrado a otra clase de comida, ¿no? Parece que fue un individuo costilludo, moreno, de chaqueta de cuero, que entró y salió. Nadie se fijó bien en su cara, pero... ¿a quién te suena? Enviamos un coche a casa de Ricky. Allí no está.

—A esas horas estaba en Brigantine. Con unos ocho testigos.

—Ahí debiera estar yo —gruñó Dixie—. Sentado en casa delante del televisor. Pero no sólo me largan este caso, sino también otro, para cuando acabe las averiguaciones del primero. Una mujer de cierta edad fue encontrada debajo del *boardwalk* de Kentucky Avenue. Un individuo la pisoteó. Ella parece ser de Harrisburg, de modo que vamos a ver si vino en uno de los autocares de turismo, si pertenecía a un grupo, quién la vio por última vez, etcétera.

Vincent pensaba en Ricky y Frank Cingoro, pero preguntó:

—¿Y qué le pasó a esa mujer?

—El tipo la mató a golpes, seguramente le robó todo cuando llevaba encima, y, por lo visto, la violó, porque le había quitado las

bragas.

Ricky y el Ching se borraron de su mente, y de manera espontánea acudió a ella un nombre. Podía tratarse de un simple reflejo, pero el nombre se le había grabado y Vincent lo repitió hasta pronunciarlo en voz alta:

—¡Teddy Magyk!

21

FAROS de coches patrulla iluminaron la escena y penetraron en la subestructura del *boardwalk*. En la parte enmaderada del extremo sin salida de Kentucky Avenue había varias personas. Los conos luminosos de las linternas recorrían la oscuridad, se introducían por debajo de la estructura y se deslizaban también por el marco exterior del lugar del suceso. Cerca de Vincent surgían y se apagaban sonidos, voces que brotaban de coches patrulla y radioteléfonos. Luego, el silencio. Vincent aguzó el oído para percibir el ruido del cercano mar. Aguardó entre los vehículos de la policía y, a la vez, repasaba todo cuanto pudo recordar con respecto a Teddy Magyk, procurando situarle aquí o allá... Podía ser un tiro a larga distancia, pero no importaba, porque la primera sentencia de Teddy había sido en Nueva Jersey, y su madre se había trasladado luego de Nueva Jersey a Miami, para asistir al juicio. Vincent no podía apartar esa idea de su pensamiento, y fumaba un cigarrillo tras otro.

Recordaba perfectamente a Teddy en San Juan, conduciendo un Datsun. A Teddy en la playa. A Teddy en taxi, primero, y luego en el coche alquilado. También le parecía verle durante el juicio, casi ocho años antes; en la primera fila nunca faltaba una robusta mujer de cabellos rubios. Vincent se dijo que, como mucho, jugaba con una posibilidad muy remota. Porque, si la presencia de Teddy resultaba tan lógica ahora, ¿cómo no se había acordado de él antes? Pero el instinto le decía: «No importa. Vas por buen camino».

Dixie se apartó del círculo de luces y comentó:

—Lo único bueno del caso es que se trata de un suceso reciente. Por regla general pasan días antes de que uno descubra un cadáver ahí abajo.

—Con un poco de suerte, antes de mañana puedes tener solucionados los dos casos —dijo Vincent, procurando que su voz sonara tranquila y espontánea—. Quizá tengas la suerte cerca. Arresta a Ricky. Sabes que le tienes a tiro.

—Sé que fue Ricky, sí, pero nunca había oído hablar de ese otro tipo. ¿Teddy?

—Magyk. Cumplió condena en Yardville, por violación.

—¿Dónde vive?

—Lo ignoro, pero hay una manera de averiguarlo. Está registrado por ordenador. Pulsa cinco teclas, a ver si es tu noche afortunada. Ese Magyk es un criminal de marca mayor. En Miami Beach violó a una vieja, y por poco la mata.

—¿Dónde cometió el delito por el que fue a parar a Yardville?

—Tampoco lo sé, pero el tipo procede de Camden. Trata de indagar algo acerca de su madre. Ese Teddy se dirigió a San Juan... ¿Qué dirías tú de un tío que acaba de salir de la cárcel y ya tiene dinero para pagar un hotel y alquilar un coche? Bueno, quizá se lo diera su mamaíta.

Dixie miraba hacia las luces con el ceño fruncido. Luego se volvió hacia Vincent.

—¿Es ése el tipo que la tiene tomada contigo?

—También pudiera ser él quien intentó disparar contra mí la otra noche. Poco vi, porque era oscuro, pero sí lo suficiente para creer que era él... Y la descripción que Jimmy Dunne te hizo del chico que subió la cena al apartamento donde estaba Iris, también encaja...

—¡Un momento! —dijo Dixie—. ¡Sólo un momento! Estábamos hablando de un asesinato. El de la mujer del *boardwalk*.

—Sí, pero precisamente ésa es la especialidad de ese puerco —señaló Vincent—. Mira, tú me hablaste de ello por teléfono, y es como si tú dices «caliente» y yo digo «frío». ¿Me entiendes? Tú me explicaste que una mujer ya mayor había sido violada y muerta a golpes, y a mi mente acudió de inmediato el nombre de Teddy Magyk. Pero en este caso hay algo más, y todo junto me hizo pensar en ese tipo.

—¿Qué más hay?

—Conocía a Iris. La había visto conmigo.

Dixie se llevó la mano al bigote y empezó a atusarse uno de los extremos.

—¿Ah, sí?

—Teddy abandonó San Juan el mismo día que ella. Llama a la Eastern Company para comprobar si fueron en el mismo vuelo. Averigua su destino. Si tú no lo haces, lo haré yo. Pero tú puedes conseguirlo todo con más rapidez.

Dixie pareció asentir, a la vez que reflexionaba. De pronto se interrumpió.

—¿Cómo estás tan seguro de que es él?

—No estoy seguro, pero me lo dice el instinto, y suelo poder fiarme de él.

—Entonces no entiendo cómo no le mencionaste antes.

—Porque vosotros partís de la base de que siempre tiene que tratarse de tipos matones. Y ese Teddy nunca caminó al mismo ritmo que Ricky, el colombiano, Jackie o cualquier otro de esos tipos. No llama la atención. Parece un muchacho que vaya vendiendo helados. Si pasa por la calle, no te volverías a mirarle. No es persona que invite a la disputa, como sucede con otros sujetos; ni te vienen ganas de fastidiarle, a primera vista. Teddy tiene un aspecto totalmente inofensivo. ¡Y ésos, precisamente, son los peores!

Dixie hizo nuevos gestos de afirmación.

—Está bien; ya le controlaremos.

—¿Cuándo?

—En cuanto sea posible. Te llamaré. ¿Dónde puedo alcanzarte? ¿En tu *suite*, tomando un baño?

Vincent vaciló brevemente, antes de contestar:

—Sí; estaré allí.

Abrió la puerta de la *suite* pensando en Linda. Estaría molestísima por no haber acudido él a aplaudirla...

A medio movimiento quedó inmóvil. Dentro había luz. Instintivamente introdujo la mano debajo de la chaqueta. Reconoció una voz, la de DeLeon, que decía:

—Hace frío fuera. ¡Entra, que nadie te hará nada!

DeLeon se hallaba instalado en una espléndida butaca dorada, de líneas aerodinámicas. Se había preparado un trago, y sus pies descansaban sobre la mesa de cóctel, que era de vidrio. En el sofá estaba LaDonna, frente a la ventana en que se reflejaba la habitación. Había vuelto la cabeza para mirarle por encima del hombro, y su expresión era... ¿solemne, quizá?

¿O vacía? Sostenía el vaso con ambas manos, sin apartar la vista de él.

—Tenías las luces apagadas, ¿no? —dijo DeLeon en tono relajado, como si estuviese en su casa—. Cuando entramos, estaba todo a oscuras.

—En el bar hay una pequeña nota —señaló Vincent—, en la que se ruega a todos los clientes que apaguen las luces al abandonar la habitación. Para ahorrar electricidad. Abajo ya las han de tener encendidas constantemente, y tal vez sean más de mil.

—Como poco —respondió DeLeon—. Este sitio es una locura.

Bajó de la mesilla sus lustrosas botas y se puso de pie sin apoyarse en la butaca.

—¿Qué te preparo?

—Un *whisky* —dijo Vincent de cara a LaDonna, avanzando hacia ella—. ¿Qué ocurre?

—La chica está trastornada —explicó DeLeon.

—Por poco me matan —añadió LaDonna.

—¡Bueno, bueno, no exageres ni mientas, muchacha! Cuéntale la verdad.

—Podrían haberme matado. Pasó exactamente lo que yo temía que pasara. ¿Lo recuerda?

Miraba a Vincent, vuelta hacia atrás y con el vaso apoyado en el respaldo del sofá. El policía recorrió brevemente, con la vista, la parte delantera de su vestido de color púrpura. Aquella mujer parecía demasiado sana para estar pesarosa.

—Lo recuerdo, sí.

—Pues bien... ¡Sucedió!

Vincent la miró a los ojos y observó, también, su cara. Había estado llorando. Comprendió entonces lo que LaDonna quería decir, y preguntó:

—¿Estaban allí, con el Ching? ¿Usted y Jackie?

—Ella no estaba allí por milagro —explicó DeLeon—. Estás enterado, ¿no? Claro, como tú tienes contacto con la policía —agregó, al mismo tiempo que le ofrecía la bebida; un gigantón a su lado, pero de cara totalmente inexpresiva—. Me parece lógico que lo sepas... Siéntate, que tenemos algo que hablar. Tú, LaBaby, vete al dormitorio y descansa. Te sentará bien.

—No. Prefiero quedarme y ver qué pasa.

—¡Si no vas a ver nada, pequeña! Retírate y cierra un rato esos bonitos ojos. Ya entraremos de cuando en cuando, por si necesitas algo.

LaDonna dejó los zapatos en el suelo y salió de su rincón con paso inseguro. Se la notaba realmente impresionada. Vincent le dio una cariñosa palmada en el hombro. La joven le dedicó una mirada de «¡pobre de mí!», intentando una sonrisa. Era demasiado mujer y estaba demasiado bien formada para que se la llamara «baby»... DeLeon la siguió a la alcoba y dijo que podía dejar la luz encendida, si lo prefería, y que no cerraría la puerta del todo, no...

De regreso en el salón, comentó:

—¡Qué tetas tan preciosas! ¿Te fijaste?

—Esa chica necesita ayuda —indicó Vincent.

Quizá pudiese hablar con ella. Se sentó en el sofá al mismo tiempo que DeLeon se instalaba de nuevo en la butaca.

—¿Cuánto mides? —preguntó de pronto—. ¿Uno noventa?

—Uno noventa y siete, en calcetines.

—Y debes de pesar unos ciento veinticinco kilos.

—Me conviene bajar algo.

Vincent se inclinó para dejar su vaso encima de la mesa, se introdujo luego la mano debajo de la chaqueta y se sacó de la cadera la Smith automática, que colocó a su lado, sobre un cojín, para tenerla a punto.

—Ahora, el más fuerte soy yo —dijo—. Puedo preguntarte a qué viene esto de entrar en mis habitaciones y actuar como si estuvieras en tu casa. No olvides que, si no me gusta lo que dices o, simplemente, me molesta el tono de tu voz, puedo echarte de una patada y quejarme a la dirección.

Era preciso que lo dijera. Pero también tuvo que añadir:

—Sin embargo, siento curiosidad y has sabido despertar toda mi atención.

DeLeon sonrió.

—Eres mi hombre, en efecto. Lo sabía. Lo supe al ver cómo te abrías camino hasta aquí y conseguías ser tratado como un cliente de preferencia. Me dije: «He aquí un policía que piensa». Debo presentarte disculpas, desde luego. En primer lugar, por sacarte del despacho de Jackie como lo hice. Lo siento de veras.

Y en segundo, por penetrar en tu *suite*. Pero tenía que ocuparme de LaBaby. Lo natural habría sido llevarla a su casa, a Longport, pero yo necesitaba verte con urgencia, por un asunto que no puede esperar. De no ser así, nunca hubiese entrado sin una invitación tuya.

—No está mal —murmuró Vincent, a la vez que apartaba la mano de la pistola y tomaba el vaso.

—Bien... Tus colegas te contarían lo del asesinato del Ching, supongo...

—Tuvieron esa cortesía, en efecto. Pero tú tienes que saber más que ellos, con respecto a lo ocurrido. Dijiste que LaDonna no estaba allí por milagro... Eso significa que tú te encontrabas bien cerca. ¿Acierto?

Yo *estaba*. ¡Allí mismo! —recalcó DeLeon—. ¿Me entiendes? ¡Vi el asesinato! LaBaby y Jackie seguían en el coche, discutiendo, porque ella no quería cenar en el restaurante. Y Jackie me mandó entrar en busca del Ching para decirle que se retrasarían un poco. Voy y, una vez dentro, veo aparecer al pequeño Ricky que, sin más, le pega una serie de tiros. ¡Tío! Nunca había presenciado nada igual.

—Ni en las películas —dijo Vincent.

—Ni en ninguna parte.

—¿Y cómo saliste?

—Espera y déjame hablar.

—Perdona. Sigue.

—Veo cómo Ricky le mata... —Aquí, DeLeon hizo una pausa—. Pero Ricky no me ve a mí... ¿Comprendes lo que quiero decir? Me escondo detrás de los abrigos colgados en los percheros, junto a la puerta lateral. Ricky pasa por delante de mí, dispuesto a salir. Había dejado el arma encima de la mesa. No me ve hasta que está a mi altura. Yo salgo y le arreo una. El tío cae al suelo como un saco de mierda.

Vincent levantó las cejas.

—Parece que lo veo.

—Cayó como un saco, sí...

—Sin embargo, Ricky no estaba allí cuando llegó la policía.

—No. ¿Y sabes por qué? ¡Porque yo me lo llevé! Jackie lo ignora, y LaBaby tampoco está enterada. Le arrastré fuera y le escondí en el maletero del coche.

—Y te lo llevaste.

—Sí. Iba muy dolorido. Le había dado bastante fuerte. Para compensar su poca estatura, yo me agaché... ¿Me entiendes? El hijo de puta acabó hecho papilla. Creo que le casqué la mandíbula, y probablemente tiene el hombro dislocado o roto. El tipo sufría.

—¿Aún sigue en el maletero?

—No. Le metí en un almacén que hay aquí abajo, al lado del garaje. No puede escapar, pero para mayor seguridad pedí a los chicos de La Tuna que le vigilaran.

—¿A los del conjunto musical?

—Sí, a tres de ellos. Son rastafaris. ¿Sabes qué quiero decir? De Jamaica, y llevan la cabeza llena de rizos.

Vincent asintió.

—Green que Hailé Selassié, el que fue rey de Etiopía, era Dios. No me preguntes por qué, pero así es. Si descubrieran que yo procedo de allí, porque nací en Etiopía, me construirían un altar para plantarme encima... ¡Se imaginarían que soy Jesús!

—Eres más voluminoso que él.

—Están llenos de «dulce» hasta las orejas, pero no son malos chicos.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Vincent—. ¿Por qué trajiste aquí a Ricky?

DeLeon se enderezó en su sillón.

—¿No lo entiendes? ¿No ves la posibilidad que se te presenta?

Vincent meneó la cabeza.

—Pues no.

—¡Lo traje aquí para *tí*, hombre! Para compensar lo que te hice por culpa de aquella bola de grasa... No debí tratarte de semejante manera.

—¿Me das a Ricky?

DeLeon pareció sorprendido.

—Tú andas buscando al asesino de tu amiga Iris, ¿no es así? ¡Pues aquí tienes a Ricky! Habla con él. Interrógale mientras no puede más de dolor. ¡Cantará! ¿Me entiendes ahora? Si no fue él, te dirá quién lo hizo. Ricky tiene que saberlo. Te proporciono esta oportunidad, hombre. ¡Acéptala, que no me debes nada!

—Aprecio tu intención, pero ya hablé con Ricky —confesó Vincent.

—¿Que hablaste con él?

—Sí, y no sabe nada.

—Espera... Conozco sus instintos. Y le creo suficientemente loco para cometer una barbaridad semejante.

—Eso es cierto.

—¡Yo le vi matar al Ching, Vincent!

—A lo mejor, yo mismo le di la idea —admitió el policía—, pero Ricky no se cargó a Iris. Sostuve una larga conversación con él.

En la pieza reinaba el silencio. Vincent se levantó, llevó los vasos al bar y preparó dos nuevos *whiskies* con hielo. DeLeon dijo:

—¡Me llevas la delantera, caramba! ¡Sabes más cosas que yo!

Vincent le explicó su entrevista con Ricky, sentados en el coche de éste mientras llovía. DeLeon esbozó una risita, pero luego exclamó:

—¿Y qué voy a hacer ahora con ese tipo?

—Suéltale delante de un hospital. La policía ya le encontrará.

DeLeon dijo que, antes, podría darle un nuevo golpe en la rodilla, para que no pudiera largarse por su propio pie. Pero Vincent le aconsejó que no lo hiciera.

—¡Caramba, caramba! —continuó DeLeon—. ¡Tú, delante de mí, delante de Jackie y delante de todos! ¿Me entiendes? ¡Tanto negocio de casinos, tanta mierda...! Esta gente cree saberlo todo. Tú, en cambio, te ocupas callandito de tus asuntos y avanzas poco a poco, sin llamar la atención... Me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo expuesto a la influencia de Jackie.

—Debe de resultar divertido de vigilar —dijo Vincent.

—Divertido quizá sí, pero te cansa terriblemente. Me gustaría dejar esto. ¿Sabes qué te digo? ¡Que quiero trabajar por mi cuenta! ¿Por qué no? Podría vivir en un lugar tan agradable como Puerto Rico.

—A mí también me gustaría vivir allí.

—¡Podríamos montar juntos alguna cosa!

Terminaron sus bebidas y aún se prepararon otras mientras Vincent le hablaba a DeLeon de Teddy Magyk. El hombre le escuchó sin moverse ni interrumpirle, para asentir finalmente:

—La idea no me parece descabellada. Y sin duda metió tu nombre en las bragas de Iris para comprometerte.

—Parece que le veo hacerlo —admitió Vincent.

Sin embargo, ¿qué habría en la mente de Teddy, al actuar de ese modo?

—Ha hecho de ti su obsesión —señaló DeLeon.

—Sí; y yo quisiera saber por qué da tanta importancia a mi persona. Oye..., tú cumpliste condena por tráfico de drogas, ¿no es así? —agregó, deseoso de obtener una opinión.

—Seis meses en Dade, y luego en un centro de reinserción. No estuve el tiempo suficiente para acabar loco. O fui afortunado y supe adaptarme. Me había dejado enredar por esos niños bonitos que se las dan de deportistas y no son más que unos disolutos; por esas chicas modernas, teñidas de rubio; por esos clubes privados que parecen tan atractivos... Me entiendes, ¿no? Me metí tan hondo en toda esa mierda, que el único camino para salir de ella consistía en ponerme en manos de la justicia. Entiendes lo que quiero decir, ¿no? Me preguntas qué hay en la cabeza de la gente que cumple condena, o qué ocurre en la mente de ese Teddy... ¿Quién sabe? Están tan acostumbradas a mentir, esas personas, que nunca sacarás el agua clara. Además, en su mayoría ni siquiera son capaces de expresarse.

—Y siempre le echan la culpa a cualquier otro, ¿no?

—¡Ah, eso sí! En cualquier parte. Mi caso era distinto. Mi madre me visitaba con regularidad. No es mi madre, en realidad, pero como si lo fuera. Esa mujer, pobrecilla, venía a la cárcel. Tú ya conoces el sitio. Me miraba a los ojos, y yo no podía mentirle. Le expropiaron la casa, que estaba a mi nombre, y ella nunca dijo nada. Lo único que le preocupaba, era que su niño se había mentido a *sí mismo*. ¿Me explico bien? —preguntó, pensativo—. Ahora le proporcioné otra casa, en Miami, y cada mes le envío dinero.

—Mi madre vive en Miami-Norte —dijo Vincent—. Es corredora de fincas. Se le murió el segundo marido el año pasado... Hoy día soy más viejo que mi padre. ¿Oíste decir alguna vez algo

semejante?

—Ya te entiendo —contestó DeLeon—. Yo estoy en tu mismo caso. Jamás conocí a mi padre.

—Ni yo. Sólo a través de fotos.

—Hoy día, mi madre... —dijo DeLeon—; bueno, la mujer a la que llamo madre, disfruta cultivando cosas y se pasa las horas en el huerto.

—Con frecuencia pienso en la madre de Teddy —comentó Vincent— y me pregunto si ella mantiene a ese zángano. Espero información de la policía, respecto de él. A ver si le han seguido la pista o saben dónde vive su madre.

—¿No consultaste la guía telefónica? —inquirió DeLeon.

22

ENCIMA de él estaba la cara de su madre. Teddy trató de apartarse, hundiendo la cabeza en la almohada. Le asustaba la idea de que fuera a besarle en la boca, y abrió los ojos. Era plena noche, y la luz del techo estaba encendida. El mal aliento de la mujer envolvió su rostro cuando ella susurró:

—Vienen unos hombres a verte...

—¿Qué hombres? —gruñó, malhumorado, ansioso de que se separara de él.

—Policías. Se han acreditado. Oye, hijo mío...

—¿Qué?

¿Por qué no se largaba de una vez? ¡Todo eran ojos y rulos para el pelo!

—¿Por qué quieren hablar contigo?

—¡Y yo qué sé! —contestó con brusquedad—. ¿Me dejas levantar?

La madre se enderezó, por fin, descolgó el kimono de Teddy y se lo tendió, ya abierto:

—Póntelo, hijo. No vayas a resfriarte.

Teddy salió al cuarto de estar con las manos dentro de las amplias mangas. Los dos detectives observaban al papagayo llamado Buddy, y uno de ellos apoyó un dedo en su pico, para apartarlo. Pero al alzar la vista, el ave le mordió con fuerza mientras su compañero preguntaba:

—¿Es usted míster Magyk?

Seguidamente se presentó, así como al colega que se chupaba el

dedo. Ambos permanecían muy serios, como todos los policías, y eran de aspecto macizo. El primero quiso saber si Teddy no tendría inconveniente en ir con ellos a la jefatura de la MCS en Northfield —a todos los polizontes les gustaban las siglas—, ya que se encontraba a escasos minutos de distancia.

Teddy inquirió:

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Con los ojos bien abiertos. Para demostrar lo inocente que era. Y educado, además.

El agente le indicó que no necesitaba decirles nada, si no quería.

—Si al menos me explicaran de qué se trata...

—Puede venir de manera voluntaria con nosotros o, si se pone en plan de crear dificultades, tendremos que ir al juzgado en busca de una orden de detención.

—Pero ¿qué dificultades?

Los hombres pusieron cara pétrea e, inmóviles como estaban, constituían una pared contra la que sólo le cabía golpearse la cabeza. No había manera de ganar, si esos tipos se ponían tercos. Eso le volvía loco.

—Esperan que alguien me identifique, ¿no?

—¿Por qué habíamos de hacer eso? —contestó uno de los detectives.

—Porque les conozco, amigos...

—¿Eso es cierto, Teddy? ¿De qué nos conoces? —exclamó el primer policía, apeándole el tratamiento.

Teddy dijo:

—Estuve aquí toda la noche.

—Sí; estuvo conmigo —confirmó su madre.

Pero los policías no estaban para bromas.

—¿Vienes, Teddy?

¡Mierda! No tuvo más remedio que vestirse e ir con ellos. Una vez en el coche, los dos policías se sentaron delante y cruzaban algunas palabras de cuando en cuando, en voz baja. Por radio se oía hablar a ratos a una mujer, pero nadie hacía caso. La carretera de Margate-Northfield, que atravesaba las islas, estaba oscura y silenciosa. No se cruzaron con ningún otro vehículo. El que conducía encendió su mechero y se lo arrimó al cigarrillo.

Marie había encendido el suyo, debajo del *boardwalk*, inclinada

sobre la basura y los hierbajos.

—No la veo por ninguna parte —decía, refiriéndose a la moneda de la suerte—. No la encuentro... ¡Y se me hace tarde, oiga!

Él la golpeó entonces con una vieja botella de cerveza hallada por allí. La mujer dejó caer el encendedor, emitiendo una leve voz de sorpresa. Teddy volvió a darle con fuerza, a oscuras, y se dio cuenta de que Marie se había llevado las manos a la cabeza. Gritó ahora con mayor intensidad, y él notó de pronto que trataba de agarrarse a su cuerpo, jadeando: «¡Ayúdeme, por favor! ¡Socorro...!», sin comprender que el ataque procedía de él. El golpe siguiente fue tremendo, aunque Teddy ya no veía dónde daba. Asió él la parte delantera de la blusa cuando ella, desesperada, buscaba su protección intentando rodearle con los brazos, y la tenía tan cerca que hubiese podido machacarla con algo, de tener más libertad de movimientos. Por fin la golpeó de lleno en medio de sus angustiados «¡Oh, no, no...!». Unos faros que avanzaban por Kentucky Avenue, a media manzana de distancia, le iluminaron lo suficiente para ver fugazmente la cara sangrante de la mujer, que había perdido las gafas. La apartó entonces de un empujón, en espera de poder hierirla de modo bien brutal con la botella. Pero el maldito vidrio no se rompía ni a tiros. Intentó cascarla contra una de las vigas de madera, pero ni por ésas. Harto ya, arrojó a la desdichada contra un tablón y no cesó de sacudirla hasta que creyó haber conseguido lo que quería. La experiencia le había enseñado que disparar contra alguien en una habitación de hotel no debía ser cosa imprevista, y que una botella de cerveza no servía para dejar rápidamente sin conocimiento a una persona. El problema era, además, que no le gustaba nada el ruido que la botella hacía al golpear la cabeza, y eso era la causa de que no empleara la fuerza conveniente. Así pues, tardó más de lo debido y había tenido que ayudarse con el madero para que, al fin la víctima quedara inconsciente. Una vez conseguido eso, debajo del *boardwalk* reinó el silencio, y Teddy encontró que aquel lugar resultaba incluso acogedor, con la débil luz que a intervalos llegaba desde la calle. Apartó unas cuantas basuras y acostó a Marie sobre la húmeda y sucia arena del fondo. ¡Dios! Totalmente solo con aquella mujer, podía hacer lo que quisiera. Quitarle la ropa y palpar su cuerpo de arriba a abajo. ¡Ay, qué gusto...! También deseaba mirarle ciertas

partes. Desnudó a la víctima, pues, le arrancó las medias y las bragas... ¡Caramba, si las medias eran tan grandotas como las que su madre solía colgar en el cuarto de baño! Sacó después una caja de cerillas que había cogido en el hotel, empezó a encender una tras otra, aguantándolas en sus dedos todo lo posible para ver mejor a Marie. No había pensado en hacerle el amor, pero ver su felpudo le excitaba tremendamente. ¿Cuánto haría que la pobre...? Le entró risa. ¡Si parecía raído o apolillado...! Y al mismo tiempo...

Durante el viaje a Northfield, a través de canales e islas pantanosas, Teddy se preguntaba cómo lo haría la vez siguiente: ¿manteniendo despierta a la mujer, o sólo a medias, hasta que comenzara a penetrarla? Hacerlo con ella, y luego, en el momento justo, golpearla en la cabeza. Pero no con una botella de cerveza. ¡Nunca volvería a usarla! Tendría que habérselo preguntado a ciertos tipos, cuando estaba en Raiford. Sería interesante formar un grupo sentados todos en sillas plegables, y celebrar una sesión. Cuando a él le tocara el turno, diría: «Regla número uno, apartar el dinero antes de empezar a divertirse. Porque podrías dejarte llevar y acabar olvidándotelo». Poco le había faltado a él.

Cedric, el jefe de La Tuna, esperaba en el pasillo de cemento que había detrás del casino. Abrió el almacén y halló a Ricky en el suelo, entre filas de máquinas tragaperras. Estaba sentado con la cabeza baja, apretándose los brazos contra el cuerpo. Levantó la vista poco a poco y puso aquella expresión de apatía hasta que vio a Vincent.

DeLeon dijo:

—Trata de abrirle la boca. Tiene que sentir dolor. ¡Tranquilo, Ricky! Vamos a llevarte al hospital.

Ricky continuó mirando fijamente a Vincent. Quiso decir algo, averiguar qué diablos ocurría, pero no podía. Su aspecto era miserable.

Vincent llegó a sentir cierta compasión por él. Habían sido duros con aquel tipo. Por fin preguntó:

—Supongo que Frank se llevaría una gran sorpresa, ¿no? Si la policía quiere saber por qué lo hiciste, puedes decir que fue un error.

—Y que alguien la tomó con tu cabeza —añadió DeLeon, para comentar luego, de cara a Vincent—: Pasará tiempo antes de que

pueda pronunciar su nombre.

—Quizá debiera escribirlo —indicó Vincent Mora—. «A quien corresponda. Cómo me cargué al Ching.»

Ricky gimió algo, una palabra, procurando no mover los labios.

—¿Qué? —inquirió Vincent—. ¡Habla más alto! Creo que ha dicho «Mierda».

—Puede escribirlo, o yo puedo encargarme de que tengan que operarle la rodilla, aparte del remiendo de la mandíbula.

Vincent les dejó y pasó junto a Cedric, que como siempre estaba envuelto en su olor a marihuana y sin abandonar sus aires de serenidad. Cedric llamaba «Mon» a DeLeon, y le decía que era un encanto, tan bueno...

Efectivamente, no era malo. Un buen elemento para la lucha. Vincent se dirigió al ascensor, pulsó el botón de su piso y subió. Eran casi las dos y media de la madrugada, pero parecía más temprano. Aún no había tenido noticias de Dixie. Le llamaría, y si él todavía no estaba enterado de dónde vivía la madre de Teddy, se lo haría saber. En Margate. ¿A que no se lo había imaginado? Más exactamente, en Marvin Gardens, a menos de cinco millas de distancia. No había otro Magyk en la guía telefónica.

Linda estaba en la puerta del dormitorio. Se volvió al verle llegar, pero no dijo ni media palabra. Parecía tranquila, serena, y él no tenía nada que esconder. Recordó a Nancy Donovan, como un relámpago, con los labios entreabiertos, pero apartó de sí aquella imagen. Sin la menor dificultad.

—Te preguntarás qué hace *miss* Oklahoma en nuestra cama, supongo...

Vincent se sentía con la suficiente seguridad para hacer bromas, libre de culpas como estaba, y contento, además, de reunirse de nuevo con la muchacha.

—Te lo explicaré —agregó—, pero antes dime cómo te fue.

Linda replicó que no, que primero necesitaba saber por qué se encontraba allí *miss* Oklahoma. En consecuencia, Vincent le habló del miedo de LaDonna, de su reciente experiencia, de lo sucedido entre tanto, y Linda alzó varias veces las cejas, mientras escuchaba atenta, pero sin un interés exagerado. ¡Qué chica! Tal vez hubiese

podido demostrar un poco más de sorpresa, sí, pero Vincent quedó satisfecho. Era como si ella no quisiera actuar antes de subir al escenario.

—¿Y cómo fue lo tuyo?

—¡Fue un golpe!

—Gustaste, ¿no?

—Fue un éxito, Vincent. De momento, actuaremos durante dos semanas. Los chicos son formidables, mucho mejores de lo que yo había esperado. Empezamos a movernos y es a tope. Es tan... bueno, es a tope. Los tres juntos... o sea, genial... Vamos a tocar *Música*.

—Tú estarías la mar de bien, Linda.

—No lo hice mal, la verdad. Pero ahora necesito tomar un baño. ¿Qué te parece? ¿Tú no te sientes sucio?

—¡Asqueroso! Me meteré en la bañera cuando haya hecho una llamada por teléfono.

Habló con una voz masculina de Northfield, que le dijo que el capitán Davies se hallaba reunido y no podría atenderle hasta más tarde. Vincent preguntó si habían localizado a Teddy Magyk. La voz contestó que no estaba enterado de ello. El policía colgó el auricular y tomó asiento, sin dejar de mirar el nombre que escribiera en mayúsculas en el bloc de notas del hotel: MAGYK, con el número de teléfono debajo. Volvió a descolgar, marcó el 9 como prefijo...

Alguien estaba en la puerta. Tres golpecitos rápidos y nada más. DeLeon todavía no podía estar de vuelta... Vincent cruzó la pieza y abrió.

Era Nancy Donovan. Sencillamente vestida con una chaqueta azul y pantalones.

—¿No me invitas a entrar?

Su voz sonaba más dulce que de costumbre, y en sus ojos había una mirada propia de una estrella de cine.

Vincent necesitó reflexionar unos instantes, pero al fin contestó:

—¡Claro que sí! ¿Por qué no?

Entonces, la que vaciló fue ella.

—¿No te estorbo?

—No. Pasa y siéntate. Voy a prepararte una copa.

—¿Podría ser una copita de coñac?

Había entrado y se dirigía al sofá. Vincent dijo que podía tomar

lo que quisiera, y preparó sendas copas. ¡Vaya noche, la que se preparaba!

—Quería decirte que... lo siento, pero...

—No tienes por qué disculparte.

—¡Ni pienso hacerlo! —replicó, aunque inmediatamente agregó en tono más suave—: Iba a decir que siento que se produjese una interpretación errónea... Me entendiste mal. No tenías razón, Vincent, al hablarme de aquella forma.

Nancy ocupaba un extremo del sofá, compuesta y serena.

Vincent se instaló en la butaca donde antes se sentara DeLeon, para estar más cerca. Sus rodillas casi se rozaban.

—No debí haber dicho aquello. Lo siento.

La mujer aguardó un momento, y su mirada se hizo anhelante.

—¿Podemos ser amigos?

—Sí. ¿Por qué no?

—¿Empezamos de nuevo?

Cuando él asintió y dijo que no faltaba más, Nancy sonrió.

—¿Te asusté un poco, quizá?

Vincent se encogió de hombros ligeramente, y ella dijo entonces:

—Luego lo pensé. Comprendo que tuvieras la impresión de que yo... de que yo, bueno, que de alguna manera, iba a por ti. Pero la verdad es que mi intención era buena.

Nancy le observaba por encima del borde de la copa, con la cabeza algo inclinada, y su postura le recordó la de unas horas antes en el salón del último piso. Tomó un pequeño sorbo, balanceó con gesto lento el contenido de la copa y le miró de nuevo.

—Cuando estábamos solos los dos, espiando lo que sucedía en el casino, parecíamos tan... tan... —y al decir esto, diríase que se encogió para ser chiquita— a gusto y cómodos, y al mismo tiempo tan conscientes... Fue como si en ese momento te conociera, Vincent, y supiese que lo experimentado la primera vez era real.

—¿La primera vez?

—Sí; en San Juan. Cuando viniste a mi casa. Entonces supe que...

—¡Vaya! —exclamó LaDonna al salir del dormitorio, sus blancas piernas asomando por debajo de una corta prenda que Vincent no reconoció—. ¿Cuánto he dormido?

La pequeña bata quizá perteneciera a Linda. Echó una mirada a

Nancy, que vuelta de cara al respaldo del sofá trataba de apartar la vista de él.

—¡Hola! ¿Alguien puede decirme qué hora es? —dijo LaDonna. Y se estiró tan tranquila, con lo que enseñó aún más los lechosos muslos.

Las dos cuarenta y cinco —contestó Nancy—. Creo que es hora de que me vaya. Lo siento —agregó, mirando a Vincent.

El hombre tuvo que apartar los ojos de LaDonna para posarlos en Nancy, cuya voz ya no guardaba ninguna semejanza con la de poco antes. Resultaba asombroso que, de pronto, no tuviera nada de menuda en su chaqueta azul, sino que la vio alta y firme cuando, puesta de pie, introdujo las manos en los bolsillos para causar sensación de indiferencia.

Pero esa postura no duró.

No podía durar, saliendo ahora Linda del dormitorio con un gracioso paso de danza, totalmente desnuda, aunque jugando con una toalla a la vez que, en voz baja, cantaba la picaresca letra de un *hit* de las Pointer Sisters. Hasta que se dio cuenta de que tenía público.

Vincent se sintió orgulloso del aplomo con que Linda se volvió sin perder ni una nota, se arrebujó en la toalla y dijo, al mismo tiempo que doblaba un extremo hacia dentro:

—¿Qué os parece? ¿Estoy mejor así, o con mi conjunto tropical?

Vincent imaginó lo que sería una conversación con su amigo Buck Torres acerca de aquella noche. O con Lorendo Paz, de San Juan. «¿Ah, sí? ¿Y luego qué pasó?»

Nancy Donovan se fue. ¡Claro! ¿Cómo iba a competir? Pero lo hizo con tranquilidad, sin precipitaciones. Miró a todos los allí presentes, murmuró: «Creo que será mejor dar las buenas noches», y salió.

Linda y LaDonna se pusieron a charlar. Las dos sentadas en el sofá, medio desnudas y enfrascadas bien pronto en una conversación privada, pero que Vincent oía.

—Oye, pero... ¿te das cuenta de las ventajas que tú tienes? —decía Linda.

—Sí que me doy cuenta —replicaba LaDonna.

—No sólo eres una belleza —proseguía Linda—, sino que, además, eres simpática, atenta... Una persona realmente estupenda.

—Intento serlo —aceptaba LaDonna.

—¡Deja ya de sentirte abatida y anímate, ¡haz algo! Abandona la bebida y emprende una existencia nueva... —insistía Linda.

En efecto, Linda valía un tesoro.

De pronto se presentó DeLeon, que acababa de llevar a Ricky al hospital con las manos atadas y una nota sujeta a su americana. Le había empujado fuera del coche, dejándole a cargo del policía que montaba guardia delante del edificio.

Cuando finalmente sonó el teléfono, eran casi las cuatro de la mañana. Dixie Davies dijo:

—¿Sabes dónde encontramos a tu individuo? Echamos la red y atrapamos a todos los «astros» de la delincuencia sexual. Entre ellos, a tu amigo. Les pusimos en fila delante de ese grupo de gente de Harrisburg. Nada. Fuimos en busca de Jimmy Dunne y le invitamos a examinar bien de cerca a Teddy. ¿Y qué dijo? «Quizá sí, quizá no...» Ese Jimmy te contará todo lo que quieras de la época en que tocaba la trompeta con Víctor Herbert, pero no se aclara con lo ocurrido hace una semana. Teddy asegura que no se movió de casa en toda la noche. Su mamá dice lo mismo, y hasta el loro lo afirma. Por cierto que ese jodido bicho mordió a uno de mis hombres.

—¿Y qué hay del coche?

—Eso puede interesarte.

—¡Fue él! ¿No, Dixie? —exclamó Vincent—. ¡Dime que fue él, por todos los santos del cielo!

—El coche es un Monte Cario del 77. Amarillo. A nombre de la madre.

—¡Poco me importa a nombre de quién esté! Ni me importa todo lo demás que puedas decirme. ¡Fue él el asesino!

—Preguntamos a la *Eastern*...

—¡Y los dos llegaron en el mismo vuelo!

—Así parece.

—¡Hazte con una orden de registro! —dijo Vincent—. ¡Inspecciona bien su casa!

—¿En busca de qué?

—Lo sabrás cuando lo encuentres. ¡No necesito darte esos detalles, por Dios!

—Aquí no hacen las cosas de esa manera. Vin... No puedo pedir una orden de registro porque el tío me resulte sospechoso y yo ande

buscando pruebas contundentes. Ni siquiera creo que matara a esa mujer, a decir verdad, y no tengo motivo alguno para detenerle.

Vincent vaciló.

—¿Le tienes todavía?

—Sí. Sentado en el cuarto verde. Un joven muy educado, por cierto. Dice que le gustaría poder ayudarnos.

—Retenle una hora más. ¿Puedes? Quiero hablar con su madre.

23

A TRAVÉS de la mirilla de la puerta delantera, Verna May Magyk vio a un hombre blanco, barbudo y de aspecto un poco *hippy*, y a otro de color, el más voluminoso que había visto en su vida. Sintió un escalofrío y se le puso la piel de gallina.

—¡Ay, Señor! —exclamó, dando un brinco cuando el juego de campanitas sonó de nuevo.

La luz del porche estaba encendida, de manera que les veía bien. Cuando se apartaron un poco para mirar la casa, descubrió el negro coche aparcado delante. Era de los grandes, e incluso en la oscuridad relucía. Sin duda era un coche de pompas fúnebres. La madre de Teddy experimentó cierto alivio, pero no demasiado. Sin abrir la puerta, dijo:

—Se equivocan de dirección. ¡Aquí no hay ningún muerto!

Pero pronto tuvo que comprobar su error, porque el hombre de la barba preguntó:

—¿No es usted *mistress* Magyk? Deseamos hablar con usted unos minutos. ¿Será tan amable de abrirnos la puerta?

¡Aquellos tipos hablaban como los policías que antes se habían llevado a su Teddy!

Enseguida preguntó:

—¿Dónde está mi hijo? —y les vio mirarse uno a otro.

—Está bien, señora, y regresará pronto. ¿Podríamos entrar y conversar un poco con usted?

—Sólo un minuto —contestó la mujer, y tardó mucho más que eso en descerrar la puerta y retirar el pestillo del cancel.

Sus nuevos visitantes eran tan educados como los anteriores. Entraron, y mientras el enorme negro miraba a su alrededor, el barbudo se acercó a la percha del papagayo comentando que estaba enterado del picotazo arreado a uno de sus compañeros por aquel animal. Eso pareció poner nervioso a Buddy, que se alejó.

La madre de Teddy negó tal cosa.

—¿Mi Buddy, atacar a alguien? ¡Si es tan bueno! ¿Verdad que sí, ricura mía? ¿Verdad que sí? ¡Papagayo bonito, papagayo bonito!

Y Buddy graznó:

—¡Hola, May! ¿Quieres beber algo?

—¡No me digan que no es rico mi Buddy! —continuó la mujer, y dejó que el animal le cogiera de la boca una semilla de girasol, para después decirle—: ¡Un besito a mamá! ¿No le das un besito a mamá?

Entretanto se sujetaba el kimono con las dos manos, para que los hombres no viesen lo que había debajo.

—¡Fíjense! —exclamó—. ¿Acaso me ha mordido a mí?

—Es un ave muy hermosa —dijo el hombre de color.

Muy cerca de Buddy, la madre de Teddy explicó:

—Tengo que hacerle afeitarse el pico, para que no se haga daño a sí mismo. ¿Verdad, Buddy? Mañana tenemos hora en casa del veterinario. A las diez.

—¿Compró Buddy, quiero decir Teddy, ese papagayo en Puerto Rico?

Era el barbudo quien había formulado la pregunta, y agregó:

—Yo también estuve allí.

La mujer contestó que no, que Buddy llevaba doce años en la familia. Lo que Teddy le había regalado era un precioso papagayo de artesanía, tallado a mano, que sin embargo no había llegado todavía.

—¡Es curioso! —comentó el barbudo—. Me pregunto qué habrá sido de él.

La madre de Teddy no lo encontraba tan curioso. Ni siquiera creía que su hijo se lo hubiera enviado. Era bastante aficionado a decir mentiras. Además, en su mirada se reflejaba cierta culpa. Era muy cruel con el animal, al que tampoco parecía gustarle él. La mujer estaba convencida de que era esa mirada la que había llevado a la cárcel a su hijo. Por si fuera poco, Teddy era una persona muy

pagada de sí misma. De cara al voluminoso hombre de color, Verna Magyk preguntó:

—¿Qué se supone que hizo esta vez?

El interpelado respondió:

—¿A quién se refiere, señora?

—A mi hijo Teddy.

—Simplemente quieren hablar con él. Saber qué opina —dijo el negro, a la vez que volvía a mirar a su alrededor—. ¡Cuántos papagayos, señora! Debe de ser una colección importante...

Verna May Magyk era buena conocedora de los caracteres, y el aspecto de aquel hombre no le disgustaba. Se le veía educado, y llevaba traje y corbata, cosa que el otro no parecía considerar necesario. Además, iba muy limpio.

—¿Le gustan a usted los papagayos?

—¡Pues sí! —contestó él, contemplando la serie de animales que adornaba la repisa de la chimenea—. ¿Le importaría mostrarme todos los que tiene?

—Bien; veamos... —dijo la madre de Teddy.

Entonces, el hombre de la barba preguntó si podía usar el cuarto de baño.

La luz del techo estaba encendida en el cuarto de Teddy. Era una habitación propia de un chico joven, con muebles de arce moteado. La cama, de una plaza, había sido ocupada y seguía sin hacer. En la pared, encima de la cabecera, no podía faltar un papagayo pintado a la acuarela. Pero no había en la pieza ni un *póster*, ni un disco, ni tocadiscos o aparato de radio, y ni siquiera libros. Vincent corrigió su primera impresión: aquello no era la habitación de un chico joven, sino un cuarto de huéspedes. Teddy podía ocuparlo, pero no se había instalado de verdad en él. Vincent registró todos los cajones de la cómoda, introdujo la mano debajo de la ropa y se metió, también, en el armario empotrado para rebuscar entre los pantalones, las chaquetas y los jerseys allí colgados. Descubrió la Colt 38 automática, escondida en la funda de la cámara fotográfica, examinó el arma a la luz de la habitación, aunque sin tocarla, y volvió a dejarlo todo en su estante del armario. Encima de una mesa había un álbum de piel, pero sus páginas estaban vacías. En el cajón

de ese mueble halló sobres con fotografías, muchas de ellas reveladas en un establecimiento de San Juan. Vincent se puso a mirar las fotos obtenidas en sitios que le eran familiares. Reconoció la playa de Escambrón en más de una docena de instantáneas en las que aparecían Iris Ruiz y él. Vio su propio bastón de rota, colgado de la silla. En otra foto aparecía Iris hablándole, mientras él intentaba leer. Los dos paseando por la playa. Comiendo piña. Fotos semejantes a las que pudiera sacar cualquier amigo, sin pose. Se guardó una de las instantáneas en el bolsillo de la chaqueta y, a toda prisa, miró las de otro sobre. Fotos de lugares de San Juan, de aquellos edificios tan familiares, de las estrechas callejuelas, de diversos monumentos, parques llenos de flores, árboles añosos, árboles tan altos que parecían penetrar en las nubes...

Vincent quedó inmóvil unos instantes. Seguidamente encendió la lámpara de la mesa y se inclinó sobre una de las fotos para verla mejor. Luego examinó otra. Las dos eran casi iguales. La persona que aparecía en ellas, era la misma. Y en idéntica postura. Era el fondo lo que le resultaba familiar... Vincent Mora lo recordaba de otro momento, con otra persona en la fotografía. Pero el fondo era inolvidable. No necesitaba tener los ojos abiertos para verlo.

Cuando Teddy regresó, era ya casi de día. Saludó con la mano a un vulgar Fairmont de color claro que en aquel momento arrancaba. ¡Hijos de puta! Su madre aún estaba levantada, ansiosa de explicarle la visita del *hippy* y del enorme negro mientras él se hallaba ausente.

—¡Ya, ya! —gruñó Teddy—. ¿Y qué se llevaron? ¿El frigorífico o sólo el televisor?

Ella contestó que no se habían llevado nada, y que uno de los hombres, un negro gigantesco que prácticamente llegaba al techo, era muy amable.

—Hoy día, los de esa raza se hacen muy altos. Los de más estatura se dedican al baloncesto, y los delgaduchos llegan a millonarios vendiendo toallas de papel en los lavabos para hombres.

La madre insistió en lo atento y educado que era el negro y en lo pulcro que iba.

—¿Por qué no, mamá?

¡Ay, sus viejas arterias...! Mal asunto. La falta de riego sanguíneo en el cerebro la había hecho abrir la puerta a tipos de color, que quién sabría lo que se habrían llevado...

—¡Seguro que robaron algo!

—¡Te digo que no! La policía no roba. ¿Es que no sabes de qué va el asunto?

—¿Cómo? ¿Eran de la policía, esos hombres?

¡Vaya noticia!

—Me dijeron que volverías pronto, y que sus colegas sólo querían hablar contigo.

—¡Claro! Conocer mi opinión sobre ciertos problemas mundiales. Por cierto: ¿les hiciste enseñar el carnet? ¿Y físgonearon por la casa?

La madre aseguró haber vigilado especialmente al hombre de color, porque uno nunca sabe... Pero que ambos eran muy educados. Incluso el de la barba, que parecía un *hippy*.

—Pidió permiso para ir al cuarto de baño, y se expresó de muy buena forma.

—¡Maldito sea! —dijo Teddy entre dientes, y se precipitó hacia su cuarto.

La pistola seguía en la funda de la cámara. ¡Menos mal! Tendría que esconderla mejor, o deshacerse de ella. Aunque, bien mirado, tanto daba... Había disparado contra el policía, con ella, pero... ¿y qué? En realidad, con el arma sólo había matado a una persona, y allí en Nueva Jersey, nada podrían hacerle. Salvo que aquellos asquerosos aguilitas, con su acostumbrada bajeza, buscaran el medio de meterle en chirona, sólo por estar en posesión de la pistola...

Teddy miró en los cajones. Todo parecía en orden. Luego repasó el escritorio. Si uno de aquellos tipos era Vincent, ¿quién diablos sería el tío alto que su madre había encontrado tan educado?

¡Qué gentuza tan rastrera...!

Había marcado los sobres de las fotos y los tenía ordenados por números, con objeto de atrapar a su madre si ésta, husmeaba en sus cosas sin su consentimiento.

Los sobres ya no estaban por orden. Al examinar las fotos tomadas en la playa de Escambrón, empezó a ponerse nervioso. Parecían estar todas... Entonces contó las del policía e Iris. Creía

recordar que había veinte... Pero ahora no sumaban veinte. Teddy las contó dos veces, y salían sólo diecinueve... Bien: fuesen diecinueve o veinte, le convenía deshacerse de ellas... ¡De todo lo que pudiera relacionarle con Iris! Necesitaba ponerse a salvo a toda costa. Por si acaso... Repasó el resto de los sobres y contempló las fotos y postales del soleado Puerto Rico... Allí estaba la tienda de bebidas, situada debajo de los apartamentos Carmen... Por ahí no podrían agarrarle, ¿no?... No... Más postales... ¡Un momento! Volvió a mirar con detención cada fotografía de uno de los sobres, confiando en que la que tanto buscaba sería la siguiente. Eran dos, exactamente, las que buscaba. Miró el contenido de todos los sobres, para estar seguro. Pero las dos fotos faltaban. ¡Las dos! Como no fuera que él mismo las hubiese tirado... ¡Ay, Dios! No logró hacer memoria. Parecía haber pasado una eternidad desde su viaje al sur...

Aquellas fotos, sin embargo, no podían significar nada para el policía...

A las ocho de la mañana, Vincent telefoneó a la oficina de Asuntos Criminales de Hato Rey, en Puerto Rico. Preguntó por Lorendo Paz y, mientras esperaba, oyó voces que hablaban español.

Linda estaba acostada. DeLeon se había marchado con una LaDonna que no cesaba de frotarse los ojos, para acompañarla a su casa, descansar también él algunas horas y, luego, volver. Vincent aguardó con una cafetera de plata y dos fotografías a su lado, encima del escritorio. Por la ventana penetraba el sol, y en la mesilla de vidrio estaban aún los vasos con restos de bebida. Apagó el cigarrillo encendido mientras pedía la conferencia. Se sentía agotado. Necesitaba sentarse al sol y leer. Realmente le encantaría estar sentado al sol y leer junto a Linda, pero eso era difícil de imaginar: Linda en la playa de Condado, sin hacer nada...

Lorendo exclamó:

—¡Hola, Vincent!

Y comenzó a preguntar acerca de Iris. Pero Vincent le dijo que ahora se trataba de otra cosa.

—Andabais metidos en una investigación referente al cadáver descubierto en la selva, cerca de El Yunque...

—Sí. La víctima era un taxista, Isidro Manosduras. Que, por cierto, dejó familia.

—¿Habéis avanzado mucho?

—Logramos identificarle. Eso es todo. Creemos que durante cuatro días llevó en su coche al mismo cliente, un americano. Pero desconocemos su nombre y de quién se trata. Isidro era taxista independiente y no registraba nada.

—¿Sabes qué aspecto tenía ese americano?

—Sólo disponemos de los datos que nos facilitó la viuda.

Desde luego debía de ser un tío rico. Claro que, para algunas personas, cualquiera es rico. No era muy joven, aunque tampoco viejo. Se alojaba en un hotel, pero la mujer no recuerda cuál era. Isidro le explicaba que era un hombre muy generoso; para él, un auténtico chollo..., y que compraba regalos para su madre. Sin embargo, el tipo parecía extraño. Comentó la viuda que ella le había dicho que se andara con cuidado.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—¿Quién sabe? La mujer procede de Loíza... Pero una cosa: Isidro le había comentado que el americano llevaba un tatuaje en el brazo. Cerca del hombro.

—¿Con las letras de «Mr. Magic», quizá?

Hubo un silencio antes de que Lorendo contestara con angustia en la voz:

—¡No puedo creer eso, Vincent! ¿Cómo lo has sabido? ¡Cuéntamelo!

—Espera. ¿Qué aspecto tenía Isidro? ¿Era moreno?

—Muy moreno, casi negro. Delgado, de estatura mediana y bastante huesudo. La dentadura, deficiente. Algunas canas en el pelo. Escucha, Vincent...

—Tengo una foto del hombre —le informó Vincent—. Tomada en esas selvas tropicales, precisamente. Supongo que encima mismo de donde encontrasteis su cuerpo. El hombre retratado está al borde de un abismo, allí donde la gente se para a contemplar el paisaje.

—¿Estás seguro de que es en El Yunque?

—Desde luego.

—Visitaste ese lugar y lo conoces, ¿no?

—No. No lo conozco personalmente. Te expliqué que deseaba ir a Roosevelt Roads, porque mi padre estuvo estacionado allí durante

la guerra... ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—También tenía ganas de visitar El Yunque. Mi padre fue retratado en ese lugar, hace ya muchos años.

—Vincent...

—Aguarda. No llevo la foto encima, pero tengo presentes casi todos los detalles. La miraba con frecuencia, de niño, porque yo nunca llegué a conocer a mi padre, ¿sabes? En la foto, tomada en las montañas, se le ve un joven simpático, vestido de marinero. Se distingue el fondo. Hay algunos árboles, pero lo que predomina detrás de él son las nubes. A lo lejos asoman las montañas.

—Allá llueve mucho, sí. Cada día, prácticamente.

—Pues la foto que tengo de un portorriqueño de piel muy oscura, sonriente a medias, fue sacada en ese mismo punto.

—Envíamela con toda la rapidez posible.

—Se trata de Isidro —dijo Vincent—. Para mí, no cabe duda.

—De acuerdo, pero el tipo que le fotografió...

—Es Teddy Magyk: Vive a unas cinco millas de aquí.

—¡Aaah..., y Magic es su apellido!

—¿Tú no te acuerdas de él?

—No. ¿Debiera acordarme?

—Le tuvimos en nuestras manos —señaló Vincent—. Era el ex convicto al que yo quería asustar, y que tú me aconsejaste llevar al transbordador de Loíza.

—¡Ah, aquél...! *Teddy*... ¡Sí, claro que le recuerdo!

—Es posible que yo no mencionara su apellido. En aquel momento, no significaba nada.

—Escucha —dijo Lorendo—. Debo hacer algo al respecto. ¡Sin demora! Pero... ¡una cosa! ¿Cómo obtuviste la foto de Isidro?

—La robé.

—Te creo, Vincent. Y me interesa mucho saber cómo, pero no ahora. He de poner en marcha toda la maquinaria. En primer lugar tengo que pedir a Atlantic City que le arreste como criminal fugado. ¿Qué te parece? ¿Lo hacemos así? Antes de que se largue y no podamos dar con él. Cuando esté concedida la extradición, iré en su busca.

—Eso, y con mucha suerte, te llevaría un par de semanas —objetó Vincent—: ya sabes que son tremendamente lentos. Mientras

tanto, ese tipo puede hacerse con un abogado que le allane el camino. Transcurrirían meses, y ni siquiera tendrías la certeza de poderle pescar.

—No lo sé, pero mándame enseguida la foto. ¿Lo harás?

—Se me ocurre otra idea mejor —dijo Vincent—. ¿Por qué no vuelo yo mismo a Puerto Rico con la foto?

—¡Hombre, magnífico!

—Y me llevo a Teddy conmigo.

24

LA MADRE despertó a Teddy para decirle que iba a llevar a Buddy al veterinario para que le limara el pico, porque teniéndolo tan afilado se hacía daño.

—¿Estabas dormido? —preguntó.

—¡Lo intentaba, cuerno!

—Me pareció notar olor a humo. ¿Quemaste algo en la chimenea?

—Unos cuantos papelotes que ya no necesito. Ordené un poco los cajones.

—Eres un gandul sin remedio, pero siempre fuiste cuidadoso con tus cosas.

—Ey, mamá...

—Adiós, mi pequeño dormilón —dijo la madre, y se alejó con Buddy en una jaula.

El Chevrolet apenas habría tenido tiempo de arrancar, y Teddy se prometía un rato de tranquilidad, cuando sonó el juego de campanillas de la puerta. ¡La policía, sin duda! Una pareja de agentes que prestarían servicio diurno, y de nuevo se vería trasladado a Northfield para pasar por la maldita rutina. «¿Estuvo en

Spade's

la noche pasada?» «Sí, señor. Estuve.» «¿A qué hora?» «También estuve en

Bally's

, en el Claridge y en Sands. ¿Quién lleva cuenta exacta del tiempo

cuando va en plan de juego y quiere divertirse un poco?» «¿Ganó?» «Pues sí, gané.» A la policía le gustaba jorobarte. Ponerte en fila con una serie de borrachos, y luego pasarte una luz por los ojos. Iría con ellos y les diría: «Ya he contestado a sus preguntas. Lo que ustedes están haciendo es un abuso. Cualquier otra pregunta que quieran hacerme tendrán que dirigirla a mi abogado». Eso sonaba bien.

Volvió a sonar el juego de campanillas.

Pediría a su madre que se ocupara de buscarle un abogado. No quería uno de oficio. Aunque aún no le habían acusado de nada. No podían.

¡Malditas campanillas!

Ding-dong

,

ding-dong

,

ding-dong

... Venga a sonar hasta que, ¡mierda!, la irritación le sacó de la cama y corrió hacia la puerta, con su taparrabos negro, para fisgar por la mirilla. A medio metro de él vio, en el porche, a un gigantesco tipo de color. Hubiera tenido que tomarse tiempo para serenarse y permanecer callado, pero la presencia de aquel coloso le puso muy nervioso, de modo que preguntó:

—¿Qué quiere?

El gigantón contestó:

—¡Te quiero a ti, encanto! ¡Abre la puerta!

No era aquél el modo en que un policía solía dirigirse a una persona. Teddy caminó de puntillas hasta la ventana, miró a través de la reja y descubrió el coche negro aparcado fuera... Igual que el automóvil en que Iris se había metido con más gente para ir al apartamento. Y en el grupo figuraba también un tipo de color... Teddy no sabía qué pensar. Si se trataba del coloso que había hablado con su madre, ¿dónde estaba el barbudo que pidiera pasar al cuarto de baño? Y si el tipo de la barba era Vincent, el polizone de Miami, ¿qué diantre hacía con ese superhombre de Spade's

? ¡Era Como para desconcertar a cualquiera, tío!

Teddy atravesó el recibidor camino de la cocina, y miró por detrás. No había nadie en el patio. Ahora, el gigante golpeaba la

puerta, y poco le faltaba para sacudir la casa entera, a la vez que decía:

—¿No me abres, Teddy? ¡Soy un amigo!

¡Qué tonto había sido de preguntar al hombre qué quería! Llegó a pensar si no debía llamar a la policía. Sería un buen golpe, ¿no? Pero al fin se dijo que no. Más le valía escurrirse. Ser el mister Magic que tan pronto aparece como desaparece. Se vistió rápidamente e introdujo en una bolsa de lona un par de camisetas de punto, ropa interior y unos pantalones de recambio. Se calzó unos zapatos azules de deporte, y se aseguró de llevar en la cartera el dinero que Marie le había dado. ¡Mierda, la cámara...! Fue en busca de ella y se la colgó del hombro. ¿Qué más faltaba?

Se apoderó de una de las tarjetas de crédito que su madre guardaba en el tocador y, sin hacer ruido, salió por la puerta lateral que daba al garaje. ¡Precisamente hoy, el dichoso papagayo tenía que ir al veterinario! De haber estado su madre en casa, se le hubiera ocurrido algo... Pero así, lo único que podía hacer era desaparecer en dirección al East Drive y, desde allí, seguir hacia Ventnor...

Abrió la puerta del patio y asomó la cabeza para mirar primero a un lado, detrás de la casa, y luego al otro...

Pero Vincent exclamó:

—¡Caramba, Teddy! ¿Ya tienes hecho todo el equipaje? ¡Bien, hombre!

Y se apoderó de la bolsa y de la cámara fotográfica.

Teddy retrocedió para abrir la puerta delantera. Vio cómo Vincent sacaba el Cok de la funda y se lo entregaba al gigantón de color, que de cerca todavía resultaba más alto y corpulento. Momentos después, el policía cruzaba el cuarto de estar. Teddy supo enseguida adónde iba, y lo único que se le ocurrió, fue gritar:

—¡Buena suerte, amigo!

Se puso a canturrear entonces *Bad to the Bone*, de George Thorogood, para ver si el negrazo conocía la pieza y decía algo. Pero aquel tipo fenomenal estaba ocupado en el examen del revólver, y Teddy aún se atrevió a decir:

—¡Cuidado con el juguete, si no tiene práctica en su manejo!

El gigantón alzó la vista, apuntó contra él y contestó:

—Me haces pensar en una película de dibujos que vi, en la que

un ratón que sólo era piel y huesos estaba detrás de un gatazo rico, apuntándole en el cogote mientras decía: «Arriba las manos, te estoy apuntando con una pistola de agua. Esto es un atraco. El pobre bicho, estaba claro que no lo iba a conseguir». Pues tú me recuerdas a ese ratón.

—¡Bueno, basta de tonterías, ey! —protestó Teddy.

Vincent volvió con las manos vacías, desde luego, y Teddy Magyk dijo con su habitual descaro:

—No encontró lo que buscaba, ¿verdad? Es una lástima.

—No. Te desprendiste a tiempo —respondió el policía.

—¿Se refiere a las fotos? Se quemaron. Todos mis recuerdos de Puerto Rico se convirtieron en cenizas. Como si nunca hubiese estado allí.

—Menos mal que yo salvé un par de fotografías de la quema —declaró Vincent, sacándolas de su bolsillo para que las viera—. ¿No las encontraste a faltar? ¿O, simplemente, lo destruiste todo sin mirar qué era?

—¡Ey, un momento! —exclamó Teddy.

El policía sostenía en alto las dos instantáneas de Isidro, el taxista, y eso no tenía sentido. ¿Qué carajo tenía que ver aquel taxista con Iris, ahora? ¿Intentaba desconcertarle el policía? Entonces, Vincent Mora dijo que suponía que habría preparado sus ropas, y Teddy volvió a insistir:

—¡Ey, un momento...!

Rosemary entra en el despacho con varias cartas para que él las firme. Se detiene en seco, porque no puede dar crédito a sus ojos.

—Míster Garbo... ¿Qué hace usted ahí encima?

Y él contesta:

—Bailo claqué encima de esta jodida mesa. ¿Qué le parece, si no?

Así fue cómo empezó el día para Jackie, apenas salido de la cama. Iba a ser uno de los más felices de su vida: Frank Cingoro, muerto. Ricky Catalina, arrestado. Se había sacado de encima a dos indeseables. Sin embargo, experimentaba cierta inquietud. Algo se fraguaba... Había pasado la noche en el hotel, porque el Moose no aparecía por ninguna parte. Había llamado tres veces a casa de

LaDonna, aquella mañana, sin obtener respuesta. Ahora, el policía de Miami, el de la cara de rastreador de drogas, estaba sentado en su despacho, y él se esforzaba todo lo posible en resultar cordial, dados los doce billetes grandes que ese hombre había depositado en la caja...

—El Moose dice que cometí un error —dijo—, y que le debo a usted una disculpa.

—No hace falta —respondió Vincent—, aunque hay algo que podría hacer por mí.

La mente de Jackie trabajaba deprisa: «Proporciónale una chica, dale entradas para algún espectáculo, consíguele autógrafos, llévale al camerino de alguna actriz bonita...». Y dijo:

—¿Ha visto cuántas fotos dedicadas tengo en la pared? Todas son de famosos artistas de variedades.

Jackie avanzó hacia la nutrida exposición, señalando un retrato.

—Como la de mi querido amigo Lee, que luce la chaqueta que le costó ciento cincuenta de los grandes. O la del inimitable Englebert. Nómbrame a alguien de su talla, como diría mi compañero Norm Crosby, y si su foto no aparece en una de mis paredes, ¡prometo darle un billete de cien dólares recién salido de fábrica!

Vincent se tomó unos instantes, y por fin dijo:

—¡Joe Cocker!

—¿Joe Cocker? —repitió Jackie—. ¿Me toma el pelo? —Y mirando a DeLeon, que en aquel instante asomaba por la puerta, agregó—: ¡Caramba! ¿Por fin te decidiste a aparecer? ¿Dónde demonios estuviste? —inquirió, con un meneo de cabeza.

—Haciendo recados, míster Garbo...

—¡Tú y yo ya hablaremos, amigo, cuando haya terminado con esto! —bramó, para añadir de cara a Vincent, sentado en un sillón junto al escritorio—: ¿Cómo se llama este tipo?

—Joe Cocker.

—Usted bromea —gruñó—. ¿Le oíste tú nombrar alguna vez, Moose?

—¿A Joe Cocker? ¡Sí, hombre!

El policía de Miami añadió:

—Consiguió un gran éxito con *With a Little Help From My Friends*. Y por cierto... No sé si usted y yo somos amigos, realmente, pero dado que yo le saqué de un apuro, como podríamos decir, pensé

que quizá podría hacer algo por mí...

Jackie se inclinó sobre su mesa y movió lentamente la cabeza en sentido afirmativo, como si tratase de recordar.

—Que él me sacó de un apuro... ¿Sabes tú a qué se refiere este hombre?

—Escúchele —dijo DeLeon.

—¿Habla en broma, al afirmar que me sacó de un apuro? Entra un tipo, arma un tumulto con la dirección... Los Donovan... Dick y Jane en la jodida costa... No puedo dar media vuelta sin tropezar con alguien que intente joderme. ¡Y sólo faltaba la muerte de aquella tía! Por un lado tira de mí no sé cuánta gente; por otro, está la Cosa Nostra, está todo el mundo espíandome como si yo me ganara la vida haciendo trampas... ¡Y ahora viene éste diciendo que me sacó de un apuro!

—Pero usted no para de hablar —señaló DeLeon—, y no le escucha.

—Oye, Moose —replicó Jackie, alargando las palabras—. ¿No tienes nada que hacer? ¿Limpiar el jodido coche, o algo por el estilo? ¡Mira que llevas unos días ayudándome de veras, mierda...! Esta mañana, al despertar, me encontraba la mar de bien. No tenía acidez de estómago, ni mareo...

—Eso es porque no fue a cenar con el Ching —intervino Vincent—. Tuvo mucha suerte.

—Lo cree así, ¿eh? ¡Pues voy a decirle algo! Atribuyo mi éxito en la vida a tres cosas. La primera: que no me preocupo por nada ya pasado que no pueda cambiar. La segunda: que desconozco la envidia. La venganza es para los perdedores. Y la tercera, que es la más importante: ¡que vigilo lo suficiente mi culo, para que nadie me venga inesperadamente por detrás! Y cuanto más alerta estoy, amigo mío, mejor me van las cosas.

—¡Y una mierda! —exclamó DeLeon con una risita—. Fue este caballero quien le salvó el culo.

—¡Ah! ¿De veras? Que yo sepa, todo lo que hizo este caballero fue entrar dando traspiés y estar a punto de echar a perder todo este cagadero. ¡Si esto se llama salvarme el culo...!

El policía consultó su reloj.

—No deseo entretenerle —gruñó Jackie—. Supongo que tiene prisa.

—Sí, pero quiero que sepa algo —repuso Vincent—. Fui detrás de quien no debía, y pude haberle metido a usted en un buen lío, por el modo de funcionar que, según veo, tienen aquí las cosas... Me refiero al caso de que saliese a relucir que usted operaba fuera del casino. Para aquel caballero colombiano, por ejemplo. También están sus acuerdos con Frank Cingoro y otros de la misma calaña. Pero hasta ahora, todo ha salido a su favor. Puede estar contento con su suerte. Frank ha muerto, y a Ricky le largarán veinticinco años, probablemente, salvo que llegue a un acuerdo con la policía y esté dispuesto a cantar. Así pues, todos mis traspies han servido para poner en claro su situación, Garbo, si bien lo mira. No del todo, naturalmente, pero al menos no se verá acosado por ambos lados. Y eso es importante para usted.

Jackie preguntó a DeLeon:

—¿Oyes lo que dice éste?

—Sí. Dice que está usted en deuda con él.

Jackie miró de nuevo a Vincent. ¿Qué podría desear un polizonte que ganaba treinta mil dólares al año? ¿Un simple aguilita que pretendía ser tratado como un jugador de categoría?

—¿Qué quiere? ¿Una corista alta y bien formada? ¿O... una mujerona con mucho vello en las axilas y bigote? Eso quizá se acerque más a sus gustos... ¡Diga qué prefiere, amigo!

—Todo lo que le pido —contestó Vincent—, es que nos lleve a tres de nosotros a San Juan, en el avión de la compañía. Tal vez seamos cuatro, pero no más. No hace falta que nos sirvan comida. Bastará con algo para beber. ¿Qué tal le parece eso?

Jackie dijo de cara a DeLeon:

—¿Has oído lo que pretende el amigo?

—Pregúntele lo que pasará si usted no le hace caso.

—Puede resultar interesante.

—No piense en lo que pasaría de no hacerlo —intervino Vincent—. Sea positivo. Considérelo como un seguro. Si hace lo que le pido, nadie testificará contra usted ante la Comisión de Control. Tenga en cuenta que, si salen a relucir todos los asuntos en que usted ha estado metido, perderá la licencia. O sea, considere esto como un seguro de licencia...

—¡Un momento! —dijo Jackie, llevándose una mano a la oreja—. Entone otra vez esa melodía, que me resulta familiar. Si no me

equivoco, es la misma que tocó ayer, ¿verdad? ¿Qué ha cambiado? ¡Usted sigue intentando hacerme un jodido chantaje! Apenas le vi entrar, ya supe que venía a encocorar. ¡Y continúa igual!

—No. Ahora es distinto —señaló Vincent—. Tengo un testigo que puede reventarle.

—¡Vaya hombre! —exclamó Jackie—. Quisiera saber quién es.

—Él —respondió brevemente Vincent, indicando a DeLeon con el pulgar—. ¡Y ahora ponga el avión en condiciones!

Mora observó cómo Jackie cambiaba de actitud. El tipo duro se transformó en una figura trágica al hundirse en su sillón de alto respaldo; insignificante y perdido, mirando con aire angustiado a DeLeon.

—¡No; no puede ser el Moose! No lo creo... Después de todo cuanto pasamos juntos los dos, a lo largo de tantos años, no serías capaz de traicionarme ahora.

—¿Traicionarle? —dijo DeLeon.

—El amigo aquí presente tomó una decisión —prosiguió Vincent, sin apartar la vista de Jackie, que detrás de su amplio escritorio no hacía ahora un papel muy brillante—. Simplemente, hacemos palanca... Usted se encuentra en un punto en que no le conviene hacer ni el menor ruido. Le interesa que todo suceda de la manera más silenciosa posible. Por consiguiente, llame al aeropuerto y ordene que dispongan el aparato. ¿De acuerdo? ¡Recuerde el secreto de sus éxitos! No debe preocuparse por nada que no tenga remedio, ni alimentar sentimientos de rencor. Me parece muy prudente todo eso. En cuanto a lo de protegerse el culo..., la cosa podría haberle salido mucho peor.

—¡Ese individuo! —jadeó Jackie, que al extender el brazo mostró uno de los gemelos de oro que llevaba—. ¡Mi traidor!

—Al tío le gusta esa palabra —dijo DeLeon.

—Usted no quiere pensar mal de DeLeon, y me parece muy bien —concretó Vincent—. Nos serviremos de Ricky. Puedo ocuparme de que Ricky divulgue cosas referentes a usted, creyendo que va a conseguir un trato especial. De nada le serviría, pero... entretanto, la policía se habría interesado por usted y establecería contacto con el Departamento de Control de Juego. Ya sabe cómo son los

policías, que procuran ayudarse entre sí... Creo que me entiende, ¿no?

—¡Rata! —gritó Jackie.

—Me parece que reacciona —señaló Vincent, mirando a DeLeon. Y de cara a Jackie Garbo, añadió—: Pero lo que hay detrás de todo esto, aquello que en realidad desea perder de vista a causa de sus problemas personales, es el «caso Iris». Porque... Se acuerda de Iris, ¿no?

—Nunca la obligué a hacer nada que no quisiera —se defendió Garbo—. Ella conocía exactamente las condiciones de su trabajo.

—Sólo le he preguntado si se acuerda de Iris.

Jackie hizo una pausa.

—La recuerdo, sí. ¿Qué más quiere que diga?

Vincent reflexionó brevemente, a la vez que observaba al hombre detrás de su gran mesa de despacho. ¿Pensaría ahora en Iris, recordándola como una chica más de las que habían trabajado alguna vez para él?

—Quizá sea mejor que no diga nada —concluyó Vincent.

A las doce menos cuarto, Vincent Mora abandonó la ventanilla del cajero con los doce mil dólares en la bolsa de lona azul. Los doce mil que pertenecían a cualquier otra persona; él todavía se preguntaba si tenía derecho a ellos. Pero, si no se los podía devolver a Ricky y no se creía en la obligación de entregarlos al estado de Nueva Jersey, ¿qué otra cosa podía hacer? Nunca se había embolsado ni un centavo del dinero confiscado, ni aceptado un soborno. Al almorzar en Wolfie's

, de Collins Avenue, se había demostrado conforme con que le cobraran sólo la mitad. Eso sí. Pero le preocupaba aquella cantidad enorme. Era un policía honrado, y se hallaba en una situación única... Podría decirse a sí mismo, por ejemplo, que empleaba esos doce grandes en el cumplimiento de su deber.

Al salir del casino, Vincent cruzó el salón en dirección al vestíbulo. Se fijó en que Tommy Donovan hablaba con el barman detrás del mostrador. Mora vaciló. ¿Por qué no hacerlo? Y eligió un taburete a cierta distancia de donde los dos hombres conversaban.

Tommy insistía marcadamente en algo. El barman vio a Vincent, pero no se atrevía a interrumpir a su jefe. Por fin murmuró unas palabras, y Tommy se volvió hacia él.

—Una cerveza de barril —pidió Vincent.

Tommy se le acercó con la mano extendida.

—Soy Tommy Donovan —se presentó—. ¿Qué tal le va esta mañana?

—No del todo mal —contestó el policía.

—Precisamente le comentaba a Eddie que nunca vi un cóctel azul. ¿Y usted?

—No lo recuerdo —dijo Vincent—. Ni creo que me apeteciera. Me gustan las bebidas de color dorado o ambarino. También son buenas algunas totalmente incoloras, pero yo las prefiero de un tono ambarino.

—Usted me cae bien —dijo Tommy—. ¿Qué va a tomar? ¡Invita la casa!

El barman colocó la cerveza delante de él.

Esto mismo —señaló Vincent—. Nunca tomo nada fuerte antes del anochecer, o hasta que he terminado el trabajo.

—Yo tampoco —declaró Tommy—. Creo que tomaré una cerveza con usted.

Y miró al barman, que se apresuró a servir otra.

—Uno tiene que ir con cuidado, sobre todo en un sitio como éste, donde se mezcla el negocio con el placer. Por un lado debo cultivar las relaciones públicas. Por otro, es preciso que sepa todo lo que aquí ocurre. Comprende mi posición, ¿verdad?

Vincent preguntó:

—¿Usted es el famoso Tommy Donovan?

—Aquí, al menos, no hay ningún otro.

—Es el propietario, pues.

—Trabajo en este lugar...

—¿Detrás de la barra?

—Estoy al corriente de lo que pasa en cada rincón. Para mí el bar es tan importante como el casino. No quiero que se escatime en las bebidas, ni que los clientes sean tratados con indiferencia. Justamente hablábamos sobre distintos tipos de cócteles, con Eddie —explicó—, intentando encontrar algo nuevo, original.

—Dirigir un sitio como éste ha de ser interesante —opinó

Vincent.

—Le mantiene a uno alejado de ciertos problemas —dijo Tommy, que vació su vaso y se llevó una servilleta de papel a los labios—. ¿Acaba de llegar?

—No. Acabo de despedirme.

—¡Caramba; lo siento! ¿Cómo le ha ido?

—Bastante bien. He conseguido lo que vine a buscar.

Vincent alzó la bolsa de lona, la depositó encima del mostrador y corrió la cremallera.

—Eche una mirada.

Tommy se inclinó para ver algo en la semioscuridad, y exclamó:

—¡Cielos! Espero que no lo ganase todo aquí. Por otra parte, si así fue... ¡Bien, para eso están los casinos! ¿Cuánto ganó?

—Doce de los grandes.

—¡Caramba! Ahora que pienso, creo que su rostro me resulta familiar...

—Estuve de invitado —dijo Vincent.

—¡Claro, ya recuerdo...! Me hablaron de usted...

—Ahora me dirijo a San Juan. A probar suerte allí.

—¡Pero, oiga...! ¿No va a permanecer en el

Spade's

? ¡Insisto en que se quede! Desde luego, invitado igualmente. Va por ordenador. Sólo hay que marcar, y... ¡Denos una oportunidad de hacer negocio! ¡Sí, sí; su cara me es familiar! Ya lo creo... Lo que no logro recordar, es su nombre.

—Vincent Mora.

Tommy se puso a hacer gestos de afirmación.

—¡Ahora, claro! Mora... Usted procede de Boston, ¿no es así?

—Vine de Miami.

—¡Miami, sí...! Mire, es que me confundo fácilmente con los nombres. Sin embargo, nunca olvido una cara. Quiero beber algo con un cliente cuyo nombre ya nunca olvidaré. ¡Ya lo verá cuando vuelva! Vinnie Mora, de Boston.

Tommy, Jackie, Ricky, Teddy, Eddie... Y ahora Vinnie. Era hora de irse de Atlantic City. Vincent terminó su cerveza y dio la mano a Donovan.

—Ha sido un placer, Tommy.

Estaba ya a varios metros del bar, cuando volvió la cabeza y

agregó:

—¡Ah, y salude de mi parte a su esposa!
Y allí le dejó plantado.

Tomó asiento en el borde de la cama. Con cuidado, porque no quería despertarla. Todavía no. Pero vio sus ojos abiertos, cuando se disponía a besarla, y sintió el estrecho abrazo de Linda, que le atraía hacia sí, reteniéndole.

—No voy a dejarte marchar —susurró.

—Ven conmigo —propuso él, apoyándose en los brazos.

Linda no dijo nada. Sus ojos se fundieron en una intensa mirada, pese a la escasa luz reinante. Los cortinajes de la habitación estaban corridos, pero Vincent tuvo la sensación de que el iris le cambiaba de color a la mujer. No era ésa la mirada que deseaba llevarse consigo. Le había visto otras antes, muy hermosas, y las recordaba. La de ahora era solemne, casi triste, y revelaba que sufría por él. No obstante, Vincent trataría de no verla así, cuando pensara en ella.

—No puedo pedirte que abandones tu trabajo.

—¡Cariño! —murmuró ella, intentando sonreír.

—Chiquita Banana... ¡Mi estupenda artista!

—Yo aún no tengo un nombre para ti. Todavía no. Pero buscaré uno —dijo—. Tienes que marcharte, ¿verdad?

—DeLeon se encarga de meter a Teddy en el coche grande. Tú puedes usar el mío, mientras trabajas aquí. Es de alquiler, ya sabes, pero soy rico. ¿De acuerdo? Las llaves quedan encima de la mesa... Seguramente te harán dejar la *suite*...

—Ya encontraré otro sitio. No te preocupes... —Y mirándole de nuevo con aquellos ojos tristes, dijo—: Vincent...

Y vaciló.

—¿Qué?

—¿Saldrá bien, lo que vas a hacer ahora?

El hombre se dio cuenta de que ella iba a decir algo más, pero que cambiaba de parecer.

—Es preciso. No veo otro camino.

—Vincent... —murmuró Linda otra vez.

Y sus manos se deslizaron sobre los hombros de él, para tenerle más cerca. Permanecieron estrechamente abrazados todo el rato

posible, hasta que Vincent musitó:

—He de irme, Linda...

Apenas la puerta se cerró con un clic y la pieza quedó en silencio, la muchacha sintió añoranza de él. Le recordaba en la oscuridad, sólo cubierto con los calzoncillos blancos, apoyada la pistola verticalmente contra el hombro, y creyó verle de nuevo desde la ventana de la habitación 310 del Holmhurst, cómo se movía en la calle envuelta en gélida niebla, aún prácticamente desnudo. Nunca había llegado a contarle lo que dijera el borracho que salía del hotel, al hallarle así. Habían hecho el amor. Un hombre se había puesto a disparar contra la habitación, y luego habían hecho el amor debajo de las mantas, ya que el cuarto estaba helado por culpa de la ventana rota. Vincent no le había explicado lo que le dijo el hombre, pero también había cosas que ella no le había contado a él. Necesitaban hablar mucho. Quizá no fuera imprescindible, pero había cosas buenas de oír. Linda se levantó y fue a la sala de estar.

Las llaves del coche estaban en el escritorio, encima de un sobre del hotel, dirigido a CHIQUITA. En su interior había veinte billetes de cien dólares y una nota que decía:

Querida Chiquita:

Esto es lo que te corresponde por soportar tiros y verte complicada en todo este lío. Confío en que sea sólo la primera parte de la historia y podamos vivir juntos muchas más. Pero debo dejarlo en tus manos. Me encontrarás en

Spade's

Isla Verde. A lo mejor, también en plan de invitado.

Al salir del ascensor, Mora vaciló y dobló hacia la izquierda, en dirección al casino, en vez de tirar hacia el vestíbulo. A las doce y media, la sala estaba repleta de jugadores. Todo eran luces y timbres que sonaban. Empezaba a sentirse en su casa, allí. Echó un cuarto de dólar en la primera máquina tragaperras libre que encontró. Accionó la manivela y el tambor se puso a girar. Las listas y las cerezas y las campanitas y las naranjas dieron vueltas y más vueltas. Hasta que la máquina se paró. Nada. Vincent echó otra

moneda y presencié la misma función. Nada, tampoco. Introdujo por fin la última moneda en la ranura, puso en marcha el aparato y se alejó con paso indiferente, aunque atento por si, de pronto, oía el ruido de monedas y el timbre que anunciaba el *jackpot*...

Bueno, también en San Juan había todo tipo de juegos.

25

MODESTA Manosduras, la viuda de Isidro, dijo que sí, que podría describir al hombre, e identificarlo si le viera. Era un americano de cabellos claros, nariz estrecha y piel tan pálida que se le transparentaban las venas y se le notaban los huesos...

—Espere un momento, por favor.

La condujeron al oscuro extremo de una habitación donde, al otro lado, había cinco hombres iluminados por poderosas luces. Le preguntaron si entre ellos veía al turista que usaba el taxi de su marido.

—¡Sí! —dijo ella sin titubear—. ¡Es aquél!

Y señaló a Teddy Magyk.

Los cinco hombres fueron retirados.

Uno de los policías preguntó a la mujer si había visto antes a aquel individuo.

—Nunca le vi de la manera que ustedes se imaginan —declaró Modesta.

Los agentes se miraron entre sí.

—¿Cómo pudo identificarle, pues?

—No le veo con mis ojos —explicó la mujer, al mismo tiempo que se tocaba la frente con el dedo índice—. ¡Le veo aquí dentro!

La llevaron entonces a otra pieza, un despacho, la invitaron a sentarse y le mostraron una fotografía.

—Es mi marido, cuando fue a El Yunque con el turista.

—¿Había visto antes esta foto?

—No; nunca.

—¿Cómo sabe que está tomada en El Yunque, pues?

—Conozco el sitio.

—¿Estaba enterada de que su marido iría a ese lugar con el hombre al que acaba de identificar?

—Me consta que fueron allá —dijo la mujer—, porque el de la foto es mi marido, y está en El Yunque.

Los policías volvieron a intercambiar miradas. Pidieron a Modesta que siguiera sentada en aquella incómoda silla y le sirvieron un café que parecía agua. Después de hablar con los agentes durante más de una hora, venga a repetir todo cuanto Isidro le había contado acerca del turista que tanto le daba a ganar, la mujer sintió hambre y dijo que deseaba regresar a casa.

Un estadounidense que llevaba barba se ofreció para acompañarla en coche desde Hato Rey hasta su casa de Puerta de Tierra. Dijo su nombre y le expresó su condolencia por la muerte del marido. Conducía despacio, con lo que otros automóviles hacían sonar el claxon, impacientes, y les adelantaban. El taxi de Isidro era mucho más amplio y confortable. Este automóvil tenía el morro corto, y los asientos eran estrechos. La mujer se acordaba del Chevrolet de su marido, que había vendido por dos mil quinientos dólares, cuando el americano barbudo preguntó si contaba con lo suficiente para vivir.

Modesta le miró a la cara, antes de contestar, y dijo que sí, que saldría adelante. Incluso había comprado un televisor en color y ropa nueva para los niños.

¡Qué despacio conducía aquel hombre!

—¿Por qué advirtió usted a su marido que tuviese cuidado con ese Teddy?

—Porque se llama Magic.

—Es su apellido.

—Aunque así sea.

—Pero no hay nada de mágico en él. Sólo que su apellido suena raro.

—Bien, sí, pero... ¿Puedo preguntarle qué le harán?

—Se le acusará de asesinato, y será juzgado.

—¿De veras?

—Tan pronto como el fiscal del distrito tenga las pruebas convenientes.

—¡Ah!

—Y luego le enviarán seguramente a Oso Blanco. Condenado a cadena perpetua.

—¿Esto es lo que usted supone?

Estaba decepcionada. Aquel hombre no sabía más que los policías. Pero debía de ser rico, porque le dio dinero al detener el coche delante de la casa. Cinco billetes de cien dólares, y luego cinco más, cuando los niños salieron a ver el automóvil. Dada su generosidad y gentileza, Modesta se animó a decir:

—Oiga, señor... ¿Realmente no cree que ese tipo es medio mago?

Vincent contestó con un movimiento de cabeza.

—No. De ningún modo.

—Entonces... ¿por qué van a dejarle en libertad?

Esta vez, los agentes de la brigada criminal que almorzaban en El Cidreño volvieron a observar la mesa que ocupaba con Lorendo Paz el mismo tipo barbudo, todavía con permiso de convalecencia pero sin bastón. Pero ahora sabían de qué hablaban. Lorendo, inmaculado, como siempre, y el de la barba tan mal arreglado como la vez anterior. Varios de los investigadores discutían el mismo asunto que Lorendo y el detective estadounidense: no cabía duda, prácticamente, de que Teddy Magyk había matado al taxista. Sin embargo, aquella misma tarde, a las seis, estaría paseando tan tranquilo por la avenida Franklin Delano Roosevelt.

—¡Le teníamos en el transbordador de Loíza! —exclamó Herbey Maldonado, hablando con su compañero de mesa—. ¡Y le dejamos escapar...!

El detective estadounidense apenas había probado la comida.

—Comprendo lo que siente —agregó Herbey.

Vincent Mora no hacía más que beber *whisky* y fumar cigarrillos.

—Tienes que hacerte cargo de la influencia que sobre nuestro sistema, sobre nuestro modo de preparar un caso, ejerce aquí el fiscal del distrito.

—Es como si os pusiera un emplasto encima; ya lo veo.

—Un emplasto, sí. ¡Buena comparación!

—No quiere enredarse en un caso, si existe algún riesgo de perderlo...

Lorendo Paz movió la cabeza.

—Le haría maldita la gracia ver que un defensor se salía con cualquier sutileza, de manera que procura ser muy objetivo con respecto a las pruebas. Si no procesa a éste, procesará a otro.

¿Qué más da? En este caso, me figuro que ve más agujeros que Teddy pueda utilizar para escapar con bien, que modos para mantenerle sujeto... Sabes de sobra a qué me refiero. ¿Qué hay de nuevo sobre la capa de la Tierra, amigo? Aunque podamos presentar la foto tomada en un lugar situado exactamente encima de donde fue descubierto el cuerpo, ¿cómo probamos que, en efecto, fue sacada aquel día? ¿Qué día se produjo el asesinato? La foto no lleva fecha. Los del establecimiento fotográfico dicen que quizá tengan registrado el nombre, y que lo mirarán. Pero eso tampoco demostrará nada. Si hubiera testigos que declarasen haber visto juntos a Teddy y al taxista...

—Yo soy testigo —dijo Vincent.

—Tú les viste en la playa, pero no en la montaña. En el DuPont Plaza hay un portero que, posiblemente, les viera juntos una o dos veces. La única persona que podría identificar de forma segura a Teddy sería la viuda de Isidro, pero ella nunca le había visto, antes de hoy. ¿Te interesa oírla testificar?

—Esa mujer sabe que Teddy Magyk quedará en libertad.

—También nosotros deberíamos saberlo, ¿no?

Vincent no contestó.

—Dices que compró un papagayo de artesanía en la tienda de objetos típicos que hay allá arriba, en la selva, y que se lo entregó a Iris. ¿De veras lo hizo? ¿Cuándo?

El pensamiento de Vincent se encontraba en otra parte.

—La pistola —señaló.

—Suponemos que es el arma homicida —replicó Lorendo—, pero en el cuerpo de la víctima no se hallaron balas. Quien fuera, disparó dos veces contra ella. Una de las heridas era con orificio de salida. Yo confiaba en que se encontraría una bala, para comparar... Pero ten en cuenta que el cadáver estaba terriblemente descompuesto, después de dos semanas o más de yacer en el

bosque, y comido, en parte, por alimañas. No sé adónde pudo ir a parar la bala, pero constituye la única posibilidad para demostrar algo. Enviaré de nuevo a un equipo de hombres, con orden de que rastreen el suelo con sus cepillos de dientes.

—¿Y puedes retener a Teddy, entre tanto? ¿Bien encerrado?

—No, Vincent. Ni siquiera por lo del arma. La trajiste tú; no era él quien la tenía. Su abogado diría: «¿Y usted quién es?». No tienes jurisdicción. Teddy afirma que la pistola no es suya, y que nunca la había visto antes. Por consiguiente... Todo lo que puedo hacer, es decirle que no debe abandonar Puerto Rico hasta que hayamos terminado la investigación. Y apostar algunos hombres en el aeropuerto, para más seguridad. Y alargar el asunto al máximo... Quizá se nos ocurra algo, mientras tanto. No sé, Vincent... La cosa parecía bastante clara, primero, pero... Tendríamos que haber aprendido a no animarnos demasiado pronto.

—Insisto en que fue él —declaró Vincent.

—Yo también lo creo; no necesitas decírmelo. Pero los dos hemos pasado antes por esto.

—Sí, demasiadas veces —asintió Vincent.

—Dijiste que tenías el presentimiento de que no habría extradición para él, ¿no? Lo preveías. Por eso le trajiste. Tal vez logremos hacerle cantar, al final y, con ello, cerrarle las puertas.

—Tal vez.

—Pero lo cierto es que, tanto aquí como en Miami o Atlantic City, siempre tienen ventaja los delincuentes. Le pregunté si pensaba defenderse y negar la acusación. ¿Sabes qué contestó?

—Sé que mató a tres personas en las últimas tres semanas —insistió Vincent.

—Sí.

Tomaron sus bebidas a pequeños sorbos, guardando un breve silencio entre el ruido de platos y las voces que sonaban en el restaurante. Lorendo miró hacia una mesa, y luego de nuevo a Vincent.

—Tú ya conoces a Herbey Maldonado...

—El del transbordador de Loíza, sí.

—Exactamente. Pues ese Herbey dice que podríamos volver a llevarle allí, y no permitir que regrese. ¿Bromea, o no? Algunos de esos chicos..., tú ya lo sabes bien de Miami..., no se lo pensarían

dos veces, y eso que son buena gente.

—Vincent no dijo nada.

—Espero que tú no estés pensando en algo parecido. Tú no, ¿verdad Vincent?

Mora seguía sin hablar.

—¡Di algo, Vincent! Me preocupas. ¿En qué piensas?

Estaba en San Juan, pero no estaba... Apenas había probado el almuerzo. En el cenicero de estaño había ya varias colillas. Al fin alzó la vista y miró a Lorendo.

—Nunca te preocupes por algo ya sucedido, o que queda fuera de tu control.

—Estoy de acuerdo con eso, sí.

—Nunca busques vengarte...

—No; yo tampoco lo haría.

—Eso queda para los perdedores...

—Porque no pueden ganar, claro.

—Alrededor de eso gira todo. Teddy Magyk ansia vengarse de mí. Hacérmelas pagar. El taxista se enteró de algo, y por eso le mató Teddy. Luego mató a Iris para hacerme acudir. Por último asesinó y violó a una mujer porque necesitaba dinero o porque le dio la gana, y antes intentó matarme a mí.

—Porque tú le enviaste a la cárcel.

—Porque está loco. Porque no tiene nada mejor que hacer. ¿Quién sabe? Creo que, si hablo con él, lo averiguaré. Es preciso que lo haga.

—Vincent...

Otra vez se hizo el silencio en medio de los ruidos del restaurante.

—Esperemos a ver qué sale —aconsejó Lorendo.

—Sería autodefensa.

—No lo sería —recalcó Lorendo—. No de la manera que tú lo ideas.

Salieron del mundo comercial de Hato Rey para encaminarse al mundo turístico de las playas y los grandes hoteles, al lujoso conjunto de Isla Verde con el edificio semejante a una mezquita.

—Para entrar ahí —comentó DeLeon—, me da la impresión de

necesitar una alfombra. Sabes a qué me refiero, ¿no? Para arrodillarme en el vestíbulo, de cara a La Meca, que quedaría... ¡en esta dirección!

—Allí está Miami —respondió Vincent.

—En cualquier otra dirección, entonces. Es igual. Desde donde yo vivía hasta La Meca, había sólo un salto. Sin embargo, nunca fui. Esto de aquí podría ser Egipto, salvo que allí hay unos lavabos...

Vincent estaba sentado de lado en una tumbona, y delante de él tenía a DeLeon estirado en otra. Su cuerpo, de piel de color de café, destacaba contra el blanco pantalón de baño, y los ojos del africano no se apartaban de la cúpula árabe del casino. Poca era la gente que aún se bañaba en la piscina. El sol, próximo a ponerse ya, proyectaba sus tenues rayos sobre el cemento y sobre el océano que bañaba la playa. Aunque no querían hablar más de Teddy, el tema volvía una y otra vez por sí solo, porque siempre había algo que decir.

—Es un hijo de puta, ¿no?

—Se está poniendo muy insolente —dijo Vincent—. ¡Siempre con esa sonrisa idiota!

—Actúa a su manera.

Teddy había dicho a los policías que, si le hacían permanecer en Puerto Rico contra su voluntad, tendrían que pagar los gastos de hotel. En consecuencia, se le había ofrecido un apartamento en una casa situada detrás de la jefatura, donde vivía la gente que recibía asistencia social. Teddy echó una mirada a aquello, según le contaron a Vincent, se tapó la nariz y se hizo conducir al DuPont Plaza, donde se serviría de una tarjeta de crédito.

—¡Ese tío es capaz de demandarnos! —exclamó DeLeon.

—¡Y tan capaz!

—Tendríamos que traérselo aquí —dijo DeLeon, de pronto.

—Estaba pensando en ello... En el modo de organizado.

—Quizá pudiésemos hacer ver que le ocurre un accidente... ¡Que da un traspies y cae por el hueco de un ascensor...!

Habían llegado dos días antes a última hora de la tarde, entregando a Teddy a Lorendo Paz en el mismo aeropuerto. Luego, DeLeon introducía a Vincent en

Spade's

Isla Verde, como un huésped muy especial. «¡Consulta el ordenador,

hombre!»: y allí estaban, hasta que ese mismo ordenador mandara echarles.

—«Secuestradores, Sociedad Anónima» —bromeó DeLeon—, descansando entre gente importante y confiando, sobre todo, en que no nos arresten en este preciso momento... ¿Cómo se llama aquel hombre? ¿Herbie?

—Herbey.

—Creo que la idea es suya. Uno de esos chicos lo puede hacer por ti. ¡Llevarse a ese maldito hijo de puta hasta bien dentro de la selva, hacerle perder el culo!

—No está nada mal —admitió Vincent—. Si yo supiera adonde había de ir a parar... ¡La idea es buena!

—Pegarle un tiro sería demasiado fácil —dijo DeLeon, apoyándose en un codo para mirar más de cerca a Vincent—. ¿Recuerdas lo que me confiaste? ¡Que deseabas matarle, pero que te gustaría hacerlo de manera que pudieses convencerte a ti mismo de que no habías sido tú! ¿Qué mierda quisiste decir con eso?

—No deseo matarle.

—Eso significa que no quieres reconocerlo.

—No; ya lo hice una vez. Pero entonces no pretendía hacerlo, ¿entiendes?, ni quiero que se repita ahora.

—Respeto tus decisiones, amigo; pero lo que haces es jugar contigo mismo.

—Hum... Tal vez. Pero nunca quise matar a aquel tipo.

—No me refiero a aquel tío. Estoy hablando de aquí, y de ahora. Creo que estás esperando a que Teddy se mueva: que se exponga y dé algún paso contra ti. Entonces tendrás ocasión de volarle el culo sin querer. Jurarás que no querías, pero ya se lo habrás volado.

—He pensando en eso.

—Pero tú mismo te lo pones difícil. Todo has de hacerlo según el libro. Nunca estuve tan cerca de un buen policía, Vincent, ni había tenido ocasión de seguir sus pensamientos. Lleváis pistola, y siempre ‘pensé que os gustaba usarla. Pero tú pareces otra cosa... ¿Qué otro camino ves, pues?

—Pegarle un susto de los que no se olvidan —contestó Vincent.

¡Ah, la teoría de salvar vidas de Mora! Pero Buck Torres preguntaba cómo podía saberse si daría resultado o no. Porque... hay para eso un momento decisivo: el de disparar y salvar tu vida, o

no disparar y quizá perderla.

—Asustarle de manera que abandonara la lucha, y tal vez incluso confesara.

—¿Hablas en serio? —exclamó DeLeon—. ¿Asustar a ese tipejo? ¡Y una mierda! La policía de allá arriba y la policía de aquí abajo no hace más que buscar modos de arañarle el culo a Teddy, y no consiguen nada. ¡Si parece que lleve polvo de hada encima! ¡Nada puede herirle!

—Es mister Magic —dijo Vincent—. No lo olvides.

—No es más que un repudiado, pero ese diablo ha de tener algo. ¡Vaya con el criminal hijo de perra! Los más escurridizos son los peores.

Vincent preguntó qué pensaba hacer aquella noche. DeLeon contestó que iría al viejo San Juan, a dar vueltas por allí.

—¿Te importaría detenerte unos momentos por el camino? Quisiera que conocieses a Modesta, la mujer del taxista. ¡A ver qué efecto te produce!

—Lo haré con mucho gusto —dijo DeLeon—. ¿Está buena?

Modesta pesaría alrededor de los cien kilos, pese a ser baja, olía a colada reciente y llevaba un vestido que, dado su volumen, apenas le alcanzaba hasta las rodillas. Tenía las piernas flacas, en cambio, con feos nudos en las espinillas. Era una africana negra negra, que desde el pasillo que daba a la calle dijo:

—¡Pasen, por favor!

Fue un alivio volver a salir de allí y respirar de nuevo en la calle, después de aguantar el olor a grasa caliente y el terrible ruido de la lavadora en marcha, del ventilador eléctrico que proporcionaba aire caliente y del televisor a todo volumen. Los niños veían el programa titulado *Love Connection*, ansiosos por saber si la joven concursante había elegido al programador de ordenadores, al chico del bar o al vendedor de coches...

«O a ninguno de ellos», se dijo DeLeon mientras seguía hacia fuera a Vincent y a la mujer, a través de un patio lleno de trastos.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó la viuda.

—¿Qué es lo que entiende? —inquirió Vincent.

—Un sueño que tuve. Iba en un coche negro, pero no tirado por

caballos... —explicó, acercándose al automóvil de DeLeon—. Estaré dentro mientras ustedes me hablan. Si pudieran poner la radio, por favor, y hacer funcionar el aire acondicionado...

DeLeon miró a Vincent, que le contestó de la misma forma mientras la mujer saludaba a unos vecinos y se introducía en el vehículo, seguida de Vincent. Bajó la ventanilla y volvió a saludar a la vez que Vincent le preguntaba cómo sabía que Teddy iba a ser puesto en libertad. Modesta dejó de decir adiós a sus conocidos y pareció muy sorprendida por las palabras de aquel hombre.

—¡Ay, pues porque es míster Magic! ¡Ya se lo dije!

—Está libre, en efecto, pero... ¿cómo podía saberlo usted? ¿Fue un presentimiento, o también un sueño?

—No sé. De repente lo supe. Las ideas me vienen a la cabeza. También la policía me lo preguntó.

—¡Ah...! —dijo Vincent.

DeLeon, sentado al volante pero medio vuelto y muy interesado, observó la mirada de Vincent. No había en ella más que desilusión. ¿Qué había esperado? Por lo visto, abrigaba bastantes esperanzas, ya que entonces inquirió:

—¿Y sabe qué le va a ocurrir ahora? Ahora que está libre, quiero decir.

—No lo sabré hasta que le vea —declaró la mujer, saludando de nuevo a sus vecinos—. Si le veo, quizá pueda explicarle algo. Pero una cosa —agregó, de cara a Vincent—: ¡Tenga mucho cuidado con él!

Cuando el policía posó en él la vista e hizo un gesto con la cabeza, DeLeon levantó la bolsa de lona azul, que estaba en el asiento delantero, y se la pasó atrás. Vio que Vincent extraía de ella la urna de acero inoxidable.

—¿Sabe usted qué es esto?

La mujer tocó la urna con las puntas de los dedos, y de pronto se puso a acariciarla con dulzura. DeLeon observó que cerraba los ojos.

—Veo... —murmuró Modesta—, veo caer del cielo a una muchacha.

A DeLeon se le puso la piel de gallina. Los ojos de Vincent volvían a mirarle con gran intensidad.

La casa se hallaba cerca de donde Iris se había alojado, y en el piso, en lo alto de la escalera, la pintura se desprendía de los postigos y de las sucias paredes. Una mortecina luz iluminaba el cuarto donde dos mujeres y un flaco muchacho portorriqueño en camiseta seguían el programa *Love Connection*. Uno de los favoritos de Teddy.

Éste se encontraba en la cocina, hablando con otro portorriqueño igualmente delgado, que llevaba un descarado sombrerito de paja que casi le cubría los ojos, y una camiseta sucia. La cocina sólo quedaba separada del cuarto de estar mediante una especie de tablero, de modo que Teddy podía prestar atención al programa aunque no lo viese. Al mismo tiempo le decía al tipo de la cocina que no, que no necesitaba todo un paquete, sino únicamente unos cuantos canutos. Cuando el portorriqueño oyó eso, se mostró impaciente, como si Teddy estuviera haciéndole perder el tiempo.

Le había dado diez pavos a un ayudante de camarero del DuPont Plaza, por recomendarle aquel lugar. Allí le darían todo lo que quisiera. «¿Todo?» «¡Todo!»

Teddy opinaba que la chica era imbécil, por haber elegido al vendedor de coches, un tipo artificial de grandes patillas y ya no muy joven. Se habían citado, y ahora explicaban a Chuck Woolery, el presentador del programa, el tiempo que habían pasado juntos. Que primero habían tenido problemas con el automóvil, retrasándose dos horas todo el plan. En el restaurante japonés donde almorzaron, la chica había quedado mareada de tanto *yukky*. El público se rió mucho al explicar ella que el pescado crudo y el vino caliente no eran lo suyo. Entonces, Chuck Woolery puso su acostumbrada cara de inocente y preguntó al gilipollas del vendedor de coches si la tarde había ido mejor, y si existía la posibilidad de un romance. Y el gilipollas del vendedor de coches contestó, a través de una pantalla, que le había estampado un largo beso de las buenas noches...

Teddy le dijo al individuo de la cocina:

—Mira, no sé cuánto tiempo voy a estar aquí. Tal vez sólo un par de días, y no puedo llevarme hierba en el avión. ¿Lo entiendes? ¿Por qué no me lías cinco canutos? Seguro que los haces casi a medida.

El tipo sacó una caja de zapatos.

Teddy se veía a sí mismo en el programa de televisión,

conversando con Chuck Woolery. El presentador preguntaba si la cita había sido un éxito, y él contestaba que, bueno, a la chica no le hacía demasiada gracia el pescado crudo, pero que sin duda enloquecería cuando él le enseñara la carne. ¿Qué diría Chuck en un caso así?

Una de las mujeres y el tipo delgaducho del cuarto de estar discutían en español sobre el programa, y se chillaban el uno al otro. Entre tanto, el del sombrero de paja había abierto su caja de zapatos y mostraba a Teddy otros productos que podían resultar interesantes en el caso de una estancia breve: cocaína, kifi, *dulce*...

Era hora de moverse. Lo que de veras le había llevado a la casa. Teddy alzó la vista de la caja y dijo:

—No es esto lo que me interesa. Voy a explicarte qué. Sacó doscientos dólares en billetes de veinte, muy doblados, y se puso a deshojarlos uno a uno.

—Supongo que tienes una pistola para venderme. ¿Estoy en lo cierto, o no?

26

VINCENT pasaba por delante del restaurante, abierto a la calle. La bolsa de lona azul pendía de su hombro. No tardó en descubrir a Teddy entre las plantas colgantes y las mesas cubiertas de hule verde. Vestía camisa de punto, roja, llevaba la cámara a cuestas en plan de turista y, con la carta en la mano, elegía un desayuno tardío. El policía siguió por la avenida Ashford hasta Walgreen's

y marcó el número que le diera DeLeon.

—¿Se trata de algo importante?

—Me pregunto si me harías un favor.

—Aunque tu casa se estuviese quemando, creo que hablarías con la misma calma.

—Ve en busca de la viuda del taxista y llévala al «Consulado». Sabes dónde está, ¿no?

—Todo el mundo lo sabe.

—Allí tienes ahora a Teddy.

—¡Caramba! Parece interesante.

—Pero mejor no ir más allá. No se trata de atacarle en cuadrilla.

—Sólo de darle un susto, ¿eh? ¿Y si le espantamos?

—Todo es posible.

—No sabemos lo que allí interrumpimos.

—Pero alguna vez hay que descansar.

—¿Ah, sí?

Teddy comía sus panqueques con una mano, mientras con la otra sostenía su vaso de Coca-Cola

. Vincent, sentado a una mesa para cuatro al otro lado del pasillo y con la bolsa de lona colgada de la silla, procuraba observarle. Teddy cortó un trozo de la pila de panqueques, se lo introdujo en la boca, muy abierta, y no empezó a masticar hasta haber tomado un sorbo de cola.

Inclinado sobre su plato, Magyk volvió de pronto la cabeza para mirar por encima del hombro y dijo:

—¡Ey! ¿Un alto en el camino?

¿Se sentía efectivamente dentro de la ley, o fingía estarlo? Jugando a hacerse el chulo... Vincent se fijó en que, a aquellas horas, sus ojos ya tenían un brillo acuoso. ¿Consecuencia de un exceso de *whisky*? Quizá. No parecía estar en guardia, ni importarle un pito su situación. Se había dirigido a Vincent como si fuera alguien de su tierra... Un viejo compañero que tal vez pensara lo simple que sería llevarse la mano a la parte posterior del pantalón, por debajo de la chaqueta, sacar la pistola y eliminarle de un solo tiro. Allí mismo. Y decirle a la camarera: «Oiga, quisiera los huevos un poco más hechos».

—¿Por qué me sigue? No le va a servir de nada.

—No te sigo.

—¿Qué estuvo haciendo durante toda la mañana? Le vi pasar por aquí delante.

—Eras tú quien me seguía a mí —señaló Vincent—. Tomabas fotografías... ¿Para qué, por cierto? ¿Te importa que te lo pregunte?

—¿Acaso lleva encima una grabadora?

—De sobras sabes que estás libre de responsabilidades. No llevo nada. Simplemente, siento curiosidad.

—¿Por las fotos que saqué? No es ningún secreto —dijo Teddy con la boca llena, bebió luego un sorbo de su refresco y se pasó la lengua por los labios—. Deseaba ver su cara de cerca.

—¿Por qué?

—Para comprobar cómo mira a la gente —contestó Teddy, volviéndose del todo para fijar la vista en Vincent—. Para saber si mira a los demás como me mira a mí.

—¿Cómo te miro a ti? No te entiendo.

—¡Y una mierda! No voy a decir nada más a ese respecto, por ahora. Puede surgir otra ocasión, pero no sabemos con certeza si ocurrirá ni cuándo... Hoy, usted parece tener ganas de conversación. En el avión, en cambio, cuando estaba tan seguro de que yo iba a dar con el culo en la cárcel, ni siquiera me dirigió la palabra. Usted y aquel tío grandote no hacían más que reírse, claro, qué divertido meter en la cárcel a míster Magyk!

Entonces, yo estaba seguro de que usted habría querido hacerme algunas preguntas.

—¿Puedo ser sincero contigo? —quiso saber Vincent.

—Naturalmente.

—Temía abrir la puerta y arrojarte del jodido avión, si llegas a decir algo. Por eso me aguanté. Ahora, eso ya pasó.

Teddy movió los hombros dándoselas de listo.

—¿De modo que ahora ya no le intereso?

—¿Y qué voy a hacer? —respondió Vincent—. He sido policía durante quince años. Sé que si presento una prueba al abogado del Estado, al fiscal, y no la considera suficiente, lo tengo que aceptar. No voy a actuar a espaldas de la Ley por estar convencido de que un individuo es culpable.

—¿Y por qué me llevaron a aquel transbordador? ¡No fue muy amable, por su parte!

—Aquello era distinto. Trataba de impedir que hicieras alguna estupidez. Me entiendes, ¿no? Quería asustarte, hacerte reaccionar.

—Me extravié —le reprochó Teddy—. Tardé dos horas, como poco, en regresar al hotel. Primero, aquellos dos portorriqueños se me llevan, sin que yo supiera adónde. Luego, usted sale de otro coche... ¿Cree que no estaba asustado?

—No lo suficiente —replicó Vincent, arrellanándose en el sillón mientras repasaba la carta del restaurante—. De cualquier forma, poco importa ya eso.

—¿Qué es lo que no importa?

—Creía que caerías por uno de los tres homicidios. Pero estaba equivocado.

—¡Un momento! ¿De qué tres casos habla?

—Primero, el taxista. Me consta que fuiste tú. Pero no puedo demostrarlo aquí ni allá. Luego Iris y aquella mujer.

—¿Qué mujer?

—La que encontraron debajo del *boardwalk*. Muerta a golpes y violada, además. Todo eso suena a Teddy.

—La mujer se llamaba Marie, ¿verdad?

—Anna Marie Hoffman.

—¿Hoffman? ¿Ah, sí?

—Luego está lo de Iris. Hoy, sin embargo, no creo que tú la mataras.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Probablemente sería otro tipo. No eres tú el único canalla que anda por el mundo, Teddy. Podéis sumar millones.

—¿De veras? —dijo Teddy, y con expresión tensa tomó la cámara que tenía encima de la mesa, y se acercó a Vincent—. Así que cree que la mataron, ¿ey?

Retiró la silla situada enfrente de Vincent y tomó asiento en ella, con la cámara fotográfica en sus rodillas y la vista fija en el policía.

Vincent se reclinó en su sillón, muy satisfecho por el giro que tomaban las cosas.

—Tengo entendido que la chica dio un doble salto mortal desde el balcón —prosiguió Teddy—. Oí decir que no lo había hecho mal del todo, aunque sólo merecía una puntuación de ocho y medio, más o menos. ¿Y sabe por qué? ¡Porque no juntó los pies!

Vincent necesitó dejar pasar un momento. Tomó su vaso de agua y bebió un sorbo. Era preciso que se calmara un poco. Por fin dijo:

—Tengo entendido que no gritó. Y me pregunto por qué.

Teddy se encogió de hombros, con los ojos clavados en Vincent.

—Tal vez estuviese muerta, o poco le faltara. ¿No lo pueden averiguar mediante pruebas?

—Eso requiere su tiempo —contestó Vincent.

—A lo mejor estaba drogada y perdió el sentido.

—Iris no tomaba esas cosas.

—¿No? Pero quizá se las hizo tomar alguien, dejándola fuera de combate. También es posible que estuviese cansada, y con poco tuviera bastante... ¿Quién sabe? ¿No se puede imaginar usted algo? ¡Caray, si parezco yo el policía! Voy a decirle una cosa: usted puede dedicarse a la vigilancia, a toda la vigilancia que le dé la gana. Pero eso no va conmigo. Yo, todo lo más, me dedico a seguir a algún tipo descalabrado que se apoye en un bastón... —agregó con una risita—. Eso es diferente.

—¿Qué me dices de la mujer?

—¿De cuál? ¿De aquella Marie?

—Sí. ¿Qué le sucedió?

—¿Que qué le sucedió? ¡Pues que alguien la jodió, según parece! Esa clase de mujeres parlanchinas se enzarzan con cualquier desconocido un poco amable, y si llevan encima algo interesante, pues... ¡ya está!

—Una ayuda económica, por ejemplo.

—Posiblemente.

—Pero... ¿para qué violarla, además?

—¡Y yo qué sé! Tal vez pareciera buena idea. Quizás ella misma lo pidiera. ¡Todo cabe!

—La mujer ya estaba muerta cuando la violaron.

—Una vieja como ésa no puede permitirse ser demasiado remilgada, si busca algo. ¿Me entiende? Apuesto lo que quiera a que no se había sentido nada dentro desde hacía años y años. Al menos es de suponer, dado el tipo de mujer que era y la edad que tenía. Las viejas no consiguen eso con facilidad. ¡Quién sabe si, incluso, murió con una sonrisa en los labios, pensando en el placer que la aguardaba!

Vincent tuvo que contenerse de nuevo.

—¿De veras crees eso?

—Tengo entendido que allí dentro reinaba la oscuridad. ¿Quién sabe, ey? Usted cree saber muchas cosas, y no hace más que meterse en dificultades. Se imagina, por ejemplo, que le pegué un tiro a aquel taxista y luego arrojé su cuerpo al precipicio, de manera que me arrastró de culo hasta aquí... Bueno, por lo menos me resultó gratis el viaje, y no me sabe nada mal volver a verme en Puerto Rico. Sin embargo, creo que alguien debiera pagarme el hotel... No estoy aquí por capricho.

—Tú nunca tienes la culpa de nada —replicó Vincent—. Probablemente eres un enfermo, pero todavía sabes lo que haces. Eres un jodido cabrón, Teddy. Nunca en mi vida me había encontrado con alguien como tú.

—Pues más vale que se acostumbre —le plantó Teddy con su desvergonzada risita—. Le ha costado muchos sudores llegar a comprender que no me llaman míster Magic en vano.

—¿Quién te llama así? Jamás se lo oí decir a nadie.

—Muchos amigos.

—¿Qué amigos? ¿Los compañeros de Raiford? ¿Todas esas joyas? ¡Pues yo no considero un acto de magia el cumplir condena!

—A mí no me fue demasiado mal.

—Y saliste de allí con grandes ideas.

Teddy le miró de soslayo.

—Vuelvo a descubrir no sé qué en sus ojos... ¡Sí; ahí está! Como si creyera saber algo...

—Sé que deberían retirarte de la circulación.

—No aparte la vista. ¡Míreme a mí!

Era lo que Vincent deseaba, en realidad, y Teddy se exponía ahora expresamente a sus ojos, pero más allá acababa de descubrir a la gruesa mujer negra que, luciendo un vistoso vestido estampado en el que destacaban varios tonos de rojo, se acercaba a través de la abertura que había en el pequeño seto que rodeaba las mesas. Ahora, la africana miraba a su alrededor. Un gran sombrero de paja le cubría parte de la cara, y debajo asomaba un pañuelo también rojizo.

Vincent echó un breve vistazo a Teddy, que ahora tenía los ojos muy abiertos, y en ellos se reflejaba la angustia. Una preocupación, casi un temor que no encajaba con la ordinariez de su voz cuando dijo:

—Usted no sabe ni una mierda. Sin embargo, se refiere a mí en cada una de sus palabras... ¡Y afirma cosas que no son verdad! ¡Es un estúpido y un imbécil...! ¡Venga, míreme a los ojos! ¿Adónde va?

Vincent respondió:

—De momento quiero que veas a una persona. —Y se levantó para saludar a la gruesa mujer negra de vestido estampado y gran sombrero de paja, que se acercaba a la mesa.

Vincent le ofreció un asiento a la vez que les presentaba:

—Modesta Manosduras... Teddy Magyk.

Acudió una camarera para servir agua, y Vincent observó cómo Teddy miraba a la mujer sin ponerle la vista encima. Permanecía sentado con las manos encima de la funda de la cámara. Cuando la camarera se alejó, Teddy pareció arrellanarse mejor en su sillón metálico, tomó el vaso de agua y apenas logró contener una de sus insolentes risitas. Volvía a ser él mismo.

—¿Ésta es su pareja? —se atrevió a preguntar con descaro.

—Es la esposa de Isidro —declaró Vincent.

—Le reconozco —dijo entonces la mujer—. ¡Es el que mató a mi marido!

Teddy clavó los ojos en Vincent.

—¡Nunca en su vida me había visto!

—No importa. Usted fue quien le mató —intervino Modesta, mirando seguidamente a Vincent, que hizo un gesto de afirmación.

—Usted recomendó a su marido que fuese con cuidado —señaló Vincent.

—Sí, pero Isidro no me hizo caso.

—También me aconsejó a mí que tuviera cuidado con Teddy...

—Si me hace caso, tal vez no le ocurra nada.

—Ustedes dos pueden divertirse tanto como les venga en gana. Yo me voy —anunció Teddy.

Agarró la funda de la cámara y apoyó una mano en el brazuelo de su silla.

—¡Mírele bien! —dijo Vincent, de cara a Modesta—. ¡Procure recordar sus facciones!

—Sí...

—¿Es realmente mágico?

—Míster Magic... —murmuró la mujer—. No habrá policía capaz de atraparle.

Teddy dirigió una torcida sonrisa a Vincent.

—¿Se ha enterado?

—¿Qué ve usted? —insistió Mora, de cara a Modesta—. ¿Qué le ocurrirá?

—¿A Míster Magic?

—Sí. Mírele bien y dígame qué ve.

Vincent observó que Teddy esperaba, y que en su rostro se insinuaba otra de sus repugnantes sonrisas.

—Me cuesta verle... —murmuró la viuda, entornando los ojos.

—Aquí me tiene, delante de usted —indicó Magyk—. Tan pronto cree ver mucho, como no ve absolutamente nada.

—Está metido en algo —declaró la mujer, alzando las manos para mantenerlas a cierta distancia una de otra—. Pero se trata de una cosa *así* de pequeña... —Después puso la palma de una mano a unos treinta centímetros de la mesa y añadió—: Y creo que sólo así

de alta. Como una olla... o un cántaro... Le veo, pero no le veo... — balbució.

—¿De qué demonios habla esta mujer? —exclamó Teddy.

Vincent alargó el brazo en busca de la bolsa de lona azul que pendía de su silla. Teddy siguió sus movimientos con la vista. El policía depositó la bolsa sobre sus rodillas, abrió la cremallera y sacó la urna de acero inoxidable.

—¿Es como esto, lo que usted relaciona con Teddy Magyk?

—¡Sí, exactamente! —asintió la viuda—. ¡Una caja de metal!

—¿Está segura? —inquirió Vincent, al mismo tiempo que, con todo cuidado, situaba la urna en medio de la mesa y observaba, además, que Teddy se ponía ceñudo contemplando el objeto.

—Estoy segura, sí —confirmó la mujer—. Era esto mismo lo que yo veía.

Teddy levantó la vista.

—¿Tiene inconveniente en decirme qué lleva ahí dentro?

—Es Iris —dijo Vincent.

—¡No me tome el pelo, caray! —protestó Teddy, que sin embargo no podía apartar los ojos de aquella caja. De repente cambió de expresión y pareció volver a sonreír.

—¡No me venga con cuentos! ¿Aquí dentro está Iris? ¡Cómo no sean sus cenizas...!

—Todo cuanto queda de ella.

—¡Dios! Nunca había visto una de esas urnas. ¿Ya miró lo que hay dentro? Si quiere, puede abrirla otra vez. ¡A mí no me asusta, ey!

—Eres un tipo repelente, Teddy —repuso Vincent.

—¿Ah, sí? —replicó Magyk—. ¿Y usted, qué? ¿Adónde va con eso tan macabro?

—Llevo la urna a la familia de Iris, que vive en Mayagüez —dijo Vincent—. A no ser que la quieras entregar tú. De paso podrías explicarles cuáles fueron las últimas palabras de la chica.

—¡Es usted un bicho raro!

Teddy colocó la funda de su cámara encima de la mesa.

—¡Todo este montaje tan ridículo para ver si me desconcierta! —bramó—. ¡Como el cuento de esta mujer vudú, que pretende ver el futuro! De sobra sé que fue usted quien le enseñó lo que debía decir, como un papagayo. ¡Es todavía mucho más tonto y obtuso de

lo que podía imaginarme! ¿Cómo se le ocurrió esta mierda de idea? Olvidó que trataba con míster Magic, amigo...

—Le veo... —empezó Modesta.

Pero Teddy la cortó en seco.

—¡No si te veo yo antes, mamaíta...!

—Espera, escúchala —exclamó Vincent.

—¿Aún no terminó con su retahila?

—Le veo con una mujer —continuó Modesta.

Teddy la miró con una risita.

—¡Eso ya está mejor!

Vincent observaba el rostro de la negra, cuyos ojos permanecían cerrados a la sombra del gran sombrero.

—Le veo bailar. Sí, creo que baila... Muy apretado a alguien.

—¿De veras? ¿Y qué ocurre?

—Usted escapa.

—¿Y no nos ve en la cama?

—A usted no le veo más. Se ha ido.

—¡Ah, bien, bien! —dijo Teddy, echándose la funda de la cámara al hombro mientras miraba a Vincent—. Tan pronto me ve como no me ve. En consecuencia, es posible que vuelva a verme algún día, o que ya no me vea más.

«¡Vaya!», pensó Vincent.

Teddy soltó una de sus horribles risitas, subió y bajó dos veces las cejas y se despidió con estas palabras:

—¡Adiós, y que se diviertan!

«¡Dios mío!», se dijo Vincent, sintiéndose extrañamente preocupado, como si temiese que la gente de las otras mesas, que le miraba con curiosidad, pudiera asociarle con Teddy.

Entre tanto, aquel monstruo atravesaba la calle con sus *shorts* y con la cámara colgada del hombro, haciendo señal a los coches, con la palma de la mano, para que le dejaran pasar. Miraba hacia adelante e ignoraba por completo los indignados bocinazos. Teddy en plan de actor. Teddy saboreando su espectáculo. Actuaba como un chiquillo crecido antes de hora. ¡El criminal que había asesinado a tres personas en tres semanas! Caminando con aire garboso por la otra acera de la calle, como si sólo los dedos de sus pies tocaran el suelo.

«Esto no es lo mío —pensó Vincent—. No sirvo para jugar con

tipejos tan extraños. No puedo seguir. He de apear-me del asunto...»

Sin embargo, continuó observando al maldito Teddy, al asesino de tres personas en tres semanas, hasta que le perdió de vista, y Modesta dijo al mismo tiempo:

—Tengo hambre.

Vincent se volvió hacia ella.

—¿De veras le vio bailar al mirarle?

—Con una mujer, creo —explicó—. Pero cuesta de ver, porque está en un lugar muy oscuro. Oiga..., ¿podría tomar una hamburguesa?

Vincent se sentía agotado, sin ánimos.

Condujeron a Modesta a su casa, con música en el coche y la refrigeración a toda marcha. Luego, cuando salían de la ciudad en dirección a Isla Verde, redujeron ambas cosas y el viaje resultó agradable. DeLeon iba relajado, y Vincent prefería no pensar en nada.

—Me voy a mi tierra —dijo al fin.

—¿No soportas ya tanta injuria?

—Me veo incapaz de continuar su juego.

—¿Qué te parecería que yo le derribara al suelo y tú le arrojaras encima algo bien pesado?

—Estoy cansado.

—¿Te importa, o no, que él aún tenga ganas de fastidiarte?

—Si las tiene, que venga a Miami Beach.

—De cualquier forma, se nos acaba esta manera de vivir invitados a base de cara dura. Nada es gratuito en este mundo —dijo DeLeon—. Mierda, voy a tener que buscarme un trabajo.

Llegaron a la mezquita situada junto a la playa. Una auténtica Meca del juego... ¿Era ésa la conexión? Vincent aún no estaba seguro. Dejaron el coche delante de la entrada principal. Después de tantos días de esfuerzos inútiles, de encontrarse siempre en un callejón sin salida, Vincent había llegado al límite de sus energías.

Sin embargo, pareció animarse un poco —quizá de manera inconsciente— cuando dijo:

—Vamos a tomar algo, mientras todavía pueda firmar...

No era que la idea le confortase mucho, de todos modos. El negrísimo portero de capa y turbante le recibió con una de sus amplias sonrisas, que permitían ver todos sus dientes, semejantes al

teclado de un piano viejo. Eso volvió a alentar algo a Vincent. Para el portero, aún era alguien. El hombre se ganaba la vida así, y tenía que hacer el papel. DeLeon se unió al juego, exclamando:

—¡Alá es Dios, hermano mío!

A lo que el portero respondió con otra de sus marfileñas sonrisas:

—¡Y Jackie Garbo es su profeta! Me encargó que les dijera que les espera en el salón. Ansia verles a los dos.

DeLeon se detuvo en seco.

—¡Ah...!

Para Vincent, en cambio, la idea de ver de nuevo a Jackie constituyó otro motivo de ánimo. Le invitaría a beber algo.

—Entremos —dijo.

Era sorprendente. O quizá no; no tan sorprendente. Pero como Jackie era una persona de verdad, fuera mejor o peor, se podía hablar con ella y sacar provecho o, por lo menos, pasar el rato. Jackie era Jackie... Teddy, en cambio... No podía afirmarse que Teddy fuera Teddy... Teddy entrando y saliendo por la mente de Vincent sin desaparecer nunca del todo. Incluso ahora, mientras cruzaba el vestíbulo en compañía de DeLeon, camino del salón interior. Pese a la oscuridad allí reinante, enseguida descubrió a Jackie, de pie junto al bar.

Parecía un oso a medio crecer, con traje de seda. Cuando alzó el vaso, relucieron sus blancos puños y centelleó la sortija... Vincent avanzó hacia él, dispuesto a estrechar su mano, darle una palmada en el hombro, sentarse frente a él y divertirse con sus opiniones y conjeturas y chascos.

De pronto escuchó un tenue acorde de piano, y luego otro y otro... Jackie dijo:

—Surtió efecto. Algo hizo entrar a esos dos jodidos payasos... ¿Adónde vas, hombre?

Vincent dio unos pasos hacia la tarima de los músicos. Allí en el pequeño escenario, alguien tocaba... Vincent se colocó junto al instrumento, y Linda se interrumpió al verle. ¿Sonreía, o se la veía triste? O quizás ambas cosas a la vez. No estaba seguro. Sólo supo decir:

—Estás aquí...

Y ella contestó:

—Te añoraba, Vincent. ¡No sabes cómo te añoraba!

MIENTRAS pudo mirar a Linda Moon, tan cerca de él que la rozaba, fue capaz de mostrarse paciente y cortés y escuchar a Jackie, por lo menos hasta que no quedara champán en la botella. El aspecto de Vincent había cambiado por completo. Y también había algo distinto en Jackie.

—Si uno sabe que se mete en un lío pero no lo evita, no se puede hablar de entrada a viva fuerza... ¿Sabe lo que quiero decir?

Más o menos.

—Yo estaba dolido. Dejen que les explique algo, señoras y caballeros... En todos mis años de experiencia, no recuerdo haber estado nunca más dolido...

Saboreaba su actuación. Se hallaba de pie junto al borde de la tarima, directamente encima de ellos, con un micrófono mudo en la mano como apoyo, y su público consistía en dos caras blancas y otra oscura, en la penumbra del salón, vacío al mediodía. Linda, Vincent y DeLeon sentados alrededor del champán ofrecido por Jackie, y éste prosiguió:

—No podía creerlo. Se presenta este recto policía, sirviéndose de lo que él llama «hacer palanca», y me amenaza encima con llevarse a mi compañero, a mi hombre de confianza, el Moose... Luego, cuando me dice: «Míster Garbo, ¿podemos hacer uso del avión de la compañía? Se trata de algo muy importante», quedo pasmado, pero al final accedo...

Jackie hizo una pausa, bajó la cabeza y volvió a alzarla despacio.

—Moose —prosiguió—, amigo... ¿No soy una persona razonable? ¿No me consideraste siempre un hombre con el que se podía trabajar bien?

—El hombre más amable que conozco —respondió DeLeon, de nuevo en su anterior colocación pero bajo mejores condiciones. En una situación mucho más favorable.

—Gracias.

—Es un encanto —agregó Linda, que ahora sería el número destacado del

Sultan's

Lounge—. Además tiene un gran oído para la música.

Y miró a Vincent. Era su turno.

Pero al policía no se le ocurrió nada que añadir hasta que DeLeon dijo:

—El hombre es listo, también. Sabe cuándo puede ayudar...

Jackie colgó el micrófono en su soporte y volvió a la mesa.

—Es un buen anfitrión y mejor *showman* —declaró Vincent—. Debería tener un escenario en su despacho.

Una vez sentado, Jackie dijo:

—Quería poder trabajar aquí en estos salones; crear una nueva forma de vida. Es un regalo para quien lo consigue. Significa confianza, categoría... —Y de cara a DeLeon—. Allá arriba ya no podía hacerme cargo de nada, sobre todo después del problema con los Donovan...

—Claro —asintió DeLeon—. Lo comprendo.

—Lo que hice, fue buscar una excusa —dijo Jackie—. Dejé a Dick y Jane jugando a cortarse el cuello. Los dos andan buscando nombres pegadizos para los bocadillos del *delikatessen*, o él se entretiene con su *wang*. Ahora están empeñados en dirigir el casino y el hotel. Pues bien: ¡buena suerte! Son los principales accionistas. Yo, de ahora en adelante, me ocuparé del espectáculo de aquí. Eso, al menos, es lo acordado. Igual puede suceder que cualquier madrugada, a las cuatro, reciba una llamada furibunda, exigiendo que vuelva al norte y lo ponga todo en orden. Pero si me dejan quedar aquí, ¡encantado!

—Veo algo distinto en usted —dijo Vincent.

—Se da cuenta porque ha adquirido vista, con su profesión. No se le escapa nada.

—¿Qué es?

—Voy a hacerle el máximo cumplido —contestó Jackie—. Usted entró en mi despacho, el día que nos conocimos, se sentó y no dijo mucho...

—Y salí a puntapiés.

—Fue culpa suya. Tendría que haber expuesto lo que le llevaba a verme, y no actuar como lo hizo. Yo, sin embargo, debería haberle prestado más atención en aquel momento, haberme fijado más en su estilo, en su forma de proceder. ¿Sabe por qué? Luego, cuando pensé en todo lo sucedido, me di cuenta. «Ese hombre —me dije— es de gestos correctos; nunca apura, sabe escuchar y, de paso, aprende.» Así es cómo averiguó tanta cosa, ¿no? Y pensé: «¡Ése es el modo de desenvolverse! La excitación no sirve para nada. Hay que saber relajarse a tiempo...». Usted me enseñó que la clave para eso consiste en escuchar. ¡Sí, en escuchar y no lanzarse a hablar como una ametralladora! Es posible que usted crea no producir un efecto especial sobre la gente. Pues bien, amigo, no se menosprecie a sí mismo. ¡Lleva usted muy buen camino! Siga así, que no se arrepentirá.

—Gracias —murmuró Vincent.

En el vestíbulo dijo:

—No podré apartar las manos de ti.

—Espero que así sea —respondió ella.

Y una vez en el ascensor:

—Ya no puedo aguantar más.

Y ella:

—Pues a mí me ocurre lo mismo.

De modo que se abrazaron con fuerza, y sus bocas se encontraron ansiosas. Ni siquiera pudieron separarse cuando el ascensor abrió sus puertas. Les condujo hasta arriba de todo y, cuando de nuevo llegaron al piso de Vincent, echaron a correr a través del vestíbulo y por el pasillo hasta la habitación, sin cruzar palabra. Apenas dentro, ella se quitó las bragas y se levantó el vestido, y él se bajó el pantalón con el tiempo justo para echarse ambos sobre la cama, jadeando uno contra el otro hasta que, después del inmenso alivio, volvieron a ser capaces de sonreír y

hablar.

Teddy temía tener problemas si seguía a Vincent en el Chevette automático que había alquilado. Algo le sucedía al coche: el hijo de puta necesitó casi veinte minutos para ponerse en marcha. Cuando descubrió que Vincent llevaba el mismo automóvil, no pudo contener la risa. Proseguían un juego mortal en unos coches que parecían hechos para niños. El rojo persiguiendo al blanco desde Isla Verde, a través del intenso tráfico de Condado Beach y por el puente que conducía a donde antes se había alojado Vincent. Diríase que él y Linda (¿de dónde diablos habría salido ella?) se dirigían al lugar donde él vivía poco tiempo atrás: los apartamentos Carmen, situados encima del establecimiento de bebidas alcohólicas. Ese policía tenía clase, ¿no? Los dos llevaban maletas, y parecían instalarse allí. ¡Qué gracia!

En el acto decidió realizar la idea que había tenido en Atlantic City, pero que no había puesto en práctica. Seguir a Vincent para que Vincent le siguiera a él. Acercarse a su coche a la altura de un semáforo, para ser visto. Y, quizá, decirle algo a la chica o hacerle un comentario a Vincent referente a ella, que no estaba nada mal... Y luego forzarles a salir a alguna parte del campo. A un sitio previamente elegido. Y detenerse al lado de la carretera, en un lugar protegido por árboles, y esperar a que Vincent se acercase a su coche para hablar o lo que fuera... Era capaz de consultar su libro de reglas policiales para ver qué podía hacer y qué no. ¡Nunca había conocido a un hombre tan estúpido y cerrado! Tendría a punto su nueva Smith & Wesson de acero inoxidable, de la que le habían dicho que era un arma militar, robada de los depósitos del ejército. No una pieza de juguete, sino realmente eficaz. Haría una buena faena, con ella: dispararle al maldito policía entre los ojos, mientras hablaban, sentado Vincent en su coche, y luego le pegaría un tiro a Linda, o mejor dos. ¡Y adiós a Puerto Rico en el primer avión! Regresaría a Atlantic City, para ver qué se cocinaba por allí.

Su mamá le había dicho, por teléfono, que no había nada nuevo. Ni visitas, ni llamadas de la policía; ni tan sólo de aquel amable individuo de color que tanto admiraba su colección de papagayos.

Al replicar él que aquel tipo no era más que un jodido

secuestrador, la madre había exclamado: «¡Desde luego, en mi casa no aprendiste a hablar así!».

Luego, cuando Teddy pidió a su madre que le enviara un cheque, ya que los abogados no aceptaban las tarjetas de crédito y él iba a demandar al odioso policía por perseguirle sin motivo, la señora contestó:

—¿Cómo? ¿Qué...? No te oigo bien. Estas líneas...

Y el hijo contestó:

—¡Claro, sí! Siempre hay alguna excusa. ¿Sabes una cosa? ¡Que tu actitud es bien mierdosa, para una madre!

—¿Qué dices? ¡No te entiendo...!

Aparcado al otro lado de la calle, algo más cerca del Hilton, Teddy observaba los apartamentos Carmen, tres pisos de ventanas y pequeños balcones en un viejo edificio que daba a la calle Gerónimo, bautizada así en memoria de un indio. Cosa rara, por cierto, porque no parecía probable que ese Gerónimo hubiese sido portorriqueño. Se preguntó qué apartamento ocuparía la pareja... Y justamente en aquel momento, Linda apareció en un balcón del segundo piso, encima mismo del establecimiento de bebidas.

Vincent no mencionó Miami Beach ni que empezaba a ser hora de volver allá. En realidad ya hubiera debido estar, pero trataría de olvidarlo durante algún tiempo más. Ahora se hallaban juntos, más unidos todavía a causa de la reciente separación. Tomaban el sol en la playa de Escambrón, bajo un cielo maravillosamente límpido, y conversaban sobre lo que les ocurría. Habían apartado el tema «Teddy», considerándolo asunto muerto.

Sin embargo, Vincent dijo en cierto momento:

—No puedo seguir jugando con él.

—Bien. Pero te vuelve loco.

—¡Más que eso, Linda!

—Tienes que olvidarte de él.

Vincent ya lo intentaba. En la playa se distraían los dos observando los lisos cuerpos juveniles en sus escasos y mojados bañadores, el ir y venir de los vendedores de comidas y bebidas, las familias instaladas encima de mantas de colores..., y con la vista puesta en la baja barrera de rocas que asomaba a unos cien metros

de distancia, mar adentro, imaginaban un abandonado casco herrumbroso, un largo submarino marrón...

Lo que no se imaginaban, era que a sus espaldas tenían un Chevette rojo, aparcado a la sombra de unos pinos australianos. Pero el coche estaba allí, y desde su interior les vigilaba alguien...

La verdad es que, aunque Vincent luchara por olvidar a Teddy, a ratos intuía su presencia.

Linda acababa de decir:

—Te encontraba mucho a faltar, Vincent. ¡No sabes cuánto!

Y él estaba convencido de que era cierto. Pero también se enteró de otra cosa. Uno de los ejecutivos de Bally's

había impuesto a Linda un músico especializado en teclados.

—Un hombre que solía hacer arreglos para Jerry Vale... No hablo en broma, no... Parece ser amigo íntimo del ejecutivo, y se presentó con sus partituras. Por lo visto, había trabajado antes para él, y exigían que yo interpretara su música, piezas la mar de románticas, o cosillas típicas italianas, de esas alegres y superficiales...

—Así pues, no te marchaste por tu voluntad —dijo Vincent.

—Espera. Tuve que irme, sí. Eso es cierto. No sabría mentirte. Pero te echaba muchísimo de menos. ¡No te figuras hasta qué punto! Y podría haber ido a Orlando, donde tenía una oferta...

—Viniste con Jackie...

—Iba a ver a Tommy, para pedirle otro trabajo, y tropecé con Jackie, que se disponía a abandonar aquello. Dijo que el edificio amenazaba ruina y las cosas se presentaban mal. Y que necesitaba poder hablar con alguien. Preferiblemente, con una mujer.

—Parece cambiado, ¿verdad?

—¿Y no sabes por qué? Verás... En primer lugar, me enteré de que *miss Simpatía* le había dejado.

—¡No me digas!

—La Donna regresó a Tulsa. Jackie se lamentaba: «¡Después de todo lo que yo hice por ella...! Podría haberla convertido en una estrella». Luego supe que sostuvo una larga conversación con la policía, probablemente sobre Ricky y el tipo asesinado por él.

—Eso debió de ser; sí —asintió Vincent con una risita.

Jackie se había adelantado, sin duda, porque veía que le iban a

relacionar con esa gente. No existía otra razón.

—Es el mismo Jackie de siempre, aunque ahora parezca distinto —agregó por fin.

—Exactamente. Le vi más nervioso que de costumbre. Pero fue al grano, sin perder ni un instante. «¿Quieres trabajar, chica? ¡Eres justo lo que necesito allí abajo, en Isla Verde! Te garantizo que, antes de dos semanas, serás una gran estrella.» El león de Las Vegas... En el avión se puso a hablarme de todas las celebridades con que se trata, de las amistades que tiene, de las fotos dedicadas que cubren las paredes de su despacho, y de que hace una apuesta con todo el que entra allí...

—Lo sé —dijo Vincent, con un gesto afirmativo.

—... Ofrece cien pavos a quien indique una figura del mundo del espectáculo cuya jodida foto no figure allí... Y yo le aposté cien dólares a que no sería capaz de aguantar todo el vuelo, desde donde estábamos entonces hasta San Juan, sin pronunciar al menos una vez la palabra «joder», porque ya sabes cómo habla.

—Perdió, ¿no?

—Apenas se atrevía a decir nada. Empezaba una frase y hacía una pausa. Como si aprendiese una lengua extranjera. Al final exclamó: «¡Joder, prefiero perder los cien dólares!». Me dio el billete y declaró querer corregirse a su manera.

—¡Ahora comprendo! —exclamó Vincent—. Ya veo en qué consiste su transformación. No es que haya aprendido a escuchar más que antes, sino que, en el salón ¡no soltó ni una sola vez esa palabra!

—Una vez sí que la dijo —señaló Linda—, pero, para un Jackie, eso es un éxito enorme.

Cuando se vestían para cenar, Linda observó que Vincent se introducía en la cintura de su pantalón la pistola de acero azulado y después se miraba en el espejo para comprobar que la chaqueta quedaba suficientemente holgada.

—Le viste —dijo Linda.

—Eso creo.

—¿Sabe dónde estamos?

—Probablemente.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada.

—Tú me escondes algo...

Simplemente, era distinto. Era un policía y sabía cómo contenerse y fijarse en algo sin que sus sentimientos se interpusieran. Teddy podía haber vuelto, pero no se hallaba entre ellos. Así se lo explicó a Linda mientras cenaban en un restaurante español, llamado Torreblanca.

—Ese tipejo tendrá que esperar. Y quizá se aburra y se largue. No me preocupa su existencia, mientras le vea delante.

—Yo no le he visto nunca —comentó Linda.

—¿Te gustaría?

Al salir del restaurante aguardaron a que el encargado del aparcamiento fuese en busca del Chevette blanco y lo detuviera delante mismo del edificio.

—Mira, Linda —dijo Vincent entonces—. Está media manzana más abajo. Al lado izquierdo.

Dispuesto a seguirles de nuevo. Vincent tendría que torcer hacia la derecha, y él había parado su coche junto a la entrada de la calle Magdalena, de una sola dirección.

Pero el policía empleó una táctica inesperada. Dobló hacia la izquierda, aprovechando que no circulaban vehículos en aquel momento, y se deslizó tranquilamente hacia el Chevette rojo, de frente, hasta que sonaron tres estridentes bocinazos y Teddy alzó la mano para protegerse de la luz de los faros.

—¿Ése es Teddy? —jadeó Linda, cuando Vincent hizo girar con violencia el coche y salió de allí a toda marcha.

—¡Ése es, sí!

En medio del tráfico nocturno de la avenida Ashford, con tanto joven portorriqueño cruzando el barrio de Condado, Teddy volvió a aparecer por detrás de ellos. Controlaba sus movimientos por medio del retrovisor. Linda se volvió en su asiento, para mirar atrás.

—¡Ha agitado la mano! ¿Lo has visto?

Vincent ni siquiera contestó.

De pronto, los faros del Chevette rojo desaparecieron del espejo. El policía miró hacia un lado. Teddy se acercaba gradualmente por su derecha. Tuvieron que pararse en un semáforo, y el criminal todavía se arrimó más.

—Es Teddy, ¿verdad? —murmuró Linda.

Vincent no le perdía de vista. Teddy tenía la vista fija, hacia adelante, y zumbaba quedamente al compás de la música emitida por la radio del coche. Cambió la luz. Teddy les miró y les dedicó una de sus repelentes sonrisas.

—¿Ni siquiera pudiste ponerle la mano encima? ¡No lo creo! —dijo Linda.

—Si comenzara, creo que no sería capaz de parar.

—¡Ni falta que haría!

Los dos Chevettes, el blanco y el rojo, avanzaban uno al lado del otro y tuvieron que detenerse ante el semáforo situado frente al Holiday Inn.

Teddy miró con insolencia y preguntó:

—¿Es ésa tu nueva amiguita? ¡Muy mona, la niña! ¿Qué, ya no me diriges la palabra? —agregó de repente, sin apartar los ojos de Linda, que a su vez le miraba con asombro.

Vincent permaneció callado. Consideró que era mejor. Linda se volvió hacia él y musitó:

—Vincent...

Pero no dijo nada más.

—¿Está tan buena como nuestra gatita portorriqueña? ¿Ey?

Cambió la luz.

Vincent estaba pendiente y el Chevette blanco salió disparado antes que el rojo, llegando rápidamente al extremo de Condado Beach, fuera ya de la fila de hoteles y comercios, para cruzar el puente que, dada su escasa altura, formaba una especie de calzada por encima del abra y sólo permitía circular en una dirección hacia la parte antigua de San Juan.

Vincent dio más marcha a su Chevette, sin perder de vista al Chevette rojo, que ganaba terreno y se colocaba otra vez al lado de Linda. De súbito, hizo retroceder un poco el coche. El Chevette rojo se acercó más, se situó junto al blanco, y Vincent se preguntaba: «¿Le doy ahora?».

Teddy, por su parte, gritó con toda su fuerza a través de la ventanilla abierta:

—¡Ey, imbécil! ¡Cázame si puedes!

«¡Ahora!», se dijo Vincent, dispuesto ya a inclinar el volante, cuando Linda le animó a que lo hiciera, con la misma energía y la

misma prisa, agarrando ella misma el volante con ambas manos para dar un brusco tirón hacia la derecha, a la vez que voceaba:

—Jódete, Ted!

Era curioso: Vincent habría empleado la misma expresión.

Aún pudieron ver la locura en los ojos de Teddy cuando el coche blanco embistió el suyo, por el lado, con estridente ruido de metal, arrojándole encima de la acera, y perdió el control de su vehículo. El blanco redujo su marcha, y Vincent y Linda miraron hacia atrás, dado el concierto de claxons y frenos que se había armado.

El Chevette rojo había quedado bastante lejos, rozando todavía la baranda protectora y arañando cemento hasta que por fin se paró.

Aquella noche, le dijo que no quería perderla. Sobre todo después de lo sucedido. Y ella contestó que, aunque quisiera, no lograría sacársela de encima.

No cesaban de decirse, de mil maneras, que se querían y no podían vivir el uno sin el otro, y empezaron a analizar su amor y llegaron a la conclusión de que su ardor no era solamente físico. Claro que lo era en gran parte, porque estaban sedientos de abrazos, pero había algo más. Algo real. Por la noche hablaban de amor, empleando palabras familiares y sencillas, que a los dos les sonaban maravillosas.

—Pero él tenía que irse.

Al día siguiente irían a Mayagüez, y al otro, por la tarde, él debía partir para Miami.

Linda se hacía cargo. Por su parte, tenía un contrato para ocho semanas, que cumpliría en parte, y después seguiría a Vincent a Miami, donde se buscaría otro trabajo.

—Con tu profesión —dijo—, no puedes ir siempre detrás de mi persona, y tú significas mucho más que el piano para mí, Vincent. Claro que me gustaría que estuviéramos juntos, y que ahora iniciases tu convalecencia y yo empezara también el contrato... Toco mejor si tú estás cerca, ¿sabes? Entonces estaríamos juntos todo el día, y casi toda la noche, pensando sólo en nosotros. ¿Verdad que sería maravilloso?

—¡Y tanto! —exclamó Vincent.

Aquella misma noche, más tarde, el hombre despertó, salió al balcón y permaneció varios minutos contemplando la calle desierta.

De madrugada, Teddy se levantó para ir al cuarto de baño. «Hacer pipí», lo llamaba su mamá. Incluso al hablar con el papagayo decía: «¿Ha hecho pipí mi Buddy?». Una bola de grasa que era, y tratando de ser graciosa. Él, Teddy, había estado dentro de su vientre y por poco la mata, según ella, al nacer. ¡Perdón, *mamiiiiita*! Eso podía solucionarse todavía.

Cuando durmiera la madre, no sería difícil sostener una almohada encima de su cara, para no tener que verla... Y apoyarse encima hasta que la vieja dejara de combarse y de respirar, y ya nunca más tendría que oír su odiado «Da un besito a mamá» o «¿Ha hecho pipí mi Buddy?». Pero no debía pensar cosas semejantes, no... De cara al espejo del cuarto de baño, preguntó:

—¿Le harías eso a tu madre?

La respuesta fue una risita, que contempló en el espejo desde varios ángulos.

—¡Hola!

—¡Hola, tú!

—¿No te había visto antes en alguna parte?

—Quizá sí, quizá no.

—¡Espera!

Se miró a sí mismo en silencio. Ahora, sin sonreír.

—¿Cuándo piensas hacerlo?

—¿Qué?

—De sobra lo sabes.

Teddy se contempló en silencio.

—Mañana. ¿Acaso no te lo dije?

28

EN

MAYAGÜEZ

, más exactamente en un barrio llamado Dulces Labios, encontraron a la abuela de Iris. Vivía en una casita construida con restos de maderas y pintada de azul claro. La abuela mandó buscar a otras parientas, y Linda y Vincent aguardaron junto al Chevette blanco, que aún llevaba arañazos y señales rojas en un lado. Estaban cansados del viaje. Había llovido bastante desde que salieran de San Juan y no les importaba el número de horas que pudiesen necesitar para el regreso, ya fuese por el estado de la carretera o por la lentitud del tráfico. Por fin estaban juntos. Lo habían estado desde el principio de la tragedia, cuando se encontraron en la funeraria, y todo ello les unía todavía más. Cuando acudieron las mujeres, Vincent entregó a la abuela la urna de acero inoxidable. La anciana vaciló antes de aceptarla y se la pasó rápidamente a otra persona, al descubrirse reflejada en la superficie metálica. Las demás mujeres hicieron lo mismo, a la vez que se santiguaban.

Vincent explicó que Iris había muerto de accidente, al caer una noche del balcón de un apartamento, y que lamentaba mucho tener que darles una noticia tan triste.

—Sus amigos la estimábamos todos mucho, y siempre la encontraremos a faltar —concluyó.

Las mujeres hicieron gestos de afirmación. Ninguna de ellas preguntó cómo se había producido la caída. Aceptaban los hechos, o preferían no saber cómo ni por qué, ni si había alguien con ella en

aquel momento.

Misión cumplida. Vincent y Linda experimentaban alivio, pero permanecieron silenciosos hasta que hubieron dejado atrás el barrio de Dulces Labios y los muelles y por fin se hallaron en el campo. Dejaron que el aire penetrara por las ventanas del coche mientras el sol palidecía a sus espaldas.

—Seguramente tuviste que hacer esto otras veces, ¿no? —preguntó Linda.

—Nunca tuve que entregar cenizas.

—Pero sí, seguro, comunicar la muerte de alguien a sus familiares.

—Demasiadas veces.

—Lo haces muy bien. Se nota que lo sientes.

Vincent conectó la radio y la volvió a desconectar.

—Me alegro de no haber dicho nada en la funeraria. ¿Recuerdas?

—¿A Bertoia hijo?

—Habría sido una tontería.

—No hacía falta, en realidad.

—Produces en mí un efecto sedante, Vincent —dijo Linda al cabo de un momento—. Menos en la cama.

Era noche cerrada cuando llegaron a los apartamentos Carmen y dejaron el coche en el patio del establecimiento de bebidas.

Teddy dijo en voz alta:

—¡Ya era hora! ¿Dónde diablos estuvisteis? ¿Haciendo el turista? ¡Mira que hacerme esperar tanto, joder!

Les vigilaba desde el otro lado de la calle, sentado en el Dodge Aries gris oscuro que le habían dado al devolver el Chevette por el golpe recibido. Había observado cómo los dos portorriqueños que trabajaban para Hertz daban vueltas alrededor del coche y pasaban la mano por la carrocería, esperando que le preguntaran por la causa de aquellos desperfectos. ¿Se había visto envuelto en un choque? ¿Cómo había sucedido? Y él pensó: «¿Tendrán que dar parte a la policía?».

Decidió explicar que había dejado el Chevette aparcado en la calle, encontrándolo luego así. Alguien tuvo que rozarlo de mala

manera al pasar.

—¿Cómo? ¿Por los dos lados a la vez?

—¿Ven la pintura blanca por este lado? Por el otro, no sé lo que sería. Quizá rozó un edificio.

No tenía por qué explicar nada. Con astucia pidió otro coche, enseguida, o no alquilaría ninguno más en la casa Hertz...

Vincent y Linda salieron del Chevette blanco, y caminaron hacia la casa cogidos del brazo. ¡Qué felicidad! Se detuvieron unos instantes delante de la tienda de bebidas, como si fuesen a entrar, pero al fin decidieron no hacerlo y entraron en la portería de los apartamentos.

Teddy se corrió un poco en su asiento, para poder ver el balcón del segundo piso, encima mismo de la licorería. Aguardó a que se encendieran las luces... ¡Ahora!

«Sin duda se prepararán algún refresco —pensó—. Deben de estar sedientos, de tanto hacer turismo... Lo que les conviene, es ponerse bien cómodos y sentarse en el balcón a tomar sus bebidas, porque allí correrá el aire...»

Tanto le importaba que estuvieran sentados o de pie, en realidad. Ni siquiera tenía interés en ver los ojos del policía. ¡A la mierda todo! Teddy había resuelto llevar a cabo su plan. En cuanto la pareja apareciese en el balcón, saldría del coche como si se dispusiera a cruzar la calle, apuntaría con su 38... y dispararía tres veces contra cada uno. Sobre todo contra Vincent. Más veces, si hacía falta. A la mujer podría rematarla en el piso, de diversos modos, y encima pasárselo bien.

Arriba parecía arder una sola luz. ¿Qué harían?

—¡Ey, puedes joderla en cualquier otro momento! —gritó—. ¡Ahora salid al balcón!

Esperó. ¡Mierda...!

De pronto apareció una figura apartando la cortina.

A la luz del día, la calle no tenía ningún atractivo. Al final de la manzana se torcía hacia el Caribe Hilton, pero eso era todo. De noche, en cambio, había allí más movimiento. Pasaba raudo algún que otro automóvil, y las luces de la licorería se reflejaban en las carrocerías. El mar, bastante apartado, no se veía, aunque la brisa

llevaba consigo algo de su olor. Linda respiró hondo. Linda, en el balcón, sólo cubierta con la corta bata de LaDonna, pensando en ella mientras observaba el parpadeo de las luces del Hilton. LaDonna se había apartado del ruido y del incesante relampaguear de los anuncios luminosos. Aturdida todavía, pero no había de tardar en reaparecer en inauguraciones de almacenes, o lo que fuera, para decir o cantar lo que le indicasen. Eso sucedería, sin duda, porque LaDonna necesitaba ser vista y festejada, y pronto procuraría adoptar una postura fascinante y brillar en el mundo de los anuncios comerciales. Hacía falta talento y estilo para destacar por los propios méritos y actuar ante un público que escuchara y apreciase lo que una hacía, y si no era así, pues bien, ella misma tocaría para sí y su marido, su amante... Sería bonito tener una casita en la playa de Cayo Largo... Linda bebió un sorbo de chablis y dejó caer las cortinas al oír hablar a Vincent, que estaba en el cuarto de estar. Iba en calzoncillos y se abrochaba la camisa.

—Tienes unas piernas muy bonitas —dijo ella.

—¡Tú también!

—¿Tan bonitas como las de LaDonna?

—¿Quién es LaDonna? —bromeó él.

Linda alzó el vaso.

—Tendríamos que comprar más de esto.

—Está en la lista. ¿Se te ocurre algo más?

—Pan, quizá.

—Ya compramos los panecillos. Hay empanadillas, ensalada variada, alcaparras... ¿y qué más, como aperitivo? Los amigos de DeLeon traerán los piononos... El vino, el café... hace falta más bebida...

—Voy a tener que aprender a cocinar al estilo portorriqueño, ¿no, Vincent?

—Te encantará.

Volvía él al dormitorio, por lo que Linda levantó la voz.

—¡Eso no es una respuesta, Vincent...!

—¿Necesitas cigarrillos? —preguntó él.

—¡Sí, por favor!

—¿Algo más?

—Eso es todo. ¿A qué hora vienen?

—Tengo que telefonear al Moose.

Hubo un silencio. Linda terminó su vino. Vincent se presentó de nuevo en el cuarto de estar. Llevaba la camisa azul y el pantalón caqui.

—No sabía a qué hora volveríamos —dijo.

—No olvides llamar al hotel.

—No. Les diré que tienes cagalera. No sería de extrañar, con la comida portorriqueña.

—Vincent...

—¿Qué?

—Ésta es nuestra última noche.

—La última aquí —contestó él mientras se encaminaba a la puerta y la abría—. Nos esperan otras aún mejores. Enseguida vuelvo.

—¿No podríamos vivir a la orilla del mar? —preguntó Linda, pero la puerta ya se había cerrado.

Teddy tenía seis balas en el revólver, otras seis en el bolsillo derecho del pantalón y seis más en el izquierdo. Si esta vez no le salía el plan, ¿cuándo iba a llevarlo a cabo, entonces? ¡Contaba con dieciocho balas! La pistola era tan reluciente, que tendría que escondérsela debajo del cinturón hasta que comprobara que no se acercaba ningún coche. Linda se había asomado al balcón, muy seductora en su escasa prenda. Pero no Vincent. ¡Mierda! Magyk dijo:

—¡Sal de una vez, polizonte! ¡Hijo de puta!

Bajó la vista un momento y... ¡qué milagro! Allí estaba Vincent, avanzando por detrás de los coches hacia la licorería.

Teddy le siguió con la vista. Iría a por una caja de botellas o algo por el estilo. En mangas de camisa. No podía llevar el arma encima, pues. Teddy se enjugó contra el pantalón las sudadas palmas de sus manos, antes de coger la pistola, que había dejado en el asiento contiguo.

«Andaré hasta allí como si tuviese los brazos cruzados. Me situaré detrás de uno de esos automóviles aparcados junto a la casa. Y, entonces, a esperar que salga del establecimiento...»

Linda ya tenía la ducha abierta y se estaba recogiendo el pelo, cuando recordó el queso, se miró brevemente en el espejo, se sonrió

a sí misma y, envuelta a toda prisa en la pequeña bata, corrió al balcón para alcanzar a Vincent antes de que entrara en la tienda y encargarle queso, galletas saladas y patatas fritas, algunos piscochablis *gringos* para tomar con las empanadillas; y se asomó a la baranda. Pero ya era tarde. En cambio vio a Teddy en medio de la calle.

Pasó un coche, él continuó su camino, y Linda se estremeció. Avanzaba concentrado en la licorería, prudente, con un paso muy peculiar, procurando que no le diese la luz. No era normal que una persona anduviese con los brazos cruzados. De pronto, y tal como temía, vio que Teddy abría los brazos para poner al descubierto un objeto brillante. Su primera intención fue la de gritar, agarrada a la baranda con toda su fuerza. ¡Gritar pidiendo auxilio, gritarle a Teddy, gritarle a Vincent cuando saliera de la tienda...! Pero, tal vez, ya sería tarde. Volvió a ver el arma en la mano de Teddy, y cómo éste se acercaba a los coches aparcados en el patio...

Linda soltó la baranda, consciente de que debía darse prisa, pero sin perder la serenidad; debía actuar tranquila, para no cometer ningún error.

El revólver de Vincent estaba encima de la cómoda. Pesaba mucho, y ella se sentía la mano húmeda. Tenía el arma unos extraños bultos pequeños y varios números y letras grabados en el metal. Linda había visto en muchas películas cómo alguien corría hacia atrás la parte superior del tambor, y así lo hizo ella, e instintivamente dio un salto cuando salió disparado un cartucho y la tapa volvió a su sitio con un chasquido. Vincent mantendría el seguro puesto, sin duda. Linda pidió a Dios que su índice fuese lo suficientemente fuerte para apretar el gatillo, cuando tomó el arma...

Vincent le vio acercarse y pensó: «¡Otra vez, no!».

El hecho de ir cargado con la compra le recordó aquel otro encuentro... Vino de Borgoña, zumo de ciruela y salsa para los espaguetis... Ahora llevaba chablis, *whisky* J&B, ron de Puerto Rico y una botella familiar de Coca-Cola

, y sostenía la bolsa delante de él, con ambos brazos. La vez anterior le había parecido conocer al atacante, de haberle visto en una celda. Esta vez sabía de sobra quién era, y le constaba, además, que el tipo no se contentaría con hacerle arrojar por tierra sus compras y

entregar la cartera. No; Teddy iba a matarle de un tiro. ¿Había aprendido algo, a raíz de la agresión anterior? ¡Nada en absoluto! Lo que acababa de aprender ahora, eso sí, era que hasta para bajar a la tienda de al lado necesitaba el revólver. Pero aunque lo llevara...

—¡Bien, muy bien! —exclamó Teddy cuando salió de la oscuridad con su odiosa sonrisa.

Tenía el codo apretado contra el cuerpo y llevaba el arma baja.

Vincent le miró a los ojos, procurando mostrar una expresión de sincero asombro. ¿Qué locura era aquélla? ¿Acaso había perdido la razón? No deseaba resultar amenazador. No quería que Teddy interpretase algo mal y, sin más, vaciara el revólver. Quería hacerle razonar, intentarlo al menos. El problema era que necesitaba concentrarse tanto para parecer inofensivo y sorprendido, disimulando el susto de muerte que llevaba dentro, que no se le ocurría nada que decir.

«¡Suelta eso, maldito hijo de puta, o te vuelo la jodida cabeza...!» Algo así... Era una buena frase, pero no hubiera funcionado. Volarle la cabeza, pero... ¿con qué?

Teddy dijo:

—Quiero mirarte a los ojos cuando apriete el gatillo.

—¿Por qué, Ted?

—No soy Ted, soy Teddy.

¡Mierda!

—Está bien, Teddy... Pero dime por qué quieres hacer eso. No lo entiendo.

—Tú no sabes lo que yo siento. No sabes nada, ¡nada!, de mí. Aunque te parezca que sabes mucho...

—¿Ésa es la impresión que te causo?

—¡Corta el rollo! Cuando me enjaulaste, hace siete años y medio, sentía... como si pudieses leer en mi mente. Pero ahora sé que no, que no puedes hacerlo.

—No; soy el primero en admitirlo. Creo que todo esto es un malentendido...

Vincent ya no sabía qué pensar, ni qué hacer, cuando por detrás del hombro derecho de Teddy vio aparecer una figura vestida de blanco, que salía corriendo de la puerta del edificio en dirección a los coches aparcados en el patio. Entonces dijo:

—Lo que tendríamos que hacer es aclarar este asunto.

—¿Y qué más? Tengo un jodido revólver encañonándote la barriga, ¿no te has dado cuenta?

La figura de blanco se acercaba ahora por detrás del hombro izquierdo de Teddy, entre los coches. ¡Cielos, era Linda con su bata blanca!

—No querrás verte envuelto en otro asesinato, ¿verdad? Porque ya sabes lo que te esperaba. Luego te darías cuenta de que estabas en un error. Entiéndeme... ¡De que te habías equivocado al pensar lo que tú dabas por seguro que yo pensaba...!

Se oía a él pero veía a Linda, que sostenía el pesado revólver con las dos manos y avanzaba inclinada hacia adelante. Únicamente la separaban ya unos seis metros.

—¡Tío mierda! —se puso a gritar y repetir Teddy, cada vez más excitado—. ¡Mírame! ¡Mírame a los ojos, maldito...!

Vincent hubiese querido mirarle a fondo, en efecto, y levantó las cejas para abrir bien los ojos. Comprendía que hacía un papel idiota, pero no le importaba. Lo que con toda su alma quería, era hacerle entender a Linda cómo funcionaba el Smith & Wesson, modelo 39 parabellum... Si ella intentaba disparar con el seguro puesto y Teddy lo oía... O si se le escapaba una bala blindada de acero de nueve milímetros y le daba de lleno a Teddy, justo delante de él...

—¡Abre más los ojos! ¡Todavía más! Decía Teddy.

Y de los suyos, enloquecidos, se veía casi sólo lo blanco.

Entonces, Linda estiró cuanto pudo los brazos, sacó fuerzas de flaqueza e hizo fuego.

Vincent cerró los ojos y los volvió a abrir, para ver cómo Linda perdía el dominio sobre el arma y ésta caía al suelo mientras Teddy se precipitaba contra él y su revólver se disparaba entre ellos dos para ir a dar contra la bolsa que contenía las bebidas, una y otra vez, hasta que Vincent intentó agarrar al criminal, colgándose de él hasta que le tuvo en el suelo, y pisó el revólver con un pie. Pero algo raro le ocurría. ¡Mierda! No sentía dolor, aún no... Eran sus fuerzas, que cedían. Había sido herido en alguna parte, y el escozor comenzaría cuando su adrenalina fuese fluyendo. Lo sabía de la otra vez. Era preciso que encontrara en el acto la mano de Teddy que sostenía el arma, a la que seguía asido como un peso muerto. Sujetó

el brazo de Teddy, dio un paso y lo empujó con toda la fuerza posible, pero no era suficiente. Teddy se tambaleó e hizo eses, pero se mantenía de pie.

Vincent quiso lanzarse contra él, pero las piernas no le obedecían. Fue él quien cayó al suelo y tuvo que arrastrarse en la oscuridad hasta los pies descalzos de Linda, que destacaban contra el pavimento. Allí tenía que estar su revólver, pero no lo vio... Y Linda dijo algo, con angustia. Vincent no se hallaba en condiciones de contestar, ni de detenerse a mirarla y escuchar. No. Ni siquiera podía darle a entender sus intenciones. Pero ella le entendió. Se arrodilló a su lado y puso en su mano el arma, ayudándole a asirla bien. Lo sabía. Vincent se apoyó en el suelo con una mano, y con la otra apuntó contra Teddy. Esperó y dijo: «Suéltala». Le estaba dando una opción.

Teddy parecía borracho y se bamboleaba mientras dirigía el revólver contra uno y otro desde menos de seis metros de distancia. Así que Vincent disparó. Hundió una bala en el plexo solar de Teddy y mató al pobre individuo que creía ser mágico e intocable.

VINCENT pasó por el servicio de urgencias y el quirófano y la unidad de vigilancia intensiva del Ashford Medical Center sin darse mucha cuenta. A la mañana siguiente le trasladaron a una habitación individual del segundo piso de una nueva ala del antiguo hospital. A través de la ventana veía, en ángulo inclinado, la parte más alta del Howard

Johnson's

Motor Lodge, que parecía penetrar en el azul del cielo. ¡Buena señal!

Se dijo que, legalmente, pisaba terreno firme. Aunque Teddy le disparara con intención de matarle, él le había dado la oportunidad de continuar con vida por un tiempo indeterminado, o bien de morir allí mismo y en aquel momento. No le había leído sus derechos, pero bastaba con aquél «suéltala».

Supuso Vincent que debía de estar relativamente bien, aunque el gráfico indicara, posiblemente, la existencia de alguna lesión interna. Quizá tenía un órgano tocado. Le habían puesto un par de sondas, y Vincent ansiaba formular una pregunta a la primera persona que viera. Sabía que el dolor que le atormentaba podía ser aliviado. De ser grave su estado, le tendrían en una habitación llena

de monitores, y no con vista al Howard Johnson's Motor Lodge.

Le habían administrado alguna droga. De pronto vio a Linda en el pasillo, hablando con DeLeon y Lorendo Paz. Linda, la única persona a la que deseaba ver.

Cuando ella entró, se la veía triste y preocupada, pero enseguida sonrió y se acercó a él, y olía tan bien que para Vincent fue el mejor medicamento, sobre todo cuando se inclinó para besarle y acariciar su cara, preguntándole si deseaba algo.

—Cierra la puerta, por favor...

El verle mejor la alegró. Cerró la puerta, regresó junto a Vincent, y éste preguntó dónde tenía la herida, al mismo tiempo que se llevaba la mano al vientre por encima de la sábana.

—Creo que es por aquí... —murmuró—. Lo que no sé, es si he perdido algo importante...

—Unos dieciocho centímetros de intestino. Por ahora, nada de comidas portorriqueñas. La bala se alojó en tu glúteo mayor —explicó Linda—. En el culo.

—Sé perfectamente dónde está el glúteo mayor.

—¿Puedo ver la herida?

—¿Quieres?

Linda retiró la ropa con cuidado y levantó la típica camisa gris de hospital.

—Tienes una serie de puntos en la ingle, como si te hubiesen operado del apéndice.

—¿Y no me falta nada?

—¡Nada! Sigue ahí. ¡Oh, míralo, pobrecito!

—¿Te importa quitarme la sonda, Linda? No la necesito.

—¿De veras lo hago, Vincent?

Supuso él que Linda lo deseaba y, si lo hacía habría de quererla para siempre. Sabía muy bien lo que le convenía, y cómo hacerle feliz. Retiró la sonda con tanta delicadeza, tan lentamente... ¡Qué tacto! A Vincent se le humedecían los ojos. Ansiaba decirle cuánto la necesitaba a su lado, y cuánto deseaba estar con ella.

Linda le besó de nuevo, frotando sus labios contra los de él, y susurró:

—Hay algo que debo decirte, Vincent.

Aguardó él, y ella murmuró:

—¿Sabes? La bala que te extrajeron de la nalga...

—¡No me hables de eso, por favor! —suplicó Vincent.

—Es preciso —insistió Linda—. Procedía de tu pistola. ¡No de la de Teddy! Me figuro que le atravesó...

Vincent guardó silencio durante unos segundos, respiró y pareció más tranquilo.

—Pudo ser, en efecto.

—Te disparé, Vincent.

—No quisiste hacerlo.

—¡Claro que no! Pero lo hice... ¡Y que conste que no fue para impedir tu marcha, Vincent...!

—¿Estás bien segura? —preguntó él con una sonrisa picara.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



ELMORE JOHN LEONARD, JR. (Nueva Orleans, 11 de octubre de 1925 - Detroit, 20 de agosto de 2013) fue un escritor y guionista estadounidense.

Sus primeras novelas, publicadas en los años cincuenta, fueron novelas del oeste, pero después se especializó en novela policiaca y desde entonces ha escrito numerosos libros, muchos de los cuales han sido adaptados al cine convirtiéndose en exitosas películas de cineastas tan dispares como John Sturges, Quentin Tarantino o Steven Soderbergh, entre muchos otros. En algunos casos el proceso ha sido a la inversa, escribiendo novelas a partir de guiones originales o tratamientos para guiones cinematográficos.

Elmore Leonard falleció el 20 de agosto de 2013 en su casa de Detroit, a los 87 años de edad.

Notas

[1] Alce (*N. del T.*). < <